

LA PORTADORA DE LA LUZ

ANNA BRUNET
ALBERTO CAMPILLO

B

La portadora de la luz

Anna Brunet y Alberto Campillo

A Guillem y Víctor, las luces más brillantes

A mi padre, gracias por las lecciones que perduran en mi corazón y en estas páginas. Descansa en paz, mi eterno maestro. Y a ti, que diste alas a estas letras con tu voz y tu tiempo. Un capítulo de ti vive en esta novela

Preludio

564 a. C., templo de Baal

La suma sacerdotisa se arrodilló y depositó la placenta de la reina en el altar que descansaba en el pavimento rojizo del santuario. La luz de las antorchas se reflejaba en el metal de la estatua de Astarté, desnuda y sentada, con las alas recogidas a la espalda y los brazos estirados esperando la ofrenda. El humo del olíbano en las lámparas del templo creaba una atmósfera almizclada y sofocante que impedía a Argantonio respirar con normalidad, pese a que mantenía alejados a los malos espíritus de la placenta de su esposa. La mujer se vertió sobre la cabeza agua de mar de una jarra de metal y se frotó las manos y los brazos con un pedazo de tela roja. A continuación, se inclinó sobre el altar y examinó la bolsa sin apenas tocarla, deslizando los dedos sobre la masa de carne sanguinolenta ante la mirada nerviosa del rey.

—¿Cómo se encuentra la reina, mi señor? —preguntó sin levantar la vista.

—El parto ha sido largo y complicado; ha perdido mucha sangre. Se está recuperando en palacio y no ha podido acompañarnos. Nuestra criatura está aquí, con la nodriza. Ha nacido con una marca en forma de medialuna en la espalda.

—Enhorabuena, mi señor. Deseo la pronta recuperación de la reina. La princesa ha sido marcada con el signo de la diosa y, sin duda, su sino está unido a ella por fuertes vínculos. El auspicio de Astarté la convertirá en una mujer fuerte y poderosa, amante de su pueblo y de la justicia.

—Pero la niña nació sin hálito —comentó Argantonio con cierta preocupación—. Vino a este mundo fría, desprovista de llanto y energía.

—Sin embargo, sigue entre nosotros. Tomó color y volvió a la vida, mi señor.

—Sí, mas ¿qué significado tiene ese cambio de estado?

—Mi señor, la princesa es un regalo de Astarté. La diosa ha debido de negociar con Mot para devolver a esta criatura al pueblo de la luz. Su existencia irá ligada a nuestro bienestar y fertilidad.

La sacerdotisa levantó la vista hacia la presencia del rey. Argantonio, pese a la solemnidad de su figura, la túnica púrpura centelleante a la luz de las antorchas y el rostro impávido, mal disimulaba su preocupación acariciándose la barba gris de manera involuntaria. Con un gesto de la barbilla, instó a la mujer a que continuara hablando.

—No obstante, la vuelta a la vida puede tener otra interpretación. En ocasiones, hace falta destruir para regenerar y crecer con más fuerza. La princesa portará consigo un renacimiento de gran importancia, un cambio en el devenir de nuestro pueblo.

—¿Y cuál de las dos interpretaciones es la correcta?

—Eso depende del camino que ella elija.

La sacerdotisa se inclinó de nuevo sobre el altar e hizo una breve incisión en el cordón umbilical con un pequeño escalpelo de bronce,

y se lo mostró a Argantonio. Señaló los tres vasos sanguíneos que aparecían en el interior.

—Mi señor, el cordón simboliza la relación de la criatura con su entorno. Es bien sabido que existen tres tipos de personas: las de cobre, las de plata y las de oro. Las de plata, como el príncipe Hiram, llegan a este mundo para sostener como buenos líderes a su familia y a su pueblo. En el cordón de las personas de plata aparecen dos conductos muy marcados y el tercero ligeramente enrollado sobre sí mismo. En el caso de las personas de oro, los tres conductos se muestran diferenciados, separados entre sí y distinguibles sin necesidad de manipularlos. Estos tipos de nacimientos son excepcionales y de esta manera debemos celebrarlos. Las personas de oro son las que trascienden sus más altos ideales allende las fronteras naturales. Como mi señor y como la princesa recién nacida.

—Y como Abissabar —matizó Argantonio.

—Tienes razón, mi señor, y como el príncipe Abissabar. —Tras unos segundos de silencio, la sacerdotisa prosiguió—: ¿Ha acontecido algún otro nacimiento en palacio?

—Sí, una de nuestras vacas. —Argantonio volvió la cabeza en busca del sirviente que portaba la placenta del animal en una patena de plata, junto a una pequeña jarra ritual de cerámica con la boca sellada—. Tanto la madre como el ternero se encuentran perfectamente.

—Es una gran noticia. De este modo, será posible aventurarse en la profecía que guíe la vida de la princesa. ¿Qué nombre va a recibir?

—Crisaore, «la que porta la espada de oro».

La sacerdotisa dejó la bolsa de la vaca junto a la de la reina. Vertió la leche que contenía la jarra en un recipiente de cerámica barnizado en rojo y lleno de miel fermentada y vino especiado. Arrodillada frente al altar, diseccionó los dos órganos. Introdujo los dedos en el interior de los cortes y clavó las uñas en la carne. Tras el examen, se volteó ligeramente para enfrentarse a la mirada del rey.

—Mi señor, las placentas presagian distintos augurios en la vida de la princesa Crisaore. El gran tamaño de ambas indica una vida larga y próspera. La de la reina presenta una forma y una coloración uniformes, por lo que la existencia de la princesa en el seno familiar estará rodeada de paz y equilibrio. No obstante, no puede renunciar a su destino, y el renacimiento al que está predestinada, que se muestra en la placenta de la vaca, será agitado, falto de armonía y estará ligado al conflicto. El modo en que la princesa Crisaore lo afronte determinará el porvenir de su tiempo y su comunidad.

Al rey se le erizó el vello de los brazos tras escuchar las palabras de la sacerdotisa y recordar la profecía del oráculo para su heredero Hiram. La placenta que lo había alimentado había sido pequeña y oscura; el oráculo vaticinó un destino convulso y una existencia terrenal compendiosa. Por otro lado, el parto de Abissabar fue confortable para madre e hijo. Pese a que ninguna hembra de animal real diera a luz mientras acontecía el alumbramiento del príncipe, la placenta que se ofreció al templo era grande y saludable, y el cordón que lo unía a la reina lo describió como una persona de oro. Sin embargo, la sacerdotisa no obtuvo respuesta del oráculo tras el ritual de consagración a la vida.

La mujer prendió una rama de ciprés y la colocó en el fondo del altar para formar la pira ceremonial. La sala quedó sumida en una

oscuridad parcial, pues tan solo la estatua de la diosa permanecía iluminada con la luz tenue de las lucernas. La sacerdotisa se desprendió de la túnica blanca que la cubría para ungir sobre la piel resina de olíbano mezclada con grasa de buey. A continuación, se postró a los pies de Astarté y bebió de un trago el contenido de la taza de cerámica roja. Permaneció inmóvil frente a la estatua hasta que empezaron las convulsiones que precedían a la profecía del oráculo.

—Crisaore, hija de la sangre de la diosa, guiará a su pueblo hacia el origen y la paz.

»Crisaore, hija de las sombras, respirará cubierta de noche.

»Crisaore, hija de la luna, llevará la luz blanca de su estirpe.

»Crisaore, hija del viento, navegará más allá del agua por el bienestar de la plata.

»Crisaore, hija del fuego, abrirá las puertas de su hogar.

»Sacrificad al ternero y quemadlo en el altar en devoción a Mot para que recoja el ánima que Astarté le prometió. El oráculo ha hablado.

PRIMERA PARTE

1

552 a. C., Isla de Gerión

—¡Yo cazaré la mosca de plata! —gritó Anthousa estirando los brazos hacia delante.

—Tú la cazarás, pero no la atraparás —contestaron a la vez Saore y Nora.

Las dos niñas empezaron a zumbar imitando el sonido de una mosca alrededor de su *mathetria*, la institutriz helena que el rey Argantonio había designado para que se hiciera cargo de su educación. Anthousa intentaba alcanzarlas en vano, con cuidado de no tropezar. Seguía el rastro de la risa de las princesas, que pretendían que se metiera dentro del agua para despistarla. Nora era una chiquilla dulce de diez años, dos menos que su hermana. Quiso tirar de la tela de la túnica de la mujer para que no atrapara a Saore, pero aquella pequeña sacudida fue su perdición, pues Anthousa se giró veloz y cogió en brazos a la criatura. La mujer se quitó la venda de los ojos y pidió descansar sobre la arena unos minutos para recuperar el aliento y respirar con normalidad.

Anthousa era partidaria de impartir muchas de las lecciones de las princesas Saore y Nora al aire libre, como había hecho años atrás su *mathetria*, Corina, con ella y sus compañeras en su Cumas natal. La playa era uno de los lugares predilectos para estas clases, pero

también los jardines de la residencia de la familia real o las dehesas emplazadas al norte de la isla, donde los animales sagrados del reino pacían sin perturbaciones. Las jornadas al aire libre, por lo general, comprendían actividades físicas diversas, la lectura de poesía de autores helenos y el perfeccionamiento del arte de tocar la forminge y la pandura. En el palacio, en cambio, las princesas tenían habilitada una cámara para que Anthousa llevara a cabo la formación en Aritmética, Retórica e Historia, asignaturas que requerían más concentración y menos creatividad.

Miró a las princesas con afecto. La mujer había dejado de ser joven hacía lustros. Eso decía su mirada: los párpados se habían vuelto con los años más grandes y pesados; las bolsas bajo los ojos, más oscuras, y las pequeñas arrugas de expresión se asemejaban al rastro de las olas al despedirse de la fina arena de la orilla. Sin embargo, Anthousa no envejecía como lo hacían las otras mujeres, pues su carácter jovial se colaba por todas las estancias de la residencia de Argantonio en Isla de Gerión. Anthousa era una mujer eolia de las sandalias al tocado. Pese a la extravagancia de sus ropas en aquella tierra forastera, mandaba confeccionar sus túnicas a la manera de los peplos de Esmirna, sujetados con fíbulas sobre los hombros y, pese al buen tiempo en aquel lado del mundo, se cubría parcialmente la cabeza con un himatión de lana fina.

Sentada sobre la arena, Anthousa sacó la forminge de la bolsa de cuero y se la colocó sobre el muslo para agarrarla por uno de los brazos. Comenzó a tañer una melodía que trasladó a las dos niñas a la tierra lejana de su *mathetria.*

—Algunos mitos cuentan que Orfeo fue el primero en tocar la forminge, otros mencionan a Apolo como aquel que recibió esta

pequeña lira de la mano de Erato. Princesa Saore, ¿recuerdas la historia de Erato?

—¡Sí! Erato la Deseada era la musa de la poesía lírica. La inspiración de Erato acompaña a los poetas para componer versos de amor y deseo, como los que cantó Orfeo a la puerta de los infiernos para recuperar a Eurídice. ¿Lo he dicho bien?

La *mathetria* asintió. Saore disfrutaba recitando las historias de los mitos helenos, que conocía tan bien como las tradiciones de su pueblo, los tartesios.

—Anthousa —prosiguió Saore—, he aprendido un poema muy breve para cantarlo con la forminge. ¿Me la prestas?

La mujer le acercó el instrumento a la niña y se acomodó el manto sobre los hombros. Esta acarició las cuerdas del instrumento y entonó unos acordes simples y repetitivos como acompañamiento a los versos compuestos en la lengua eolia:

Lo más bello que abandono es,
por una parte, la luz del sol;
segundo, los astros brillantes y la cara de la luna,
y, también, los maduros higos y las manzanas y las peras.

Anthousa y Nora aplaudieron una vez que Saore hubo entonado los últimos acordes de la canción.

—Princesa Saore, sigue cultivándote como hasta ahora y llegarás a ser una de las mujeres más cultas del reino. Vosotras dos tenéis una suerte inmensa de haber nacido en un lugar como Tarteso. Debéis ser conscientes de la situación que vive nuestro sexo a lo largo del Gran Mar. En la tierra de donde yo vengo, las gentes se

llaman a sí mismas hombres libres. Y es cierto, pues solo los hombres gozan de libertad. Las mujeres helenas, al menos las afortunadas a las que se les permite instruirse, como a vosotras, comparten charlas y creaciones en la intimidad del gineceo. ¿Sabéis a lo que me refiero?

Las niñas negaron con la cabeza y Anthousa prosiguió con la explicación:

—El gineceo son las estancias reservadas para el uso de las mujeres. En ese lugar, ellas pueden expresarse, leer poesía o tocar algún instrumento sin miedo a censuras. Lo mismo que hacemos nosotras en los jardines de palacio, o aquí, en la playa. Princesas, las mujeres helenas son muy distintas a vosotras, tartesias y fenicias. En Oriente, las mujeres han perdido la ingenuidad necesaria para ver la belleza de las pequeñas cosas, que son el germen de la poesía. Todo esto a cambio de disfrutar de discretos placeres en la oscuridad de la vida privada, una vez libres de las ocupaciones domésticas.

En el rostro de la *mathetria*, luminoso por costumbre, se había asentado una penumbra que llamó la atención de las niñas. Pese a lo insólito que era esto y debido al tono adusto en la voz de la mujer, las dos niñas escuchaban con atención todo lo que Anthousa decía. Para ellas, la institutriz era una fuente de sabiduría. Jamás vacilaba a la hora de aclarar las dudas que pudieran plantearle y siempre encontraba una respuesta adecuada para la edad y el entendimiento de las niñas. Tan solo evitaba entrar en detalles cuando le preguntaban por qué no quería volver a la tierra que la había visto nacer, y, de buen humor pero esquiva, siempre contestaba que en el reino de Tarteso tenía todo aquello a lo que aspiraba. ¡Incluso podía

beber vino de miel en las celebraciones! Aquella tarde en la playa, antes de que el cielo se hubiera teñido de los colores del atardecer, Saore y su hermana se sintieron unas privilegiadas. Les explicó que las eolias, como ella, y también las dóricas gozaban de más laxitud en sus costumbres y educación que las áticas, pero que esa libertad la manifestaban en el interior del hogar. Ellas dos, tarde o temprano, desempeñarían un papel importante en la corte de Argantonio, junto a los príncipes Hiram y Abissabar. En la tierra de Anthousa, sin embargo, el destino de la mujer era vivir tutelada por su padre u otra figura masculina hasta pasar a depender del marido, por lo que, de una manera u otra, siempre iba a ser considerada una niña a ojos de la sociedad. El ocio de la mujer noble helena fuera del gineceo se limitaba a visitar a amigas casadas y, en ocasiones, a asistir a alguna ceremonia religiosa.

El aya abrió la bolsa y les ofreció a las niñas un puñado de higos secos antes de reanudar la conversación. Ellas, de vez en cuando, hacían alguna pregunta para asegurarse de que estaban entendiendo lo que la *mathetria* les contaba. ¿Y una mujer que no tiene padre, ni hermanos, ni marido ni hijos…? ¿De qué sirve leer a Homero en la intimidad? Anthousa contestaba que la libertad de pensamiento era un concepto que no podía retenerse entre las paredes del gineceo y que, aunque una mujer estuviera condenada a la vida dentro del hogar, seguía siendo muy importante embellecer el cuerpo y la mente.

—Saore, Nora, recordad que la belleza del cuerpo es el reflejo del alma que llevamos dentro.

—Y, si la mujer helena vive de esta manera, ¿cómo es que tú sabes tanto de todo? —preguntó la pequeña Nora, poco

acostumbrada a que su institutriz le abriera el corazón a nadie.

—¡Sí, cuéntanos eso! Háblanos de tu *mathetria,* Anthousa!

La mente de Anthousa atravesó el lago de Tarteso y viajó a través del Gran Mar hasta llegar a Cumas. No recordaba la fecha exacta, pero dedujo que habría sido en uno de los años de la olimpiada quincuagésima segunda, cuando el *kurios* de Anthousa, un hermano de su madre, la envió a una villa en las afueras de la ciudad, aislada del ajetreo de la polis y cerca del río Caicos. En ella vivía Corina, una mujer sin esposo, acompañada de una corte de pupilas de noble linaje. En su villa, Anthousa aprendió todo lo que ahora transmitía a las hijas del rey Argantonio. Durante años la educaron en valores que la ayudaron a desarrollar su individualidad como mujer y ciudadana, aunque no tuviera derechos reconocidos. Su *mathetria*, Corina, era una mujer sin igual. A ella misma la instruyeron, junto a otras jóvenes, en la cercana isla de Lesbos, en el culto al espíritu y en la afabilidad de sus modales. Su tutora fue el germen que enraizó con fuerza en sus pupilas y en las pupilas de estas, como Anthousa. Vivió aquellos años con sus compañeras, rodeadas de aristócratas que viajaban a Cumas procedentes de todos los rincones de la Hélade, y no vio un solo varón hasta que su *kurios* la mandó recoger una vez finalizada su educación.

—¿Y luego qué pasó? ¿Viviste en un gineceo de esos, como lo que has contado antes? —inquirió Saore.

—En efecto, princesa. Cuando abandoné la villa, pasé a vivir tutelada de nuevo. Y, guardad el secreto —les dijo Anthousa bajando la voz con fingida intimidad—: no he vivido en un gineceo, sino en tres.

Las niñas la miraron sin entender, hasta que Saore preguntó:

—¿Es que tal vez has estado casada? —Anthousa asintió con una sonrisa en los labios—. ¿Y dónde está tu marido?

Las últimas sombras en el rostro de Anthousa desaparecieron después de escuchar la inocencia con la que la niña le preguntaba por su pasado. Ya había recuperado por completo el buen humor con el que había bajado a la playa. Se colocó la forminge de nuevo sobre los muslos y rasgó distraída las cuerdas de aquella especie de cítara.

—Princesas, esa es una historia muy larga para contarla ahora que el sol va a empezar a esconderse en breve por la bahía. Además, no creo que ya os interese saber nada sobre estos temas. Y yo prefiero enseñaros una oda que compuso Safo, la *mathetria* de mi *mathetria*, y que habla sobre cuán importante es cuidarnos entre nosotras. Este es el estribillo que cantaremos las tres juntas:

Cantar ahora quiero
estos tiernos cantares
a mis dulces amigas
para templar mis males.

Anthousa, Saore y Nora entonaron la composición en la playa. Las niñas bailaron sobre la arena dorada, cogidas de las manos. Una vez que el sol tiñó el cielo y el agua del lago de naranja ardiente, la luz del faro de Tarteso inició su parpadeo y las tres emprendieron el corto camino de vuelta al palacio.

2

552 a. C., Asta

Asta, la capital del reino de Tarteso, se hallaba a poco más de una hora en barca de Isla de Gerión, la pequeña isla donde residía la familia real. La ciudad contrastaba en todos los sentidos con Isla de Gerión. Desde su cámara, Saore podía distinguir los brillos de un lugar cuyas gentes no parecían descansar jamás. Las luces de fraguas, tabernas y lumbres del hogar hacían de Asta un paisaje humano tan diverso que a la niña la atraía y repelía a partes iguales. Saore visitaba con frecuencia la ciudad, pero aquella sería la segunda vez que lo haría en calidad de comitiva real, junto a sus hermanos, Hiram y Abissabar. Nora y Anthousa se habían quedado en la isla a petición de Argantonio al considerar que la pequeña todavía era demasiado joven para presenciar formalmente la importante transacción que estaba teniendo lugar entre foceos y tartesios.

Eran tiempos de cambios en el reino. Argantonio ya no era el vigoroso rey de antaño, aquel que había desconcertado a los gobernadores de las ciudades de Tarteso cuando abrió las puertas del reino a negociaciones con diplomáticos y comerciantes helenos de la mano de aquel marinero de la isla de Samos que prometió llevar el nombre de Tarteso a lo largo del Gran Mar. Ahora

Argantonio quería asegurarse de que sus hijos e hija fueran conscientes de los nuevos aires que tomaba su reinado, integrándolos en el funcionamiento del gobierno a medida que los veía capacitados para asumir alguna tarea diplomática, de consejo o, como en este caso, de acompañamiento formal.

Hiram y Abissabar ya eran dos muchachos versados en ese tipo de actos. Hiram, que había cumplido los dieciséis años hacía pocas semanas, era el príncipe heredero del trono de Tarteso. Era un chico estilizado y atractivo, de rostro armonioso con ciertas líneas afeminadas en los labios y la barbilla, pero cubierto en su totalidad por una barba cerrada de vello suave y castaño. Abissabar, sin embargo, era un año menor, pero aún conservaba el aspecto prepuberal de quien todavía no ha desarrollado las gracias del cuerpo de adulto. Mostraba buenas maneras y una mirada clara; por eso la corte le auguraba un próspero futuro al lado de su hermano Hiram una vez que a este lo coronaran como el nuevo rey de Tarteso.

Los dos príncipes adoraban a sus hermanas, pero Hiram asumía un papel más protector con ellas. Aquella especie de paternalismo que se había impuesto el primogénito hacía que Saore se sintiera más cercana a Abissabar, que tenía un carácter más risueño y menos rígido, más prudente en las conversaciones; podría confiarle cualquier secreto sin miedo a que su hermano tuviera la descortesía de desvelarlo a algún adulto.

Argantonio se había asegurado de que los cuatro hermanos crecieran juntos en el palacio residencial para forjar entre todos los fuertes vínculos de la familia. Pese a que todavía eran demasiado jóvenes, el rey conocía las virtudes y los defectos de sus hijos. Hiram

aún era impulsivo e irreflexivo en exceso, a diferencia de Abissabar, pero tenía la misma nobleza de Argantonio al anteponer el bienestar de los suyos a cualquier provecho personal. Y, en cuanto a Saore, era sabido que Argantonio sentía una debilidad desmesurada por su primera hija.

La profecía del oráculo regresaba de vez en cuando del mismo modo que lo hacían las grullas con la llegada del buen tiempo. Las palabras de la sacerdotisa retumbaban en los oídos del rey: «Hija de la sangre de la diosa, guiará a su pueblo hacia el origen y la paz». Saore había nacido hacía doce otoños y, aunque todavía era una niña, todos hablaban de su gran parecido con la difunta reina. Ella no conservaba ningún recuerdo de su madre, pero en los grabados que mandó realizar Argantonio para sus funerales Saore veía una mujer de ojos grandes, cejas pobladas y pómulos marcados. Una punzada de narcisismo la invadía entonces y se enorgullecía de que, pasado tanto tiempo, se siguiera alabando la belleza de la reina de la que, tarde o temprano, sería heredera.

La princesa ya caminaba con el porte altivo de Argantonio, con la barbilla en alto y el cabello oscuro recogido parcialmente con horquillas de marfil a la altura de las orejas. El rey veía en la forma de hablar de su hija las maneras dulces de su esposa y, en cierto modo, también la simpatía y el juicio de Anthousa. Cuando Saore sonreía, mostraba el diastema entre los incisivos y su rostro quedaba estancado en el recuerdo de los primeros años de niñez. La chiquilla solía despertar afectos entre los sirvientes de la residencia real y los funcionarios del reino, pero también entre la gente corriente con la que trataba de manera ocasional.

Aquella mañana partieron de Isla de Gerión con las primeras luces del día. El rey había pasado la mayoría de las últimas jornadas en Asta, pernoctando en la residencia real de la capital. Sin embargo, los detalles postreros de la importante transacción estaban legitimados y Argantonio llevaba dos noches durmiendo en la isla junto a su familia.

Desde el agua, el paisaje era un conjunto de llanuras fértiles bordeadas de pequeñas colinas y, en la posición más elevada, aparecía tras las brumas de la mañana la capital del reino. El acceso hasta el puerto comercial se llevaba a cabo con maestría cuando se trataba de barcos de gran eslora, pues se debía sortear en un primer momento la irregular línea de costa y atravesar el cordón litoral formado por bancos de sedimento.

En el puerto esperaba Ataralki, el gobernador de la ciudad, vestido con su habitual túnica plisada y cofia teñidas en púrpura, y destacaba entre los demás asistentes a la bienvenida del rey a la ciudad. A Saore no le gustaba el gobernador de Asta. Ataralki era un hombre de noble linaje emparentado con la familia real por su matrimonio con la hermana menor de Argantonio. Saore sabía que su padre depositaba toda su confianza en él y que el hombre llevaba las finanzas de la ciudad y los pequeños núcleos poblacionales de los alrededores con perfecta eficiencia. Sin embargo, le despertaba cierta antipatía que el funcionario jamás quisiera dirigirse directamente ni a ella ni a los príncipes, ni tan siquiera por pura formalidad.

Aquella sería la segunda vez que Saore visitaría Asta en calidad de comitiva real porque, días atrás, Argantonio la había mandado embarcar con los príncipes para examinar la partida de

pentecónteros que se estaba construyendo en las atarazanas reales, donde trabajaban a un ritmo frenético día y noche. Saore quedó sorprendida por el gran número de navíos varados en la arena de la playa, por la puerta con salida al mar. Como era habitual, Ataralki procedía con las explicaciones pertinentes sobre el ritmo de trabajo y la logística alrededor de la venta de los navíos.

Los astilleros se detenían de improviso ante la presencia del rey y su comitiva para hacer una reverencia y luego proseguían con sus ocupaciones. El ingeniero jefe de las atarazanas presidía junto a Ataralki el séquito, por detrás de Argantonio. Saore recibió así la primera clase de estrategia bélica de su vida. El pentecóntero se construía en los astilleros de Tarteso desde hacía décadas, cuando Argantonio subió al trono tras la repentina muerte de su padre. Se trataba de un barco de eslora menor que la de los navíos tartesios que llevaban a cabo las travesías hasta las Casitérides, ligero a la hora de maniobrar y de calado pequeño para llevarlo a tierra con rapidez. A Saore y a los príncipes, acompañados del ingeniero, se les permitió subir a la cubierta de uno de los barcos que todavía permanecían en el interior. «Aquí, frente a la escotilla, se coloca el timonel al control de las espadillas y, a lo largo de ambos costados, un total de cincuenta marineros impulsan el barco a golpe de remo», les contó el ingeniero. La popa estaba diseñada para facilitar el varado sobre la arena y protegerse del embate de las olas; la altura superaba en algunos dedos la de la proa del barco y se curvaba sobre sí misma. Como la cola de los camaleones que caminaban en las dunas de la playa, se dijo Saore. El ingeniero, ayudado por cuatro trabajadores, desmontó el mástil mayor ante la sorpresa de la niña y los adolescentes:

—Una vez plegada la vela, el mástil es fácilmente abatible. De este modo, se puede dejar en tierra firme para facilitar las operaciones de combate. Altezas, mirad hacia aquí. —El ingeniero señaló en dirección al espolón de bronce que coronaba la proa con forma de cabeza de jabalí de ojos y colmillos desproporcionados—. Cuando el barco acomete al enemigo, el espolón queda encajado en la cubierta y facilita de este modo el abordaje.

La partida de pentecónteros aguardaba en la playa de las atarazanas a la espera del recibimiento de los marineros foceos que la escoltarían hacia el Egeo. Cuarenta y siete navíos de guerra preparados para defenderse de las ofensivas de las tropas del rey Kuros,[1] al que ya apodaban el Grande.

Mientras tanto, en el salón de audiencias del palacio real de Asta, Argantonio esperaba con Ataralki la comparecencia de Agathon, el próxeno foceo en Tarteso, que residía en la ciudad con su joven asistente desde que había empezado la construcción de la nueva flota de barcos. El gobernador, de naturaleza inquieta por defecto, estaba más nervioso de lo habitual. Sujetaba la copa de vino con ambas manos, pero no llegaba a acercarla a los labios para beber. Argantonio rompió el silencio entre ambos:

—Entiendo tu postura, querido Ataralki, y también que quieras abordarlo con prudencia.

—Mi señor, Oriente ahora mismo es un hervidero de pugnas y desequilibrios.

En más de una ocasión, Ataralki había criticado las medidas comerciales y diplomáticas que quería adoptar el rey. Argantonio era el socio que cualquier pueblo mercader ansiaba. Tras la fachada un tanto arcana del monarca, se hallaba un político conservador en

cuanto al hermetismo de la sociedad tartesia, pero paradójicamente dispuesto a estrechar lazos con cualquier pueblo de forma en exceso fraternal, según el parecer de Ataralki, para preservar el bienestar social y económico de su reino. El rey bebió un sorbo de vino en la copa de plata, del mismo brillo que la barba y el pelo, ondulado hasta los hombros y peinado hacia atrás bajo un gorro de lana blanca. Entornó un poco los ojos para mirar a Ataralki:

—Soy consciente de los riesgos que vamos a asumir al sellar este acuerdo con Focea, si es eso lo que quieres insinuar. Sabemos con certeza que la ciudad es solvente y está preparada para la defensa de sus fronteras.

—Tiro también gozaba de solvencia y pagaba el estaño al precio que marcábamos sin regateo ninguno, mi señor.

—Ya lo sé, pero no tiene que suceder lo mismo en Focea. Una vez que los pentecónteros partan hacia allí, haz saber al gobernador de Gadir que estamos dispuestos a reunirnos para escuchar la propuesta comercial que tiene para nosotros.

La ciudad de Tiro había quedado empobrecida tras los años de asedio babilonio hasta que finalmente Nabujodonosor se erigió como máximo soberano de la ciudad tras firmar el acuerdo de paz, deponer al rey de Tiro y establecer el tributo anual que los fenicios debían pagar al monarca de Babilonia. El auge de las colonias al otro lado del Gran Mar se vio frenado tras la caída de la capital. La hegemonía fenicia se fragmentó y los administradores locales como Hadad, el vigente gobernador de Gadir, asumieron el funcionamiento de las ciudades, desposeídas del amparo de Tiro.

Fue entonces cuando Argantonio apuntaló la vía comercial con Focea tras unos años de contacto discreto entre ambos pueblos, con

sabiduría, según algunos consejeros, o con demasiada osadía, según otros. Argantonio llamó hermanos tanto a los próxenos como a los mercaderes foceos, e incluso les permitió asentarse a unas pocas millas de Malaca, en el Gran Mar, para crear un pequeño centro logístico de abastecimiento e intercambio. Los barcos mercantes helenos atracaban en el puerto interior de Asta cargados con finas telas orientales, adornos de marfil y semillas de olivo, y navegaban de vuelta con las bodegas a rebosar de plata y estaño, armamento de bronce y hurones para controlar las poblaciones de conejos en las islas del Egeo.

Del mismo modo que le había sucedido a Tiro con los babilonios, Focea había perdido la soberanía como polis tras la anexión de los territorios costeros de Anatolia al Imperio lidio. De todos modos, y a diferencia de la ciudad fenicia, el cambio de poder no representó ningún contratiempo para los mercaderes foceos. En muchos aspectos, el rey lidio Creso era más heleno que cualquier ciudadano ático. Consultaba el oráculo y se dejaba aconsejar por sabios extranjeros. Bajo el gobierno imperial, el modo de vida en Focea era el mismo que años atrás. Los mercaderes pagaban sus tributos a un rey impuesto, local o extranjero. El comercio a lo largo del Gran Mar prosperaba a medida que los foceos fundaban colonias en la costa norte.

Sin embargo, se oyeron tambores de guerra. El rey Kuros de Anshan, tras anexionar a Persia el territorio de Media, había fijado su interés en las áreas de influencia helena en Lidia, con el consecuente acceso al Peloponeso y al Gran Mar. Focea, del mismo modo que las polis lidias, temía la llegada de los ejércitos persas. Las buenas

relaciones entre Focea y Tarteso estaban a punto de reforzarse tras la entrega de los pentecónteros.

Ajenas a las tribulaciones de sus respectivos padres, el gobernador y el rey, Raha descansaba con su prima Saore en el patio central del palacio de Ataralki. Raha esperaba ansiosa cada vez que iba su prima favorita a la ciudad, y la agasajaba con fruta fresca. No obstante, consideraba a Saore una confidente, una amiga, pese a que ella no tuviera demasiadas cosas que contar. Habían nacido con pocos meses de diferencia y ambas estaban acostumbradas a asistir desde pequeñas a recepciones y ceremonias religiosas. Físicamente, compartían algunos rasgos, como los ojos castaños y almendrados, o el pelo largo y oscuro separado de manera natural en suaves ondulaciones. Sin embargo, Raha tenía una complexión física un tanto más delicada y no contaba con un rostro tan bronceado como el de Saore, fruto de las horas al aire libre con su institutriz. Raha era más comedida en gestos y palabras que la princesa. El gobernador había elegido una educación más sencilla y pragmática para todas sus hijas, basada en la ética religiosa y las costumbres locales. Por un lado, Raha admiraba a su prima por el sinfín de historias que había aprendido de Anthousa; sin embargo, se empequeñecía cuando Saore argumentaba cada una de las preguntas que Raha formulaba al aire o no sabía cómo continuar los debates que proponía su prima.

Disfrutaban del buen tiempo en el patio descubierto cuando vieron en uno de los accesos a un hombre enjuto custodiado por dos sirvientes de Ataralki. La presencia del visitante parecía llevar

consigo una sombra oscura, una nube perenne de tormenta en el mar. Mantenía la cabeza gacha, cohibido por la presencia de las niñas. Su rostro permanecía escondido tras una barba negra y espesa que empezaba a crecer más arriba del pómulo. El pelo, también moreno y muy rizado, estaba ensortijado a la altura de la nuca. Vestía una túnica de lino que alguna vez fue blanca, y se cubría con un chal de lana ajado de manera insistente. A Saore le llamó la atención su aspecto descuidado en un lugar como el palacio del gobernador de Tarteso, pero también la manera solemne con la que se le recibió. El propio Ataralki apareció en el patio con actitud amigable hacia el invitado. Tras el saludo, lo agarró con delicadeza del codo para acompañarlo hacia la sala de audiencias.

Raha se quedó mirando a Saore, impaciente porque su prima le preguntara quién era aquel personaje extraño, pero ella no pronunció ni una palabra.

—Es Lirnestaakun, el farero —respondió Raha a la pregunta que hubiera querido que formulara Saore—. Es un hombre huraño, que vive en el faro con su único hijo. Habla muy poco y asiente mucho.

Saore seguía en silencio, con la mirada fija en la puerta de la sala de audiencias de su tío Ataralki. El farero real estuvo poco tiempo reunido en el interior, pues, a su partida, las niñas todavía comían la fruta que había preparado el servicio del gobernador.

Lirnestaakun no salía del faro nada más que el tiempo indispensable, tan solo cuando el gobernador o el mismo rey lo requerían. Mandaba a su hijo Gharatar hasta Asta en una barca de pesca para abastecerse de los víveres que adquiría en el mercado y las ánforas de vino de las que daba cuenta su padre a lo largo de la jornada en la torre vigía. Lirnestaakun abandonó la residencia de

Ataralki con la mirada baja, del mismo modo que había llegado. Saore pudo fijarse de soslayo en los ojos de aquel cuya única tarea era vigilar la entrada al reino. La sangre irrigaba los alrededores de las pupilas como los meandros del río cuando confluyen en el delta. Aquel hombre envuelto en sombras estaba enfermo, pensó Saore.

Días después, el próxeno Agathon se presentó sin previo aviso en el palacio de Ataralki. Había llevado a cabo la función de máxima distinción diplomática representando a Focea en diferentes ciudades occidentales del Gran Mar hasta acabar en el remoto rincón que era Tarteso. Cruzó el patio del palacio del gobernador hasta llegar a la sala de audiencias, pese a que Ataralki no esperaba su visita. Se levantó de su silla en cuanto vio la indignación del foceo, que palmeó con furia la mesa de su anfitrión.

—¡Exijo una explicación de inmediato! —gritó a pocos dedos de la cara del gobernador, que desconocía el motivo de tal enojo.

Ataralki instó a Agathon y a Irenio, el joven asistente del próxeno, que los observaba con expresión hierática desde el quicio de la puerta, a que tomaran asiento en la mesa de recepción y mandó a un criado que llevara una jarra de agua fresca para aquellos espontáneos invitados. Una vez serenados los nervios de Agathon, formuló su queja y exigió una rápida respuesta a tal afrenta por medio del gobierno de Tarteso.

Agathon había anunciado que, a lo largo de los días siguientes, llegaría al puerto de Asta la pequeña flota de naves comerciales provenientes de Masalia con el personal de marina encargado de fletar los pentecónteros hasta las costas de Focea. Ataralki así lo había comentado con el farero Lirnestaakun. El islote donde vivían el hombre y su hijo era el primer acceso por mar al lago de Tarteso, a

medio camino entre Asta y el destacamento militar de la pequeña ciudad de Aipora. Lirnestaakun custodiaba con celo el único punto de acceso por mar al reino. La atalaya que servía de guía a los navíos era una torre de unos cuarenta codos de altura en cuya cima el farero mantenía ardiendo, en tiempos de paz, una hoguera durante la noche y los escasos días nublados de aquel lugar. En días claros, la atalaya era visible desde la costa de Gadir. De todos modos, para facilitar el acceso al lago a la guardia de Aipora, a una señal específica del faro, se repartía a lo largo de la línea de costa un conjunto de fuegos de canalizo lo bastante visibles para guiar a los barcos hacia la atalaya y no pasar de largo cuando la niebla impedía la navegación segura. Una vez que los barcos sorteaban los bancos de arena acumulados en el primer tramo, el farero retiraba la barrera acuática que se había instalado en la zona navegable sin escollos en la época en que el rey Argantonio designó por primera vez el puesto de farero real. Se trataba de una malla de cuerda trenzada con filamentos de bronce que funcionaba a modo de cancela, sujeta a dos balizas adecuadas a la manga de la mayoría de los barcos que entraban y salían del lago. Sin embargo, pasaba desapercibida desde la cubierta de una nave de un calado superior al de una barca de pesca. Cualquier navío a una velocidad considerable podría romper sin problema aquella malla, pero ningún capitán de barco se había arriesgado a entrar sin tomar precauciones. Una vez localizados en la costa los navíos que esperaban ser guiados hasta Tarteso, un hombre fuerte y con la pericia suficiente para retirar la malla con antelación podía dejar vía libre sin complicación.

Ataralki y Agathon se personaron en la isla para exigir las explicaciones pertinentes al farero. Para sorpresa del gobernador, los tres barcos masaliotas estaban parados en la entrada al lago. Uno de ellos se había atascado con la malla de cuerda. Debido a ese inconveniente, las otras dos naves habían intentado sortear las balizas sin éxito, pues la proa de la primera había chocado con los escollos. En la isla los recibió un aterrorizado Ghatarar. Lirnestaakun llevaba días aquejado por fiebres altas y estaba tan débil que no pudo salir del jergón en el que deliraba en una de las habitaciones en la base del faro. Su hijo había mantenido vivo el fuego encima de la atalaya, pero cuando vio los tres navíos sorteando los bancos de arena y los escollos del acceso, no consiguió llegar a tiempo para avisarlos y que se detuvieran.

El rey Argantonio llegó al islote acompañado de sus hijos. Nada más pisar la orilla, vieron a Gharatar apoyado en la pared del faro, con la espalda al descubierto y la túnica rasgada. Ataralki lo estaba azotando con un pedazo de cuerda de pesca cubierta de algas y verdín. Las heridas, tumefactas, ya habían tomado el color de las ciruelas maduras, pero la sangre todavía no conseguía brotar al exterior. Gharatar permaneció quieto, con los ojos cerrados, un instante después de que Argantonio diera el alto. Las lágrimas que no pudo contener dejaron dos surcos limpios en las mejillas llenas de churretes.

Saore quedó horrorizada ante las muestras de violencia al niño farero, de la misma edad que ella. Después de las incriminaciones del gobernador y del próxeno por el mal proceder, Saore pidió permiso al rey para hablar y tomó la palabra:

—Padre, se está responsabilizando a este muchacho del accidente de los tres navíos foceos. Sin embargo, no toda la culpa es suya. —Argantonio levantó la mano para silenciar la réplica de Ataralki e instó a su hija a que continuara hablando—. Antes de nada, el próxeno Agathon ya había comunicado la llegada de los marineros de Masalia en los próximos días. Ya sé que han arribado antes de lo que se tenía previsto, pero estas últimas no han sido jornadas de niebla ni mala mar. Las torres vigías de Aipora tendrían que haber avistado los tres barcos y haber avisado de su llegada de un modo u otro, y no lo han hecho, si no me equivoco.

Saore miró a Argantonio en busca de su aprobación. Los príncipes escuchaban con atención las palabras de su hermana. Hiram dio unos pasos hacia delante hasta situarse al lado de Saore. Por un lado, conocía el potencial de su hermana en cuanto a reconocer las gamas de grises en el espectro de un acto tan arbitrario como castigar al hijo del farero sin valorar las causas previas a un error humano. Y admiraba esa cualidad de Saore, jamás lo había negado. No obstante, había querido apoyar el discurso de su hermana también por hacerse con parte del reconocimiento que le correspondía a él como futuro rey de Tarteso. Apoyó una mano en el hombro de Saore y, con una sonrisa cordial, tomó el turno de palabra, pese a que la joven pensaba proseguir con más argumentaciones.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Saore, padre, y quiero añadir también una cosa. La responsabilidad del faro recae sobre Lirnestaakun, no sobre el muchacho. Es cierto que tarde o temprano tendrá que aprender el oficio de farero, pero es demasiado enclenque para mover la malla sin ayuda.

Hiram hablaba con los presentes sin considerar que Gharatar también estaba a escasos codos de ellos. Saore se dio cuenta de que el chico se había erguido y los miraba con temor, pero también con un punto de ira bien controlada. Los asistentes de Ataralki ayudaron a los marineros del navío embarrancado en los escollos a subir a las otras dos naves. Tenía una fisura en la proa y era preciso reflotarla hasta las atarazanas para repararla. Argantonio, en la playa, observaba sin perder detalle cómo se recomponía el desastre acontecido: dos hombres fornidos subieron a la barca del farero para retirar la malla y permitir el paso de los dos barcos foceos hasta los astilleros. Saore se acercó a su padre y le besó la mano.

—Padre, me gustaría decirte una cosa más —siguió en un tono más comedido.

—Habla, hija; todo lo que tengas que decirme es bienvenido —concedió Argantonio con la dulzura de un padre, olvidando la firmeza del rey.

—Entiendo la importancia de las obligaciones de cada uno, pero el farero está tan enfermo que ni siquiera ha salido a presentar sus respetos al rey.

—¿Qué pretendes decirme, Saore?

—Tú nos has enseñado que la función del rey es ser el padre de todo un reino, preocuparse de todos sus hijos por igual, sin importar el cargo que tengan.

Saore bajó la vista a sus pies, pero su padre le levantó la barbilla con el dedo índice para que lo mirara a los ojos. El rey tenía el ceño fruncido, pero no se mostraba enfadado por las palabras de su hija. «Crisaore, hija de la sangre de la diosa, guiará a su pueblo hacia el origen y la paz», se dijo.

—Mi querida Saore, qué necesaria vas a ser en este reino. Ves más allá de la mirada corrompida de los potentados, como si no fueras consciente del gran poderío que crece en tu interior. Ojalá que Hiram sea tan sabio para no apartarte de su lado cuando tome las riendas de Tarteso.

Argantonio lanzó un largo suspiro hacia ninguna parte del lago y, ante la perplejidad de su séquito, se dirigió a la entrada del faro para cerciorarse en persona del estado de salud de Lirnestaakun. La princesa lo acompañó hasta la entrada de la torre. Gharatar se encorvó ante la presencia del rey dentro de su casa. Saore tocó el hombro del niño, que levantó la cabeza unos instantes para mirarla. Acto seguido, volvió a recuperar la postura de sumisión anterior.

—¿Te duele mucho?

Gharatar titubeó antes de contestar de forma parca y educada:

—Sí, mi señora.

—¿Cuál es tu nombre?

—Gharatar, mi señora.

—«El que desprende luz», qué apropiado —observó Saore, queriendo adoptar un tono menos solemne con el chico—. Yo me llamo Saore, no hace falta que te dirijas a mí como «mi señora».

Saore le sonrió, pero el muchacho ya no volvió a mirarla hasta que todos se embarcaron camino de Asta. A Irenio, el joven asistente del próxeno Agathon, no le pasaron inadvertidas ni la escena entre los dos niños ni la fuerza con la que Saore se había enfrentado a toda una comitiva real.

3

552 a. C., templo de Baal

Argantonio se despojó de la túnica de lino blanco y la colocó con cuidado encima de un saliente en la pared de adobe del *hekal,* la sala de cultos, que estaba iluminada con lucernas de aceite. Se miró las manos, manos de rey, suaves al tacto cuando recorrían la espalda de su amante; firmes y tranquilas al empuñar las armas que ya solo utilizaba en los rituales religiosos. Ya no eran lozanas, pero aún no habían empezado a marchitarse; tenían los dedos anchos y las uñas recortadas. Tomó una muestra de la pasta de olíbano colocada en el altar y se ungió con ella los brazos. La resina quedaba adherida al vello oscuro de los brazos y los hombros del rey a medida que este la extendía. Las únicas joyas que iba a llevar Argantonio en aquel ritual eran los dos brazaletes dorados del tesoro del templo, del mismo modo que los habían llevado su padre y el padre de su padre. Se los ajustó por encima del codo, y la piel flácida de los bíceps se arrugó en un pequeño pliegue sobre las joyas. Cruzó los brazos sobre el pecho y recorrió el relieve de los brazaletes con la yema de los dedos. Hileras de rosetas con incrustaciones de jaspe verde se alternaban con semiesferas soldadas sobre láminas de oro. A continuación, se vistió con un faldellín que apenas le cubría los muslos, amarrado a la cintura con

cintas de tela recia, y se colocó el *lebbede* en la cabeza, sujetado con una tira de cuero a modo de corona. Cogió otra muestra de resina del tamaño de una nuez para acabar de ungir el cuerpo para el ritual y la extendió realizando movimientos circulares sobre el pecho. Argantonio seguía siendo un hombre robusto y vigoroso, de grandes pectorales de pezones hundidos, de abdomen abultado, resultado de los años de paz de su reinado. Por último, se quitó las sandalias y salió del *hekal* para dirigirse al patio norte del templo. Caminaba en penumbra, con la vista al frente a través de la galería de paredes de adobe, pavimentada con conchas marinas que marcaban el relieve con suavidad en el pie desnudo del rey. Argantonio quedó cegado durante unos segundos hasta acostumbrarse de nuevo a la luz del sol. El suelo de conchas, de un paso a otro, se convirtió en un pavimento de tierra batida del color de la arena de playa en una tarde de invierno.

Los tartesios eran un pueblo comerciante desde que el pastor Gerión, hijo del gigante Crisaor y la reina del océano, Calírroe, decidió asentarse a orillas del lago de Tarteso y establecer relaciones con los pueblos más allá de este. Los reyes tartesios que precedieron a Argantonio se reunían en el templo de Baal para jurar fidelidad al pueblo, ser juzgados por infringir los deberes que tenían impuestos o para cerrar un trato comercial de suma importancia, como en el caso de la venta de la flota de pentecónteros. Tras los actos de jura, los rituales finalizaban con una lucha cuerpo a cuerpo entre el rey y el buey sagrado que el dios Baal determinara. Tras la muerte de Gerión, sus hijos juraron proteger los bueyes sagrados ante la llegada de extranjeros cuyo objetivo era borrar la cultura de los hombres del lago de Tarteso. Los tartesios habían sido un pueblo

abierto con sus vecinos y socios comerciales. Muchos de sus dioses y costumbres provenían de la permeabilidad fruto del trato cercano con albioneses, oestrimnios y fenicios, y, tras el paso de las generaciones, los habían hecho suyos. Sin embargo, los bueyes sagrados de Gerión eran el legado vivo que unía a los tartesios con sus ancestros. Estos animales eran el símbolo del espíritu fecundador transmitido al rey para consolidar las relaciones fértiles entre pueblos amigos y, del mismo modo que este puede engendrar vínculos fuertes, también representa el fuego, el trueno y la destrucción de estos lazos si fuera preciso retornar a los orígenes.

En el patio esperaban cuatro bueyes sin ningún tipo de atadura, de pelaje rojizo, de un color similar al de la arena en la que estaban recostados. La suma sacerdotisa aguardaba al rey al lado de los animales. Se apoyaba en un venablo de madera y sujetaba un fardo envuelto sobre sí mismo. Dio unos pasos hacia Argantonio en cuanto este entró en el patio, y le ofreció el venablo. Desenvolvió el fardo que llevaba en las manos. Se trataba de una capa en forma de red con la que cubrió el cuerpo del rey, un rollo de cuerda que este se enrolló en la muñeca izquierda y un frontil taurino adornado con borlas de tela de color púrpura.

Argantonio levantó la vista para contemplar a los asistentes, sentados en una hilera de bancos corridos en el muro noroeste que hacían la función de grada rudimentaria en el patio del templo. En la fila más cercana al escenario estaban sentados el príncipe Hiram junto a Ataralki y el próxeno Agathon. Buscó la mirada de su hijo, pero este tenía la vista fija en un punto sin concretar del patio. Horas antes le había pedido a su padre que le dejara participar en el ritual, pero este se había negado, argumentando que todavía no

estaba listo para un enfrentamiento con los animales sagrados. Un combate desproporcionado propiciaba el riesgo de desembocar en la ira de Baal y la maldición de los navíos de guerra de sus socios foceos. Hiram acató la voluntad de su padre y actuó de anfitrión junto con Ataralki, pero con el orgullo herido por la falta de confianza de Argantonio.

Saore y su hermano Abissabar estaban sentados en la fila trasera, junto con el resto de las sacerdotisas y sacerdotes del templo y los comerciantes foceos que habían llegado el día anterior. Irenio, el asistente de Agathon, se había colocado al lado del príncipe Abissabar. Al igual que la princesa, era la primera vez que asistía al ritual taurino en el templo. Irenio admiraba a Argantonio por la templanza con la que llevaba las riendas del reino de Tarteso y por la cercanía en el trato con Agathon y los demás pueblos con los que comerciaba; no obstante, durante los meses en los que había vivido en Asta, pendiente de la construcción de los pentecónteros, había acabado asqueado de la fina línea de separación entre los diferentes estamentos sociales en la capital del reino, que bebían como iguales en las tabernas del puerto, y del poco refinamiento de la corte de Argantonio. Las piezas de cerámica ática con las que servían los alimentos los reyes de Tarteso eran las mismas que podría usar cualquier meteco rico de Masalia. De todos modos, sentía la curiosidad del extranjero ante el rito exótico que estaba a punto de presenciar.

La sacerdotisa colocó el olíbano en los incensarios y entonó unos cánticos para llamar la atención de Baal, que apenas resultaban audibles para los presentes en el patio. Corría una suave brisa que llevó hasta las gradas el aroma del incienso. Saore se cubrió los

brazos con el chal de lana. De repente, uno de los cuatro bueyes se incorporó y se acercó a Argantonio; era el animal que el dios había elegido para el sacrificio de sangre.

El rey acarició el morro del animal, situado al mismo nivel de su propia cabeza. Las astas, sin embargo, se elevaban sobre la altura de ambos en dirección al cielo sin nubes. Le colocó el frontil a la bestia con cuidado de no rasgarlo y se arrodilló ante ella, dejando los útiles rituales sobre la arena. La sacerdotisa, una vez retirados del patio los otros tres bueyes sagrados, se colocó detrás del rey y ambos prometieron a Baal seguir el camino que este decidiera. Argantonio se levantó, cerró los ojos y respiró hondo hasta sentir que, en aquel momento, solo estaban él y el buey de Baal sobre la arena, imagen y símbolo de los dioses en la tierra, benefactores de la prosperidad de un pueblo hospitalario y desconfiado a su vez. El rey miró al animal, que había permanecido quieto frente a él. Izó la lanza y se la clavó en el lomo, con la fuerza adecuada para no abrir ninguna herida sangrante en la piel. Saore ahogó un grito con la mano sobre los labios. El buey, igual que la princesa, soltó un bramido de alerta y corrió en círculos alrededor del patio para alejarse de la lanza del rey, que ya no volvería a usarla en todo el ritual más que para llamar la atención de la bestia.

El rito se extendió durante poco más de dos horas. La luz natural que los iluminaba se fue debilitando a medida que Argantonio, en vano, realizaba elegantes movimientos con los brazos hacia el animal, cambiando el venablo de una mano a otra. El buey, desconcertado, rehuía la figura del hombre cuando este se acercaba demasiado. De vez en cuando, repetía los bramidos desorientados a la espera de que las otras bestias le contestaran. El animal perdía

vitalidad a medida que consumía sus fuerzas corriendo y huyendo. De golpe, dejó de dar vueltas en círculo y se quedó quieto cerca del muro opuesto a aquel en el que se sentaban los espectadores. Soltó un resoplido profundo y arañó el suelo de arena con la pezuña delantera, levantando una suave nube de polvo rojizo alrededor de sus patas. Bajó la cabeza y se dispuso a embestir al rey. Saore aguantó la respiración cuando su padre cruzó el venablo frente a su pecho. El buey se dirigió hacia el centro del patio en dirección a Argantonio, mas sin aumentar apenas la velocidad de su movimiento, por lo que el rey esquivó el embiste caminando unos pasos hacia delante y arqueando la espalda sin esfuerzo. Repitieron aquella coreografía tediosa sin aportar ningún ápice de emoción ni agitación a los allí presentes, como si ambos danzaran solo para el deleite de un dios que, con seguridad, estaría aburrido de aquel espectáculo. Por fin, al buey lo abandonaron las fuerzas y se acostó sobre la arena. Argantonio se acercó a él con movimientos cuidados, se desenrolló la cuerda de la muñeca y ensogó al animal, que, sumiso, se dejó llevar hasta una de las columnas laterales del patio, la única que tenía grabadas las leyes tartesias, y volvió a postrarse en el suelo. En un enfrentamiento entre bestia y hombre, este pone a prueba ante el dios su agilidad, pues jamás podrá darse un combate en igualdad de condiciones.

El mismo Argantonio amarró al buey de Baal a la columna para iniciar el sacrificio de sangre. La suma sacerdotisa colocó sobre la arena, a escasos codos de ellos, un pequeño altar portátil en forma de piel de buey extendida y encendió el fuego sagrado con el que finalizar el rito y augurar un buen trato comercial. A continuación, se arrodilló al lado del animal y le palpó el cuello meticulosamente

hasta dar con el lugar exacto para hacer la incisión. La piel de la bestia ardía, pues todavía no conseguía respirar con normalidad. La mujer sacó un puñal de la faltriquera y lo hundió en la carne del cuello. La sangre, oscura y espesa, empezó a brotar sin prisa. Entonces colocó bajo la herida la crátera de cerámica negra que había llevado el próxeno Agathon como ofrenda. Introdujo un hisopo formado por ramas trenzadas de hinojo fresco y roció la figura del rey con la sangre del buey. Repitió la misma operación con la crátera en la mano, salpicando la arena del patio, alrededor del altar, en la puerta de la galería y en la columna donde todavía yacía atado el animal exhausto. Introdujo la mano en el recipiente hasta localizar un pedazo de sangre coagulada, que depositó con solemnidad en las manos de Argantonio. El rey amasó el coágulo hasta formar una pasta con él, con la que tiñó su barba argéntea mientras recitaba una oración en la lengua de sus antepasados.

La ceremonia llegaba a su fin. La suma sacerdotisa vertió la sangre restante sobre el altar. Las llamas bajas crepitaron y el fuego se consumió poco después. Aplicó una cataplasma a base de flores de caléndula, miel y arcilla sobre la herida del cuello del buey de Baal y la cubrió con un pedazo de tela limpia de lino. Argantonio condujo al animal, cada vez más recuperado del ejercicio en el patio del templo, al interior junto con los otros tres ejemplares.

Los asistentes se levantaron de las gradas para descender hasta la arena. El príncipe Hiram ayudó a sus hermanos menores a bajar el último tramo, más por cordialidad que porque fueran a sufrir un percance de ningún tipo. Saore se abrigaba bajo el chal de lana. El tiempo primaveral era agradable para pasear por Isla de Gerión, pero no así para estar al aire libre sin posibilidad de moverse durante

parte de la tarde. Se encaminó hacia el porche de columnas buscando algo de resguardo. A pocos dedos de la base de la columna grabada, en la arena, todavía quedaban restos de coágulos de sangre del buey sagrado. Era la primera vez que asistía al rito con los bueyes de Gerión y, tras la emoción inicial, la ceremonia le había parecido monótona en exceso. El próxeno Agathon paseaba junto a su asistente. Ambos conversaban de manera informal, ajenos al formulismo del resto de las personas que había en el patio. Saore oyó a Agathon murmurar con cierta sorna en la voz:

—Por un momento he deseado con todas mis fuerzas que me abrieran la garganta como a la pobre bestia y así acabar con esto cuanto antes.

Irenio esbozó una sonrisa que trató de ocultar con la mano.

—Mañana mismo podremos embarcarnos de vuelta a Focea; hagamos las cosas tal y como se espera de nosotros, Agathon.

Cuando pasaron cerca de la princesa, la saludaron con una leve reverencia de cabeza. Esta, sin entrar en formalidades, les preguntó en un perfecto eolio por qué la ceremonia no había sido de su agrado. Agathon, extrañado, dejó la incómoda conversación con la niña insolente en manos de su asistente y se alejó de ellos con disimulo.

—No sabía que hablaras tan correctamente mi idioma, princesa —se sorprendió Irenio, cambiando la modulación de la voz hacia un tono más afable.

—Mi *mathetria* es helena, como tú. Nora y yo hablamos eolio con más fluidez que nuestros hermanos, los príncipes. Además —explicó con cierta suficiencia tras ver el interés que mostraba el foceo—, sé tocar la forminge y también componer poesía.

—Me encantaría escuchar una de esas piezas, princesa Saore.

Irenio llevaba meses asentado en Asta. Si bien Agathon, al igual que Anthousa, vestía con quitones helenos de ricos bordados y llevaba el pelo corto, con la nuca al descubierto, Irenio usaba los mismos ropajes que tartesios y fenicios, con túnicas cortas y sencillas sandalias sujetas por encima del tobillo. Se había dejado crecer el pelo durante sus meses de estancia en Tarteso. Saore se había fijado en sus rizos, tan menudos y abundantes, pues le recordaban a la representación del pelo de Medusa en las jarras helenas que tenían en el palacio de Isla de Gerión, y también en la altura del joven foceo, que sobrepasaba en una cabeza a casi todos los hombres del reino. Si bien Irenio había nacido en Focea, a su padre lo habían nombrado próxeno de Masalia, donde vivió con su familia hasta que ascendió a asistente de Agathon. Era un joven que apuntaba lejos en cuanto al tipo de diplomacia que se esperaba de los foceos en el occidente del Gran Mar. En las altas esferas políticas de Tarteso, el joven Irenio ya era por todos conocido debido a su don de gentes y la eficacia con la que atendía las tareas para el próxeno.

Tras unos segundos de titubeo, la princesa retomó la conversación de la manera más directa que supo:

—¿Por qué no te ha gustado la ceremonia con los bueyes de Gerión?

—¿Qué te hace pensar que no me ha gustado?

—Os he oído hablar, a ti y al próxeno.

—El acto ha sido de nuestro agrado y estamos muy agradecidos con el rey Argantonio por haber firmado un pacto tan interesante para todos en muchos ámbitos. —Irenio se agachó para ponerse a la

altura de Saore e incrementar el grado de complicidad—. Princesa, creo que has malinterpretado las palabras del próxeno. Agathon es un hombre de otra época. Además, estos dos días han sido agotadores para nosotros. No quiero aburrirte con temas de diplomacia, pero los ejércitos enemigos amenazan nuestras tierras, y toda esta preocupación se suma al accidente que sucedió ayer en el faro.

—Entiendo todo esto que explicas. De todos modos, mi padre nos ha contado que el daño que sufrió el barco era muy superficial y ha podido repararse con facilidad.

—Sí, porque los dioses sonrieron a nuestro favor. —E Irenio sonrió a su vez. Notó que la chiquilla se ruborizaba, tal vez por incomodidad, y se incorporó—. Ayer quedé maravillado con tu saber hacer con los fareros, princesa. En breve serás una de las mejores diplomáticas del reino y nuestra función aquí no tendrá ningún sentido.

Saore rio con la broma, pese a que las últimas palabras las había pronunciado con expresión exageradamente solemne.

—Princesa —dijo en actitud cómplice—, no me ha pasado por alto tu angustia cuando el rey ha sometido al buey en la columna.

Saore tragó saliva para sopesar la respuesta que debía darle al foceo. Sabía que ningún buey sagrado debía sacrificarse en provecho de un trato entre mortales; sin embargo, Saore sufría con el padecimiento de los demás, incluso el de los animales. Los bueyes vivían en Isla de Gerión y ella podía pasar horas observándolos en la dehesa, con su pelaje rojo de fuego y sus andares parsimoniosos, sabiéndose protegidos y cuidados.

—A mí tampoco me gustan las ofrendas de sangre —prosiguió Irenio, adivinando lo que se ocultaba tras el silencio de la niña—. Los animales también son hijos de los dioses, y los hombres lo olvidamos según nuestras necesidades.

—Pero los helenos también hacéis servicios con animales en los templos, ¿no?

—Sí, pero estas tradiciones arcanas van desapareciendo con los nuevos tiempos y estos ritos se hacen en la intimidad de los templos, sin la presencia de laicos como espectadores.

La conversación se interrumpió cuando el rey regresó al patio del templo, desprovisto del atuendo ritual. Se había purificado el cuerpo y retirado la sangre reseca de la barba, y ahora vestía la túnica púrpura real, ceñida con un cinturón formado por placas de oro decoradas con minúsculas esferas hundidas. Llevaba dos figuras de bronce fundido iguales y le ofreció una de ellas a Agathon. El foceo la examinó con curiosidad: representaba la estatua de un buey sobre una peana del mismo material y con la cabeza inclinada hacia delante, tal y como había hecho el buey de Baal antes de embestir a Argantonio.

La comitiva abandonó el templo. Bajaron la colina por un camino formado por la tierra comprimida por las pisadas a lo largo de los años hasta llegar a un pequeño saliente en la marisma. Argantonio y Agathon caminaron, uno al lado del otro, y se adentraron en la laguna hasta que les cubrió las rodillas. Extendieron los brazos hacia el agua para ofrendar al dios y depositar en la superficie las figuras de los bueyes sagrados. Una vez que el agua las hizo desaparecer, los dos hombres se agarraron por los codos y juntaron las cabezas en señal de respeto.

—Mi buen Agathon —dijo el rey, en un susurro—, la ceremonia ha concluido como esperaba. Auguro un lazo cada vez más sólido entre nuestros pueblos.

—Lo doy por seguro, mi señor; pero el motivo por el que estamos preocupados es la estabilidad de las fronteras en Oriente ante el avance del ejército persa. Ojalá esta partida de navíos llegue a tiempo para evitar el asedio de nuestra ciudad.

—Rezaré a los dioses para que así sea.

Agathon asintió con la vista puesta en un punto infinito del lago, satisfecho porque la interminable jornada al lado de Argantonio había concluido. Rozó con el dedo gordo del pie la estatua del buey hundida y dio media vuelta para regresar a la orilla.

4

552 a. C., Gadir

Argantonio y Ataralki conversaban en la cubierta de la barca real durante el trayecto hasta Gadir, de la que se decía que era la perla de Occidente. Aquella mañana de primavera el cielo estaba despejado de nubes y soplaba un viento suave de poniente que refrescaba a ratos la travesía a mar abierto una vez que cruzaron el destacamento de Aipora. La costa a partir de entonces era menos agreste, pero también menos fértil, formada por lenguas de arena dorada que confluían en la ciudad. En una racha de viento llegó hasta la tripulación de la barca real de Argantonio el hedor a marisco putrefacto. A Ataralki le fastidiaba viajar hacia Gadir, y aquel era uno de los motivos. Era una ciudad que se olía mucho antes de divisarla. A las afueras se concentraban las industrias relacionadas con la pesca: los astilleros, algo más humildes que los de Tarteso; la factoría de salazones o los talleres de ánforas destinadas a transportar los productos fenicios por todo el Gran Mar. No obstante, era la industria del púrpura la que asqueaba al gobernador tartesio. Del mismo modo que se realizaba en Tiro desde siglos atrás, los fenicios de Gadir obtenían el púrpura machacando las conchas de los múrices para, después, teñir el lino de las telas con las que los

ilustres personajes fenicios y tartesios gustaban de vestirse, como el propio Ataralki.

—Mi señor, no hay duda de que en breve habremos fondeado en la ciudad —dijo Ataralki cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo de lino impregnado en perfume—. He aquí el misterio de lo innecesarias que son las murallas en Gadir: ningún enemigo realizaría asedio alguno con tal pestilencia.

Argantonio rio campechano ante el comentario. El gobernador no bromeaba jamás, y su sobriedad le resultaba jocosa al rey en ocasiones como aquella. El monarca viajaba con un humor estupendo, fruto de la tranquilidad de haber cerrado días atrás el trato comercial más importante de toda la historia de su reinado. A diferencia de los fenicios, los foceos pagaban los productos al precio estipulado sin regateos. En las forjas tartesias se elaboraba el mejor armamento para combatir a babilonios y persas. Los barcos foceos volvían hacia Masalia cargados de trabajos en bronce, plata, plomo y cobre extraídos de las minas del norte del reino de Tarteso o estaño importado de las islas Casitérides, y también de hurones, un animal tan codiciado en las islas helenas.

Con las arcas del reino llenas, Argantonio se sentía seguro ante todos los tejemanejes que pudiera acarrear la negociación con el gobernador de Gadir, un personaje turbio, tan opuesto a Ataralki en cuanto a la administración de sus territorios.

—Mi señor, yo no confío en el truhan de Hadad —admitió tras unos minutos en silencio, una vez que se hubo acostumbrado al olor de los múrices—. No hay duda de que pretende hacerse con el estaño a precio de ganga. ¡Y con el cobre y la plata! Más nos conviene dejar las minas sin explotar que regalarle el metal.

—Yo tampoco confío en Hadad. Sin embargo, ya me recordaste que no podemos extraer la miel de un solo panal.

—Pero, mi señor, yo…

—La realidad es que muchas de las minas del río Rojo, y también las del norte, no rinden con la productividad para la que estarían preparadas. Míralo así, Ataralki: esta transacción también revierte en un mayor contento con las exportaciones a Focea.

—¿Y serán aptos para trabajar con nuestros mineros? —dudó Ataralki—. ¿No temes que causen más problemas que beneficios?

—¿Y qué problemas crees que puede causar esta pobre gente, mi buen Ataralki? —Argantonio, divertido, sacudió la mano para dar por zanjados los recelos del gobernador.

Frente a ellos apareció el pequeño archipiélago de islas que formaba el estado de Gadir. En los días como aquel, de cielos limpios y con la luz potente del sol reflejada sobre el agua, la ciudad podía pasar desapercibida a navegantes poco familiarizados con las costas más allá del estrecho de las columnas de Heracles, como lo nombraban los foceos. Gadir se extendía hacia el interior con la misma fina elegancia con la que las dunas controlaban la línea de costa, ausente de colinas y acantilados. Además, a plena luz del mediodía, apenas se distinguía del paisaje lindante debido a los tonos dorados de la roca sedimentaria con la que, desde los primeros asentamientos, se levantaron los edificios de la antigua colonia de Tiro. Sin embargo, ahí estaba, con la misma actividad frenética que Asta.

La barca real atracó entre dos de sus islas, en un fondeadero natural cubierto por algas pardas. Seis soldados fenicios esperaban la llegada del rey y del gobernador de Tarteso. Los tartesios

montaron en un carruaje de madera de doble eje pintado de azul y amarillo, tirado por dos caballos jóvenes. Cerca del fondeadero corría un pequeño arroyo que abastecía de agua potable aquella zona de la ciudad. Siguieron el curso inverso del agua por calles anchas pavimentadas de arcilla roja en las que el conductor sorteaba el ganado y el resto del tráfico rodado hasta detenerse frente a la vivienda más lujosa de la vía.

Hadad, el gobernador de Gadir, recibió a los dos tartesios en la sala de audiencias del palacio gubernativo. Saludó a Argantonio con franca efusividad, pero no así a Ataralki, su igual. El gobernador tenía alma de comerciante sin escrúpulos, pese a provenir de una de las familias aristócratas más antiguas de Gadir y tan solo haber navegado a pocas millas de sus fronteras. En un primer vistazo llamaba la atención la perfecta redondez de su cara, enmarcada con una barba negra salpicada de hebras rubias y pelirrojas. Si bien el pelo raleaba a la altura de las sienes, las ondulaciones de su cabello se marcaban con firmeza alrededor de la cabeza gracias a una mezcla de aceite de oliva y miel. Al igual que a Argantonio, a Hadad le gustaba hablar con la franqueza del que no da lugar a confusiones. Sin embargo, Ataralki no confiaba en sus buenas maneras. La ciudad de Gadir, próspera durante eras, había vivido un periodo de decadencia económica del que se vislumbraba una salida certera, mas todavía lejana. Las ventas de aceite de oliva se mantenían estables en las rutas comerciales del norte y sur del Gran Mar; sin embargo, la cerámica helena estaba desplazando la fenicia, y sus vecinos tartesios pactaban la venta de estaño y otros metales con los foceos a un precio con el que a ellos, los fenicios, les resultaba difícil competir. Por ese motivo, el gobernador Hadad se

proponía negociar con Tarteso un nuevo pacto de comercio: para recuperar a un precio razonable la provisión de estaño que se requería en Oriente para trabajar el bronce.

Ataralki observó la actitud de Hadad con el rey. Si bien sonreía con amabilidad, intentaba ocultar los ademanes ansiosos colocándose una vez y otra los mechones de pelo tras la oreja. Cuando Argantonio tomó asiento a su lado y Ataralki frente a ellos, los ojos del gobernador brillaron como la luz del rayo en una noche de tormenta.

—Espero que la travesía hasta Gadir haya sido tranquila, rey Argantonio.

—Los vientos han sido muy favorables en esta ocasión.

—Tengo entendido que el viento no ha sido lo único favorable últimamente en vuestro reino —dijo Hadad con un deje de sorna mal disimulado.

Ataralki crispó las manos sobre su túnica y se mantuvo callado, a la espera de la respuesta del rey. Ante el silencio que se había adueñado de la sala, reanudó la conversación sin esconder el hastío hacia su interlocutor.

—Has sido informado con precisión, Hadad. Sin embargo, hasta el babanca más desprevenido de estas islas habrá sido testigo del paso de la flota de pentecónteros rumbo a Focea.

—Por supuesto, Ataralki; tengo ojos en la cara.

—Los persas del rey Kuros están amenazando con atacar el continente —interrumpió Argantonio para paliar la hostilidad entre los gobernadores.

—Y no podéis daros el lujo de perder a un socio tan acaudalado.

—Hasta hoy, las relaciones con los helenos nos han sido muy favorables a ambas partes, del mismo modo que lo son con los fenicios, Hadad.

—No en los tiempos presentes, rey Argantonio.

—Y presumo que este es el motivo de tu invitación: volver a establecer alianzas entre nuestros pueblos.

—Vuestros socios cartagineses son inestables y también peligrosos —dijo Ataralki—. Nuestra desconfianza está totalmente justificada. Hace tiempo que dejaron de ser comerciantes; ahora los mueve la avidez de conquistar nuevas tierras.

Desde los albores de la civilización, los fenicios habían sido un pueblo con la mira puesta sobre el mar y las vías comerciales más allá de sus fronteras. Aquella naturaleza, junto a un emplazamiento en un territorio tan disputado por unos y otros a lo largo de la Historia, había impedido la consolidación de una autoridad que aunara las diferentes ciudades independientes fenicias del oriente del Gran Mar. Ni siquiera en tiempos convulsos. Tras el largo asedio acontecido dos décadas atrás, la ciudad de Tiro consiguió liberarse del yugo babilonio, pero a un precio demasiado alto para sus arcas. Durante los años de bloqueo, el único abastecimiento que logró mantener a Tiro en una defensa pasiva llegó por mar de manos de los dirigentes de Cartago, la ciudad meridional fenicia más importante del Gran Mar. Mientras persas y babilonios batallaban por el dominio de las tierras fértiles del levante, los ejércitos cartagineses, mercenarios de fidelidad aleatoria, modulaban las pautas de lo que, en un primer vistazo, se vislumbraba como una especie de imperio que aglutinaba las colonias fenicias australes, junto con los pueblos autóctonos de tradición agrícola. Ataralki se

mostraba desconfiado frente a Hadad por el inevitable avance de los cartagineses hasta las tierras emplazadas al otro lado del estrecho.

—Los cartagineses no son más que nuestros hermanos desagradecidos. —Hadad se dirigió a Ataralki por primera vez en la reunión—. Han acabado por olvidar de dónde vienen, y las únicas relaciones que profesan hacia todos los hijos de Tiro que se han asentado a este lado del mar están teñidas de una altivez que no vamos a tolerar.

—Y, sin embargo, las informaciones que nos llegan afirman que los cartagineses han abierto nuevas rutas comerciales hacia el norte y pugnan con los helenos por el control de Sikelia.

—Todo eso es cierto. —Hadad miró con franqueza a los tartesios —. Rey Argantonio, somos afortunados de vivir al otro extremo de los conflictos de intereses que, en algún momento u otro, cambiarán el devenir del Gran Mar. Nosotros no aspiramos a extender nuestras fronteras, sino a vivir de la mejor manera en este rincón que los dioses nos han otorgado.

Hadad, insuflado por la confianza del buen gobernante, se atrevió a dejar a un lado la diplomacia y abordar sin ambages la situación que los había llevado a reunirse en Gadir. El gobernador se sentía dolido, no traicionado, por la transacción de la flota de pentecónteros para Focea, pues temía que el abastecimiento de estaño en las Casitérides al final acabara monopolizado en su totalidad por los helenos. En aquel momento, Hadad era consciente de que no podía comprar el estaño tartesio al precio que los foceos le pagaban a Argantonio. Por ese motivo, una vez que se aseguró del miedo de Ataralki a comercializar un único producto a un solo socio, Hadad convenció a Argantonio de negociar la compraventa de

metales autóctonos e importados. El estaño que obtenían de las expediciones anuales a las Casitérides se lo habían vendido en exclusividad a los helenos. El gobernador Hadad propuso un trato: venderían una parte de estaño a Gadir, a un precio algo menor al que pagaban los foceos, y Hadad se aseguraría de invertir en el fomento de la minería del territorio, así como en la compra de plata, cobre y hierro procedentes de la explotación de las minas tartesias o, en su defecto, de productos metálicos manufacturados. El fenicio conocía la situación de las minas de plata y plomo emplazadas al norte del río Tar, así como la escasez de mano de obra cualificada para llevar a cabo la extracción del mineral a su máximo rendimiento. Hadad estaba convencido de que esa misma tarde tartesios y fenicios firmarían un acuerdo que marcaría un nuevo rumbo encaminado a estrechar de nuevo los lazos entre vecinos y que, gracias a ello, Gadir volvería a navegar hacia Oriente con las bodegas de las embarcaciones de carga a rebosar de lingotes y armamento de bronce.

—Tu proposición conlleva una serie de riesgos que habrá que meditar y valorar —dijo Ataralki con cierta reticencia, a la espera de que su homólogo solucionara las dudas que no se atrevía a pronunciar.

—Tu incertidumbre te honra como responsable del bienestar de Tarteso, y entiendo que sea difícil confiar en mi palabra.

—No es una cuestión de confianza o falta de ella —rebatió Ataralki —, sino la novedad que comporta este acuerdo. La población de Tarteso es vasalla del rey Argantonio, así como de la realeza que se remonta hasta Gerión.

—Vasalla pero libre —dijo el monarca con solemnidad.

—¿Y qué es la libertad, si lo piensas?

—La libertad es la capacidad de elegir.

El gobernador Hadad soltó una carcajada corta, sonora. Forzada.

—Rey Argantonio, hablemos como lo que somos. Vivir la vida según las elecciones de cada uno es una quimera que ni tan siquiera nosotros, los poderosos, podemos permitirnos. Desengáñate: la libertad no es la capacidad de elegir, sino más bien la capacidad de saber elegir. Y nada más que eso. Dime: entonces ¿en qué difieren un pescador, un artesano, un minero libre de uno privado de su libertad? De un modo u otro, el pueblo nos pertenece y somos responsables de él, como padres, de garantizar el bienestar de los nuestros. Los hombres fijan su propio precio según les conviene. Un campesino es esclavo de su tierra, y un esclavo, de su rey. Y el resultado no difiere en ninguno de los dos casos.

—Sí, en el trato que reciben uno y otro.

—Ataralki, me ofendes con tus vacilaciones. No somos bárbaros. Ni tampoco helenos. —Hadad hizo una breve pausa; sonreía tan solo con los ojos—. Has paseado con anterioridad por las calles de Gadir. Y, si fuera tu deseo, podrías visitar personalmente los talleres y comercios que se te antojaran. Estoy más que seguro de que no serías capaz de distinguir a un ciudadano libre de un esclavo. Tratamos a nuestros esclavos del mismo modo que a un ciudadano extranjero, con sus derechos y sus obligaciones. Y, si así lo quisieran, incluso podrían comprar su libertad y regresar a su lugar de origen.

—Entonces, Hadad —dijo Argantonio—, ¿esta partida de esclavos sería apta para el trabajo que requerimos?

—Por supuesto, rey Argantonio. Nuestros proveedores se han encargado de que esta «mercancía» sea la óptima para las

necesidades de los tartesios. Conocen el trabajo que van a realizar a la perfección, son cuidadosos y, por lo general, imponen el raciocinio en sus quehaceres. Aléjalos del vino y serán los mejores trabajadores que tengas en tu reino.

En una de las islas aledañas a la isla mayor de Gadir, los esclavos esperaban a ser trasladados al reino de Tarteso. Tras meses de búsqueda, los comerciantes fenicios habían conseguido aglutinar en puerto seguro a más de un millar de esclavos, hombres jóvenes y también mujeres, provenientes de los afamados mercados esclavistas helenos de Mileto, Sikelia y Etruria. Hadad afirmaba haber descartado aquellos individuos procedentes de razias o hijos de la piratería, y todos aquellos a los que sospechaban que habían raptado a la fuerza para saldar cuentas pendientes. Los mercaderes fenicios acataban órdenes de las más altas esferas de Gadir, por eso se aseguraron de las compras una a una. La mayoría de los varones procedían de las montañas de Tracia o de las zonas rurales circundantes de influencia helena. Entre los esclavos había un número elevado de obreros tracios llegados de las minas del territorio del río Despatis. A otros, a su vez, los habían trasladado a propósito desde las minas de plata del Laurion, convencidos de la prosperidad que encontrarían bajo la tutela del rey del mundo emplazado en los confines de la tierra. Muchos de los hombres habían nacido esclavos, por lo que el carácter belicoso característico del pueblo tracio se había diluido a causa del desgaste tras pasar de mano en mano.

—¿Y en cuanto a las mujeres?

—Entran con el lote de varones, rey Argantonio. La gran mayoría son tracias, pero, a diferencia de ellos, las compramos a precio de

saldo en Mileto.

—¿Cuáles son sus aptitudes?

—Ningunas, pero serán indispensables para que los mineros puedan asentarse de forma estable en vuestras tierras y no se desvíen de sus propósitos. Ninguna mujer tartesia querría tener nada que ver con estos bárbaros orientales, ¿no es cierto?

Uno de los sirvientes interrumpió con discreción la reunión para anunciar en voz baja al gobernador Hadad que el almuerzo estaba preparado en el salón principal del palacio.

—Si es de vuestro agrado, podemos pasar a almorzar antes de revisar todas las condiciones de la compra de la «mercancía».

La mesa de madera, que ocupaba buena parte del salón comedor, estaba cubierta casi en su totalidad de recipientes colmados de alimentos. La mezcla de los distintos aromas abrió el apetito de los tartesios al instante, en especial el de las tortas de pan de cebada recién horneadas, que predominaba por encima de todos. En uno de los extremos se emplazaban las sillas de los tres comensales, aunque cedían el honor de presidir la comida al rey Argantonio. Dos sirvientes se encargaban de hacer llegar las viandas a los platos del rey y los gobernadores, y de mantener siempre llenas las copas de vino de pasa rebajado con agua. Una vez que hubieron dado cuenta de las habas cocidas en aceite de oliva y del queso de oveja, los criados colocaron frente a los comensales los platos de cerámica anchos y una pequeña cazoleta en el centro, donde servirían el pescado.

Argantonio apretó los labios sin disimular su aversión una vez que tuvo la caballa en salsa emplatada, pero Hadad no reparó en el gesto. Nunca había llegado a acostumbrarse ni al sabor ni mucho

menos al olor de los guisos de pescado que preparaban en Gadir. El rey prefería comer los peces recién capturados en el lago y cocinados de la forma más sencilla posible. Sus cocineros separaban los lomos de los esturiones o de las anguilas y los asaban ligeramente en las brasas de la lumbre o en el horno, de tal manera que no acabaran nunca de perder el aroma a mar. En Gadir, en cambio, hacían con ellos el garo, una salsa intensa que no era más que el resultado de la maceración en sal de vísceras y de pequeños ejemplares durante una estación entera. Fuera caballa, sardina o róbalo, todos los platos de pescado le acababan sabiendo igual.

Tras la comida, Argantonio partió de vuelta a Isla de Gerión con la barca real. Ataralki se quedó en el palacio del gobernador de Gadir para cerrar el trato de la venta de esclavos tracios. Confiaba por completo en la intuición del gobernador de Asta. Al fin y al cabo, vivía por y para Tarteso. Se encargaría de supervisar durante el resto de la jornada los requisitos y las formalidades del contrato, y se aseguraría de que la mercancía estuviera en buenas condiciones de salud para que pudieran trasladarla al día siguiente hasta la capital. Estaba seguro de que, a partir de entonces, se podrían retomar en fraternidad los negocios con los fenicios, explotar las minas propias y aumentar la producción de armamento con una colaboración más estrecha. Sin embargo, cuando se negociaba con Hadad, uno siempre debía permanecer con todos los sentidos en alerta; Argantonio había notado cierta opacidad en los ojos relucientes del fenicio, y ese día más que en otras ocasiones del pasado. Mientras todos se encontrasen en un mismo frente, no había nada que temer ante la codicia de los cartagineses, había dicho Hadad en numerosas

ocasiones. No obstante, Argantonio no acababa de creer que aquella premisa fuera cierta.

5

552 a. C., Asta

Saore se negaba a vestirse. Sabía que su padre y sus hermanos la estaban esperando para embarcarse hacia Asta, donde tendría lugar la recepción del barco fenicio que transportaba los esclavos tracios desde Gadir. Anthousa mantenía la calma ante la niña, pero temía no poder convencerla para que formara parte de la comitiva real, como había hecho en las últimas ocasiones.

—Anthousa, no te entiendo. Tú misma has dicho muchas veces que uno de los motivos por los que amas vivir aquí es porque todas las personas son libres ante el rey.

—Sí, princesa, así es. Sin embargo —y en ese momento su voz no sonó tan convincente como habría querido—, la situación actual así lo requiere. Tu padre es el hombre más bondadoso que conozco. Y también el más sabio. Por ello, estoy segura de que habrá meditado lo suficiente esta decisión.

Anthousa había nacido y crecido rodeada de esclavos. En el gineceo de su tío, a las más jóvenes de la familia las atendían damas de compañía, ayudantes de cámara y camareras, todas ellas esclavas. Una vez encontraron a las damas vistiéndose con los lujosos peplos y las joyas de Anthousa y sus primas, imitando los ademanes de las chiquillas. Ellas lo tomaron como un juego de las

esclavas y no como una ofensa, pero no así su tío, que las mandó azotar en el patio del *andron*; nunca más volvieron a verlas en las estancias de la villa.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. El rey entró en la cámara de su hija, pero no parecía molesto por la espera que esta causaba al resto de la familia. Argantonio hizo un leve gesto con la cabeza, señalando la puerta, para que Anthousa los dejara a solas en el dormitorio. Cuando la *mathetria* pasó al lado del rey, este bloqueó con el cuerpo la puerta de salida durante el breve instante en el que susurró al oído de la mujer unas palabras de agradecimiento. El aya se sonrojó e hizo una pequeña reverencia antes de abandonar la cámara.

—Saore, mi preciosa niña. Anthousa me ha contado tu enfado y entiendo cómo te sientes.

—No, padre, no me entiendes.

—Sí que lo hago, Saore, pero solo te pido una cosa: acompáñame a la recepción y, una vez que veas con tus propios ojos de qué trata esta empresa, retomemos esta conversación.

Ataralki había llegado a Asta con las primeras luces del día, acompañado por el gobernador de Gadir, Hadad, y los barcos de carga fenicios con los esclavos tracios. Se había levantado un campamento provisional a las afueras de la capital del reino para alojar a los esclavos durante los trámites previos en los que se determinaría el destino de cada uno de los trabajadores. Las minas de cobre explotadas en la orilla opuesta del lago de Tarteso funcionaban a buen rendimiento, por lo que enviarían una pequeña

partida con los más jóvenes y menos experimentados, para que se incorporasen a la vida de la cuenca minera del río Rojo. El propósito de Ataralki era potenciar la extracción de cobre, plomo y plata en la sierra, a pocas millas del templo de Baal, creando nuevas colonias mineras con los obreros tracios más diestros en aquellos menesteres. Sin embargo, orientado por los mejores ingenieros del reino, el gobernador de Tarteso pensaba expandir la explotación de minerales al norte del territorio, aprovechando la ruta del comercio del estaño con las Casitérides desde el estuario del río Taio. Tiempo atrás, se habían encontrado filones de este material, junto a otros de cobre y galena, a algunas millas del templo de Astarté de Peña Roja. La llegada de nueva mano de obra haría posible materializar la gran empresa extractiva del reino de Tarteso.

La familia real llegó al campamento acompañada por los consejeros y funcionarios de las poblaciones tartesias que se harían cargo del mantenimiento de las colonias mineras y de la transformación de los metales. Los esclavos estaban sentados en el suelo de tierra prensada, del mismo modo que podría exhibirse cualquier objeto que hubieran llevado los fenicios desde tierras orientales. Lo primero que le llamó la atención a Saore fue el aspecto que presentaban los tracios. Recordaba las historias de Anthousa sobre el mercado de esclavos de Mileto: filas de hombres y mujeres vestidos con harapos que apenas les cubrían el cuerpo, con la cabeza gacha, mientras los potenciales compradores los examinaban palpándolos como si fueran piezas de fruta o ganado apto para el agro. Sin embargo, aquellas historias de Anthousa no correspondían a la realidad que se presentaba en aquel momento ante ella.

Aquellos esclavos tracios vestían del mismo modo que lo hacían los artesanos de Asta o los agricultores de los campos colindantes al río Tar. Nada de ojos saltones, pómulos sobresalientes o pantorrillas consumidas; los hombres y las mujeres que esperaban la orden de traslado a su destino final estaban bien alimentados y parecían aptos para cualquier trabajo que se les pudiera plantear. Saore se incomodó tras recordar la actitud ingrata que había mostrado con su padre, ya que el rey había estado pendiente en todo momento de valorar la reacción de su hija ante la visión de los nuevos trabajadores de Tarteso. Argantonio le sonreía y ella no podía hacer más que bajar la mirada avergonzada.

El rey habló a la audiencia una vez que todos los asistentes de Gadir y Tarteso se hubieron acomodado en los bancos instalados para la recepción. Saore y sus hermanos permanecían sentados en un lateral de la pequeña plataforma instalada a modo de palestra. Frente a ellos, funcionarios, diplomáticos helenos y fenicios, consejeros, todos acompañados por sus respectivas familias. La gran masa del recinto estaba ocupada por los esclavos, que se pusieron en pie antes de que el rey empezara su discurso.

Argantonio se aclaró la voz y, para iniciar su alegato, agradeció a los invitados que hubieran acudido, mencionando de forma explícita a Hadad, el gobernador de Gadir. Saore vio que este hacía una leve reverencia con la cabeza a su padre y, acto seguido, la desvió hacia el banco donde se encontraban los príncipes y las princesas de Tarteso. Observaba con detenimiento a sus hermanos Hiram y Abissabar. Cuando Hadad desplazó la vista, se encontró con Saore. El pecho del hombre se hinchó bajo la túnica púrpura y los ojos se le encendieron en llamas del mismo modo que lo habían hecho el día

anterior cuando cerró con Argantonio la compraventa de los esclavos. Saore se vio anclada a los ojos verdes del gobernador y la animadversión hacia aquel personaje se extendió por sus entrañas hasta hacer que la piel de los brazos se le erizara. Había coincidido con él en muchas ocasiones desde que tenía uso de razón, pero aquella era la primera vez que reparaba en la presencia del gobernador como algo amenazador; quiso desligarse del contacto visual con él, pero no tuvo éxito.

Argantonio hablaba de manera solemne, gesticulando con las manos como si pretendiera que un pequeño grupo de mariposas se le posara sobre los dedos. En los últimos tiempos, Tarteso había iniciado un periodo de esplendor y prosperidad que parecía seguir en aumento. Una vez fortalecidos los lazos económicos con los foceos meses atrás, las relaciones con los vecinos de Gadir parecían haber tomado un rumbo favorable para ambos territorios. A partir de aquel momento se iniciarían nuevas explotaciones mineras y mejoraría el trabajo en los yacimientos en funcionamiento. Tras los arreglos fijados por los gobernadores Ataralki y Hadad, una vez que se dispusiera de los materiales necesarios, se iniciaría en un futuro cercano una cooperación entre artesanos y forjadores, fenicios y tartesios, en los talleres de las ciudades de Gadir, Asta, Nabrissa y Tarbos, para trabajar el bronce de manera conjunta, sin necesidad de intermediarios.

Adornó con bellas palabras el trato firmado con Gadir. El reino de Tarteso vivía un hecho histórico, pues por primera vez convivirían súbditos libres con esclavos, como ocurría en Gadir y otras ciudades fenicias desde los albores de la civilización. El gobernador Hadad se había asegurado de que fueran las personas más aptas para las

minas de Tarteso. El rey confiaba en que los habitantes de las cuencas acogieran con el mayor respeto y con la amabilidad característica de sus gentes a los mineros. También confiaba en que el comportamiento de los tracios fuera ejemplar. Pese a recalcar que eran propiedad del reino de Tarteso a perpetuidad y que, por ello, debían fidelidad y sumisión al rey vigente, prometió que no sufrirían distinción por su doble condición de esclavos y extranjeros. Se les trataría con la misma deferencia que a un tartesio libre; vivirían en las mismas colonias mineras junto con las familias locales, evitando de este modo la segregación por su origen. Los esclavos jóvenes que así lo desearan podrían escoger a una compañera para formar su propia familia y disponer de una casa propia después de formalizar la unión. Si bien su condición no debería suponer ningún perjuicio, en el remoto caso de que se les movilizara en situaciones de urgencia bélica, se les premiaría a perpetuidad con la libertad individual. Asimismo, los hijos e hijas de los esclavos mineros, por derecho de nacimiento, serían ciudadanos libres tartesios con independencia del origen de los progenitores y tendrían asignada una parcela de tierra para su usufructo.

—Entonces ¿mi hijo tendrá el derecho de comprar mi libertad? —dijo un esclavo en lengua eolia, alzando la voz desde el fondo del recinto.

—¿Quién osa hablar de esa manera al rey Argantonio? —rugió Ataralki.

Con el rostro descompuesto por la ira, se incorporó de su asiento para dirigirse a toda prisa hacia el lugar donde estaban los esclavos tracios. El gobernador Hadad lo seguía unos pasos por detrás. A un lado, un soldado mantenía apresado con las muñecas a la espalda a

un chico alto y musculado, con una firmeza en su ademán que hizo irritar todavía más a Ataralki. El esclavo no forcejeaba y miraba a los gobernadores con la seguridad del que no tiene nada más que su vida para ofrecer. O perder, en cualquier caso. Ataralki aferró al chico por el brazo y lo obligó a arrodillarse ante él. Saore recordó la actitud del gobernador con el niño farero y se incorporó para asir a su padre por la manga de la túnica para pedir una intervención, aun sin tener del todo claro cuáles eran las intenciones del gobernador.

El monarca mandó llamar a la palestra al esclavo. El chico era muy joven, pero llevaba sobre los hombros el peso de haber vivido situaciones que ninguno de los presentes podía concebir jamás. Argantonio se acercó hasta encontrarse cara a cara con el muchacho, que no bajó el rostro ante la presencia del rey hasta que Ataralki volvió a forzarlo a agachar la cabeza.

—Deja al chico.

El gobernador dio unos pasos hacia atrás y el esclavo, por iniciativa propia, hizo una pequeña reverencia hacia el rey. El chico tendría la misma edad que el príncipe Hiram, unos dieciséis años, pero era una cabeza más alto que él. A diferencia del resto de los esclavos, de rasgos similares a los de los helenos que solían visitar Tarteso, el chico tenía el pelo del mismo color de las brasas antes de apagarse. Parecía que su rostro fuera a encenderse de un momento a otro. Pese a tener la piel de la cara curtida por el trabajo al aire libre, una nube de pecas rojizas se extendía de una mejilla a otra.

—¿Cuál es tu nombre, niño?

—Se le conoce como el Escita, rey Argantonio —interrumpió el gobernador Hadad.

El esclavo se giró para clavar una mirada iracunda sobre el fenicio.

—¿Conoces a este muchacho, Hadad?

—Sí, tiene algo de indómito en su naturaleza. Sin embargo, no hay carácter que no pueda domarse a base de constancia… O fuerza —contestó el gobernador de Gadir, pero titubeó antes de justificarse—. Rey Argantonio, mis mercaderes eligieron en concreto a este esclavo por sus grandes aptitudes en el trabajo minero, a pesar de no ser especialmente dócil.

Argantonio ignoró las últimas palabras del gobernador y volvió a preguntar al joven por su nombre.

—Me llamo Aspar, mi señor —contestó, y se giró desafiante hacia Hadad—, pero todos me conocen como el Escita, como bien ha dicho el gobernador.

—¿Acaso eres escita?

—No, mi señor, soy tracio, pero mi madre venía de las estepas del norte.

—Y, además, veo que conoces bien las lenguas helenas. Hablas eolio tan bien como mis hijas —dijo Argantonio, señalándolas con el brazo. El esclavo las saludó del mismo modo que había hecho con el rey momentos antes. La princesa Nora no movió ni un músculo ante la presencia del esclavo ni le devolvió el saludo—. Ahora quiero saber qué pretendías decir con tus hirientes palabras. Habla claro y alto, sin miedo a represalias, que todo el mundo pueda oírte.

Aspar habló claro, mas no alto, pues su alegato lo dirigió solamente a Argantonio.

Cuando se corrió la voz de quién sería el nuevo amo de los esclavos en el mercado de Etruria, muchos de ellos se sintieron aliviados por primera vez en su vida. Algunos habían nacido libres en Tracia, Ática o en tierras de la Jonia continental, y los helenos los

habían tomado como prisioneros de guerra. Otros, los más jóvenes, eran hijos de esclavos y conocían el trabajo en las minas desde la primera infancia. Generaciones de hombres que explotaban los minerales de las minas a lo largo del río Despatis, en su Tracia natal, y conocían a la perfección los secretos del vientre de la tierra. Generaciones de hombres que abandonaban su existencia antes de llegar a ver encanecer sus barbas, como las del rey Argantonio. Entre la multitud expectante por conocer su destino en aquella nueva tierra, se encontraban algunos muchachos jóvenes, tracios en su mayoría, pero también penestes de Tesalia y kilirios de Siracusa, reflotados desde el mismo corazón de los infiernos: las minas del Laurion. Si bien Aspar no había llegado a pisar jamás aquellas minas, se tomó la licencia de hablar al rey en nombre de los que sí habían sobrevivido a los años de trabajo forzado en el infame lugar.

Las minas del Laurion eran las minas de plata más conocidas de Oriente, pero cualquier esclavo prefería la muerte antes de ser enviado ahí, pues, de una forma u otra, aquel lugar era su antesala. Los más afortunados trabajaban en la superficie, en las muelas o en los lavaderos, y en las fundiciones de plata. Sin embargo, no corrían la misma suerte los picadores. De todos era conocido que las galerías eran tan estrechas que solo podían arrastrarse a través de ellas los esclavos menos robustos, niños todavía. Los picadores, al frente del corte, trabajaban al calor de las lámparas, picando las vetas de galena argentífera en cuclillas, de rodillas o tumbados sobre el suelo. Si un esclavo moría en las galerías, los porteadores debían arrastrar el cadáver del compañero hacia el exterior antes de transportar el metal acumulado en la mina. Cuando los fenicios se interesaron por los mejores esclavos de las minas del Laurion, los

trasladaron a Etruria, junto con el resto de los mineros de Tracia. Allí, pasaron el tiempo necesario para recuperar la forma física y alimentarse en condiciones hasta adquirir el aspecto saludable que un comerciante esperaría para hacer una buena compra.

Aspar realizó una pausa antes de seguir hablando. Apretó los puños y los labios, y volvió a mirar directamente a Argantonio, pese a la evidente incomodidad de Ataralki:

—Mi señor, aunque veas a hombres fornidos frente a ti, algunos de ellos ya nunca más podrán hacer esfuerzo alguno con el ímpetu necesario sin dejar de toser el polvo de mineral acumulado en su interior.

—Gracias por tu franqueza, joven Aspar. —Argantonio miró de reojo a Hadad, que se crispó en su asiento—. Vuestros nuevos capataces tendrán el cometido de adecuar el trabajo en las minas a la salud de cada trabajador.

—Mi señor, no esperábamos menos; vuestro nombre es bien conocido allende el Gran Mar.

Aspar le explicó al rey que algunos de aquellos hombres y mujeres, a su vez, sabían leer y escribir, y los que no, conocían las historias que se transmitían en la intimidad de los hogares sobre el misterioso reino de los hijos de Poseidón, un lugar donde los bosques de ribera se alternaban con montes infinitos y fértiles tierras de cultivo. Y tal abundancia nacía de sus tierras, en las que poblaban en concordia animales de distintas procedencias. Un lugar cuyo rey, que llevaba más de un siglo gobernando, era célebre por sus bondades y su hospitalidad. Tal era su benevolencia que había perdonado a los descendientes de Heracles y les tendía la mano como un hermano; un rey que abogaba por la importancia de la

familia y que vivía en un palacio recubierto de marfil, plata y oricalco, emplazado en una gran isla rodeada de jardines, protegida desde el continente, pero también por miles de islas circundantes con un destacamento militar en cada una y dársenas repletas de trirremes a la espera de una orden concreta.

Argantonio no pudo reprimir una carcajada tras escuchar la descripción que de su tierra había traspasado tantas fronteras para acabar siendo una exótica parodia de la realidad.

—Todo eso que cuentas no son más que fábulas. Nosotros somos hombres y mujeres tartesios, no dioses. Mis barbas son canas, pero aún no soy un anciano —dijo divertido—. Y mi palacio está levantado en piedra, como el resto de los edificios de Asta. De todos modos, los tartesios somos gente de paz y vivimos en armonía con los nuestros, por lo que, como podréis ver todos vosotros, tanto el palacio real como las mismas ciudades no cuentan con más protección que la necesaria. ¿Y qué más sabéis, vosotros los tracios, de Tarteso?

—Que es el lugar donde los hombres trabajan sus tierras, extraen minerales sin llegar a escarbar en el vientre de las montañas, viajan a tierras bárbaras y viven libres, como libres vivieron sus antepasados.

—Esto sí es totalmente cierto, muchacho, y también puede ser vuestra tierra si así lo queréis. Vuestros hijos —dijo apoyando la mano en el hombro de Aspar— tendrán los mismos derechos que cualquiera que desee establecerse en Tarteso.

El joven suspiró con resignación, pero Argantonio no lo tomó como una muestra de descortesía. Había un rasgo de nobleza gallarda en el esclavo que el rey captó de manera sutil.

—¿Puedo añadir algo más, mi señor? —Argantonio asintió—. Nosotros somos mineros, artesanos, fundidores… ¿Y las mujeres? No son más que niñas y jóvenes asustadas que desconocen lo que el sino les depara. Nos desprecian desde antes de subir al barco que nos trajo hasta aquí, aunque entonces no conocieran su destino. Y este sentimiento, por desgracia para ellas, es tan insignificante que ni lo tenemos en cuenta. Serán esposas y madres a la fuerza. Esposas por imposición y madres de una generación liberada. Para ellas, Tarteso no significa nada, pues ya eran esclavas en Mileto. Pero, ahora, serán doblemente esclavas: de un hombre y de un reino.

Saore sintió una punzada en el esternón que le dejó sin aliento durante unos segundos. Escuchaba con atención las palabras que el esclavo pelirrojo le dedicaba a su padre, a pocos codos de distancia de ella y sus hermanos. Se había hecho un retrato mental de la esclavitud, del comportamiento de un esclavo, y en aquel momento las enseñanzas de Anthousa adquirían unos matices nuevos que jamás habría entendido de no haber sido por aquello que Aspar le explicaba a su padre con una confianza demasiado arriesgada. No era un hombre libre, porque su padre lo había comprado. Sin embargo, hablaba como ella esperaría que lo hiciera un hombre libre, con el respeto del vasallo hacia el rey, pero sin denigrarse hacia categorías inferiores al ser humano. Saore se había enfadado con su padre aquella mañana porque estaba indignada con el hecho de importar la esclavitud a una tierra de gentes libres. No obstante, ahora dudaba, pues Argantonio hablaba con Aspar del mismo modo que lo hacía con los trabajadores de los astilleros, con los sirvientes de palacio, con cualquiera que pidiera audiencia con él. El joven

habló con una firmeza que jamás habría esperado de un ciudadano tartesio, y menos aún de un esclavo, cuando se refirió a las pobres jóvenes tracias que formaban un grupo hermético al fondo del recinto. ¿De verdad estarían asustadas ante la incertidumbre de su destino?

Saore tan solo había pensado en su futuro, de manera individual, cuando Anthousa le recordaba que llegaría a ser una pieza clave para el reino de Tarteso. Sin embargo, no era capaz de proyectar una imagen de ella misma acompañada de nadie más que no fuera su familia. A sus doce años, no se había planteado hasta aquel instante que en algún momento un pretendiente, muy posiblemente algún noble fenicio, llegaría al palacio real para pedir su mano. Asumió aquella probabilidad y una agitación se extendió desde sus entrañas. Nora, Anthousa, sus hermanos… ¿Ellos la verían tan desdichada como lo eran aquellas muchachas si su pretendiente no fuera de su agrado? Conocía bien sus aptitudes sociales, se veía a sí misma en colaboración estrecha con el rey en los asuntos de Estado, pero no con las obligaciones de una mujer casada. Ni tampoco dedicando su vida al culto en un templo.

Miró a su padre, que seguía hablando con cierta cordialidad con Aspar y Ataralki. El chico sobresalía entre los tartesios, tanto por la altura como por el color de la piel y el pelo. Era como la llama controlada dentro de una lámpara, que iluminaba todo a su paso. La lumbre cuyo vaivén hechizaba con cada contorneo, aun sabiendo del irremediable poder del fuego. Tampoco su hermana Nora le quitaba el ojo de encima; lo observaba como el que ha descubierto a un ave de presa descansando en la rama de un árbol recio. Antes de que Saore pudiera darse cuenta, la joven princesa salió corriendo hacia

Aspar, que regresaba hacia el lugar al que pertenecía. Lo retuvo tirándole de la túnica. El esclavo se giró y, ante la imprevisible aparición de la princesa, se arrodilló con el mismo respeto tranquilo que le había profesado al rey. Nora aprovechó la posición de Aspar para inclinarse sobre él y susurrarle unas palabras. El chico la miró fugazmente a los ojos, volvió a bajar la cabeza con una sonrisa en los labios y le hizo una reverencia antes de retirarse.

Hadad se aproximó hacia el lugar que ocupaban los príncipes. Mantuvo una cordial y trivial conversación con Hiram y Abissabar, y desvió la atención hacia Saore. Esta evitó una interacción directa con Hadad hablando con su hermana:

—¿Qué le has dicho al esclavo escita, Nora?

—Nada importante —se sonrojó—, tan solo que nuestro padre se encargaría de que las cosas fueran…

—Espero que la recepción haya sido de tu agrado, princesa Saore —interrumpió el gobernador de Gadir, ignorando a Nora—. Me alegra sobremanera coincidir contigo. Hacía mucho tiempo que no te veía en un acto de Estado. Estás muy cambiada desde la última vez.

Los ojos verdes de Hadad refulgían con una intensidad más peligrosa de lo habitual. Saore sentía un malestar inexplicable ante la presencia del fenicio, que la miraba a los ojos sin desviar la vista hacia otros lugares de su cara o cuerpo; sin embargo, ella se notaba estudiada desde todos los ángulos. La túnica y el chal que llevaba, sin motivo aparente, le parecieron insuficientes para cubrir la superficie de su piel. Notaba las suelas de las sandalias ancladas sobre la tierra prensada del suelo del campamento, pero no podía moverse ante el hechizo de la mirada de Hadad. Escuchó su nombre y vio a su padre haciéndole un gesto con la mano para que se

acercara a él. El gobernador de Gadir respiró hondo durante unos segundos antes de retomar sus obligaciones diplomáticas con sus vecinos.

Una vez acabado el acto, a los dirigentes, funcionarios y mercaderes se les había convocado al tradicional banquete de cumplimiento del trato comercial en el palacio de Argantonio en Isla de Gerión. Antes de embarcarse hacia la isla, el rey llamó la atención de su gobernador:

—Ataralki, espera un momento.

—Mi señor.

—El esclavo ha dicho que el palacio real estaba levantado en oricalco. ¿Qué metal es ese?

—No tengo ni la más remota idea.

Saore contemplaba los bueyes sagrados pacer en la dehesa de Isla de Gerión. Había sido un día largo e intenso en Asta y agradeció volver a encontrarse en su palacio, con su familia y sus quehaceres rutinarios con Anthousa y Nora.

Oyó un carraspeo tras de ella. Argantonio estaba apoyado en uno de los olivos de la dehesa, el más recio de todos ellos. El rey escudriñaba la expresión de la niña con ojos curiosos y una sonrisa paternalista que hacía recelar a Saore. Se acercó a su padre, que la besó en el nacimiento del pelo.

—¿Cómo te encuentras, mi niña?

—Te debo una disculpa por el comportamiento de esta mañana. Estaba enfadada contigo por permitir la esclavitud y ahora… —titubeó, sin encontrar las palabras adecuadas para continuar.

—Ahora estás confusa por lo que has visto. —Saore asintió—. Estás confusa porque tu idea de la esclavitud se basa en las historias que has aprendido con Anthousa y te cuesta entender lo que has vivido hoy en el campamento.

»Saore, mi querida niña, hemos creado un mundo que no conocemos a través de imágenes ajenas, fruto de las historias que han vivido otros. A veces no hay más remedio que confiar en ellas, pero debemos abrir la mente ante nuevas situaciones y ser capaces de asumir otras realidades que no siempre invalidan lo aprendido, sino que aportan distintas luces para crear una definición más completa.

»¿Recuerdas cómo ha hablado el esclavo escita de nosotros? Los tartesios somos un pueblo conocido por todo el Gran Mar. Y yo te pregunto: ¿qué saben en realidad de nosotros? Nos tratan con respeto porque nos creen atlantes, nos ven como los hijos e hijas de su dios Poseidón. Su respeto, incluso su miedo hacia nosotros, se basa en las historias que han ido transmitiéndose de generación en generación, dotándonos de unos atributos de los que carecemos. Cuentan su historia y nos tratan acorde a ella. No te niego que ese halo de misterio nos beneficia en cierta manera, pues nos tienen como unas gentes hospitalarias, pero recelosas de sus costumbres. Y esta visión nos ayuda a mantenernos seguros, incorruptos y también autosuficientes.

»No somos dioses, somos un pueblo formado por gentes diversas que nacen, que comen, que trabajan, que mueren. Que aman. Y son estas gentes, y no nuestros dioses, las que conforman la grandeza de nuestro pueblo.

»Por otro lado, Saore, ¿qué podemos aprender de los mitos ajenos? ¿Podemos conocer la historia de nuestro pueblo, aunque sean otros los que la cuenten en nuestro lugar? No, debemos interpretarla una segunda vez y volver a hacerla nuestra, con nuestras palabras.

»Tú llevas con orgullo el nombre de Crisaor, el portador de la espada de oro, hijo de temidos y lejanos dioses que nada tienen que ver con nosotros. Sin embargo, Crisaor también fue hijo del dolor, y desde el dolor creó su estirpe. Y a ti, que tanto conoces los mitos helenos, ¿no te ha hablado tu *mathetria* de la impunidad con la que los dioses helenos trataban a las mujeres? Conociendo a nuestra querida Anthousa, estoy convencido de que así es. Habrás oído hablar entonces de la gorgona Medusa, marcada por la vileza de Poseidón.

»El dios del mar, al que nuestros socios foceos reverencian antes de embarcarse, ultrajó a Medusa, sacerdotisa del templo de Atenea. Esta, furiosa por la profanación de su hogar, la castigó a ella, y no a él, convirtiéndose así en la mayor cómplice del abuso de poder de Poseidón. Medusa, la bella sacerdotisa, se transformó en el monstruo que ha pasado al imaginario popular, exiliada en la boca del inframundo, embarazada de Crisaor y Pegaso. Pese a ello, la ira de Atenea era infinita y mandó a Perseo para que asesinara a Medusa. El destino de los mellizos era vivir eternamente en el vientre de su madre, pues no tenían cabida en ninguno de los universos ya diseñados, pero germinaron cual semilla a partir de la sangre derramada de su madre, decapitada por Perseo.

»De los dos hijos de Medusa, los helenos solo han querido darle continuidad a uno de ellos. Pegaso, el noble caballo alado, voló

hasta el Olimpo para sentarse a la vera de Zeus. ¿Y Crisaor? Crisaor, prescindible para los dioses, se valió de su discreción; atravesó mares y desiertos hasta llegar aquí, a los confines del mundo, donde decidió asentarse. Crisaor, padre de titanes, padre de atlantes, pero invisible en la Historia. Igual que lo hemos sido nosotros durante tanto tiempo.

»Nosotros, los tartesios, hemos pasado eras protegidos bajo el manto de la invisibilidad. Somos lo que hoy somos gracias a nuestra propia evolución a lo largo del tiempo. Bajo la dinastía de los Geriones nuestro pueblo aprendió a usar y respetar a los animales para nuestro provecho, a explotar los metales que las entrañas de la tierra nos regalan; con Gárgoris, los beneficios de la miel. Con el rey Nórax construimos embarcaciones y nos decidimos a surcar mares y océanos. Habis fue el primer monarca que ofreció las leyes universales al pueblo, las que perduran hasta nuestros días grabadas en las columnas del templo de Baal, pero también enseñó a sus gentes a arar la tierra con bueyes, a conocer el tiempo de siembra y cosecha de los alimentos.

Argantonio hizo una pausa en su monólogo. El sol cada vez estaba más bajo; en breve el farero encendería la hoguera en la torre vigía. El rey perdió la mirada entre los bueyes sagrados, que pacían ajenos a cualquier contratiempo. Recorría con las yemas de los dedos el relieve del tronco del olivo, como si viajara a través del tiempo por los surcos leñosos del árbol y absorbiera conocimientos inasequibles para el resto de los seres humanos. Saore respetó su silencio y lo que quería decir también con él.

—Esta invisibilidad a veces ha sido la herramienta indispensable para protegernos —prosiguió el monarca—, pero somos el fruto de

nuestro tiempo y, desde hace décadas, sabemos que el progreso es incompatible con permanecer aislados del resto de los pueblos. Tarteso es el resultado de haber sabido preservar nuestras raíces, pero también de tomar prestadas las influencias necesarias de otros pueblos que se han asentado junto a nosotros para así florecer y convertirnos en lo que somos. Sin embargo, que quede entre tú y yo, este halo de misterio que nos rodea extramuros siempre nos va a beneficiar, de un modo u otro, pues descolocamos a nuestros socios.

»Parece que las cosas con los foceos, y también con los fenicios, avanzan tal y como desean los dioses. Recuerda que nuestro pueblo no entiende de rencores, hija mía, pero que también somos gente con memoria. Ayer mismo, el crápula de Hadad nos recordó por enésima vez la gesta fallida del rey Cerón de Tarteso.

Saore se estremeció al escuchar el nombre del gobernador de Gadir. No entendía qué clase de sentimiento de repulsa se despertaba en su interior cuando aquel hombre estaba cerca, incluso cuando alguien lo mentaba. Ella, que vivía rodeada de mar, sabía los peligros que conllevaba navegar en aguas de tormenta, esa misma que se desencadenaba sin motivo aparente en los ojos de Hadad cuando avistaba una presa, un objetivo que alcanzar, sin que importaran el camino o el precio que pagar. Conocía la leyenda forjada alrededor de la figura de Cerón, el rey de la antigüedad que decidió ampliar las fronteras tartesias más allá de las columnas de Heracles. Y, como bien decía su padre, hay que ser cuidadoso a la hora de conocer la propia historia a través de las voces de otros. Los fenicios contaban que Cerón, cegado de furia ante la presencia de los tirios en la recién fundada colonia de Gadir, navegó por el lago de

Tarteso con una flota de barcos de guerra para conquistar el templo de Melqart y Astarté de la ciudad fenicia. A su vez, los tirios atacaron en respuesta con sus navíos. En pleno combate, sin ningún motivo claro, las naves tartesias ardieron consumidas por un repentino incendio. Los supervivientes, prisioneros de los fenicios, declararon haber sido testigos de la presencia de unos leones que lanzaban rayos desde los navíos que defendían la ciudad del ataque.

—¿Y no te molesta que tanto helenos como fenicios hablen con tanto desprecio de nuestros ancestros? —preguntó Saore.

—Nosotros nos encontramos por encima de eso, pues estamos conectados con nuestros orígenes y debemos conocer cuál es nuestro lugar entre los mitos y también en la Historia. Mira a tu alrededor, Saore. En esta isla se estableció el primer Gerión y, desde entonces, es la morada de los reyes y las reinas de este pueblo. Los fenicios intentaron desvirtuar la gesta de Cerón y los helenos han usado la misma táctica para convertirnos en un socio pasivo y confiado.

Saore miró a su padre sin comprender sus palabras. ¿Acaso no habían celebrado las transacciones con los foceos como las más ventajosas de los últimos tiempos?

—Sí, mi niña sagaz —dijo Argantonio, adivinando sus pensamientos—. Los tratos con los foceos, hoy día, son los que más nos han beneficiado en cuanto a vías económicas, pero también en las diplomáticas. Los helenos nos toman por un socio ingenuo, para ellos somos el cofre de plata que no tiene fondo. Yo, como soberano, lo único a lo que aspiro es a que mi pueblo viva en la suficiencia. Sabemos poner límites a las pretensiones de los comerciantes

extranjeros en nuestra tierra, pero de la manera más amigable posible.

»Recuerdo hace años aquella vez en la que un comerciante de Cumas intentó agasajarme con un ánfora en la que se representaba la lidia entre Gerión y Heracles. Como bien sabrás, el personaje de Heracles, tan admirado por los helenos, no era más que un ser sanguinario y egoísta. Tuvo que asumir la penitencia de doce trabajos para purgar la locura que lo llevó a asesinar, a sangre fría, a su mujer y a sus hijos. Uno de aquellos trabajos era robar los bueyes sagrados del rey Gerión para ofrendarlos a la diosa Hera. El rey intentó en vano proteger sus animales y pereció bajo las flechas de Heracles. La pieza que nos regalaba aquel comerciante era bellísima, no lo niego, de más de un codo de altura. Representaba la dinastía de los Geriones como un gigante de tres cuerpos unidos desde el ombligo. El padre de Ataralki, que entonces era el gobernador de Tarteso, montó en cólera cuando el heleno colocó, con orgullo, la pieza sobre la mesa. Pensé que la estamparía contra el suelo para romperla en mil pedazos. Ante el desconcierto del comerciante y el enfado de mi gobernador, medié entre ambos y le expliqué al heleno con buenas maneras que, de haber tratado con algún otro noble tartesio, aquel acto habría sido una ofensa con consecuencias. Nuestra función es preservar nuestro bienestar sin cerrar las puertas a nadie. Y, con el tiempo, estoy convencido de que tú sabrás tratar a los foceos con mejores armas diplomáticas que tus hermanos.

»Saore, nuestro cometido es seguir protegiendo nuestros bueyes, que no son más que la mayor alegoría de nuestro pueblo y sus gentes. Protegerlos con la vida si hiciera falta, pero sin renunciar a los aires de futuro que se respiran a lo largo del Gran Mar.

»Acércate a este olivo y obsérvalo con detenimiento. Recorre los surcos que forman el tronco, observa el recorrido y la forma final que adquiere. Durante los primeros años de vida, la savia recorría su camino a través de un tronco firme y jugoso. En un momento determinado, el olivo se retuerce sobre sí mismo para elevarse una vez que se ha asegurado de que sus cimientos son firmes. Entonces, y solo entonces, empieza a crecer fuerte, sin prisa. Los fenicios cuentan que, al otro lado del Gran Mar, existen olivos que han visto nacer, pero también morir, civilizaciones enteras y que, a diferencia de ellas, los olivos se han mantenido en pie. Este árbol es fuerte y todavía joven, Saore, pero aspiro a que esté dotado de la misma perennidad que nuestro pueblo. Y yo, como máximo representante, me identifico hoy con este tronco. He sido cauto y precavido durante unos años y he adquirido la fortaleza que le faltó a mi padre, el anterior rey Argantonio, para crear unas raíces firmes que sean capaces de obtener agua hasta en terrenos secos. Y ahora siento cómo se retuerce en mis entrañas este tronco sinuoso, que gira sobre sí mismo trenzando nuestro pasado y nuestras tradiciones con los vientos de cambio, para no perder ni un ápice de nuestra esencia. Una naturaleza en constante evolución, pero que nos hace reconocernos entre nosotros.

»Ahora cultivamos frutos que nos vienen importados; usamos el torno para configurar las piezas de cerámica necesarias para las rutinas domésticas o escribimos a la manera fenicia. Y no por eso hemos dejado de ser tartesios, Saore.

»Sé que te debates sobre la legitimidad de que yo, como monarca, disponga de la vida de tantas personas venidas a nuestra tierra. Y, aunque tú creas que no, te entiendo. La esclavitud, como

concepto, conlleva mucha dureza implícita. Al fin y al cabo, no dejan de ser hombres y mujeres privados del derecho fundamental a decidir por ellos mismos, ¿verdad? Pero, hija mía, miremos todo desde otra perspectiva para que, de este modo, tú también puedas llegar a entenderme a mí y comprender la decisión que hemos tomado acerca de las nuevas explotaciones mineras.

»Sabes muy bien que, a medida que hemos crecido como sociedad, nuestra economía se ha ido diversificando. Atrás quedó la época en la que cada uno producía lo que consumía. Fuimos, como todos a nuestro alrededor, un pueblo de agricultores, pescadores y ganaderos. Y, poco a poco, desarrollamos la artesanía necesaria para que los productos de la tierra se trataran con la mayor eficiencia. El mundo, tal y como lo conocemos, empezó a cambiar. Vinieron gentes de Oriente y nosotros nos aventuramos a las tierras del norte. Entre unos y otros hicimos que la economía cambiara. Y, con ella, la sociedad ha ido evolucionando a su vez. Saore, recuerda siempre que la anatomía de una sociedad madura es el fruto de la política económica que hay tras ella. Esta madurez se consigue mediante el trabajo conjunto de todas las capas que forman esta sociedad.

»No obstante, mi niña, seamos realistas. No hay que ser muy perspicaz para saber que hay unos estamentos más privilegiados que otros. Nosotros, la familia real, los funcionarios, los comerciantes…; nuestro éxito, en parte, radica en el trabajo físico que han hecho otras personas. A mayor trabajo acumulado, mayor beneficio; eso será siempre así. Los hombres y las mujeres libres usan esta libertad para tomar todas las decisiones que condicionan su vida: dónde salir a pescar, qué cosecha sembrar en una estación,

cuáles son los mejores pastos para sus animales; pero también cómo educar a sus hijos e hijas, en qué tipo de casas vivir, a qué dios o diosa dirigir sus oraciones y cuál es el mejor remedio para curar sus dolencias.

»Por un momento, ponte en la piel de los esclavos que acaban de llegar. Hombres y mujeres nacidos en un lugar remoto donde su vida no tiene más valor que la de las bestias de carga. Hombres y mujeres reemplazables, sin rostro, sin nombre, sin vida propia. Nosotros precisamos de brazos fuertes para potenciar el trabajo en las minas, y ellos, de una identidad ligada a la dignidad. Todos ganamos en este trato, ¿no lo ves? Ellos serán esclavos porque pertenecen a un reino, no lo discuto; pero, al fin y al cabo, ¿acaso no acatan todos los tartesios una autoridad impuesta que los enraíza a una cultura, a un lugar, a unas normas que los hacen iguales? Con estos esclavos y esclavas quiero que suceda lo mismo, solo que yo, como máximo soberano, voy a tener una función protectora para con ellos, voy a encargarme de que trabajen las horas necesarias para garantizar su bienestar, voy a ofrecerles un techo seguro y los voy a curar cuando caigan enfermos. Voy a ser lo más parecido a un padre que hayan tenido nunca. Y, según el punto de vista desde el que se mire, van a tener más derechos, van a estar más protegidos que un ciudadano libre de Tarteso. Porque, Saore, así somos nosotros. Hay que buscar el bienestar de todos los que viven y trabajan en nuestra amada tierra.

Aquella noche, Argantonio no pudo conciliar el sueño. Abrió el cofre que había mandado depositar en la cámara real, con los regalos que

había enviado Hadad para él y sus hijos. Agarró una túnica negra confeccionada con vaporosa seda, que se desdobló ante la vista del rey cuando este extendió los brazos para apreciar su exótico diseño. Una nube de ira paterna ensombreció el rostro del rey. ¿Qué pretendía Hadad agasajándolo con esos ropajes?

La mujer que dormía bajo las sábanas cambió de posición, tal vez buscando el calor del cuerpo de Argantonio. La ira desapareció al recordar las caricias que le había prodigado su amante momentos atrás. Se acercó al cuerpo de la mujer, con la túnica de seda todavía en la mano. Le apartó el cabello de la cara para descubrir su rostro. Le pareció que hasta en sueños era capaz de sonreír y hacer que él sonriera a su vez. Argantonio se agachó para besarle el hombro. La mujer se desveló al notar el contacto de la barba del rey en la espalda.

—¿No puedes dormir, mi señor? —Argantonio negó con la cabeza y siguió besando el hombro y el cuello de su amada—. ¿Qué llevas en la mano?

El rey se incorporó de la cama para mostrarle la túnica.

—¿Te gusta?

La mujer arrugó la nariz en desaprobación. Pasó la mano por encima del vestido para valorar la calidad del tejido.

—A mí no me gusta. De todos modos, ya sabes que yo voy cómoda con mis peplos. Además, por el corte y la tela, parece persa. Sería una ofensa para mi linaje que una eolia llevara ropajes persas. ¿De dónde has sacado esa túnica?

Argantonio volvió a colocar la prenda dentro del cofre, agarró la joya que había encima de la mesa auxiliar y se sentó al lado de Anthousa.

—Hadad ha hecho llegar una serie de obsequios para la familia. Puñales con empuñaduras talladas para los príncipes, una lira de mano para Nora. Y, para Saore, esto —dijo Argantonio, mostrando un collar de cuentas de oro y cornalina del que además colgaban dos medallones dorados que representaban un ánfora y la cabeza de un carnero—. Y la túnica de seda, además. No me gusta cómo la mira, Anthousa. No sé qué intenciones tiene agasajándola con ropas de mujer.

—A sus ojos, es una mujer.

—¡Todavía es una niña! —protestó con poca convicción.

Anthousa se incorporó y besó al rey en los labios. Le colocó detrás de las orejas los mechones de pelo gris que le caían a ambos lados del rostro y se lo sujetó con las manos.

—La princesa Saore todavía es una niña y le queda mucho tiempo para formarse. Pero es una cuenta atrás que cada vez corre más deprisa: en pocos años, será una joven preparada y muy valiosa para aquellos que la acojan. Mi señor, deberías saber qué futuro vas a decidir para la princesa antes de que los acontecimientos aceleren una decisión menos premeditada.

—Mi amada Anthousa, soy su padre, pero no su dueño. Yo no soy quién para decidir sobre el futuro de mi hija. Gracias a tus enseñanzas y al amor que todos le profesamos, ella será capaz de conocer cuál es el lugar que le corresponde.

«Crisaore, hija de la luna, llevará la luz blanca de su estirpe». Las palabras del oráculo resonaban en la mente de Argantonio cada vez que el destino de Saore adquiría nuevos matices para él. Confiaba en la educación que se le estaba impartiendo y era consciente de que su hija era una persona inteligente y ligada a su familia. Que

sabría elegir con sabiduría el camino más adecuado para ella y para el bienestar de Tarteso.

Argantonio cogió las manos de Anthousa y depositó un beso en cada palma. La dicha lo rodeaba en todos los ámbitos de la vida. Llevaba las riendas de un reino próspero, sin mano dura, con relaciones comerciales y diplomáticas firmes y estables. Vivía en un lugar rodeado de riquezas y privilegios; tenía una familia unida y comprometida, y a él le quedaban muchas fuerzas para seguir gobernando durante años. Además, de un tiempo a esa parte, compartía el lecho con una mujer bella y soberbia, que le había recordado que no existe una edad para amar de nuevo.

Miró a su amante y el recuerdo de la pasión acontecida horas atrás volvió a apoderarse de Argantonio.

SEGUNDA PARTE

6

550 a. C., Isla de Gerión

Una pequeña flota de navíos mercantes foceos llegó a Asta un poco antes del mediodía. Entre ellos, el barco del capitán foceo Norfeus, un conocido mercader con el que el reino llevaba a cabo sus negocios desde hacía lustros. Con él también habían viajado Agathon e Irenio tras unos meses de intensas acciones diplomáticas en tierras jónicas y en la *apoikia* de Masalia antes de su regreso a Tarteso.

Ataralki había ordenado que lo advirtieran de la llegada de los diplomáticos helenos. Al poco de que las naves hubieran atravesado el faro de Tarteso, el gobernador mandó un carro para que los recogiera en el mismo puerto y los trasladara a su residencia en la ciudad de forma diligente para que dejaran sus equipajes y se adecentaran para la audiencia real en la misma Isla de Gerión. El rey Argantonio quería reunirse con ellos lo antes posible para abordar las nuevas situaciones políticas y económicas de las tierras de levante. Habían pasado casi dos años desde que la gloriosa flota de pentecónteros construidos en Tarteso había surcado el Gran Mar para protegerse de los persas, pero las noticias que estaban recibiendo en los últimos meses no auguraban un buen destino para los comerciantes foceos ni para los jonios en general.

Ataralki acompañó en barco al próxeno y a su asistente hasta la isla, donde Argantonio los esperaba en la sala de recepciones del palacio. En una de las estancias contiguas al recibidor, Ataralki oyó una voz más alta de lo aceptado, fruto de la desesperación, y se asomó para ver qué ocurría.

Gharatar, el hijo del farero Lirnestaakun, agarraba por los antebrazos a uno de los sirvientes del palacio del rey. Gritaba, exigía ver al monarca lo antes posible, y el criado, con las maneras con las que le hablaría a un muchacho más joven, intentaba explicarle que su señor se pondría en contacto con él en cuanto zanjara las cuestiones de Estado que lo tendrían ocupado aquella tarde.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —interrumpió Ataralki, alzando la voz para hacerse escuchar.

Gharatar soltó al sirviente y bajó la cabeza para hablar con el gobernador. La sola presencia de este en la misma habitación provocaba en el muchacho una combinación de pavor e ira controlada que se le extendía por el vientre despacio, como una masa de lava. En las noches de frío y mala mar, alguna de las cicatrices de su espalda todavía palpitaba como si la carne siguiera abierta.

—Tengo que hablar con el rey —dijo sin ningún atisbo de la firmeza con la que había hablado al sirviente unos instantes atrás.

—El rey te atenderá a su debido momento. ¿Quién se está ocupando del faro? Dentro de un rato ya será noche cerrada.

—Mi padre, señor. Las fiebres no han remitido, pero puede levantarse. Yo he tenido que venir a Asta para…

—¿Cómo? ¿Tu padre sigue enfermo? —interrumpió Ataralki. El muchacho asintió—. ¿Tú ya tienes todos los conocimientos

necesarios para hacerte cargo del faro en el momento en que tu padre falte?

—Sí, señor —contestó, con el orgullo herido.

Habían pasado dos años desde el incidente con las barreras de seguridad ante la llegada de la comitiva helena. La salud de su padre no había hecho más empeorar de manera paulatina, pero todavía no había llegado al punto de postrarlo en cama. La última vez que Gharatar regresó a Asta para aprovisionarse de víveres y vino, el rey le había prometido que mandaría a uno de los médicos de la ciudad para que diera parte del estado de salud de Lirnestaakun.

—El rey Argantonio aprecia a tu padre, muchacho. No dudes de su palabra cuando te dijo que enviaría a un médico —dijo Ataralki para tranquilizarlo—. De todos modos, hoy no es buen momento para molestar al rey, pero yo mismo le recordaré el estado de salud del farero. Confía en mí.

Gharatar no confiaba en Ataralki ni en nadie que no fuera él mismo. Sin embargo, se resignó y no tuvo más remedio que creer lo que le había prometido el gobernador.

Saore y Anthousa salieron del recinto palaciego para dar un largo paseo mientras Nora descansaba en su cámara. A Saore le había llamado la atención que su padre no les hubiera comunicado la comparecencia de sus invitados ni a ella ni a sus hermanos. En los últimos meses no habían hecho más que llegar noticias relacionadas con la situación política de la otra orilla del mar. Saore y los príncipes habían llegado a conocer quiénes eran los babilonios, los persas y los medos y qué intereses tenía cada uno de ellos. El rey Argantonio

llevaba días ansioso esperando la llegada del próxeno foceo. Sin embargo, en aquella ocasión no había hecho llamar a ninguno de sus hijos para entrevistarse con Agathon.

Anthousa y Saore bajaron la pendiente cerca de los despeñaderos hasta llegar a la playa principal de la isla. La princesa encontraba a su *mathetria* menos habladora de lo habitual. Sonreía como siempre, pero contestaba con monosílabos. Tenía la vista fija en las luces de Asta y, al parecer, también su mente intentaba pasear sin éxito por las calles de la ciudad.

La institutriz le propuso a Saore volver antes al palacio porque se encontraba algo cansada. Caminaron hacia el embarcadero, donde estaba amarrada la barca de Ataralki, pero también el bote de Gharatar, el hijo del farero, cargado de provisiones. No tardó demasiado en vislumbrar tras ellas la silueta del chico, que caminaba sin prisa para regresar de vuelta al faro.

Saore lo saludó levantando el brazo y este le devolvió el gesto. A la princesa le despertaba interés la vida de los fareros, en parte también por la curiosa discreción con la que padre e hijo se relacionaban con el resto de los habitantes del lugar. Lo poco que sabía era que Lirnestaakun, en su día, había sido una persona de confianza del rey y que había ostentado un importante cargo militar en el ejército de Tarteso. ¿Y cuál debió de ser el motivo para que alguien de tal rango hubiera acabado aislado en una minúscula isla, encargado de encender el fuego vigía cada noche hasta el final de sus días?

Saore percibió en los gestos inquietos de Anthousa que quería regresar al palacio. Ella, sin embargo, deseaba intercambiar unas

palabras de cortesía con el muchacho, del mismo modo que lo hacía Argantonio amablemente con sus súbditos.

Permanecieron en la playa, mirando hacia el camino de vuelta, hasta que Gharatar las alcanzó. El muchacho se inclinó ante las dos mujeres y llevó la mano de Anthousa a pocos dedos de su frente, luego la de Saore, a modo de saludo reverencial.

—Mi señora… —empezó a decir, pero se corrigió cuando sintió que Saore le presionaba la mano con más fuerza de la necesaria—. Mis disculpas: Saore.

Ambos sonrieron. Ella estaba segura de que nunca se acostumbraría a que la llamaran de ese modo. Observó que Gharatar había cambiado desde la última vez que lo había visto, días atrás, aunque a lo lejos. Vestía una túnica blanca limpia, se aventuraba a decir que nueva, y llevaba el pelo y las uñas más arreglados y cortos. Se sentía cómoda con él, no se lo negaba a sí misma. Pese a que su vida se limitaba al faro y a los constantes viajes en barca hasta la capital, Gharatar conocía cada detalle relacionado con el pequeño mundo que habitaba. Además, a él también le resultaba agradable compartir su sabiduría popular con la princesa, que era el único miembro de la familia real que, a su parecer, merecía toda la estima del pueblo. Los dos tenían la misma edad, pero él sentía la necesidad extraña, como súbdito tal vez, de asegurar el bienestar de la joven, aunque fuera robándole parte de su tiempo, su atención y, quizá, también una sonrisa.

—¿Qué te trae de vuelta a nuestra isla, Gharatar?

—He venido a Asta para aprovisionarme, pero también para hablar con el rey.

—¿Ocurre algo que deba saber?

—Sí, pero no te preocupes por ello, mi… Saore —rectificó por segunda vez.

No estaba acostumbrada a que le negaran la información que había pedido, pero sabía que Anthousa quería regresar a descansar a sus aposentos. Se vio en el dilema de despedirse del chico y volver con su *mathetria*, o ignorarla a ella mientras ellos dos conversaban. Y decidió complacerse a sí misma:

—Anthousa, ¿puedes regresar al palacio para ver cómo se encuentra Nora?

La institutriz abrió los ojos desmesuradamente, pero no dijo ninguna palabra. Saore se había dado cuenta de que, en el pensamiento heleno de Anthousa, no encontraba adecuado dejar a los dos muchachos a solas en la playa. Por otro lado, la presencia del chico no representaba ninguna amenaza para ella.

—No tardo en volver, en breve te alcanzo.

El aya se resignó y se despidió del muchacho.

—¿Qué le ocurre a la princesa Nora? —preguntó el chico, preocupado.

—Está reposando en cama por los sangrados del menstruo —contestó con naturalidad—. Es la segunda vez que le ocurre y su cuerpo todavía está acostumbrándose a esos cambios.

Gharatar se mostró aún más alarmado ante la respuesta.

—Pero ¿sangrados? ¿Está herida? ¿La ha visto el médico?

Saore se puso a reír ante las preguntas del chico, pero se sintió mal al ver la reacción de él ante su risa. ¿Acaso pensaba que estaba burlándose de él? Asumió que sí y se disculpó por su reacción. Le sorprendió que Gharatar, que conocía tantas cosas, no supiera nada sobre el ciclo lunar de las mujeres, los dolores que derivaban de ello

ni los cambios físicos a raíz del primer sangrado. Quiso desviar la conversación hacia la verdadera razón por la que no había acompañado a Anthousa de vuelta a casa.

—Cuéntame qué te ha traído aquí.

—Mi padre… Sigue sin mejorar.

—¿Tu padre está enfermo? —preguntó extrañada Saore.

Recordaba al farero en el catre de la atalaya años atrás, pero en su momento pensó que se trataba de una enfermedad puntual debido al cambio de estación.

—No siempre, pero cada vez más a menudo. Lo aquejan fuertes fiebres, sobre todo a media tarde, después del almuerzo. Mientras duerme, tiene delirios y en sueños grita a… —se interrumpió Gharatar—. Lo veo cada día más débil, Saore.

—¿Lo sabe mi padre?

—Sí, hace unos días me prometió que enviaría a un médico al faro —contestó, buscando las palabras para no ofender la figura del rey —, pero hoy he visto que está ocupado en cuestiones verdaderamente importantes para el reino. El gobernador Ataralki me ha prometido que le plantearía mi petición tras la reunión con él.

Saore agarró la mano del chico. Era áspera en las falanges y en la punta de los dedos, pero sorprendentemente suave en la zona de la palma. El chico hizo el ademán de retirarla, pero la joven la cubrió con ambas manos para impedirlo.

—Yo también hablaré con mi padre, no te preocupes.

—Te lo agradezco de corazón.

Gharatar, sin soltar las manos de la princesa, hincó la rodilla derecha en la arena para hacer una reverencia agachando la cabeza.

—Levántate, haz el favor. ¿Cuándo regresas?

—Tenía pensado hacerlo ahora. Quería llegar para ver el rayo verde desde la atalaya, pero no me dará tiempo.

—¿El rayo verde? —preguntó Saore, curiosa.

Eran aquel tipo de cosas las que hacían que gustase de la compañía del joven farero. Ella apenas se relacionaba con personas de su edad, tan solo con miembros de su familia, y las conversaciones siempre giraban alrededor de los mismos temas. Pese a que se veían en limitadas ocasiones y no compartían ratos demasiado largos, con Gharatar siempre encontraba algo de tiempo para que el chico le sorprendiera con la explicación concienzuda de la belleza de las pequeñas cosas. A su vez, Saore veía que él disfrutaba entreteniéndola y, de algún modo que no se sabía explicar a sí misma, se sentía complacida de que así fuera.

—¿No has visto nunca el rayo verde? Desde aquí no sé si se puede observar bien, pero desde el faro sí, porque hoy el cielo está despejado de nubes.

Gharatar, en vez de dirigirse a la barca, se sentó sobre la arena, con la vista fija hacia el poniente del lago de Tarteso. Saore dudó un momento si sentarse a su lado, pues seguro que Anthousa mandaría enseguida a otro a algún sirviente para asegurarse de que estuviera bien. Por fin, se colocó junto a él; el joven la instó a mirar hacia el disco solar, que en breve se escondería sobre la línea de las aguas.

—Fíjate en todo momento en la parte de arriba del sol y no apartes la vista, pues solo durará un instante. El sol se fundirá con las aguas del lago. Justo entonces se puede ver el rayo verde. Lo verás sin duda, porque el color verde en el cielo es muy distinto al verde de la hierba o al del mar.

El fenómeno del rayo verde era conocido entre las gentes de mar, pero apreciado tan solo por las almas sensibles como Gharatar, que valoraba las excepciones que la naturaleza otorgaba de vez en cuando. El pétalo violeta de la salvia, obsceno y prominente como un labio hermoso, sobre el cual se apoya la abeja para abastecerse de néctar. Una cigüeña solitaria en invierno comiendo en el lago. O el rayo verde. Este le recordaba al destello efímero de las cuentas de cristal de las tierras de Oriente que vendían en el mercado, le dijo.

Ella miraba hacia el sol rojizo, a punto de desaparecer. Él, en cambio, la observaba a ella. Todos los colores de la puesta de sol se reflejaban en su rostro. Los ojos de la princesa se aclararon hacia un tono ambarino, las mejillas se tornaron rosadas y los mechones de pelo negro que se habían soltado del recogido absorbían el color azul oscuro del cielo a las puertas de la noche.

De repente, un resplandor más encarnado de lo habitual se desprendió de la parte superior del sol y se difuminó en el horizonte. Entonces, un punto verde apareció sobre el sol. Un punto verde deforme, a medio camino entre rayo y mancha, fugaz como la delicadeza de los pequeños placeres. Saore, emocionada, se volvió hacia Gharatar, que desvió rápidamente la mirada hacia las aguas del lago.

—¡Lo he visto, Gharatar! ¡He visto el rayo verde! —dijo con una pasión mal disimulada—. ¿Tú también?

—Sí, sí, por supuesto —contestó él sin atreverse a mirarla de nuevo.

Saore se levantó y le tendió la mano al joven, que todavía permanecía sentado sobre la arena de la playa. Él dudó unos instantes; la situación que se desarrollaba ante él era, cuando

menos, extraordinaria. La hija del rey no tenía ningún reparo en mostrarse servicial al ayudar al farero a levantarse. Alzó el rostro hacia ella, que le sonreía, pero con cierta impaciencia. Al final, le agarró la mano con suavidad y la princesa tiró hacia ella.

—Muchas gracias por contarme lo del rayo verde —dijo—. Hablaré con mi padre en cuanto pueda, no te preocupes. Espero que el tuyo mejore muy pronto.

—Te lo agradezco.

—Ahora debería regresar al palacio.

—Sí, yo también tengo que volver a la isla —replicó Gharatar. Saore le hizo una pequeña reverencia con la cabeza y caminó a paso veloz colina arriba—. Me alegro tanto de verte, Saore.

No escuchó las últimas palabras que susurró el muchacho farero, que empujaba el pequeño bote cargado hasta el agua, de vuelta al infierno en la atalaya. Cuando cruzó la entrada, encontró a Anthousa sentada en uno de los bancos del porche. A Saore le extrañó que no estuviera leyendo, bordando ni ejecutando alguna actividad para mantener la cabeza ocupada.

—¿Qué haces aquí sola?

—Esperando a que volvieras. No está bien lo que has hecho, princesa Saore —la reprendió Anthousa, pero ella enarcó las cejas para darle a entender que no la seguía—. Un hombre y una mujer no deberían estar a solas en la playa; y, lo más importante, él es el farero del reino y tú una princesa. No es lo apropiado, ¿comprendes?

No, no comprendía aquellos cambios. Sus hermanos y ella trataban a todas las personas con las que tenían contacto de la misma manera, tal y como habían aprendido de su padre. Los súbditos eran el motor del reino y ella había asumido, por imitación,

que jamás se debía menospreciar a nadie por la función o el oficio que desempeñara. Saore conversaba con todos por igual, y Anthousa conocía del afecto que le profesaba a Gharatar desde hacía tiempo. Antes loaba la empatía con la que lo trataba; ahora, sin embargo, se lo remarcaba como una mácula en su comportamiento.

Mas no se trataba solamente del rato compartido con Gharatar. Saore no comprendía la actitud de Anthousa en los últimos días. Ella, tan alegre, se mostraba esquiva tras las horas lectivas. Durante los ejercicios gimnásticos, Nora y Saore la encontraban con la mirada distante, más allá de las fronteras de la isla. Y, aunque intentaba mostrarse animada con ellas, la melancolía teñía hasta las notas que arrancaba de la forminge.

—¿Cómo está Nora? —preguntó para desviar la atención hacia otras cuestiones.

—Mucho mejor que esta mañana. Le he hecho unas friegas con aceite de romero y ahora está dormida.

—¿Mi padre sigue reunido?

Anthousa asintió.

Argantonio alargó la reunión con Ataralki, el próxeno Agathon y su asistente hasta bien entrada la noche. El rey exigió a los helenos que le explicaran con franqueza la situación en Oriente.

—Hemos vivido unos meses muy convulsos en Focea —dijo Agathon—. Y en toda Jonia, me aventuro a decir. No creo que la ciudad de Sardes aguante el sitio mucho más tiempo, y, si Sardes cae, Focea y Mileto serán las siguientes.

El rey Creso de Lidia había sido un buen gobernante. Había reunido a las diferentes ciudades jónicas bajo su protección. Con Creso en el poder, Focea siguió dominando el comercio en el Gran Mar y fundando colonias a lo largo del territorio. A cambio, sus ciudadanos pagaban los tributos pertinentes a los lidios. De este modo, los foceos fijaban sus fronteras en el mar y vivían de espaldas a lo que sucediera en las llanuras mesopotámicas. Creso, frente a la expansión de los medos en el interior, forjó alianzas con el emperador medo Astiages tras el matrimonio con él de una de sus hermanas. De este modo, las fronteras entre Lidia y Media quedaban a ambos lados del río Halis. Focea había vivido años de esplendor bajo el gobierno lidio hasta dos años atrás.

El persa Kuros había derrocado al emperador Astiages y, en consecuencia, había absorbido el Imperio medo. Ante la inminente amenaza de la llegada de los persas al Peloponeso, los foceos habían aglutinado la flota de pentecónteros de fabricación tartesia para evitar el posible asedio marítimo de la pequeña pero rica polis. Sin embargo, la seguridad de Focea había experimentado un giro inesperado.

El rey lidio tuvo una visión y se trasladó a Delfos para hacer una consulta. La pregunta fue clara y concisa: ¿debo atacar a Kuros? No fue así la réplica. El oráculo contestó que iniciar una guerra comportaría la caída de un gran imperio. Para Creso, la profecía no daba lugar a ninguna interpretación.

—¡Creso no ha podido ser más insensato! —interrumpió Irenio ante la mirada reprobadora de Agathon.

—Disculpa la pasión con la que habla mi asistente, mi señor —dijo Agathon.

Irenio no se amedrentó ante la actitud prudente de su superior ni tampoco aprobaba el tono imparcial del relato de Agathon.

—¡Sabes que tengo razón! ¡El lidio nos va a abocar a la desgracia máxima!

—Señores, mantengamos las formas como hasta ahora —dijo Ataralki. Hizo un gesto al sirviente que aguardaba en la entrada—. Sírvenos otra copa de vino.

La ira de Irenio estaba más que justificada, se dijo el rey. Argantonio, que conocía el potencial del asistente de Agathon, miraba ora a uno, ora al otro, pero sin abrir la boca. Notó el cambio en la actitud del chico en los últimos meses. Durante la reunión, el próxeno había sido el responsable de narrar los hechos que acontecían en su patria, pero era incapaz de anticiparles a los tartesios las consecuencias de los posibles desenlaces de aquellas contiendas.

—Mi señor —prosiguió Irenio, sin esperar la aprobación—, Creso formó un ejército mixto. Reunió a los mejores jinetes lidios y reclutó a soldados mercenarios de todos los lugares: babilonios, capadocios, frigios y egipcios. ¿Con qué finalidad? ¡Cruzar el río Halis y adentrarse en territorio persa!

Animado por las palabras del oráculo e ignorando las avanzadillas de los ejércitos persas por el norte de Anatolia, Creso inició una campaña militar y atacó a las tropas del emperador Kuros cerca de la ciudad de Pteria, en el centro de la península. Alentado por la victoria, retiró sus huestes de vuelta a Sardes, la capital del Imperio lidio, y disolvió sus tropas ante la llegada del invierno, presuponiendo que Kuros el persa haría lo mismo.

—Pero no lo hizo, ¿cierto? —se aventuró a añadir Argantonio.

—No, no lo hizo —continuó Agathon—. Cuando atracamos en Masalia, los compatriotas nos pusieron al día con las nuevas. Los persas se desplazaron hasta los confines de Sardes…

—¡Y ahora Sardes se encuentra sitiada! ¡Y lo mismo ocurrirá con Focea cuando se descomponga el Imperio lidio!

Irenio pronunció esas palabras después de propinar un golpe con la palma de la mano sobre la mesa de madera. Las copas tintinearon sin que llegara a derramarse el vino. Los cuatro permanecieron en silencio durante unos minutos, sin atreverse a proseguir con la conversación.

—Amigos míos, quizá lo mejor ahora sea comer alguna cosa, descansar y retomar este tema una vez meditados todos los posibles escenarios —dijo Argantonio, y los tres hombres asintieron—. Mandaré que preparen las cámaras de invitados para que no tengáis que navegar hasta Asta en noche cerrada.

Cuando el palacio se quedó en silencio, el rey regresó a su habitación. La situación en Oriente podría cambiar de un momento a otro; se alegraba de haber hecho caso a Ataralki en cuanto a diversificar el comercio incluyendo a los fenicios de Gadir en la ecuación. Ahora él también necesitaba descansar para abordar los marcos venideros con el consejo de ancianos tartesios.

Entró en su habitación con sigilo. La luz tenue de la lámpara y la respiración sutil le revelaron la figura de Anthousa bajo las sábanas. Hacer el amor con ella, sin prisa, tal vez habría sido lo más oportuno para acabar un día tan duro como aquel, pero no se sentía con fuerzas ni para coger el sueño. Se acostó a su lado. La habitación quedó a oscuras. No era lícito despertarla, por supuesto, pero Argantonio no quería acabar el día con la sombra de la

incertidumbre sobre su cabeza, sino con la voz de su amada. Sopló con suavidad el rostro de la institutriz hasta que notó que se revolvía entre las sábanas.

—¿Estás despierta, mi bella Anthousa?

—¿Cómo no estarlo? —respondió con un hilo de voz apenas inteligible.

Argantonio sonrió al intuir que ella también lo hacía. Anthousa empezó a acariciar el pecho del rey con la misma solemnidad con la que podría tocar el lomo de alguno de los bueyes sagrados. Recorrió despacio la barriga con la punta de los dedos hasta llegar a la mata abundante de vello púbico. Siguió con las caricias, entrelazando los mechones de pelo entre los dedos. Argantonio se estremeció cuando la mujer pegó el pecho contra el suyo y le mordió el labio inferior con delicadeza. No, no quería hacer el amor, quería dormir abrazado a ella y despertar con su aliento en el rostro, pero su cuerpo respondía a las atenciones con más rapidez que su razón. Retiró la mano de Anthousa para colocarla de nuevo sobre su pecho.

—Tu marido ha fondeado hoy en Asta. ¿Vas a ir a visitarlo?

El cuerpo de Anthousa se crispó ante la pregunta y apartó la mano del cuerpo del rey.

—No… —vaciló—. No creo que sea lo más adecuado.

—Norfeus se ha interesado por tu estado de salud nada más bajar del barco. Está alojado en el barrio portuario de Asta, como de costumbre. Partirá a Masalia dentro de un par de días, es posible que también viaje con él el próxeno foceo. Si quisieras verlo, puedo hacerlo llamar y que se desplace hasta aquí.

—¡Pero, mi rey! Mi amado rey… —protestó ella—. No es lo apropiado, ¿no lo comprendes?

Anthousa recordó que le había repetido aquellas mismas palabras a Saore por la tarde, después de que decidiera conversar con el chico del faro en la playa. ¡El decoro en Tarteso era tan distinto del de la Hélade en la que ella había crecido y vivido tantos años…! Las relaciones entre hombres y mujeres eran mucho más simples, sin formalidades ni protocolos absurdos, pero ella todavía se comportaba en su tierra de acogida como una helena.

—Mi bella Afrodita de Occidente —susurró Argantonio al oído de Anthousa—, yo sé que me amas, pues me lo demuestras a cada momento. Y también amas a mis hijas como si fueran nacidas de tu vientre y las estás educando para que se conviertan en mujeres fuertes y decididas como tú. Tu marido y tú…

—Ya no es mi marido —lo interrumpió.

—Tienes razón, querida. Norfeus y tú estáis unidos por unos lazos que sobrepasaron los del amor o los de las convenciones sociales en vuestra tierra. Si tu deseo es verlo, yo no soy nadie para impedirlo.

—Mi señor, pero tú y yo…

—Tú y yo es la realidad ahora mismo. —Argantonio buscó las manos de la mujer—. Tú y yo estamos viviendo lo mejor que pueden vivir un hombre y una mujer. Pero tú no eres propiedad mía, yo no soy tu amo para prohibirte ver a quien tú desees, para que decidas entrar o salir del palacio, o viajar lejos de nuestras fronteras.

—Jamás voy a salir de Tarteso, mi rey. Aquí he encontrado todo lo que necesito para ser feliz.

Anthousa lo abrazó por la cintura y se acomodó en el hueco entre el pecho y el hombro del rey. Poco a poco, su respiración se hizo más acompasada, y su cuerpo, más pesado. Argantonio la apretó un poco más contra sí y se inclinó para besarla en el pelo.

—Así quería acabar este día tan largo —susurró.
Sin embargo, ella ya se había quedado dormida.

7

550 a. C., Isla de Gerión

El día siguiente amaneció de nuevo claro, fresco, pero sin viento. Anthousa, Saore y Nora paseaban por los jardines del palacio. Una mariposa se posaba sobre la cabezuela violeta de la flor de un cardo. Se agarraba con delicada firmeza a los pequeños estambres de la flor y tenía las alas blancas desplegadas en un alarde de exhibición, decoradas con franjas negras y escamas de un azul tan claro como el cielo en la parte posterior. Nora se acercó al insecto: era tan grande como la palma de su mano abierta.

—¿Cómo se llama esta mariposa, Anthousa?

—En Masalia se la conoce como chupaleches —respondió en eolio una voz grave tras ellas.

Las tres mujeres se giraron, desprevenidas. Irenio, el asistente del próxeno Agathon, había pasado la noche alojado en el palacio de Isla de Gerión. Después de desayunar, había decidido dar un paseo por los exteriores de la residencia del rey, a la espera de nuevas disposiciones por parte de este y de Agathon.

—Muchas gracias por tu aportación, joven; desconocía el nombre de esta especie.

Irenio ignoró las palabras de agradecimiento de la institutriz. Tenía toda su atención puesta en Saore, que sonreía enarcando las cejas.

Ella, en un primer instante, no lo había reconocido más que por la voz. Durante las largas estancias en Asta, Irenio podría haber pasado perfectamente por un ciudadano tartesio. En aquellos meses en Focea y Masalia, Irenio había adoptado una nueva apariencia. O, más bien, había recuperado su fachada de heleno de cuando arribó por primera vez a tierras tartesias. En vez de las tradicionales túnicas de lino, vestía un peplo de corte largo hasta los tobillos atado con fíbulas sobre los hombros, como los que usaba Anthousa, y un himatión de lana blanca, que llevaba doblado sobre el brazo. Se había afeitado la barba y recortado el pelo, dejando la nuca al descubierto.

«¡Qué distinto está!», dijo Saore para sí misma.

Con la barba y el pelo largos, su rostro se le había antojado equilibrado. Sin embargo, ahora parecía una persona diferente, desconocida. Exótica. La falta de proporción que había descubierto en él la obligó a analizar todas sus facciones por separado. Saore se percató entonces de que, así, encontraba aquellos rasgos, desproporcionados en un primer vistazo, armoniosos al contemplarlos de nuevo. La barbilla prominente se asemejaba a la de un coloso, pero los labios eran grandes, mullidos y perfilados como los de una mujer. Irenio la contemplaba a ella, pero se dirigió a su hermana:

—Princesa Nora, espero no importunar en vuestras tareas si rapto a Saore para dar un paseo por vuestro magnífico jardín. Será breve, lo prometo.

—A mí no me importa —vaciló Nora—, pero mejor deberías preguntarlo a nuestra *mathetria*.

Irenio hizo caso omiso del requisito de la niña y, sin esperar la opinión de Anthousa, agarró con delicadeza a Saore de la muñeca para atraerla hacia sí y, sin soltarla, emprender el paseo que había anunciado. Caminaron en silencio, sin ningún rumbo conciso. La joven no entendía aquella intimidad de pasear asida por la muñeca: no le resultaba cómodo y, por otro lado, Irenio marcaba el ritmo y la dirección, para la sorpresa de ella.

—¿Adónde quieres llevarme?

—A ningún lugar concreto, solo quiero pasear contigo.

—Es que este es el camino que conduce a los panales de abejas de mi hermano Abissabar —dijo Saore, reprimiendo la risa—. Tal vez no sea el mejor sitio para pasear.

Irenio rio a carcajadas y aflojó la presión en la muñeca. La boca abierta del heleno se le antojó más grande, pero también había un aire tentador en ella. La princesa aprovechó la pausa en el camino para desasirse y acercarse a uno de los bancos de madera que había repartidos por el jardín, a la sombra de una gran mata de adelfa. Irenio la siguió y se sentó junto a ella, dejando poco más de un codo de distancia entre la rodilla de la princesa y la suya, para evitar incomodarla. La fragancia dulce de los tallos de hinojo envolvió a la pareja, que seguía en silencio mirando a un lado y a otro, hacia las plantas silvestres que conformaban el jardín de palacio.

Por fin, Irenio rompió la tensión entre ambos buscando una conversación en apariencia superficial con Saore.

—Has cambiado mucho en este tiempo, princesa.

—¡Tú sí que has cambiado! Si hubiéramos coincidido en alguna recepción, me habría costado reconocerte.

De nuevo, el silencio.

—¿Y qué has aprendido últimamente en tus clases?

—Muchas cosas —contestó Saore, pese a considerar vana, o tal vez estúpida, la pregunta de Irenio. ¿Acaso un diplomático con la fama que lo precedía no sabía hablar con una joven de catorce años?—. Anthousa nos mantiene ocupadas, a mí y a Nora, la mayor parte del día.

—Dime, ¿hay algún poeta que te haya gustado recitar especialmente?

—Sí, por supuesto. Hemos cantado a Tales de Creta, a Eumetis de Rodas… Ah, y a Safo de Mitilene, que es la favorita de mi *mathetria*.

Saore se ruborizó y bajó la mirada hacia su regazo al recordar los versos de Safo: «Me parece que es igual a los dioses ese hombre que se sienta frente a ti y está escuchando de cerca tus dulces palabras». No pudo ver la mueca de desprecio de Irenio, el ceño fruncido y la nariz arrugada, un gesto efímero, pues retomó su semblante amable cuando la joven levantó la cabeza.

—Me encantaría que me recitaras alguno de tus poemas predilectos —dijo Irenio, y se inclinó para aprisionar de nuevo las manos de Saore por las muñecas.

No encontró ninguna respuesta a la altura de la petición del heleno, pues solo pensaba en la libertad de sus muñecas para poder hablar y gesticular sin coacción. Aquel contacto físico con Irenio había sido mucho más prolongado que, por ejemplo, con Gharatar la noche anterior. Saore recordaba el tacto de las manos del farero, pero no era capaz de determinar cómo eran las manos que la presionaban por las muñecas con aquella violenta delicadeza. La tensión en el cuerpo de Saore se incrementó, e Irenio lo advirtió con rapidez. Como si adivinara sus pensamientos, colocó la palma de la

mano sobre la mejilla de Saore, con la suavidad con la que pudiera sujetar una copa de cerámica ática.

—Me encantaría poder pasear contigo a diario antes de regresar a Focea. ¿Crees que tu padre lo permitiría?

Saore asintió, guardando la compostura. Ahora ya sabía cómo eran las manos de Irenio. Eran firmes como las de un escultor y tan suaves como la estatua de mármol que pudieran cincelar. En los últimos tiempos, la sensibilidad de la niña se manifestaba a flor de piel. Se emocionaba con una melodía punteada en la forminge, con el canto de los mirlos en la dehesa o incluso el crotoreo de las cigüeñas en la laguna. Pasaba las tardes observando las escenas pintadas en los enormes jarrones de Corinto que decoraban las estancias comunes del palacio o enfrascada en la lectura del pasaje entre Circe y Odiseo, cuando el corazón del héroe es inmune al hechizo vertido en la copa de la diosa.

Podía llegar a sentirse feliz y desdichada al mismo tiempo, y Anthousa le hizo ver que esa angustia era normal en los cuerpos de las que transicionaban de niña a mujer, que no se preocupara. Así era como se sentía en aquel preciso instante ante la caricia de Irenio, con una ebullición de sentimientos contradictorios que, como todas las emociones, empezaba a la altura del ombligo y se le extendía, igual que la lava, por las entrañas.

—Volvamos ya, Irenio —rogó.

Los cinco miembros del consejo de ancianos de Tarteso esperaban sentados en la sala de audiencias del palacio de Isla de Gerión. La designación de anciano era una mera formalidad arrastrada desde

tiempos pretéritos, pues Argantonio era el único de ellos que merecía tal apelativo. El consejo se reunía de manera esporádica ante una situación que pusiera en riesgo el bienestar del reino o frente a grandes cambios en el devenir de la sociedad. El peso de la legislación y el funcionamiento del ejército tartesio recaían en su totalidad en la figura del monarca, igual que las competencias económicas y judiciales lo hacían sobre Ataralki. El binomio formado por el rey y el gobernador, hasta aquel momento, había funcionado con tanta precisión que el consejo de ancianos parecía haber quedado relegado a una mera formalidad en la política gubernamental.

Argantonio asumía como inevitable el sitio de Focea y el giro en la economía del Gran Mar que acontecería tras el dominio de los emplazamientos costeros a manos de los persas. Al tratarse de sus socios principales, deberían adelantarse a las teóricas realidades que pudieran llegar a darse en las costas de Jonia. Y Argantonio necesitaba más cabezas pensantes, además de la de Ataralki y la suya propia. A diferencia del consejo de ancianos de Gadir, tan solo dos de sus miembros, Danel y Baldo, provenían de nobles linajes que se disipaban en los albores del reino. Para el rey, primaba la capacidad resolutiva antes que la estirpe precedente; por ello la verdadera aristocracia en Tarteso, la que mantenía la estabilidad, era de carácter mercantil, para la sorpresa de nadie y el menosprecio de los helenos.

Así, uno de los hombres de confianza de Argantonio era Ader. Se trataba, junto a Danel, de uno de los más prósperos comerciantes de Asta y, a diferencia de él, había empezado sus andanzas con una minúscula flota de cargueros que no tuvo reparos en navegar hasta

las Casitérides cuando así se le requirió tres décadas atrás. Ader era un hombre de negocios, como todos ellos a excepción de Baldo, pero con un instinto innato para establecer nuevos pactos comerciales con aquellos que andan escasos de conciencia. Por ello, Argantonio confiaba en su visión racional y también en su amor por el dinero para sacar mayor beneficio de cualquier situación.

Argantonio entró en la sala, seguido de Ataralki y un sirviente que portaba en una bandeja cuencos con rodajas de manzana y tortas de cebada. El gobernador tomó asiento en la gran mesa central junto a los miembros del consejo de ancianos. Argantonio, en cambio, se sentó en una banqueta cerca de una de las ventanas de la sala. Fuera distinguió las figuras de Anthousa y Nora en el jardín, y durante unos instantes no hizo más que contemplarlas en su paseo. Los hombres en la sala, a la espera de que el rey diera la reunión por iniciada, dieron cuenta de las viandas y del vino especiado que les había servido el propio Ataralki.

—Señores míos.

La voz grave del rey rebotó en las paredes de la sala. Los comensales dejaron las copas sobre la mesa y esperaron a que Argantonio prosiguiera.

—Os agradezco que hayáis acudido aquí con tanto apremio, abandonando vuestros quehaceres. El cargo así lo requiere —dijo, e hizo una pausa solemne para mirar a cada uno de los presentes—. Ayer regresó el cuerpo diplomático heleno tras su estancia en Focea y Masalia. La situación en Oriente no es beneficiosa para nadie en estos momentos.

Argantonio transmitió al consejo de ancianos el relato que habían descrito la noche anterior el próxeno heleno y su ayudante. Regresó

a la banqueta de la ventana para quedar en un segundo plano y dar plena libertad de discusión a los presentes.

El primero en tomar la palabra para dirigir la reunión fue Baldo, general del ejército de Tarteso. Hablaba con la aristócrata finura de un hombre hecho a las tertulias hasta la madrugada, pero con el juicio del estratega que jamás ha llevado a su país a una guerra con sus vecinos.

—A estas alturas, estoy más que convencido de que Sardes ya ha caído y de que se encuentra bajo dominio del ejército persa. Los siguientes objetivos serán los puertos jonios; con toda seguridad, Mileto y Focea —auguró—. Vamos a dar por válido este supuesto para empezar a diseñar todas las estrategias que podemos seguir.

—¿Se sabe si los foceos aún disponen de la flota de pentecónteros que mandamos? —preguntó Fella, el regente de las atarazanas reales.

—Sí —respondió Ataralki—, los puertos están protegidos.

—Pero el asedio no será por mar, sino por la llanura. Si no voy errado, Focea no tiene la extensión de otras ciudades jonias —dijo Baldo—. Si la defensa de los puertos está cubierta, ¿los diplomáticos nos han informado de cómo quieren proceder?

—Reforzando las murallas del este, pero ahora mismo están faltos de fondos.

—Disculpad la interrupción, compañeros.

Danel hablaba espaciando una palabra tras otra, como si arrastrara el peso de su significado. A Argantonio le gustaba escuchar sus opiniones porque su naturaleza conservadora lo obligaba a sopesar todos los riesgos de cada una de las actividades que llevaba a cabo.

—Damos por supuesto que los foceos van a salir victoriosos de una manera u otra —se dirigió a los miembros del consejo, pero miraba a Ataralki—, y que, tras el asedio, podrán seguir siendo nuestro mayor socio comercial como hasta este momento, ¿cierto?

Nadie asintió ni tampoco replicó. Danel permaneció callado unos segundos en los que estuvo tamborileando con las yemas de los dedos sobre la superficie de la mesa de madera, tal vez meditando la manera de transmitir su opinión sin cerrar ninguno de los medios de negociación, tal vez buscando las palabras más adecuadas.

—Creo que este es un momento crucial para repensar nuestras vías comerciales.

—¿Acaso te refieres a cerrar más tratos con los fenicios de Gadir? —preguntó Ader, que conocía de antemano la respuesta—. Hablemos claro, no podemos prosperar como hasta ahora comerciando solamente con los fenicios, mi buen Danel.

—No hablo de volver al monopolio de años anteriores, sino de diversificar. La realidad es que los fenicios están recuperando las rutas tradicionales por las costas de Cartago hasta Sikelia; negocian con los etruscos y tienen de su parte a los cartagineses, de los que, me temo, vamos a oír hablar mucho más. Incluso ¿cabría la posibilidad de valorar una ampliación de las relaciones con los socios en las Casitérides?

—No, es inviable. La guerra es una realidad, compañeros, y los foceos son un pueblo próspero. Su patrimonio es el mar y suyas son las rutas del norte, y van a querer protegerlas al precio que sea. La partida de pentecónteros que compraron supuso una importante inyección en nuestras arcas y, si las ofensivas persas se alargan, debemos buscar la manera de sacar provecho.

—¡Estás hablando de la guerra como un negocio más! —gritó Baldo.

—Por supuesto, querido general —respondió Ader en tono zalamero—. La guerra es el mejor de los negocios para gentes de paz como nosotros, que no te quepa la menor duda.

—No es lícito comerciar con una necesidad —apuntó Hailama, el máximo responsable de los talleres de forja en Asta.

—Claro que lo es, constituye la esencia pura del comercio: satisfacer las necesidades. También crear nuevas. Y tú más que nadie, Hailama, deberías saberlo. De tus talleres salen las más codiciadas armas de todo el Gran Mar, armas que no distinguen si el que se halla al otro lado del filo es persa, cartaginés o si se trata de su propio hermano.

Ataralki miró a Argantonio. El rey no parecía complacido con la manera en la que se estaba desarrollando la reunión. Los diplomáticos helenos aguardaban una pronta respuesta y el consejo de ancianos no parecía querer divagar más allá de cómo cambiar las fronteras de Oriente o engrosar sus propias arcas.

—Señores míos —interrumpió el gobernador—. Focea ha solicitado ayuda a sus socios y a sus colonias para recaudar los fondos necesarios para soportar un asedio. Nuestra función aquí no es debatir cómo enriquecernos a su costa —Ataralki bajó el volumen para controlar la irritación e impaciencia que lo carcomían—, sino determinar qué medidas pueden ser las más efectivas para mantener la integridad de nuestro socio principal.

El consejo de ancianos permaneció en silencio, avergonzado por las palabras del gobernador. Su presencia se requería en escasas ocasiones y esta vez no estaban a la altura de lo que se esperaba de

ellos. El primero en hablar fue Baldo, el único miembro del consejo que no se movía por intereses puramente económicos. Apoyó las manos en la mesa y se incorporó un poco para dirigirse a Argantonio, que permanecía sentado en la esquina de la sala, atento a todo lo que sucedía.

—Te ruego, mi señor, y espero hablar en nombre de todos, que disculpes nuestra poca capacidad de discusión. —Extendió la palma de la mano derecha para señalar a sus compañeros del consejo—. En nuestra defensa, antes quisiera añadir que la prosperidad económica de un reino como el nuestro es inseparable de las buenas relaciones diplomáticas que podamos establecer con cualquier otro pueblo que nos convenga.

El rey asintió y lo instó a seguir hablando.

—Por la autoridad que me confiere estar al mando de la seguridad del reino, me gustaría exponer las propuestas que encuentro viables en este caso, teniendo en cuenta los dos escenarios más realistas: en primer lugar, que Focea resista un asedio persa y forme alianza con el resto de las polis helenas para impedir el avance del imperio hacia el mar; en segundo lugar, que los foceos abandonen el territorio para retomar sus actividades comerciales en un entorno más seguro.

—En estos momentos —dijo Argantonio—, la prioridad de los foceos es la defensa de su ciudad, pero me parece muy adecuado que también contemplemos otras vías de negociación con ellos. Prosigue, general.

Los foceos podrían ser capaces de mantener la defensa de los puertos gracias a los barcos de guerra de los que ya disponían, y de trasladar el excedente de mercancía desde Focea hasta algún otro

puerto seguro de la Hélade, hasta que la situación bélica llegara a estabilizarse.

Además, contaban con las tropas de infantería lidias para frenar los avances del ejército medo-persa desde el desierto hasta las tierras fértiles del levante. Agathon aseguraba que la polis de Esparta y otras ciudades del Peloponeso se habían comprometido en enviar partidas de ilotas, cargas de cereal y financiamiento económico para reforzar las murallas de Focea.

—Nosotros podemos colaborar de una forma similar —propuso Baldo—, haciéndoles llegar algunos barcos de guerra y soldados para afianzar la defensa terrestre.

—Tal vez sea más seguro para nosotros financiar la construcción de las nuevas murallas y no inmiscuirnos en asuntos de guerra —interrumpió Hailama.

De todos ellos, el antiguo forjador era el que menos había participado en la reunión. Tras la llegada de los esclavos tracios, la explotación de las minas de Tarteso que se estaba llevando a cabo en los últimos dos años había dado sus frutos con creces. Se extraía el cobre en los alrededores del río Rojo con más energía que años atrás, se habían encontrado filones de minerales en los que el grueso de esclavos estaba trabajando, así como los de galena argentífera a cielo abierto en la sierra al norte del templo de Baal. Las reservas de plata en el reino estaban mejor que nunca, por lo que Hailama hizo ver al consejo que lo más adecuado sería mandar nuevo armamento y munición, así como ofrecer un préstamo de hasta mil quinientos lingotes de plata a los foceos, en vez de enviar efectivos militares a un territorio completamente desconocido para el ejército tartesio.

—¿Mil quinientos lingotes? —vociferó Ader—. Mi señor, por esa cantidad deberíamos asegurarnos de que la plata se destine a los fines adecuados y no se malgaste en naderías.

—Por supuesto, eso hay que tenerlo en cuenta, Ader —dijo Ataralki, y miró a Argantonio para buscar su aprobación—. En este caso, lo más adecuado sería que alguien de nuestro cuerpo diplomático acompañara a Agathon de vuelta a Focea.

—Insisto en enviar una pequeña partida de soldados a modo de custodio, mi señor.

—Yo podría acompañarlos si se me permitiera antes realizar las gestiones necesarias para dejar la gobernación en buenas manos —se prestó Ataralki.

—No, tú eres indispensable aquí. Mandaré al príncipe Hiram.

El consejo quedó en silencio tras escuchar la decisión del rey. Todos conocían al príncipe por sus contrastes: el ardor con el que comenzaba una tarea y la indiferencia ante el objetivo cumplido; su escasa paciencia y las resoluciones tomadas haciendo caso a los instintos propios de la juventud y no a la razón, así como el desinterés ante las nuevas ideas que comportaran cambios hacia el progreso. Enviar a Hiram a mediar en cualquier conflicto tendría el mismo resultado que embarcar un buey sagrado para que negociara con la lanza de Heracles.

—Pero, mi señor, el príncipe… —protestó Ataralki.

—Mi buen consejero y amigo, este asunto lo hablaremos en privado en cuanto termine esta reunión —continuó el rey, con serenidad—. Ahora necesito que prosigamos definiendo los escenarios posibles en caso de que se produzca el asedio a Focea.

—Lo correcto en este caso, y disculpad si parezco descarado, es aprovechar este obstáculo para estrechar los lazos con nuestros vecinos.

—Opino como tú, Danel —dijo Hailama—. Los hechos hablan por sí solos: las explotaciones mineras en todo el territorio han dado unos resultados mayores de los esperados. Los tracios están resultando unos trabajadores excelentes y, salvo por los incidentes en Calentus, que estoy más que convencido de que no se van a repetir, se han integrado a la perfección con los lugareños. La demanda de estaño todavía depende del comercio con las Casitérides, pero las necesidades de cobre pueden quedar cubiertas sin que sean precisos intermediarios. Nosotros no tenemos medios ni recursos para embarcarnos a buscar nuevos mercados en el Gran Mar, pero sí disponemos de un socio y un vecino que los tienen.

—Señores, nos olvidamos de la presencia cartaginesa por estas costas —apuntó Baldo.

—Los cartagineses no son ninguna amenaza en aguas fenicias —dijo Danel.

—Te equivocas. A los cartagineses los mueve la codicia, el afán por crear un imperio que compita con las civilizaciones del norte del Gran Mar. Son militares, no comerciantes.

—Mi señor, si los persas asolan Focea, nos favorecería que se establecieran aquí —espetó Ader.

La sala quedó de nuevo en silencio. Los foceos habían fundado a lo largo del Gran Mar colonias que se regían por los mandatos de la polis, a excepción de Masalia, que funcionaba casi por completo como una ciudad independiente y próspera. A dos días de camino de Gadir y a pocas millas de la fenicia Malaca, los foceos habían

fundado tiempo atrás una minúscula colonia de fondeo y aprovisionamiento. El rey Argantonio podría financiar su remodelación para convertirla en un puerto de comercio primordial, y que llegara a constituirse como la Emporion del sur del Gran Mar. Tener a su principal socio tan cerca, expuso Ader, sería la mejor manera de reducir riesgos y costes por ambas partes. La mejor baza era proponer la gobernación de la colonia a Agathon, que conocía el territorio tras años ejerciendo de próxeno.

—Agathon piensa más en su retiro que en el avance de los persas por Anatolia.

—Pero el joven que lo ha acompañado estos años, Irenio, sería un candidato excepcional para el nuevo cargo. Es ambicioso, conoce nuestra lengua y nuestra cultura, y posee las dotes diplomáticas que Agathon ha ido descuidando por la comodidad de tener el puesto asegurado —dijo Ataralki.

—Una colonia focea pujante en estas cosas sería una buena preventiva para mantener a los cartagineses controlados —respondió Baldo.

Argantonio meditó las palabras de Ader. En su fuero interno, algo le decía que las fronteras en Oriente iban a alterarse de manera irreversible. En los últimos años, diversificar los negocios entre dos socios, evitando los riesgos del monopolio, había sido una decisión acertada. El rey, de trato tan cercano con unos y otros, asumía que tanto los comerciantes foceos como el gobernador Hadad se movían por intereses económicos y no por aquel tipo de amistad que acontece para garantizar un bienestar para ambos bandos. Los fenicios compraban el estaño al precio estipulado y trabajaban en cooperación en las forjas del territorio, cada una de las cuales se

había especializado en un tipo de producto manufacturado u otro. Si bien Argantonio tampoco consideraba a los cartagineses una amenaza, la sombra del terror que había extendido el general Baldo en la reunión había hecho que el rey se replanteara potenciar la protección del territorio, por si se diera el caso de que las relaciones entre cartagineses y fenicios se alteraran.

—Insisto de nuevo, mi señor. —Danel interrumpió las disquisiciones de Argantonio como si le pudiera leer el pensamiento —. Los fenicios son nuestra realidad segura ahora mismo. De una vez, debemos olvidarnos de ser meros socios comerciales y convertirnos en aliados. Formalizar la unión de algún miembro de la familia real con algún alto dirigente fenicio, como se ha hecho siempre, es una opción que beneficiaría a ambos pueblos.

Una ira helada se extendió desde las sienes hasta las mejillas de Argantonio al recordar los ojos en llamas del gobernador Hadad al contemplar a Saore. Hadad tenía treinta años y todavía no se había casado. Tarde o temprano, la necesidad de sentirse acompañado se alojaría en sus pensamientos, y Argantonio temía que, una vez llegado ese momento, fuera su hija su objetivo.

Saore cumpliría quince años en las semanas siguientes; era una edad en la que todavía podía disfrutar de sus estudios y pequeños quehaceres en el gobierno del reino, pero tarde o temprano llegaría la primavera definitiva en su cuerpo de adolescente. Y entonces no quedaría más remedio que hablar de matrimonio o de celibato, para que fuera ella la única responsable de elegir qué curso debía dar a su vida de princesa. Instantes atrás, la había estado espiando por la ventana cuando paseaba con Irenio por los jardines. La niña mostraba una actitud alegre con el foceo, y él… Argantonio no

acababa de tener claras las intenciones de Irenio con su hija, pero con el tiempo había aprendido que el protocolo heleno en cuanto a relacionarse de manera íntima era tan distinto que, a veces, se sentía descolocado.

Por ese motivo, la inherente protección del rey hacia sus hijas, más en calidad de padre que de monarca, le hacía confiar más en una unión conyugal con un fenicio que con un heleno. Él, al fin y al cabo, se había enamorado de una noble fenicia con tal magnitud que logró rebasar los límites más remotos de su conciencia. La unión tuvo el beneplácito de su padre, el anterior rey Argantonio, y junto a ella vivió los años más dichosos de su vida hasta que el parto de Nora se la arrebató. El rey tenía grandes ambiciones para Saore y, por su carácter resolutivo, sus aptitudes serían bien recompensadas desde Gadir…

Pero se le removían las entrañas cuando imaginaba el futuro de su hija con Hadad.

—Los matrimonios de la familia real son solo de nuestra incumbencia, Danel. No lo olvides jamás —atajó.

El rey se dirigió a él de manera afable, pero la niebla en su mirada provocó un escalofrío en la espalda del comerciante, que bajó la cabeza con gesto avergonzado.

—Siento mucho haberte ofendido, mi señor. Acepta mis disculpas.

Argantonio había reinado durante más de tres décadas en un lugar remoto, alejado de conflictos bélicos desde hacía dos siglos. Era un monarca orgulloso del discreto bienestar de su reino, del fértil emplazamiento donde sus ancestros habían desarrollado la agricultura y la ganadería, y que era reconocido por los poetas de Oriente. Había sido el espectador paciente y circunspecto que

observaba cómo se transformaba todo a su alrededor y movía las fichas indispensables para adaptarse a aquellos cambios, pero de tal manera que pareciera que todo se expandía con el comedimiento de un fluido viscoso.

Él, que jamás había deseado que escribieran gestas con su nombre, solo anhelaba la paz y la tranquilidad de los suyos. Sin embargo, el mundo que conocía cambiaba a una velocidad superior a aquella a la que estaba acostumbrado a actuar.

8

550 a. C., Isla de Gerión y Asta

Anthousa siguió el consejo de Argantonio. Le hizo llegar un mensaje a Norfeus para citarlo aquella tarde en el mismo palacio real de Isla de Gerión, el día antes de su partida. Habían habilitado uno de los salones auxiliares, el más cercano a la cocina, para que la institutriz se reuniera con el comerciante foceo. Había dejado dicho que, dentro de lo posible, hubiera siempre algún sirviente cerca y que no tuviera reparos en entrar al salón tantas veces como fuera necesario. Quería evitar a toda costa que se produjeran momentos de demasiada intimidad con el que había sido su primer marido.

La estancia disponía de una única ventana; no era demasiado espaciosa ni estaba decorada como el resto de las habitaciones de ocio. La cercanía de los hornos en la estancia contigua la convertía en una de las salas más cálidas del palacio, por lo que Anthousa vestía solamente con peplo, sin cubrirse con el himatión de lana. En las esquinas opuestas a la puerta, apoyadas en la pared, se disponían dos banquetas de madera cubiertas por unos finos almohadones rellenos de paja y plumas con bordados de cenefas simples, con toda seguridad procedentes de su tierra natal. Entre las dos banquetas, Anthousa había mandado colocar una pequeña mesa

auxiliar de madera con una jarra de vino aguado y dos copas de cerámica local, sin ninguna decoración que llamara al lujo.

Uno de los criados anunció la llegada de Norfeus, que se dirigió con paso vacilante hacia Anthousa, que aguardaba de pie, inmóvil, junto a la mesa. Los dos quedaron uno frente al otro, esperando las palabras de saludo que tardaban en pronunciarse. Norfeus tenía la mirada baja y se retorcía los anillos de la mano en un gesto intranquilo que hizo sonreír a la mujer. Había envejecido, como todos, pero el paso del tiempo se había hecho más evidente en él. La piel flácida de las mejillas y de la papada denotaba una pérdida de peso demasiado apresurada, mal disimulada por la barba recortada que en su día se asemejaba al tono de la cáscara de las avellanas y que ahora había perdido el color. También advirtió que tenía los ojos más hundidos en las cuencas. Había envejecido muy rápido, sí, pero sospechaba que fruto del cansancio y no de la edad.

—Gracias por recibirme, Anthousa. Han pasado muchos años desde —carraspeó para hacer una pausa— la última vez.

La última vez… La última vez que Anthousa accedió a reunirse con él, acabaron retozando como dos animales tristes y heridos sobre el jergón en la posada donde él se alojaba. Él alegó que estaba en su derecho de pedirle una noche juntos, pese a no ser ya su legítimo marido, pero que entendía si Anthousa se negaba a concederle esa única petición, teñida en súplica. Se deshizo del peplo desabrochando las fíbulas, que cayeron junto a la prenda, sobre el suelo, y se sentó en la cama estrecha. Contempló al hombre mientras se desvestía y lo único que pudo llegar a sentir hacia él fue un gran agradecimiento. Anthousa empezó a acariciar el cuello y el pecho de Norfeus, con la desazón de tocar la piel de un amigo, de

un hombre que no deseaba. Cuando el cuerpo sin fuerza del foceo reposó sobre el suyo propio, se prometió a sí misma que no volvería a pagar favores de aquella manera.

—Espero que este reino te trate como merece una mujer como tú. Estás tan hermosa como te recordaba, Anthousa.

Alargó los brazos hacia ella, que reposó la cabeza sobre el pecho del hombre. Norfeus la ciñó contra sí presionándola por la cintura. No se oía ningún ruido en la cocina ni el ajetreado paso de sirvientes cerca de ellos. Se deshizo del abrazo y agarró a Norfeus por la muñeca para acompañarlo hasta una de las banquetas. Anthousa llenó las dos copas de vino y ocupó el asiento opuesto. Rio al ver la expresión de complicidad de su invitado cuando se llevó la copa a los labios.

—Veo que tu vida sigue siendo tan concupiscente en el palacio del rey de Tarteso como lo era en tu casa. Continúas bebiendo vino como una espartana cualquiera.

Anthousa rio todavía más alto, exagerando las carcajadas, pese a que no le divertía la afirmación de Norfeus. La vida en palacio no era concupiscente, por supuesto. Al contrario, la lascivia y las palabras veladas no tenían cabida en la sociedad tartesia, cuyos hombres y mujeres se definían ante los extranjeros como directos y sinceros, sin entrar en los peligrosos juegos de la moralidad ambigua. Argantonio le hacía el amor todas las noches porque la deseaba. Y aquel deseo solo se consumaba una vez que él se aseguró de que Anthousa también lo hacía. Aquello era impensable entre los helenos. Los hombres la habían tomado por imposición, anulando cualquier acción que pudiera acrecentar la sensualidad en la mujer.

Del mismo modo, ella hacía deporte en presencia de hombres, y también disfrutaba del vino fenicio cuando le apetecía.

—Sí, Norfeus, en este reino se me trata como merezco. Tú, sin embargo, pareces más ajado que la última vez.

—Ya estarás al corriente de lo que ocurre en Focea. —Anthousa asintió—. Espero que tu rey aporte luz a nuestras tinieblas.

Su rey. No estaba exento de razón. Anthousa jamás había dejado de sentirse eolia, pero prefería atarse unas rocas a los tobillos y lanzarse al fondo del lago de Tarteso antes que volver a formar parte de una sociedad como la suya. Tarteso había sido el primer lugar que había llamado hogar, por lo que, como correspondía, Argantonio era su rey. En todos los ámbitos de la vida de Anthousa, aunque algunos de ellos permanecieran encerrados en la alcoba del rey.

—¿Qué planes tienes, en caso de tener que abandonar la polis?

—Me estableceré en Masalia, es lo más seguro para el negocio.

—¿Te queda familia en Focea?

—Sí. —Silencio—. Mi mujer y mi hijo.

—¡Te volviste a casar! —exclamó Anthousa con alegría.

No habría imaginado a Norfeus como un hombre vinculado a ninguna mujer de nuevo. Sin embargo, era lo más sensato después de que le hubieran arrebatado a su esposa. Norfeus era un hombre compasivo y cariñoso. Habría sido un buen padre y marido si su prioridad no fueran los negocios. Cuando Anthousa le preguntó por la vida de casado, él se abrió como si hablara con un compatriota más.

No había pensado en contraer matrimonio de nuevo. La única visión de futuro que tenía Norfeus era navegar el mar en busca de los mejores negocios. Con el tiempo, había conseguido sobrellevar la

humillación del tío de Anthousa cuando este le devolvió la dote y se la arrebató de su lado. Pasaba más tiempo en el mar que en tierra firme y no había tenido la necesidad de formar un hogar a largo plazo.

Sin embargo, acabó por ceder a las presiones de Altair, uno de sus socios. El vello de los brazos de la mujer se erizó al volver a escuchar aquel nombre. Altair le convenció de cuán importante sería disponer de un heredero legítimo en el caso de que sucediera algún imprevisto. Calista era demasiado joven, demasiado sumisa, demasiado ingenua. Durante los escasos momentos en los que habían compartido una vida conyugal fuera del lecho de esposos, Norfeus no sabía de qué hablar con ella. Apenas conocía el tono de voz de su mujer, pues tan solo escuchaba de su boca monosílabos. No mostraba interés por las artes ni la música, ni ayudaba a las cocineras a elaborar las comidas de la pareja. La imagen más habitual de Calista era recostada en una silla de esparto con la mirada melancólica fijada en ningún punto concreto. Parecía que el destino lo había penalizado con una esposa diametralmente opuesta a Anthousa, confesó Norfeus. Estiró la mano para acariciar la rodilla de su interlocutora, pero ella la apartó al instante.

De regreso al hogar después de una de sus travesías comerciales, encontró a Calista con un bebé en brazos. Un varón, Bemus. Altair había elegido aquel nombre para el niño sin consultar con su padre. Para Norfeus aquello fue una de las mayores afrentas. No obstante, el hijo de Norfeus era, a su vez, el nieto de Altair, pues su joven esposa era una de las hijas de su socio. Anthousa sabía a la perfección cómo era Altair y qué carácter poseía, así como las excentricidades que gustaba de exigir.

Su pasado dolía como una espina clavada en la cara interna de la uña y todavía pesaba demasiado como para dejarlo atrás. Habían transcurrido doce años desde que embarcó en la nave de Norfeus para empezar una nueva aventura en la otra orilla del Gran Mar, en un reino envuelto en misterio, como *mathetria* de las hijas del casi mitológico rey Argantonio. De nuevo, bendijo al hombre que estaba frente a ella por haberla llevado a un lugar como Tarteso.

—¿Qué sabes de Argus?

—Murió de fiebres hace unos años.

—Brindo por ello —celebró Anthousa y levantó su copa al aire, pero Norfeus no quiso imitarla.

Argus, el maldito Argus.

—¿Brindarás también cuando yo muera?

Norfeus pronunció aquellas palabras con pesadez. Anthousa lo miró y vio el resentimiento del animal lastimado al que obligan a lamer sus propias heridas. En un principio pensó en bromear para que desapareciera la congoja en el rostro del comerciante, pero lo desestimó. Cuando Norfeus muriera, se habría desvanecido todo aquello que la ataba emocionalmente a Cumas y Focea.

¿Qué veía en Norfeus? Un hombre definido por su bondad, pero no una bondad altruista. Era uno de esos tipos de hombres que se conforman con muy poco y, sin embargo, vivían disgustados consigo mismos por no ser capaces de conseguir ese poco.

Anthousa sonrió sin sorna y, tal y como hacían los tartesios y fenicios, cogió las manos de Norfeus con suavidad para insuflarle a través de las suyas algo de calor a su corazón frágil.

—No, Norfeus, no brindaré cuando tú mueras. Te lo prometo.

El sol despuntaba tras las colinas lejanas. Saore y los suyos esperaban en el puerto a que embarcaran los últimos miembros de la tripulación del navío que escoltaría al príncipe Hiram y la partida diplomática que supervisaría las operaciones que se llevarían a cabo en la polis de Focea con la financiación tartesia.

Los rostros de sus acompañantes eran a cada cual más dispar. Anthousa miraba las naves a través de una especie de tela que le empañaba los ojos, pero con un semblante radiante y sólido ante todos. Saore podría decir que incluso caminaba más ligera y reía con más descaro del que estaban habituados.

Hiram, en cambio, había subido a bordo con los puños crispados, sujetando ora su faltriquera, ora el extremo del cinturón que le ceñía la túnica blanca. ¡Qué distinto se mostraba a su hermano Abissabar! El príncipe permanecía callado al lado de Argantonio, con la barbilla en alto en un gesto de soberbia innecesario.

Los días anteriores a la partida de Hiram habían sido los más largos de la vida de los príncipes y princesas. Su padre llevaba años tratando de que Hiram se comportara como un heredero. Este, al fin y al cabo, no era más que la prolongación de Argantonio y asumía las aptitudes de su padre como las más acertadas. Sin embargo, no conseguía emular el carisma del rey en la corte y en la vida de los súbditos.

En el fondo, padre e hijo carecían de ambiciones arriesgadas para con el reino de Tarteso. Las cosas funcionaban tal y como se hacían. Tarteso había vivido periodos de bonanza a lo largo de su historia, unos más destacados que otros, pero jamás ninguno de recesión que hubiera comportado tomar determinaciones forzosas para garantizar repuntes económicos o la seguridad nacional.

Tan solo dos días habían necesitado Argantonio y Ataralki para decidir cómo afrontar la crisis en el levante del Gran Mar. Financiarían la construcción de nuevas murallas en Focea y les enviarían armamento y munición, pero ninguna protección de infantería. El cuerpo diplomático de Tarteso viajaría con el próxeno Agathon para supervisar la construcción de las infraestructuras precisadas y negociar nuevos acuerdos comerciales si el asedio a manos de los persas, al final, tenía lugar. A la cabeza de todos ellos, el príncipe Hiram de Tarteso, un muchacho de dieciocho años que jamás había viajado más allá de Gadir.

Saore seguía a Irenio con la mirada. El asistente de Agathon iba de un lugar a otro del muelle de carga, asegurando todos los detalles de la partida. Cuando sus ojos se encontraron con los de la princesa, se detuvo para llevarse el dedo índice a los labios y, a continuación, lanzar al aire un beso disimulado. La joven se ruborizó y desvió la mirada hacia el barco en el que subirían su hermano y su amado.

Irenio y Saore tomaron la costumbre de conversar cada tarde durante los días previos a la partida. Él llegaba a Isla de Gerión desde el embarcadero de Asta en una pequeña barca que conducía un viejo pescador, que, por unas monedas, esperaba paciente a que el heleno regresara de vuelta a la capital antes del anochecer. Saore aguardaba en el palacio y ambos emprendían, sin carabina, largos paseos por toda la isla.

La tarde anterior, Irenio quiso despedirse de su amada aprovechando la intimidad que les ofrecía la isla. En la dehesa, contemplaron cómo pacían los bueyes, ajenos a nada de lo que sucediera más allá de la hierba que masticaban. Aquellos animales

sagrados, tiempo atrás, habían sido el motivo de la animadversión entre sus dos culturas. Sin embargo, ahora una princesa tartesia contemplaba el pelaje rojizo en llamas de los bueyes que su pueblo veneraba en compañía de un extranjero, de un heleno, asimismo, en el inicio de la nueva era de tratados entre Oriente y Occidente que había inaugurado Argantonio, facilitando el comercio entre Focea y Tarteso, y que Saore podría consolidar de una manera u otra.

Reposaban acodados en la cerca de madera que delimitaba la dehesa. Irenio se percató de que el vello de los antebrazos de Saore estaba erizado. Se deshizo de su himatión de lana para cubrir con él el cuerpo de la chiquilla. Apoyó las manos en los hombros de Saore y, pese a sentir cómo se tensaba cada músculo de su cuerpo, esa vez no hizo nada para evitarlo. Uno de los bueyes se incorporó y mugió hacia el cielo. Irenio deslizó las palmas de las manos recorriendo los brazos de Saore y acercó su cuerpo hacia la espalda de ella, que permanecía rígida. Inclinó la cabeza hasta que sus labios alcanzaron la oreja de Saore y musitó tan suave que ella no estuvo segura de haberlo entendido:

—El olor de tu pelo me hace perder la noción del tiempo, mi señora.

Cuando Irenio la llamaba señora o princesa, lo hacía con un matiz distinto al que usaría un súbdito al dirigirse a ella.

El hombre presionó con la punta de la nariz el lóbulo de la oreja de Saore. Ella lo sentía respirar con una cadencia lenta que hacía que el tiempo corriera a menor diligencia. El cálido aliento sobre su cuello le despertaba un cúmulo de sentimientos contradictorios que basculaban entre el frío que le recorría la espalda y el calor que emanaba irremediablemente de su interior. Se deshizo del abrazo

para cubrir el pudor que sentía con el manto de lana, lo que creó unos dedos de distancia entre ellos. Sin embargo, Irenio la obligó a darse la vuelta y le levantó la barbilla hacia su rostro.

—Saore, he viajado a lo largo del Gran Mar y tú eres la mujer más bella que se ha cruzado en mi camino.

Presionó el labio inferior de la princesa con el pulgar. Saore contemplaba el rostro del heleno intentando descifrar aquello que no entendía y que hacía de Irenio la persona más misteriosa que había conocido. La boca entreabierta de aquel hombre se estremecía con un ligero temblor, no así sus ojos, que se posaban bien en los de Saore, bien en su boca.

Cada persona tenía un brillo propio en los ojos, y Saore reconocía las diferencias entre cada una. Por ejemplo, los de su padre refulgían de una forma distinta cuando sus cuatro hijos y él viajaban al templo de Baal o a cualquier otro lugar, libres de las obligaciones del reino. Los de Anthousa se empañaban cuando fijaba la vista en las olas del mar, y los de Gharatar, el hijo del farero, se encendían como la misma luz de la atalaya que orientaba a los barcos cuando hablaba con Saore. La mirada de Abissabar cambiaba notablemente cuando recogía la miel de los panales. O la del gobernador de Gadir. Saore se estremeció al recordar los ojos verdes de Hadad cuando la miraba, con el brillo del rayo sobre el mar embravecido a punto de hacer naufragar un navío.

En cambio, los ojos de Irenio no tenían brillo alguno. Irenio se expresaba con palabras, con el lenguaje de su cuerpo, con la firmeza de unos gestos precisos y unos silencios oportunos. Mas no con la mirada, que aparecía revestida de un material difuso que Saore era incapaz de penetrar. Irenio la rodeó por la cintura, pero, ante la

pasividad de la princesa, consiguió forzar el abrazo agarrándole las manos y colocándolas sobre la nuca despejada. El himatión de lana cayó al suelo. Acercó el rostro al de ella y sonrió con gentileza. Se besaron cuando Saore fue capaz de devolverle la sonrisa. Los grandes labios de Irenio se posaron con la delicadeza de una mariposa sobre la boca de la princesa durante un breve instante. Luego, la besó en la punta de la nariz, le pasó sutilmente el dorso de la mano por la clavícula y rompió el abrazo.

Saore siguió sonriendo y no quiso volver a bajar la mirada ante Irenio.

—Dichoso yo, ante la sonrisa de tu rostro, ya para siempre inmortal, que me acompañará durante la larga estancia en mi tierra, Saore, querida mía.

Le tendió la mano para reanudar el paseo de vuelta al palacio.

—Irenio —pidió ella, segura por primera vez con la presencia del heleno a su vera—, me incomoda que me sujetes por las muñecas.

—Ten paciencia conmigo, mi princesa; conozco bien vuestras maneras, pero hasta hoy no he sabido en realidad cómo comportarme ante una mujer tartesia.

Buscó el tacto de las yemas de los dedos de su acompañante en un gesto que le pareció forzado, pero Saore reaccionó con sencillez y entrelazaron las manos sin llegar a generar ningún tipo de presión la una contra la otra.

—Saore, cuando consigamos frenar el avance de los persas en mi tierra, volveré para retomar mis obligaciones diplomáticas aquí. Espero hacerlo como nuevo próxeno de Tarteso. Entonces —se llevó la mano de la joven hasta los labios para besarla una vez y otra—, hablaré con el rey para que seas mi esposa.

La comitiva diplomática formada por tartesios y foceos esperaba el embarque frente al navío de carga del mercader Norfeus. Argantonio se despidió uno a uno de todos ellos. Cuando se detuvo frente a Hiram, mandó llevar una ofrenda a su hijo: una espada envainada en una funda de cuero sin decorar, que depositó de manera ceremoniosa sobre las manos extendidas del príncipe. En el arma sobresalía una empuñadura de cobre de ocho facetas decorada con espirales nieladas en plata; una pieza sobria, más funcional, característica de los pueblos de las Casitérides. Hiram se ciñó la vaina en la cintura y abrazó a su padre por los codos para juntar su frente con la del rey.

—Hijo mío, tienes el honor de ser el primer tartesio que visita las tierras de levante. Lleva el nombre de Tarteso con la dignidad que se espera del futuro rey de este pueblo. Que Baal os proteja en esta andadura.

A su vez, Argantonio obsequió al cuerpo diplomático heleno con cascos militares forjados en los talleres del anciano Hailama. Tras las palabras de despedida, los miembros embarcaron por una pasarela de madera hasta la cubierta del barco, donde los esperaba Norfeus. Navegarían en el mercante hasta Masalia; allí, la comitiva cambiaría el medio de transporte por un birreme ligero que les permitiera realizar la travesía hasta Focea en el menor tiempo posible. El capitán había finalizado la inspección previa a la travesía. Los remeros esperaban la orden de Norfeus para iniciar la expedición. Los marineros, a su vez, se disponían a ambos lados de la cubierta a disposición del capitán.

Norfeus se dirigió hasta la proa del barco. Sujetaba con ambas manos una fíala de plata y bronce decorada con vainas radiales,

llena de vino y miel. Agathon e Irenio lo siguieron, así como Hiram. La ceremonia de libación se llevaba a cabo cada vez que el barco zarpaba, sea cual fuere su destino, para pedir al dios del mar la protección de la mercancía y, en este caso, de la distinguida tripulación que viajaba con ellos. Los marineros aguardaban, supersticiosos, las palabras que aseguraran la tranquilidad en la travesía hasta la *apoikia* de Masalia.

—Escucha, Poseidón, regente del mar profundo, cuyos líquidos brazos oprimen la sólida Tierra, las palabras que a ti se ofrendan. A ti te invoco, tus corceles hienden las espumas y en tu mano un broncíneo tridente sostienes, pues en todos los vastos confines del mar reverencian tu poder. ¡Oh, Poseidón, de oscura cabellera!, tú mismo controlas a los monstruos que en el mar retozan y unes los extremos del mundo con favorables brisas para conducir las naves inflando sus velas. ¡Oh, tú, de oscuros cabellos!, otórganos la paz amable, la abundancia y una navegación sin tropiezos.

El capitán se inclinó sobre la borda y derramó el líquido de la fíala en las aguas del puerto de Asta. Acto seguido, los marineros desataron las amarras. Las velas no se izarían hasta que hubieran atravesado el lago de Tarteso, por lo que el trabajo hasta llegar al faro dependía en exclusiva de los remeros. A los fareros, padre e hijo, los habían avisado el día anterior para estar alerta ante el paso del barco de Norfeus y guiarlo a través de las aguas más profundas, esquivando los bancos de arena y los obstáculos artificiales que protegían la entrada del lago.

En cubierta, Hiram contemplaba embelesado todo lo que acontecía a su alrededor. El trabajo coordinado que se llevaba a cabo para hacer funcionar en sincronía el manejo de una embarcación de

tal envergadura. El olor cada vez menos intenso a salitre a medida que se alejaban de Asta. Las siluetas del faro y de las torres vigías del destacamento de Aipora tornándose más nítidas a medida que se despejaba la niebla matutina.

A algunos codos de distancia, Agathon conversaba con Irenio sobre temas superfluos; el príncipe asumió sus funciones de diplomático y optó por incorporarse a la charla. Los foceos, por cortesía, cambiaron al idioma fenicio delante de Hiram, pero tal consideración incomodó al muchacho. Se veía capaz de seguir una conversación en eolio tan bien como cualquiera de sus hermanos.

—¿Cómo sienta el vaivén constante a alguien que no está acostumbrado a largas travesías en barco, príncipe Hiram? —preguntó Agathon para romper el hielo.

—Bien, es un balanceo sin importancia.

—Aguarda a que rebasemos las costas de Gadir, que este balanceo sin importancia se convertirá en un zangoloteo poco apto para la integridad de muchos cuerpos —se mofó Irenio, y el próxeno se unió a sus risas—. Oh, no te ofendas, no tengo la menor duda de que el futuro rey de Tarteso es capaz de resistir todos los percances de esta aventura.

—«Aventura» es una palabra demasiado ambiciosa, querido Irenio. No asustes al príncipe, pues ninguno de nosotros vamos a pisar el campo de batalla.

Los cascos forjados que les había obsequiado Argantonio en su partida estaban apoyados en el suelo contra la borda, a los pies de los foceos.

—Sí, en eso tienes razón, maestro —dijo el asistente, y se agachó para recoger su casco de bronce.

Irenio se lo acercó al rostro para examinarlo con detenimiento. No negaba que era una pieza resistente y, a su vez, realizada con extrema delicadeza a base de golpes precisos de martillo. El casco presentaba unas proporciones notablemente verticales, a diferencia de la morfología de la cabeza del heleno. La función era cubrir la totalidad del rostro y el cuello del portador. A la altura de los pómulos se había zurcido un forro de cuero rígido, repujado con el diseño de una especie de estrella geométrica de ocho puntas que tan solo dejaba al descubierto los ojos. Irenio pasó los dedos por la cimera del casco, formada por finas tiras de cuero curtidas hasta adquirir el tacto de cualquier tela de calidad.

—Es una obra bellísima, sin duda —repuso Irenio. Intentó acomodarse el casco, si bien no consiguió ajustárselo correctamente —, pero es demasiado estrecho para las proporciones de mi magna testa.

Agathon intentó, sin éxito, reprimir una carcajada ante la aclaración de su pupilo, que se contagió de la risa tras, al fin, conseguir desencajarse el casco de la cabeza. Norfeus se acercó a los tres hombres con ánimo de unirse a su júbilo, pero se percató de la actitud formal del príncipe tartesio.

—Hiram, vuestro pueblo suele hacer ofrendas votivas a las aguas sagradas —dijo Irenio, y lanzó el casco con todas sus fuerzas al lago de Tarteso—. Que vuestros dioses también nos protejan.

Agathon, reprimiendo de nuevo la risa, imitó a su asistente. El príncipe Hiram, sin saber cómo reaccionar ante la ofensa acontecida contra la hospitalidad de su padre, se agarró con fuerza a la barandilla del barco hasta que los nudillos tomaron el color de las

nubes que los seguían en la travesía. Norfeus le apretó el hombro para llamar su atención:

—Mi señor, bajemos a mi camarote a echar una partida de *petteia.* ¿Sabes cómo se juega?

Hiram negó con la cabeza y se dejó guiar por la cubierta hasta las escaleras de acceso a las estancias.

Una vez que dejaron atrás la única vía marítima al lago de Tarteso, los marineros del mercante se aseguraron de que el capitán permanecía en su cabina y cada uno de ellos arrojó al mar un estatero de electro con una foca grabada en el reverso. Norfeus era un hombre aferrado a las tradiciones foceas, pero no solía tolerar las supersticiones a bordo.

El gobernador Hadad le rellenó personalmente la copa con solemnidad.

—¿El vino es de tu agrado?

—Sí, tiene un gusto más complejo que el que bebemos nosotros.

—Es de mi bodega particular —apuntó Hadad—. Si gustas, llévate un ánfora.

Los hombres apuraron las copas en silencio.

—¿Y cuánto tiempo se estima que esté tu hermano Hiram en Focea?

—No creemos que vuelva antes de dos años —dijo Abissabar, sin aparentar recelo ante el gobernador.

—Interesante… —musitó Hadad. Se colocó los mechones de pelo rebeldes detrás de las orejas—. Por desgracia, presumo que a los foceos les espera el mismo destino que a los tirios.

—Los foceos son comerciantes, serán capaces de levantar nuevos imperios mercantiles.

—También lo eran los tirios, y ya ves en qué situaciones nos hemos encontrado las colonias hasta poder llegar a prescindir de la capital y asumir el control real de nuestras economías.

De nuevo, el silencio entre ambos. Hadad empezaba a impacientarse con la visita del príncipe Abissabar. Era un muchacho de apariencia cándida, pero Hadad sabía que tenía el mismo buen juicio que su padre. Y la suspicacia que le faltaba al monarca.

—El rey Argantonio es muy afortunado de tenerte a su lado ahora que su heredero se halla en el otro extremo del Gran Mar —tanteó el gobernador, zalamero—. ¡Quién sabe cómo se desarrollarán las contiendas con los persas…! Tal vez me halle ahora mismo compartiendo el vino con el futuro rey de Tarteso.

—¡Lo dudo mucho! Hiram no será capaz de cruzar el umbral del palacio que le hayan asignado como jefe diplomático. Y volverá como legítimo heredero.

—Muchos otros son de mi misma opinión: que tú serías mejor candidato al trono que tu hermano.

Abissabar quedó inmerso unos segundos en las palabras que acababa de pronunciar el gobernador. No estaban exentas de razón. El joven era consciente de la opinión que tenían del príncipe Hiram tanto dentro como fuera de las fronteras de Tarteso.

—Dejémonos de conjeturas —sonrió—, que mi función en la corte es otra. Confieso, no obstante, que fantaseo con un futuro que nunca tendrá lugar. Un futuro en el que pudiera vivir ajeno a lo que sucediera en el mundo, con mis colmenas de abejas y mis árboles frutales.

—Y la compañía de una bella esposa —apuntó Hadad con picardía, pues hacia aquel punto quería derivar la conversación—. No hay nada mejor que acabar una larga jornada con la cabeza rodeada por unos suaves muslos de mujer.

Abissabar se incomodó con el tono que había adoptado Hadad. Quiso cambiar el curso de las palabras del gobernador hacia una conversación más amable:

—¿Y todavía no entra en tus planes el matrimonio?

—Por supuesto, pero soy el máximo representante de Gadir, no puedo desposarme con cualquiera —contestó Hadad, y el color verde del mar de sus ojos despertó—. Tu padre, el rey, tomó a una noble fenicia como esposa. Sería lo más aceptable que yo me desposara con una princesa y, hoy por hoy, los tartesios sois el mejor socio que tenemos.

—Tus palabras no están exentas de razón, pero Nora todavía es una niña.

—Me refería a la princesa Saore, Abissabar.

El príncipe le retuvo la mirada. Por todos era sabido la extraña obsesión de Hadad por la princesa, pero era la primera vez que lo verbalizaba sin esconderse. Entendía el rechazo que le despertaba la presencia del gobernador a Saore, pues Hadad ejecutaba cada uno de sus actos con una impasibilidad tan mesurada y, a su vez, un frenesí tan impúdico que desubicaba a cualquiera que quisiera negociar con él.

—No creo que Saore estuviera cómoda sabiendo que estamos teniendo ahora esta conversación. Mi hermana siempre ha tomado sus propias decisiones.

—Entonces, hazle llegar mi interés, príncipe.

—Lo haré, pero no te aseguro una respuesta por su parte. Estos días los ha pasado en la compañía del asistente del próxeno foceo y a la vista está que le ha resultado grato.

Hadad le sonrió con una sensualidad inusual, como si no estuviera hablando con el príncipe, sino con la propia Saore. Apoyó la copa de vino en la mesa auxiliar y entrelazó los dedos.

—Tal y como se presenta la situación internacional, hay una posibilidad importante de que ni tu hermano ni el pretendiente de tu hermana regresen de vuelta. Y, como gobernador hablo, siempre hay que tener estudiado un plan alternativo para cuando las cosas se tuercen.

El asistente de Hadad entró en la sala. Saludó, visiblemente turbado, al príncipe Abissabar. Se inclinó sobre el hombro del gobernador y, en voz baja, le anunció:

—El general acaba de llegar a la ciudad.

Hadad se disculpó ante el príncipe tartesio por tener que interrumpir con tanta diligencia la agradable velada que estaban celebrando dos socios y, quién sabe, si futuros amigos. Se incorporó del asiento y le pidió a su asistente que acompañara a su invitado al embarcadero de Gadir para que regresara de vuelta a Tarteso.

En el puerto de Gadir, Abissabar se dio cuenta de la presencia de cinco navíos pintados de color rojizo y con dos filas de remos. A ambos lados, los escobenes aparecían como ojos en alerta de lo que sucedía en el mar y en la tierra. Abissabar no supo reconocer la propiedad de la pequeña flota, pero intuyó la procedencia. Tampoco quiso mencionar aquel detalle a Ataralki o a su padre una vez que regresó a Isla de Gerión.

TERCERA PARTE

9

548 a. C., Isla de Gerión y Asta

Saore agarraba la mano de su padre. Ardía, como ardía todo el cuerpo de Argantonio. El sudor adhería la túnica a su vientre inflamado. Ishmunazar, el médico de la corte, le palpaba con suavidad, pero el rey dejaba ir un quejido ronco cada vez que presionaba por encima del ombligo. A los pies de la cama, el bacín desprendía un olor nauseabundo que recordaba a la carne podrida de un animal eviscerado al margen de un camino.

—El vientre del rey está muy caliente. Me temo que se trata del hígado.

Argantonio, incapaz de incorporarse, permanecía tumbado durante la exploración, desgastado por las fiebres de las últimas horas. El médico le separó los párpados y asintió en silencio al apreciar el color ceroso alrededor de las pupilas contraídas. La cámara del rey se hallaba en penumbra, con las esteras de esparto desplegadas en las ventanas. Sin embargo, el ligero resplandor que se colaba por los resquicios era una molestia para el débil estado del monarca.

—¿Cuánto tiempo hace que le aqueja la dolencia, mi señora? —preguntó Ishmunazar.

—Lleva dos días en cama, pero se negaba a que te hiciéramos llamar —confesó Saore—. Y, conociendo a mi padre, seguramente

tenga este malestar desde hace días y no haya querido decir nada.

—El rey es fuerte como un olivo, pero hasta los árboles más recios necesitan sus cuidados.

Abissabar entró en la cámara del rey. Sujetaba una fuente de bronce con una cazuela de cerámica a rebosar de pan ácimo, y un pequeño cuenco con relieves geométricos. Colocó la fuente sobre la mesa auxiliar del dormitorio y se acercó a la cama de su padre con el cuenco y una cucharilla de plata. Hizo el ademán de introducirla en el recipiente, que contenía una sustancia espesa y amarillenta, pero Ishmunazar lo frenó con rapidez:

—Príncipe Abissabar, no es recomendable que el rey ingiera ningún tipo de alimento por el momento.

—Es jalea real, doctor. Mi padre la toma cada día.

Las leyendas sobre la fundación de Tarteso se interpretaban de generación en generación para formar parte de la historia viva de sus gentes. Al norte del gran templo de Baal, en la ladera de las montañas, el rey Gárgoris fue el primer custodio de las inagotables reservas de metal que ofrecía el vientre de la tierra a sus hijos. Los primeros tartesios aprendieron a cultivar las tierras fértiles cercanas al río Tar y a usar el arco para cazar uros y otros herbívoros de gran tamaño que habitaban en los frondosos bosques.

Gárgoris era un gran observador de la naturaleza. Aprendió a predecir los cambios meteorológicos a partir del comportamiento de las abejas en las colmenas. Eran espacios colaborativos en los que cada miembro desempeñaba una función concreta. Cuando la colonia de abejas crecía en demasía, la abeja reina disgregaba parte del grupo y ella, como única guía, acompañaba a las obreras hacia el lugar ideal para formar una nueva colmena. Del mismo modo,

Gárgoris fue el líder que encaminó a su pueblo a extenderse y asentarse a lo largo del territorio que hoy se conoce a lo largo del Gran Mar como Tarteso.

Gárgoris descubrió, maravillado, cómo las abejas construían unas estructuras perfectas, celdas simétricas capaces de almacenar la miel, manjar que dispusieron los primeros dioses para el disfrute de sus hijos mortales. Observador, se percató de que ningún enjambre volaba jamás cerca de las hogueras, por lo que se acercó a una de las colmenas del bosque con un cuelmo ardiendo para espantarlas. De aquel modo, el rey Gárgoris fue capaz de retirar los panales y recolectar la miel que se escondía, sellada, en cada una de las celdas. En los compartimentos centrales, sin embargo, se almacenaba una sustancia amarillenta que servía de alimento a la abeja reina, pero también a las futuras reinas. Gárgoris impregnó la punta del meñique con aquel néctar y se lo introdujo con cautela en la boca. La miel era el más dulce de los alimentos que conocían los tartesios. Aquel producto, en cambio, era ácido como las bayas que recogían en los márgenes de los caminos. La boca del rey se llenó enseguida de saliva. No tuvo duda: aquel néctar estaba reservado en exclusiva para reyes y reinas. A medida que pasaba el tiempo, Gárgoris sentía que su forma física se mantenía plena y que se recuperaba con rapidez de la fatiga. Por ello, desde los lejanos tiempos del rey Gárgoris, los reyes de Tarteso, así como las reinas de la colmena, se alimentan de jalea real.

—Los beneficios de la jalea real ahora mismo podrían trabajar en contra de la recuperación del rey, mi príncipe —replicó Ishmunazar con firmeza.

Abissabar volvió a dejar el cuenco junto al pan ácimo.

—El rey necesita mantenerse hidratado con infusiones que no resulten agresivas para el hígado. ¿Crecen las matas de tomillo en los jardines de la isla?

—Sí, por supuesto —contestó Abissabar.

—¿Y hay suficiente para garantizar la recuperación?

—Creo que sí; de todos modos, mandaré a alguien a Asta a por más.

—Muy bien. Infusionad el tomillo en agua dulce y obligad al rey a tomarla a sorbos pequeños. Una vez que cesen las deposiciones, estará listo para comer tortas de pan o gachas de cebada, sin abusar de ellas.

—Muchas gracias por los cuidados, Ishmunazar. Mi familia está muy satisfecha con tu trabajo.

—Ahora lo importante es que el rey, mi señor, se recupere cuanto antes.

Ishmunazar se despidió de los hermanos y presentó sus respetos a Argantonio, ajeno a lo que ocurría en su habitación. Antes de partir, se dirigió a Abissabar:

—Mi príncipe, ¿hay árboles de ricino o de tejo en los jardines reales?

—Sí —contestó, escueto. Observó al médico con detenimiento antes de añadir—: ¿A qué se debe tal cuestión?

—Me pregunto —titubeó Ishmunazar— si el rey ha podido ingerir, por descuido, alguna semilla.

—No, es del todo imposible —afirmó, sin más explicación.

El médico buscó el rostro de Saore, pero la princesa estaba inclinada sobre el cuerpo de su padre, secándole el sudor del rostro con un paño de lino.

Saore, en su dormitorio, procedía con premura a finalizar su aseo personal antes de embarcarse hacia Asta. El día anterior habían fondeado en el puerto barcos mercantes de Masalia que, además de carga, llevaban noticias de Focea. Abissabar le había pedido que lo acompañara al palacio de Ataralki para reunirse con los mercaderes helenos. Nora, junto a Anthousa, velaría por la salud del rey Argantonio mientras el príncipe y la princesa permanecieran en la capital.

Anudó un cordón de tela para ceñirse el vestido a la cintura y preparó el chal de lana para la travesía en la barca. Se calzó las sandalias de cuero y se sentó frente a la mesa de tocador. Se frotó la melena ondulada con aceite de cantueso antes de cepillarla. Saore se miró en un espejo de mano durante unos segundos. Decidió peinarse con un moño bajo, a la altura de la nuca, un tocado rápido de realizar y que podía fijar ella misma con finas horquillas de plata. De esa manera, evitaba llamar a alguna sirvienta o a Anthousa para que la ayudaran a sujetar las trenzas que elaborarían un recogido más elaborado.

Abissabar la esperaba en la playa. Le sorprendió verlo ataviado bajo el manto de lana con una túnica teñida de púrpura y tocado con una cofia finamente bordada, como solía vestir Ataralki a diario y, en especial, con un collar de tres vueltas con cuentas de oro y turmalina alternándose entre ellas. Abissabar apenas era unos dedos más alto que Saore y la barba le cubría poco más que el mentón. El púrpura y los abalorios, sin duda, eran los responsables de otorgar a un cuerpo tan menudo la robustez y la seguridad que se esperaban del representante de la corte en la ausencia de Argantonio. El rey, en cambio, solía usar prendas más sencillas y solo se engalanaba

con joyas y ungüentos para los rituales del templo o en eventos políticos de gran relevancia en los que la simple presencia del rey, por sí sola, ya consolidaba el peso del poder.

—Querida hermana, te ves bellísima. Dichoso aquel a quien quieras tomar por esposo.

—Tú también estás muy elegante —dijo Saore con una sonrisa, quitándole importancia a su propio aspecto y al comentario sobre su matrimonio—. Disculpa la tardanza, podemos partir cuando quieras.

Ataralki los recibió en el puerto de Asta, como solía hacer cuando Argantonio visitaba la capital. El semblante nervudo del gobernador le pareció a Saore más acuciado que de costumbre. Nada más bajar de la barca, se interesó por la salud del rey. Los tres anduvieron hasta el palacio del gobernador.

Raha esperaba en el patio central la llegada de sus primos. Cuando vio a Saore, se levantó para abrazarla.

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti, querida prima!

—Sí, hemos estado velando la salud de mi padre sin apenas salir de Isla de Gerión.

—Raha, sé una buena anfitriona y acompaña a la princesa Saore al salón interior para conversar tranquilamente —dijo Ataralki, apresurado. Le hizo una señal con la mano a Abissabar para que lo siguiera hacia el otro extremo del patio—. Mi príncipe, los foceos nos esperan ya en la sala de audiencias.

—Ataralki, Saore va a estar también presente en la reunión con ellos.

El gobernador frenó en seco la carrera y mudó el semblante. Argantonio solía incorporar a Saore, y en menor medida a la niña Nora, en muchos de los asuntos que comportaran el contacto con

otros pueblos. Además, siempre olvidaba que la educación de las niñas se llevaba a cabo íntegramente en eolio, por lo que la presencia de Saore era muy útil en situaciones como esta. Miró a los hermanos de reojo, que se despedían de su hija, y visualizó un futuro a medio plazo con ellos dos en la corte. Ataralki no tenía la costumbre de tratar con mujeres más allá del entorno doméstico, pero habría sido un necio si hubiera negado el potencial de la muchacha en los asuntos de Estado. De todos modos, la profecía del oráculo afirmaba aquello de lo que todo el mundo con un mínimo de perspicacia se daba cuenta nada más intercambiar unas palabras con la princesa. Saore tenía la clarividencia y el don de gentes que uno esperaría de un alto diplomático, y Abissabar, a su vez, el talante de un líder. A la vista estaba que ambos se entendían más allá del ámbito fraternal y aquella relación tan solo sería capaz de dar buenos frutos a Tarteso.

Saore y Abissabar compartieron la mesa con Norfeus y dos mercaderes masaliotas más. Ataralki, en cambio, paseaba intranquilo alrededor de la sala de audiencias. Las noticias de los mercaderes no podían ser peores. Sardes había caído, también Mileto.

Poco antes de que partiera la comitiva tartesia hacia Focea, las tropas del rey Creso de Lidia se retiraban desde el río Halis hasta Sardes, su capital. No obstante, el persa Kuros de Anshan había instado a sus ejércitos a perseguirlos hasta el norte de Sardes, en las inmediaciones de la pequeña ciudad de Timbrea.

El ejército lidio contaba con la ayuda de Esparta, que no había llegado a tiempo para la ofensiva del río Halis ni tampoco para el

contraataque en Timbrea. Las crónicas que llegaron a Focea afirmaban que el ejército lidio era mucho más numeroso que el persa, pero también heterogéneo y estaba mal coordinado. En el campo de batalla improvisado en Timbrea, Kuros usó una estrategia que descolocó al oponente. El cuadro de infantería avanzaba inexorable con los flancos cubiertos por el cuerpo de arqueros y los carros de combate. Los lidios todavía recordaban la implacabilidad de la infantería persa, formada por peltastas y piqueros en su mayoría, pero reforzada por un grupo de soldados de élite, que parecían incapaces de perecer en batalla, armados solamente con lanzas y protegidos por una coraza que simulaba las escamas doradas de un gigantesco cardumen que cegaba a quienquiera que osara acercarse.

La sorpresa que desconcertó al ejército de Creso fue la barrera de camellos que impedía el paso tras la línea de infantería. Sobre el lomo de cada uno, dos jinetes habilidosos armados con jabalinas y dagas eran capaces de cubrir la avanzadilla y la retaguardia a la vez. Cuentan que la presencia de estos animales fue el detonante para zanjar la batalla: los caballos lidios, confusos por el olor penetrante y desconocido de los camellos, corrieron sin rumbo rompiendo la formación. Los arqueros persas, apostados a lado y lado, derribaron sin dificultad a la caballería enemiga, pese a la superioridad en número y al conocimiento del terreno.

—¿Qué es un camello? —interrumpió Saore.

Ataralki y Norfeus se miraron un instante, instando al otro a contestar. El gobernador se encogió de hombros, por lo que Norfeus tomó la palabra.

—Mi señora, un camello es un animal excepcional —dijo. Tomó del cuenco un higo seco, que fue pasando entre los dedos—. Pese a no estar dotado de la agilidad ni del rostro inteligente y noble del caballo, el camello posee la fuerza de diez de estos y una resistencia superlativa para climas secos como los del desierto del que procede. En el lomo disponen de dos gibas que les permiten sobrevivir durante jornadas sin comida ni agua.

—¿Alguno de vosotros ha visto alguna vez un camello? —preguntó Abissabar, con la misma curiosidad que su hermana.

—Sí, pero no en el campo de batalla —dijo uno de los mercaderes que acompañaban a Norfeus, con un timbre de voz que recordaba al agua que corre por un arroyo—, sino en el puerto de Náucratis, en el delta del río Nilo.

—Tengo entendido que los camellos egipcios solo tienen una giba —añadió Norfeus. Su compañero lo ratificó—. Allí se utilizan como animal de carga, no de batalla.

—Los persas deben de ser unos jinetes muy experimentados, entonces.

—Eso tememos, mi señor.

Ataralki carraspeó en un par de ocasiones para cambiar el cauce de la conversación.

—Príncipe, princesa, los mercaderes están aquí para explicarnos la situación en el levante y cómo atañe a nuestros respectivos pueblos, no para hablar de camellos y otros animales exóticos.

—Mi buen Ataralki —dijo Abissabar, tal y como hacía el rey—, para conocer en profundidad la magnitud del avance del Imperio persa hacia el Gran Mar, debemos tener constancia de su poderío militar

en cada una de sus facetas. El ejército de camellos es un asunto como otro, ¿no crees?

Saore sonrió sin rubor ni disimulo. Ataralki asintió con la cabeza ante la argumentación del príncipe. Norfeus había retomado el relato de la situación en Lidia y Jonia. Contempló a Abissabar en silencio, intentando serenarse. Era de corta estatura y recio en el porte. No aparentaba más edad que su hermana, pero tenía en el rostro la fuerza adecuada para imponer autoridad y no autoritarismo. «Como el rey Argantonio», se dijo. Una sombra nubló los pensamientos del gobernador durante unos instantes, pero se obligó a espantarla. Abissabar, de seguir a la derecha de su padre como hasta el momento, llegaría a ser un consejero real imprescindible.

Cuando Hiram y la comitiva tartesia atracaron en el puerto principal de Focea, Naustatmos, la ciudad de Sardes todavía se encontraba bajo asedio. El sitio se alargó todavía unos días más. En aquel tiempo de margen en la expansión de Kuros hacia el norte de la península, las autoridades foceas emplearon con diligencia los lingotes de Tarteso para reforzar las murallas y la protección por tierra.

—Lo último que nos han hecho saber es que nuestros barcos están atracados con la carga completa en el puerto de Focea, a la espera de evacuar la mercancía hacia algún destino seguro. Bajo protección helena, de nuevo.

—Seamos sinceros, Norfeus. ¿El Imperio lidio ha sucumbido al final bajo el dominio persa? —preguntó Ataralki, preguntando directamente la cuestión que más les atañía.

El mercader fijó la mirada en un punto inconcreto de la mesa de madera. Dio un sorbo a la copa de vino y contestó:

—Seguramente así sea.

—¿Contáis en realidad con la ayuda de Esparta? —Saore se atrevió a formular la pregunta que los tres tartesios tenían en mente.

—Claro que sí, mi señora.

—Esparta no llegó a tiempo para defender Sardes. Si cae Jonia, cualquier ciudad costera podría ser la puerta de entrada al Peloponeso y al resto de la Hélade.

—La princesa tiene razón —añadió Abissabar.

—Pero somos helenos todos, recordad, y nos amparamos entre nosotros —dijo Norfeus con fingida convicción. Al fin y al cabo, su patria eran sus negocios—. Confío en que nuestros hermanos espartanos defiendan Focea del mismo modo que lo harán en sus costas.

La sala quedó en silencio. Las ciudades de la costa de levante vivieron con incertidumbre la caída de Sardes y la espera de las tropas de refuerzo espartanas, que guerreaban a su vez con la ciudad de Argos por el control de las llanuras del Peloponeso. De cualquier modo, todos los presentes presuponían que, una vez sitiada Sardes, la ayuda por tierra habría resultado insuficiente.

Los primeros monarcas de Lidia purificaron la muralla de la capital mediante una serie de ritos sagrados, alimentados por la profecía del oráculo de Delfos que afirmaba que Sardes nunca sería derruida. El rey Mirso había hecho pasear a su hijo deforme por cada uno de los muros que conformaban la ciudadela, para realizar cada pocos codos una oración de protección. Sin embargo, el tramo orientado hacia el monte Tmolo era completamente inaccesible desde el exterior de la muralla.

El persa Kuros había prometido grandes riquezas a los soldados que fueran capaces de acceder hasta las almenas de la ciudadela de Sardes. Un soldado mardo estaba apostado en la guardia nocturna frente al lugar de la muralla que no fue protegido en su día. La custodia en aquel tramo era notablemente menor que en otros puntos más convenientes. Una pareja de centinelas lidios paseaba por la pasarela elevada. Uno de ellos se asomó por la almena y habló en voz baja con el compañero. El soldado mardo se puso en alerta. Para su sorpresa, el lidio desplegó una cuerda desde el matacán y se deslizó con sigilo por la pared. En el suelo estaba su casco, que se colocó con rapidez, y escaló la muralla de vuelta al puesto de guardia. El terreno adyacente a la muralla era muy abrupto, en realidad. El mardo avisó al destacamento y, antes de los primeros rayos del día, los soldados persas habían conquistado la ciudad de Sardes, dando por finalizado el asedio.

Días después sucumbiría Mileto, el principal mercado del levante del Gran Mar. Y Focea, a esas horas, ya estaría en alerta.

El barquero real los devolvió a Isla de Gerión con las últimas luces del día. Los dos hermanos permanecían en silencio, mecidos por las ligeras ondulaciones del lago. Todavía quedaba meditar largamente sobre el relato que les habían contado los mercaderes y asumir la incertidumbre sobre la situación en la Hélade. Y esperar una pronta mejoría del rey.

—Saore, mañana parto temprano para Gadir. —Ella frunció el ceño con sutileza, por lo que Abissabar añadió—: No hace falta que me acompañes. Vendrá conmigo Hailama, que quiere negociar los

nuevos contratos en las fraguas conjuntas. Además, quiero hacerme con ciertas semillas en el puesto del mercado donde me guardan las remesas de Oriente, por si hubiera alguna planta interesante de la que probar nuevas mieles.

La princesa asintió. Cuando cerraba los ojos para evocar la seda en los labios de Irenio, los ojos verdes de tormenta de Hadad aparecían a su vez, como invocados por un encantamiento que no podía controlar. Sin poder evitarlo, se obligaba a hacer desaparecer el recuerdo de su amado para arrastrar junto a él la imagen inoportuna del gobernador de Gadir. Ella pasaría el día en palacio. No quería más encuentros con Hadad que los realmente inevitables.

La ciudad de Asta quedaba a sus espaldas y las luces del atardecer dieron paso, poco a poco, al bullicio característico del barrio portuario. Saore contemplaba el sol virar en varios colores, del brillo cegador al naranja rojizo apagado. Desde que supo de la existencia del rayo verde de la puesta de sol, cada vez que se hallaba en la playa, los acantilados o, como en aquel momento, navegando, dejaba a un lado sus tribulaciones para ralentizar el instante de transición entre el día y la noche, entre el fulgor y el misterio, consciente del despertar del crepúsculo mediante una chispa de color prohibido.

Saore se desabrochó las cintas de las sandalias y las dejó sobre la arena, junto con el chal de lana. Dio unos pasos hacia el agua. Dejó que las suaves olas del lago le cubrieran los pies desnudos y mojaran el bajo de la túnica. Las luces de la atalaya todavía no se habían encendido. Para su desdicha, nunca más había vuelto a ver el rayo verde desde aquel crepúsculo en compañía de Gharatar. El atardecer previo a la partida de Irenio a Focea le había rogado que

lo acompañara hasta la playa. Él se mostró reticente y alegó que tenía más obligaciones, y aun así cedió. Se sentaron sobre la arena, como había hecho con Gharatar. Permanecieron en silencio unos instantes. Nada ocurrió. Tras el estallido de colores cálidos, el sol desapareció bajo la línea del horizonte. Irenio la instó a regresar al palacio y la besó una última vez antes de llegar a las inmediaciones de los jardines. Saore, sin embargo, no perdía la esperanza de volver a ver el pequeño disco verde sobre la esfera del sol.

El farero ya había encendido la hoguera cuando Saore caminaba de vuelta al palacio.

10

548 a. C., Isla de Gerión

¿Qué iba a ser de ella si el rey fallecía?

Había encontrado la felicidad al lado de una persona bondadosa que la había dejado al cuidado de sus hijas y, tiempo después, de su corazón. Las niñas habían crecido, ya poco podían aprender de ella. Sería capaz de dejarse morir de hambre si el heredero de Argantonio la obligase a regresar a su tierra. En el mejor de los casos podría llevar a cabo tareas de interpretación con mercaderes y diplomáticos helenos en la corte del nuevo rey. Un escenario que también le aparecía en mente, aunque de menos agrado, era servir como dama de compañía de Saore o Nora. Una *mathetria*, una institutriz helena venida a menos, se resignaba, para entretener y aconsejar a las princesas sobre asuntos fútiles de los que ella jamás se habría preocupado, hasta que una de ellas diera a luz alguna criatura a la que poder instruir. Si es que su salud todavía la mantenía vigorosa como en aquellos momentos.

A los cuarenta y tres años, Anthousa tenía la firme consciencia de vivir un periodo de plenitud vital sin parangón. Se levantaba temprano para abandonar la cámara del rey antes de que él se despertase y bajaba hasta los acantilados para practicar ejercicios ligeros con las luces del amanecer. Después de sus obligaciones con

las dos niñas, pasaba las horas de ocio bordando, leyendo, escribiendo poesía, dando largos paseos y memorizando el nombre de las plantas de aquel lugar del mundo. Haciendo el amor por las noches con el hombre al que amaba, cuando todos descansaban en palacio. No se le ocurría mejor vida que la que llevaba en la corte de Tarteso.

Había escuchado decir a todas las mujeres de su vida, las que la instruyeron de una manera u otra y también las que la acompañaron en los gineceos, que el amor en la madurez ya no tenía sentido. Anthousa discrepaba y se lamentaba de no tener la oportunidad de rebatírselo. El amor hacia Argantonio había aparecido de manera muy paulatina. Paradójicamente, a las puertas de la senectud, se tienden a mostrar los sentimientos con la parsimonia que uno esperaría de aquel al que le queda toda la vida por delante. Sin prisa, disfrutando de los preparativos antes de saborear el guiso servido en el plato.

Su juventud en Cumas fue tan distinta a la vida que llevaba en Tarteso, se dijo. Miraba a Saore, con la vista perdida en las aguas y la sonrisa traidora en la comisura de los labios. Ella no había vivido aquel amor de pubertad tan ensalzado por todas y codiciado por unas pocas. A la edad de Nora, a lo sumo, había experimentado el sutil placer carnal con sus compañeras en la villa de su *mathetria* Corina. Sus maestras las habían formado para poder conocer el cuerpo femenino y la sensibilidad que emanaba de él según lo fuera estimulando. Pero todas aquellas experiencias distaban del concepto del amor del que hablaban en los poemas y las canciones. Las pieles se encendían a medida que las yemas de los dedos se deslizaban por su superficie, pero Anthousa no había descubierto hasta la

madurez que el foco real del amor no se hallaba en la piel, sino en las vísceras, y que el calor que emanaba de ellas ante la presencia del amado no ardía, al contrario: era un calor protector que cobijaba del mismo modo que lo hacía una frazada en las noches frías.

Cuando cumplió la edad de Saore, Anthousa era la versión primaveral de la mujer que era ahora: atlética, culta, divertida. Su tío y *kurios*, ante la urgencia de colocar a su sobrina en casa ajena, y tras reunir una dote medianamente aceptable, pactó el matrimonio de Anthousa con Norfeus, un joven comerciante de Focea que había prosperado con los negocios en los nuevos mercados al sur de Masalia. Era cinco años mayor que ella, una diferencia poco habitual en un matrimonio. La joven sintió curiosidad por conocer a aquel rico mercader que se convertiría pronto en su marido, y aquello consiguió encubrir durante un tiempo la decepción al entender que no podría seguir el camino de su *mathetria* Corina y fundar ella misma una escuela para instruir a las jóvenes nobles de Jonia.

Tras la boda, Anthousa se estableció en Focea, su segundo hogar. Norfeus era joven todavía, mas carecía de la impetuosidad que una espera del marido que ansía legar cuanto antes su nombre a generaciones venideras. Era bondadoso con todo el mundo, al menos según las maneras en las que expresaban este sentimiento los helenos. No alzaba la voz ni hacía ademanes de grandes muestras de cólera, pese a no conseguir llegar a imponerse todavía entre sus iguales. Su hogar era su barco; su prole, las arcas, y su objetivo primordial, engordarlas. A la vista estaba que su esposa había dejado la niñez no hacía demasiado, por lo que llenarle el vientre era una tarea que todavía podía retrasar en pos de los negocios en las tierras más allá de las columnas de Heracles.

Norfeus buscaba una compañera con la que compensar la soledad de las largas travesías en el mar. Anthousa lo acompañaba durante las jornadas en que su carguero atracaba en el puerto de Focea. La adoraba, cualquiera en su sano juicio lo veía. La velada ideal para Norfeus consistía en que su bella esposa le sirviera vino de Quío en un cílica y conversar hasta bien entrada la noche de poesía o política, o conocer las noticias acontecidas durante sus ausencias. En el lecho, solía sucumbir con rapidez debido a los excesos en la comida y, en especial, en la bebida. El placer conyugal más habitual era besar los pechos y el abdomen de su mujer, y quedarse dormido sobre ellos antes de llegar a consumar su derecho de hombre. Norfeus se sentía lleno con la compañía de ella, y Anthousa… Anthousa vivía una vida apacible, sin prisas ni arrebatos. Sin altibajos, sin discusiones, sin la pasión que los dioses otorgaron a los cuerpos jóvenes. Y, como cualquier esposa, subyugada a los deseos de un marido que apreciaba la calma y el sosiego de regresar al hogar por encima de todas las demás cosas. Durante los años de matrimonio con Norfeus, Anthousa compuso muchas de las canciones que tiempo después cantó con Saore y Nora, envueltas con el tañido de la forminge y el rumor de las olas tenues del lago de Tarteso. Odas que ensalzaban sobre todo las virtudes de la juventud, pero también la amistad entre mujeres o los estímulos de la naturaleza.

La dicha de Norfeus duró apenas tres años, pues el tío de Anthousa la reclamó de nuevo a su lado, alegando su derecho a recuperar tanto a su sobrina como su dote, debido a la ineficacia del comerciante para preñarla. Sin embargo, al regresar de una de sus travesías por el Gran Mar, llegó a sus oídos la noticia: su amada

compañera había contraído matrimonio con Argus unos meses atrás. El rostro del comerciante, desde entonces, se fue apagando con una cadencia tan tarda que ni él mismo cayó en la cuenta.

Anthousa se instaló en su tercer gineceo poco antes de cumplir los veinte años. Argus, su marido, también viajaba con regularidad, pero regresaba a las pocas jornadas. Si bien su familia pertenecía a un importante linaje de comerciantes acaudalados, él desempeñaba las funciones de delegado de Focea en la Liga Jónica, por lo que se trasladaba al santuario Panjonio cada cierto tiempo para debatir en asamblea los asuntos que delimitaban el buen funcionamiento de las ciudades del territorio. En el momento de las nupcias, los magistrados buscaban nuevas alianzas en la Hélade occidental ante las incursiones lidias al sur de Jonia.

Argus gozaba del atractivo asociado al hombre poderoso. Todavía mantenía el cuerpo atlético y, pese a tener una edad similar a la del tío de Anthousa, no peinaba ninguna cana y conservaba casi todo el pelo en las sienes, negro y crespo. Cuando regresaba del Panjonio, se presentaba ante Anthousa con las mejillas teñidas del color del vino, cuyo rubor aún persistía hasta la mañana siguiente. Era brusco de modales con las mujeres del gineceo y arisco en especial con su esposa.

En el gineceo de Argus, Anthousa aprendió una nueva manera de relacionarse con otras mujeres. Atrás quedaron los felices años en la villa de Corina, donde jóvenes y maestras convivían ajenas a la vileza de la sociedad atávica en la que solo los hombres mandaban, guerreaban, decidían, humillaban y disfrutaban de cada uno de los placeres ofrecidos por los dioses. Atrás quedaron los besos castos y los abrazos en el estanque de la villa. Las risas sin disimulo, los

secretos a voces. El amor entre iguales, la veneración de los talentos ajenos en un mundo sin hombres que decidieran por ellas hasta el más mínimo detalle.

En el gineceo de su nuevo esposo, en cambio, reinaba una jerarquía distinta. Kotis había sido la concubina de Argus durante años; vivía una existencia desahogada en la villa del político con sus dos hijas, haciéndose cargo del buen funcionamiento del *oikos* del magistrado. Las hijas, ambas bellas adolescentes de cabellos oscuros, aceptaron con alegría la presencia de Anthousa en el hogar como la nueva cónyuge de su padre. Sin embargo, ninguna de ellas podía acceder al pleno derecho heleno porque a Kotis la habían comprado en el mercado de Mileto cuando tenía aproximadamente la edad de sus hijas. Con ellas tres y el resto de las mujeres, Anthousa supo descifrar el poder de los silencios, expresarse con gestos sutiles, exteriorizar la alegría de forma velada, prácticamente a oscuras. Conoció una nueva forma de respeto entre mujeres, pues todas se apoyaban entre ellas y se trataban sin distinciones, fueran helenas o bárbaras. Ninguna mujer en el gineceo de Argus llegaba a desfallecer, porque, junto a ella, se había tejido una red de cuidados de puertas adentro que cualquier hombre, de haber sido consciente de ello, hubiera anhelado tener en sus círculos de poder.

Argus era un buen delegado, decía todo el mundo. Hablaba con firmeza; afirmaba, jamás preguntaba, pero se dejaba aconsejar por la sabiduría de los mejores asesores. Necesitaba imponerse en todos los ámbitos, en los negocios, en la asamblea y frente a sus mujeres. Jamás le levantó la mano a ninguna adulta, pero infligía tipos de violencia más sutiles a las mujeres que vivían en su casa. En especial era intransigente con la conducta de Anthousa, pero sus compañeras

la sostenían para que no perdiera la alegría innata con la que iluminaba la vida en el gineceo.

La primera vez que yacieron como esposos, Anthousa se comportó con Argus del mismo modo que lo había hecho con Norfeus. Le ofreció una copa de vino y, una vez finalizada, la colocó de nuevo sobre la mesa. Se acercó a su esposo y, con naturalidad, le desabrochó el cinturón que le ajustaba el quitón al cuerpo y las fíbulas a la altura de los hombros. Argus, sorprendido, quedó expuesto ante Anthousa. La apartó de su lado sin brusquedad ni cortesía, y la apremió a tumbarse a los pies del lecho con el peplo remangado hasta el vientre. Erguido y desnudo, empezó a masturbarse instintivamente, sin reparar en nada más que en conseguir una erección rápida. Una vez listo para la penetración, de un pequeño cuenco colocado encima de la mesa dispuso un poco de aceite de oliva en la palma de la mano y se embadurnó el pene, prosiguiendo con los mismos estímulos excitativos que había realizado segundos antes. A continuación, cogió el cuenco y se acercó al lecho para lubricar a su esposa. Mojó la punta de los dedos en el recipiente y, acto seguido, ungió la suave piel de las ingles y el vello púbico de Anthousa con movimientos circulares precisos. Introdujo un dedo en la cavidad del sexo, pero lo retiró al momento, con una mueca de asco en la cara.

—¿Qué repugnancia es esta? —gritó al tiempo que volvía a colocarse el quitón—. ¡Estos flujos son perjudiciales para concebir, mujer!

Anthousa se quedó rígida y no osó ni tan siquiera moverse hasta que Argus abandonó la habitación.

—Los hombres como Argus tienen esposas para perpetuar su nombre, concubinas para que los cuiden y *hetairas* para divertirlos —le recordó Kotis—. Tan solo debes entender cuál es tu papel en esta función, mi querida niña.

—Pero así es como reacciona mi cuerpo a las caricias —se defendió Anthousa.

—Ya lo sé, bella, es una cosa normal. No es justo, pero el placer no está reservado para las esposas, pues dicen que el exceso de humedad femenina corroe la simiente.

Argus anhelaba un hijo varón. Varón y legítimo. Había repudiado a su primera esposa por la incapacidad de llevar embarazos a término, pues tarde o temprano llegaba el temido sangrado que arrastraba con él la vida que no podía desarrollarse en su vientre. Durante los días que Argus estaba en Focea, el matrimonio pasaba horas en la cámara conyugal hasta que el magistrado era incapaz de eyacular más. Para evitar distracciones innecesarias, Argus la obligaba a colocarse de espaldas a él, apoyada sobre los codos y con el rostro hundido entre almohadones. Anthousa, siguiendo los consejos de Kotis, entendió el papel que tenía que desempeñar en aquel teatro que era la vida en el *oikos* de un ciudadano de tal reputación. Entre embestida y embestida, ella se disociaba de su cuerpo para impedir el goce. Evocaba el olor nauseabundo de la cabeza de cordero mientras hervía, intentaba repetir para sus adentros los versos que más le costaba recitar en compañía de las mujeres o recordar el patrón del chal que pensaba tejer antes de que las Pléyades coronasen los cielos.

Los encuentros sexuales se repitieron durante más de un lustro hasta que, al final, Argus decidió repudiar a Anthousa, como había

hecho con su primera esposa. Según las leyes foceas, el magistrado estaba exento de devolver la dote, ya que el *kurios* de Anthousa, su tío materno, había fallecido unos meses antes. Aun así, quiso darle a la mujer la oportunidad de establecerse por su cuenta, en Cumas o en Focea, donde ella decidiera, y le cedió la nada desdeñable suma de dinero que su tío había pagado por casarla en segundas nupcias, para que empezara, por tercera vez, una nueva vida.

Anthousa ahora, en plena madurez, se sabía fuerte y emancipada en Tarteso. Había realizado durante catorce años la labor para la que la habían instruido en su tierra natal. Había tenido el privilegio de transmitir todo lo que sabía a dos princesas de un reino que muchos creían mitológico. Un reino de bárbaros, repetían sus compatriotas nada más atracaban los barcos mercantes en el puerto de Asta. Bárbaros a ojos de ellos, tal vez, pero ella jamás habría descrito con tales términos a unas gentes cuyo dirigente prescindía de las jerarquías, que no hacía distinción entre hijos e hijas, y reinaba con el corazón en la mano. Un rey que, poco a poco, se fue implicando en sus quehaceres, los de una simple institutriz a su servicio. A medida que se conocían, con la prisa del inmortal, fue naciendo y creciendo el amor entre los dos como una semilla regada con el agua del manantial más puro, bajo el sol brillante de Tarteso.

El amor, a su edad, no era más que la paz instaurada con la seguridad de que ya no llegarán más guerras. Su amor, su primer y único amor, dormía entre pequeños espasmos, resultado de la batalla definitiva que se libraba en su interior. Ella era una persona válida, bajo cualquier tipo de circunstancias, y había conseguido salir

a flote cada vez que un obstáculo se había interpuesto en su camino. Aun así, la incertidumbre que le impedía vislumbrar un futuro a corto plazo la sobrecogía. Y de nuevo se preguntó qué iba a ser de ella si el rey fallecía.

Saore entró con sigilo a la cámara de su padre. Lo encontró incorporado. Con un aire ausente que le impidió percatarse de la presencia de su hija bajo el quicio de la puerta. Tenía el brazo semiestirado y acariciaba con la mano algo que Saore no reconoció al primer vistazo. Ella, pese a su disimulado silencio, estaba exultante al ver a su padre despierto después de aquellos días de pesadumbre. A la vista estaba el cansancio en su rostro, pero también la paz, que lo dotaba de una luz especial. La apariencia de Argantonio en aquel momento era la misma que cuando contemplaba, en un discreto segundo plano, los juegos de Saore y Nora.

De repente, se giró hacia la puerta y sorprendió a su hija observándolo. El gesto se hizo todavía más grande y achicó a su vez los ojos del rey. Saore hizo el ademán de acercarse, pero Argantonio se llevó un dedo a los labios y, posteriormente, señaló el cuerpo dormido de Anthousa, sentada en el suelo y con la cabeza reposando a escasos dedos de él.

—Cúbrela con esta colcha de lana, haz el favor —susurró el rey—, que a mí ya no me hace falta.

A una distancia más corta, Saore vio la luz en los ojos de su padre al contemplar a su *mathetria* y sintió el mismo bienestar que podría haber experimentado si a ella también la hubieran tapado en una

noche de frío. Su padre merecía una compañía como aquella, una compañía que lo hacía destacar, más si cabía, entre el resto de los mortales. La joven era feliz cuando los que amaba vivían en dicha. Y ella amaba a su padre por encima de todo.

11

548 a. C., Asta

En el salón de recepción del templo de Asta había un banco adosado al muro contiguo a la entrada. Las tres mujeres, sin embargo, permanecieron de pie esperando el regreso de la sacerdotisa. El humo del olíbano se mezclaba con el de las dos antorchas que pendían de sus soportes en la pared, si bien el ambiente no estaba tan cargado como Anthousa había esperado.

La institutriz había insistido en acompañar a Nora y a Saore para unirse a la plegaria en agradecimiento a Ishmún por la recuperación del rey. Las princesas no recordaban haberla visto hasta aquel momento en un templo tartesio, ni tampoco realizando ningún tipo de culto en público. Sin embargo, ahí estaba, en pie, con un cuenco de uvas amarillas, las favoritas de Argantonio.

La sacerdotisa entró en el salón con tres pequeñas lucernas apagadas en cada mano y les entregó una a cada una. Miró a Saore con una deferencia distinta a la de su hermana menor. Recordó la primera vez que la había tenido en brazos, en aquel mismo templo, dieciséis años atrás. No era mucho mayor que un gazapo. La sacerdotisa le bajó la manta hasta la mitad de la espalda para ver la marca de la diosa estampada sobre su piel. La medialuna de Astarté. «Crisaore, hija de la luna, llevará la luz blanca de su estirpe», había

dicho el oráculo. La princesa, vestida con una sencilla túnica nívea, aparentaba la seguridad de su padre con cada preciso gesto, con cada movimiento. A su vez, tenía el brillo en los ojos y la candidez en el rostro que su madre había conservado hasta el fin de sus días.

Las mujeres entraron en la sala de rituales. Saore y Nora se arrodillaron y depositaron sobre el altar de piedra blanca los recipientes con la fruta. La sacerdotisa le pidió a Anthousa que dejara el cuenco con las uvas junto al resto de las ofrendas, pero la mujer negó con la cabeza.

—Si ello no conlleva una ofensa al templo, me gustaría recitar por mí misma la oración para mi señor.

—No hay ningún inconveniente —le contestó.

Saore sonrió al recordar la cara plácida de su padre mientras acariciaba los cabellos de aquella mujer que se mostraba firme de nuevo, unos dedos por detrás de ellas, en el silencio discreto de los que entienden que cualquier culto, propio o ajeno, lleva a unos y a otros al mismo lugar.

La sala estaba iluminada con la luz de las lucernas que sujetaban y los cirios colocados alrededor de la estatua de Astarté alada sentada en su trono, que presidía el ritual.

La sacerdotisa colocó una pequeña estera de esparto sobre el suelo de guijarros y se postró junto al altar. En una esquina había dos jarras rojas de vino especiado con el borde ensanchado y otra más apoyada en el suelo, que no usó. Vertió el contenido sobre los cuencos repletos de higos secos, uvas pasas y rodajas de manzana, y parte del vino cayó sobre el altar. La sacerdotisa tomó una pequeña porción de pasta de olíbano y la mojó con el líquido derramado. Lo mezcló con los dedos durante unos segundos y se

aplicó la mixtura sobre la frente y el nacimiento del pelo. Apoyó las manos sobre el altar y procedió con la plegaria de agradecimiento en nombre de Saore y Nora.

—Oh, Ishmún, hijo de Sedek, señor de la curación, escucha estos agradecimientos.

»Oh, Ishmún, sanador de hombres y mujeres, las princesas Saore y Nora de Tarteso te dedican este regalo en gratitud por haber devuelto la salud a nuestro señor, el rey Argantonio.

»Oh, Ishmún, protector de los mortales, que has restaurado la salud del rey, que tu bondad siga iluminando a todos aquellos que te necesiten.

La sacerdotisa pellizcó un poco más de pasta de olíbano. Repitió el ritual con el vino del altar. Con un gesto de la mano, instó a las princesas a acercarse y les ungió la frente del mismo modo que había hecho con ella misma.

Anthousa permanecía al fondo de la sala, sujetando la lucerna y el cuenco con la ofrenda. Cuando la sacerdotisa dio por acabado el ritual, se giró hacia ella:

—Anthousa, ¿prefieres quedarte a solas para rezar tu oración?

—No, no es necesario que os marchéis ninguna —respondió.

—¿Precisas de algo antes de la plegaria?

—Sí, te agradecería poder usar también una jarra con vino para la libación.

—A tu disposición está —contestó la sacerdotisa, señalando la jarra que había junto al altar.

Saore aguantó la lucerna de Anthousa y su *mathetria* se dirigió hacia la estatua de Astarté. Extendió la mano hasta tocar con la punta de los dedos la mano de la diosa. Astarté, deidad que protegía

a todos por igual, señora del amor, de la naturaleza, de la pasión, de la vida y de la guerra. El rostro de la diosa podría reflejar el de cualquier mujer tartesia o fenicia, compleja y amante, autónoma y devota de su familia. Voluptuosa y piadosa, fértil y amada. Anthousa solía rezar en su altar privado a Afrodita, la diosa a la que le pedía los ruegos para mantener a Argantonio a su lado todos los años que le quedaran de vida. La diosa del amor y del placer. Sin embargo, Astarté también se reflejaba en muchos de los atributos de Hera, a la que Anthousa también había pedido la protección de su nuevo hogar, tan lejano y exótico. Ella, casada en dos ocasiones, le rogó a Hera que protegiera la relación y el peculiar hogar que había formado en casa del hombre más poderoso del lugar, y que no era su marido a la manera tradicional. Afrodita y Hera se fusionaban frente a Anthousa convertidas en Astarté para recordar una vez y otra el ciclo de la vida y de la muerte, y el carácter efímero de cada uno de nuestros actos.

Anthousa se aclaró la garganta antes de empezar a recitar, en eolio, su oración:

—Oh, bendita Astarté, diosa de todos nosotros, permite que mis oraciones en tu templo se destinen a Higía, hija de Epíone, reina de las moradas.

»Escúchame, reina Higía, que ahuyentas las enfermedades de hombres y mujeres, el Cosmos te desea por reina. Oh, diosa, libra para siempre a mi señor Argantonio de los tristes dolores de la enfermedad.

Vertió ella misma el vino sobre las uvas amarillas, con la urgencia de aquel al que le ha quedado algo importante que decir. Entonces bajó el tono de voz hasta rozar el susurro y prosiguió:

—Que las estrellas en torno a la bella luna no vuelvan a ocultar tu dulce rostro amado, pues la luna, cuando llena, más brilla sobre la tierra… La tierra de la plata.

Saore no alcanzó a escuchar todas las palabras de Anthousa, pero supo que no iban dedicadas a ninguna deidad, sino a su padre. El señor de la tierra de la plata. Cuando su *mathetria* pasó por su lado, Saore le apretó las manos y ella no hizo ademán de evitar el contacto. La princesa se mostraba serena, pero en su interior la marea de sensaciones bullía al paso de las horas por la dicha de saber que su padre mejoraba y que recibía los mejores cuidados de aquellos que se preocupaban por él. Como Anthousa, tan dicharachera a veces, a veces tan distante. Se acercó a ella y la besó en la mejilla. Los ojos de la helena se anegaron en lágrimas que no llegaron a brotar del todo. Sonrió a la joven y la besó a su vez.

En el embarcadero, Saore reparó en que la barca de Gharatar estaba amarrada más allá de la barca real. La princesa propuso alargar un poco más la mañana en Asta y visitar la plaza del mercado, no muy lejos del puerto. A Saore le gustaba pasear por los puestos y hablar con los vendedores. De este modo también podrían hacerse con algunas matas de tomillo para las infusiones de Argantonio.

Gharatar caminaba por la plaza entre el gentío. El muchacho había florecido en los últimos meses. Atrás quedó la apariencia enjuta; ahora caminaba con dos cestas de esparto trenzado repletas de frutas, verduras y carne en salazón, así como dos botijos de calabaza colgados del hombro. La espalda de Gharatar, la misma que laceró Ataralki hacía años, se había ensanchado; también los brazos,

que lucían cubiertos por un vello oscuro y fino. Caminaba rápido, de vuelta a la barca, con las provisiones para la vida en el faro de los próximos días. Vio a Saore y sus acompañantes conversando con todo aquel que las detuviera para preguntar por la salud del rey. Podría pasar por la hija de cualquier comerciante, peinada y vestida con sencillez, sin joyas, se dijo. Y ahí estaba la hija del mismísimo Argantonio, que brillaba con la luz suave de la luna llena en un mar oscuro.

La mirada de la princesa se cruzó con la del farero. Gharatar sonrió con timidez e hizo una pequeña reverencia con la cabeza para proseguir su camino hasta el puerto. Saore, sin embargo, le instó con la mano a que se acercara a ellas.

Gharatar dejó las cestas y los botijos en el suelo, y, con disimulo, se frotó la palma de la mano contra la tela de la túnica antes de saludar a las mujeres. Tomó las manos de Anthousa y Nora, y, con una inclinación, se las llevó hasta la frente. Se acercó hasta Saore para saludarla. Pese a no atreverse a mirarla directamente, apreció la gran sonrisa en el rostro de la princesa, la sonrisa infantil que todavía mantenía en la adolescencia. Ella le tendió las manos, y él las retuvo un momento más de lo necesario entre las suyas antes de realizar el saludo de protocolo.

—Se comenta en la plaza que el rey se encuentra mejor hoy.

Saore se giró hacia Anthousa y dijo:

—Ve con Nora a buscar el tomillo.

Y, pese al tono alegre y la sonrisa eterna, las palabras de Saore eran una orden que Anthousa acató con desgana.

—Así es, Gharatar, mi padre ha mejorado notablemente de un día a otro. Hemos rezado en el templo para acelerar su total

recuperación.

—Cuánto me alegro, Saore. Que los dioses lo tengan en cuenta. —Gharatar levantó la cabeza para mirarla—. Tengo que regresar al faro.

—Sí, no quiero entretenerte. Paseemos hasta el embarcadero, que nosotras también volvemos ya a Isla de Gerión. Déjame que te ayude, Gharatar.

La joven se agachó para coger los botijos de calabaza, pero el chico se lo impidió.

—Los botijos están vacíos, los llevo colgando del hombro sin problema. No soy digno de que me ayudes a transportar la carga.

—La dignidad se mide por los gestos que uno hace o deja de hacer, no por compartir la carga.

Con sutileza, Saore estiró los dos recipientes por la cuerda que los unía y los colgó de su hombro. En efecto, no contenían ningún líquido y se bamboleaban livianos al paso de la chica.

—Podías hacer que te mandaran los víveres al faro y ahorrarte el trayecto en barca. Según tengo entendido, eso hacía tu padre en el pasado.

—Sí, lo sé. De hecho, nos traen el agua dulce cada tres días a la isla. Y la leña para la hoguera. Pero prefiero encargarme en persona de ir a buscar las provisiones y limitar el número de ánforas de vino que nos corresponden.

—Debe de ser duro pasar todo el día en la isla.

—Sí, por eso me gusta venir a la ciudad. Remar me mantiene en forma; durante el trayecto, tengo tiempo para estar a solas con mis pensamientos y, en Asta, la posibilidad de relacionarme con sus gentes. ¿Sabes una cosa? —Gharatar dudó un instante antes de

confesarse ante Saore, pero ella escuchaba con atención cada una de las palabras del chico—. Mi mayor terror es convertirme en una persona como mi padre.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre fue honrado por el tuyo a hacerse cargo de la seguridad de la entrada del reino. Pero el cambio de vida hizo mella en él y se convirtió en una persona esquiva, huraña, de trato difícil. Y yo no quiero encerrarme en vida, como ha hecho él —suspiró—. No quiero perderme los pequeños placeres de esta vida.

—Gharatar… —La princesa frenó al chico sujetándolo por el hombro—. No conozco demasiado a tu padre, pero tú eres una persona completamente opuesta a él. Cada vez que conversamos me contagias la pasión con la que hablas de cada tema.

—Agradezco tus palabras, Saore.

El chico dejó las cestas dentro de la barca y las tapó con una estera de esparto. La joven le pasó los botijos, que colgó del escálamo, junto al remo.

—A todo esto, dime, ¿cómo se encuentra tu padre?

El muchacho se tomó su tiempo para contestar.

—Mi padre sigue aquejado con el mismo mal. Desde hace años. Es como si hubiera caído sobre su cabeza una maldición después de que mi madre muriera.

Saore envolvió las manos entre las suyas. Le gustaba su tacto. Unas manos de contraste, suaves y ásperas según la zona que rozara. Le gustaba también que Gharatar se sonrojara cada vez que lo tocaba o le preguntaba sobre algún tema personal. En poco tiempo, el farero se convertiría en un hombre fornido y decidido, pero Saore seguía viendo en él la mirada perdida del niño al que

azotaba Ataralki por un error del cual Gharatar no era del todo responsable. Y, de un modo u otro, ella, como representante del buen funcionamiento de la casa real, se sentía un poco en deuda con aquel fallo cada vez que conversaba con el chico.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ve un médico?

—Meses. Cuando ha tenido una crisis fuerte, en la que apenas podía respirar, el gobernador nos ha mandado un médico a la isla. Pero su salud se va deteriorando cada vez más deprisa.

—En breve os visitará un médico. Haremos todo lo posible para buscar una cura. —Forzó una sonrisa—. Te lo prometo.

Horas después, Gharatar remendaba en la playa de la isla la pequeña red de pesca con la que se abastecía de pescado fresco. A lo lejos, divisó la silueta de la barca real que se acercaba hacia el faro. Dos personas permanecían sentadas, además del barquero, mecidas por el vaivén de las olas. Gharatar se levantó y gritó desde la orilla para indicarles que viraran a babor para evitar los farallones.

A medida que se acercaban, el joven reconoció a uno de los dos personajes. No daba crédito a lo que veía: la joven Saore, vestida con la misma túnica que llevaba en Asta, cubriéndose los hombros con un chal de lana pálido, lo saludaba con la mano y el rostro. El barquero bajó y, entre él y el muchacho, trabaron la embarcación sobre la arena. El farero le ofreció la mano a la princesa para ayudarla a bajar, así como al hombre que viajaba con ella.

El farero lo contempló unos instantes. A primera vista, lo tomó por un hombre seco, encorvado sobre sí mismo por el peso de los males ajenos. Sin embargo, la impresión de aspereza que le causó se

desvaneció al momento. En realidad, el semblante no le parecía rudo, sino cansado; la cara tenía la apariencia líquida de una vela demasiado caliente, las ojeras marcadas y los labios apretados no hacían sino reafirmar aquel cansancio. Miraba en silencio al chico, a la espera de ser presentado, con ojos claros y cálidos, como los tallos secos del trigo. Sin saber por qué, el joven supo que podía confiar en él.

—Gharatar, él es Ishmunazar, nuestro médico en la corte. Me quedaría más tranquila si visitara a Lirnestaakun.

El médico lo saludó con una leve inclinación de la cabeza y le preguntó dónde podía encontrar al enfermo. Gharatar le señaló el camino hasta la atalaya e Ishmunazar emprendió el paso hacia allí, con andares firmes pero demasiado nerviosos.

—Saore, no deberías haber… —El chico hincó una rodilla sobre la arena a modo de reverencia, pero la princesa hizo el ademán de levantarlo por las muñecas—. Eres tan bondadosa con nosotros, con todo el mundo… Rezo todas las noches para que no abandones jamás esta tierra.

—Vamos, Gharatar, acompañemos a Ishmunazar.

Lirnestaakun se incorporó del jergón cuando el médico entró en la habitación. Le echó una mirada censora a su hijo, pero cambió la expresión rápidamente al ver a Saore detrás de Gharatar.

—Mi señora —bufó por el esfuerzo al tratar de ponerse de pie—, no soy digno de estas atenciones.

—Mi buen Lirnestaakun, sigue acostado, te lo ruego. Tu función en el faro es impagable, por lo que soy yo la persona indigna por tenerte abandonado. Te debo una disculpa, en mi nombre y en

nombre del rey. —Tocó el hombro de Gharatar para llamarle la atención y susurró—: Y a ti también.

—Saore, tú… —empezó a decir, pero ella le solicitó que guardara silencio.

—Lirnestaakun —prosiguió la princesa—, Ishmunazar es el médico de mi padre. No hay nadie mejor en el reino a quien confiar tu salud.

Ishmunazar aprovechó que el farero todavía permanecía sentado para escuchar la cavidad torácica. Pese a no moverse apenas, la respiración era precipitada y el pecho se hundía con las inspiraciones más profundas. Le palpó la frente y el cuello; la piel estaba pegajosa. No tenía fiebre en aquel momento, si bien el aliento del hombre era demasiado caliente y agrio. Le pidió que se despojara de la túnica y lo obligó a tumbarse de costado. Lirneestakun, al contacto de la presión de la mano del médico, se quejó de dolor en una zona concreta: del omóplato izquierdo hasta el nacimiento de la clavícula. Ishmunazar repitió el procedimiento en el lado derecho, pero el dolor apenas era significativo.

—Esto es una buena señal, pues solo estaría afectado uno de los lóbulos. ¿Puedes carraspear?

El hombre forzó el carraspeo, que se convirtió en un ataque de tos furibundo, como los que tenía durante las horas de sueño. Se llevó la mano al pecho izquierdo y apretó el puño en un gesto instintivo. El médico le acercó un pedazo de tela para poder analizar la flema que expectorase. Solo escupió algo de saliva con hebras de sangre roja y brillante. La expresión del médico se ensombreció unos segundos, antes de proseguir con las preguntas sobre el estado físico. Evacuaba con normalidad y, por norma general, se podía

asear él mismo. Le confesó que cada día se notaba más cansado y, pese al clima primaveral, los escalofríos lo aquejaban la mayor parte del día.

—¿Cómo descansas?

Lirnestaakun se encogió de hombros y Gharatar, que permanecía con Saore en la entrada la habitación, tomó la palabra.

—Duerme a deshoras y siempre preso de una continua agitación. Cuando la fiebre es alta, delira y musita palabras sin ningún tipo de contexto.

El médico asintió con la cabeza y pareció meditar la respuesta que quería dar a los dos fareros.

—Ahora mismo, la prioridad es no retener el esputo en el pecho, por lo que tienes que aligerar la cabeza —dijo Ishmunazar, y se acercó a la entrada para seguir hablando con Gharatar—. Durante tres días tu padre se va a alimentar exclusivamente de caldos suaves que tienes que preparar con agua dulce, y no del lago. Añade un pedazo de carne blanca que sea completamente magro, para que arrastre la flema que está condensada en el pecho. Si todo va bien, a partir del tercer o cuarto día, el esputo se eliminará con la tos. Solo desde entonces, los caldos deberán ser grasientos y se podrán añadir a la dieta otros alimentos. ¿Entendido?

—Sí. ¿Qué puedo prepararle entonces?

—Si tiene frío, una sopa de garbanzos o de lentejas. Con agua dulce. Es importante que no tome nada de sal.

Ishmunazar volvió hacia la cama del enfermo.

—Lirneestakun, debes obligarte a carraspear a menudo. El esputo tiene que ser viscoso, amarillento o verdoso. Si vieras sangre también, no te sorprendas. Gharatar, si tu padre no desflemara lo

suficiente, tendrás que administrarle un evacuante para provocarlo. —Hizo una pausa para reafirmar sus palabras antes de proseguir con la explicación—. El evacuante lo vas a preparar infusionando a partes iguales hojas secas de eléboro y frutos de verdelobo. Se lo ofreces a tu padre a sorbos pequeños mientras el líquido todavía esté caliente. No te preocupes si lo vomita, pues es un purgante muy fuerte. La fiebre suele incrementarse al final del día, es lo habitual. Sin embargo, si lo notaras demasiado débil y caliente por las mañanas, puedes colocarle sobre el pecho y la espalda paños humedecidos en el agua fría del lago y cambiarlos a medida que se calienten en demasía.

Saore se dio cuenta de que Gharatar se apretaba los puños contra la cadera, pero era capaz de mantener la expresión serena de cuidador frente a su padre.

—Cuando el dolor lo invada —prosiguió Ishmunazar—, dale de beber vino o vinagre con miel, rebajado en agua. También puedes cubrirle el pecho con fomentos, que debes preparar machacando en el mortero hojas de salvia frescas, hojas y semillas de pericón amarillo y harina de cebada a partes iguales. Mezcla el resultado con miel hasta formar una pasta espesa que puedes aplicar con un paño limpio sobre el lugar que más le duela.

Gharatar apenas abrió la boca durante la corta visita del médico real. Saore era consciente de la cantidad de información que debía procesar el muchacho y de la carga que comportaba cuidar él solo de su padre enfermo, sin descuidar las tareas de seguridad en el faro.

Asió al joven con suavidad por el codo y lo conminó a salir con ella a dar un corto paseo por la isla.

—Gharatar, estás preocupado.

—Sí, hasta el momento, Ishmunazar ha sido el único que ha hablado con propiedad sobre la enfermedad de mi padre. De nuevo —dijo, bajando la vista al suelo—, te agradezco la bondad con la que nos tratas.

—No, es nuestra obligación que todas las gentes vivan de la mejor manera. Y que disfruten de lo que hacen. Y os hemos fallado.

Caminaron en un silencio confortable hasta llegar a la playa. El barquero estaba sentado sobre la arena y se incorporó al ver arribar a la princesa.

—Mañana mismo llegará una barca con todo lo que necesitas para sanar a tu padre. Acompañaré a Ishmunazar hasta Asta para asegurarme de que no falta nada. También mandaré traer más víveres. Si prefieres quedarte aquí hasta que mejore, os acercarán todas las provisiones que tú sueles ir a buscar a la ciudad.

—Muchas gracias, Saore.

Gharatar quiso virar la conversación empleando una entonación menos solemne.

—Me quema la garganta no poderte llamar «mi señora».

—Me gusta que me llamen por mi nombre —rio más relajada—. La que porta la espada de oro. Por cierto, no he vuelto a ver el rayo verde desde la vez que me lo mostraste en Isla de Gerión.

—¿Todavía te acuerdas del rayo verde? —El pecho del chico se hinchó de júbilo—. Desde aquí es mucho más probable verlo, te lo prometo. Pero me temo que deberíais partir lo antes posible y aprovechar las últimas luces del día.

—Es cierto; saldremos en cuanto llegue Ishmunazar. Y tú, ¿cuándo enciendes la hoguera del faro?

—Poco antes de que el sol desaparezca detrás del horizonte.

Oyeron los pasos ágiles del médico detrás de ellos. Ishmunazar agarró al chico por los hombros y lo miró a los ojos.

—Muchacho, la salud de tu padre es muy frágil y esta enfermedad no tiene buen pronóstico. La prioridad ahora mismo es que consiga vaciarse del todo y, una vez purificado el pecho, podré determinar el grado de mejoría y si hay esperanza de que sobreviva mucho tiempo más. —Aclaró la garganta antes de proseguir—. La mejoría suele llegar hacia el séptimo día. Por eso, si las obligaciones en la corte me lo permiten, volveré a visitarlo dentro de ocho días.

Gharatar se agachó levemente para hacer una reverencia al médico. A continuación, tomó la mano de Saore para llevársela hasta la frente. Antes de soltarla, y saliendo del protocolo, la llevó unos segundos a su pecho como muestra de agradecimiento. No se atrevió a mirar a la princesa de nuevo hasta que el barquero real empezó a remar en las aguas calmas del lago. Saore levantó el brazo y él le devolvió el saludo.

Permaneció en la playa hasta que la barca empezó a difuminarse con el lago. Después, fue hasta la pequeña barraca que hacía las funciones de leñera y cogió una buena pila para la hoguera del faro.

12

547 a. C., Isla de Gerión

Las matas de tomillo que meses atrás habían aliviado los dolores de Argantonio habían vuelto a florecer. Llamaba la atención el contraste de las mejillas arreboladas, sanas, con el velo amarillento que rodeaba el color verde aceitunado de los ojos del rey. Los cambios físicos eran apenas imperceptibles para las personas que lo cuidaban y lo obligaban a mantenerse activo a diario. El vientre más duro y prominente, algo de rigidez en las articulaciones cuando tenía que subir a la barca o al carro. Sin embargo, el deterioro progresivo en la salud de Argantonio no pasaba inadvertido para quienes estaban de paso en Tarteso o los visitantes ocasionales, como Hadad. El gobernador de Gadir, el muy maldito, le había insinuado entre sonrisas cordiales que dejara paso a Abissabar como nuevo rey de Tarteso, ante la falta de noticias del príncipe heredero.

Había un punto de lucidez en las palabras jocosas de Hadad. Cuando volvió a sus funciones como monarca, al principio lo intimidaba la sensación de vértigo ante los imprevistos del reino. Había pasado una temporada que se le antojó demasiado larga siguiendo los consejos de Ishmunazar (ejercicio moderado, carnes magras, vino poco especiado…) y dejando que su amada Anthousa cuidara de él en la privacidad de la alcoba. Una vez sentado de

nuevo en el trono, sentía la duda ante la toma de decisiones, como si no confiara todavía por completo en su criterio. Al principio, delegaba en su hijo Abissabar, pues había demostrado ante todos que era un regente mediador y prudente. Además, no se mostró sorprendido por la valía de sus hijas en la corte, en especial de Saore, cuyas dotes diplomáticas se iban incrementando a medida que dejaba a un lado las obligaciones académicas con Anthousa. Había intervenido junto a su hermano en transacciones comerciales con los navegantes foceos, se había preocupado de complacer a Astarté como portavoz de la monarquía y cada día notaba que brillaba con el resplandor de la candela que alumbra por sí sola la totalidad de una estancia.

Conforme fueron pasando los meses, Argantonio se mostraba ante su pueblo como el rey de antaño, mediando él mismo cuando la situación lo requería. Sin embargo, ya no se sentía con fuerzas para hacer largos viajes.

En aquel periodo de recuperación y reincorporación a la vida política, el rey no había visitado el templo de Baal, al norte de la desembocadura del río Tar, sino que seguía la liturgia desde el templo de Asta. De igual modo, siempre que le era posible, recibía al gobernador Ataralki y al resto de las visitas oficiales en la sala de audiencias del palacio de Isla de Gerión.

Le anunciaron la vuelta de la comitiva real de las minas de la sierra del norte del reino, a varias jornadas a caballo del templo de Baal. Abissabar, Nora y el resto de los acompañantes hicieron parte del camino de vuelta navegando la corriente del río Tar hasta la desembocadura en el lago de Tarteso. El destacamento emplazado en Caura de Baal Safón dio el aviso de la inminente llegada de los

príncipes a la ciudad, que a su vez bordearía la costa del lago pasando por Cunbaria y Nabrissa hasta llegar a Isla de Gerión sin parada previa en Asta.

Días atrás, dos representantes del destacamento de Calentus se habían presentado en Asta para solicitar audiencia con Ataralki. Los emisarios transmitieron la preocupación de las gentes del valle, ganaderos en su mayoría, por los comportamientos inadecuados de la población de las colonias mineras. Entre líneas, los dos hombres insinuaban que los esclavos tracios se habían hecho con el control de la producción de las minas y que, además, contaban con el apoyo de los mineros tartesios. Ataralki había tenido un mal presagio en cuanto al comportamiento de los esclavos en la sierra, pues los barcos cargados con el cobre, el plomo y la plata de las minas del norte desembarcaban en el puerto de Asta con menos frecuencia de la habitual. Cuando los esclavos se establecieron a lo largo del territorio tartésico, la producción minera y las manufacturas en las forjas se incrementaron, tal y como habían aventurado los dirigentes del reino y de Gadir antes de las negociaciones. Sin embargo, meses atrás se habían argumentado retrasos por el agotamiento de cobre y la búsqueda de nuevas vetas. El gobernador le transmitió a Argantonio sus dudas una vez que tuvo la audiencia con los dos soldados, y el rey decidió enviar una comitiva hasta el valle y las minas para averiguar lo que acontecía en la frontera meridional del reino. Abissabar, con su buen talante, llegaría a una solución justa. Confiaba con plenitud en el buen saber de su hijo. Mandó a Nora como acompañante de su hermano, pues no era ningún secreto que hablaba eolio mucho mejor que el príncipe. En el caso de tener que negociar con los tracios, sería necesario facilitar los acuerdos y que

hubiera las menores trabas posibles. Además, como padre, quería insuflarle a su hija menor todo su apoyo para que pudiera implicarse en los asuntos de Estado en el mismo grado que su hermana Saore.

La princesa Saore esperaba a sus hermanos en el embarcadero. Jamás había viajado más allá del templo de Baal y sentía una gran curiosidad por los paisajes de montaña que podían admirarse desde el templo. Argantonio le había contado una vez que, al norte, el paisaje era muy distinto. La luz que bañaba la costa no se atrevía a penetrar entre los árboles de bellota y el paisaje aparecía mate ante los ojos de los viajeros, dueño de la penumbra de sus caminos. De vez en cuando, una pared escarpada rompía la monotonía del verde de los bosques y, no demasiado lejos, unas cuantas casas dispersas de planta circular anunciaba la presencia de un poblado minero en la sierra. Si hacía el esfuerzo, era capaz de imaginar los bosques de montaña más allá de la línea del horizonte.

Oyó unos pasos a su espalda. Ataralki y dos de sus secretarios habían llegado al embarcadero. El gobernador saludó con la cabeza a la princesa y los cuatro permanecieron en silencio a la espera de la llegada de la barca real. Saore sabía que el gobernador era un hombre al que podía confiarle su propia vida y la de los suyos; sin embargo, le sorprendía que un personaje con tan poco don de gentes fuera tan buen consejero y administrador. Apenas lo había visto sonreír en contadas ocasiones, seguramente por cuestiones de protocolo y no por espontaneidad. Lo notaba especialmente reservado cuando Saore hacía acto de presencia. Con ella y con las mujeres en general. Así como Argantonio jamás había tenido reparos

en dejarse aconsejar por una mujer, la totalidad de las personas con las que trabajaba Ataralki eran varones. Incluso a Raha, su prima, la trataba con respeto y deferencia, pero de la misma manera que lo haría con alguien ajeno a su círculo familiar.

La barca real no tardó en acercarse. Abissabar y Nora se levantaron del asiento para saludar a gritos a su hermana antes de atracar en la playa. Abrazó en primer lugar a su hermana, orgullosa de su primer acto diplomático más allá de las murallas de Asta o de la comodidad del palacio en Isla de Gerión.

—¿Cómo ha ido el camino de vuelta?

—Bien, sin ninguna interrupción extraordinaria. Te habrían gustado mucho los senderos que bordean los ríos, hermana —dijo Nora, con la emoción de una poeta en la voz.

—El rey nos espera en la sala de audiencias —interrumpió Ataralki.

Los tres hijos de Argantonio rodearon las rocas de la playa hasta dar con el camino hacia el palacio. El resto del grupo los siguió en silencio a poca distancia.

El rey Argantonio había decidido que sus hijos serían recibidos con los mismos honores que los funcionarios del reino. La mesa estaba cubierta con viandas frías y copas de vino de cerámica helena. El monarca, sentado en la esquina más alejada de la puerta, se levantó cuando oyó las voces de sus hijos en la entrada del palacio. Del mismo modo que había hecho Saore en el embarcadero, se llevó el cuerpo menudo de Nora hacia el suyo para abrazarla con cariño. La besó con suavidad en el pelo y le indicó el lugar donde tomar asiento, a su izquierda. Una vez que todos los asistentes estuvieron

acomodados, un sirviente llenó las copas con vino fenicio. Era la primera vez que Nora probaba el vino.

—Gracias por asistir a esta reunión. Sírvanse de los alimentos que deseen mientras mis hijos, el príncipe Abissabar y la princesa Nora, narran los acontecimientos que han presenciado en primera persona en las tierras de la sierra.

Los dos hermanos se miraron unos instantes. En silencio, intentaban decidir cuál de los dos daba inicio al acto. Nora no aguantó demasiado rato la mirada indagadora de Abissabar y optó por tomar con ambas manos su copa de cerámica. Dio un sorbo demasiado largo y Abissabar tomó ese gesto como invitación a inaugurar la reunión.

—Mi señor —Abissabar se dirigió en primer lugar a su padre—, señores míos, queridas hermanas. Ya estáis al tanto de que hace unas jornadas recibimos un aviso de que se vivían momentos de inestabilidad en las poblaciones en la sierra, al norte del cauce del río Tar. El gobernador Ataralki, a su vez, hizo notar que la extracción de cobre, plomo y plata no mantenía el mismo peso en los últimos cargamentos que ingresaron en las forjas de Asta y Nabrissa. Nos temíamos una rebelión, pero la situación en las colonias mineras era muy distinta.

Abissabar narró el viaje con detalle a su padre y al resto de los presentes. La barca con la comitiva desembarcó en la ciudad Caura de Baal Safón, donde la guardia real los escoltó a caballo a través del valle hasta que llegaron al poblado de Iporca, muy cerca de uno de los afluentes del Tar.

El asentamiento constaba de una docena de cabañas, ordenadas a los pies de una pequeña colina, lo bastante alejada del río para no

escuchar el murmullo del agua corriendo río abajo, pero sí disfrutar del ambiente fresco subsecuente.

En la entrada, dos hombres jóvenes habían delimitado el perímetro de lo que, días después, posiblemente sería la nueva choza de uno de ellos. Habían excavado un foso de poco más de un codo y, desde ahí, se levantaba un zócalo formado por piedras y losetas del río cercano. En el tramo de pared más elevado, los huecos entre las piedras lucían brillantes y húmedos debido al barro que trababa los intersticios formados por el apilamiento. Era la primera vez que los príncipes veían casas de planta cuya estructura recordaba a la forma del huevo de una gallina, tan diferentes a las poblaciones rurales colindantes con Asta o Nabrissa, de espacios angulares bien delimitados. Los techos inclinados de las chozas les concedían la imagen de pequeños árboles recios, deshojados y humeantes, respetando en cierta manera la armonía del enclave. Desmontaron y, precedidos por la comitiva, Abissabar y Nora atravesaron la hilera de casas hasta el centro del poblado. Las mujeres y las criaturas los saludaban a su paso. Nora pudo vislumbrar el interior de alguna de aquellas casas desde la puerta de entrada. Disponían el espacio alrededor de un hogar central, en un ambiente único, donde intuían que alternaban la totalidad de las tareas que comprendían la vida doméstica; un espacio que sospechaba del mismo tamaño que su propio dormitorio o el de su hermana.

Resguardada entre el resto de las cabañas se encontraba la casa de los caudillos de Iporca, la más grande de todas ellas. En ella pasarían la noche, el tiempo suficiente para descansar, tomar provisiones y recabar información sobre los sucesos que acontecían

al norte en la sierra. Un pequeño tramo empedrado conducía hasta la puerta de entrada de la cabaña, que no se levantaba a más de tres codos del suelo. El caudillo agachó la cabeza para acceder al interior y ellos lo imitaron. En la estancia, su esposa los esperaba hierática y sonriente antes de proceder a saludarlos. Para su sorpresa, la cabaña de los caudillos sí disponía de dos espacios diferenciados y separados entre sí por una fina pared de tierra apisonada. Siguieron a la pareja a la estancia mayor, pavimentada por una tierra rojiza firme y cubierta en parte por una fina alfombra de esparto trenzado. En la pared, un gran banco adosado era, a simple vista, el único asiento de toda la casa. Sin embargo, el lujo en las filigranas de la madera evidenciaba el estatus de los propietarios de la casa. En las paredes colindantes, hornacinas de distintos tamaños disponían de manera ordenada, con clara intención ostensible, vasos y vajilla de cerámica manufacturada en tierras al otro lado del Gran Mar.

—Los caudillos de Iporca se mostraron extrañados ante la insinuación de una rebelión en los poblados mineros —remarcó Abissabar—. Sospechamos, de todos modos, que la relación con el gobernador Camalo se limita a la cordialidad diplomática entre protector y vasallo. No obstante, nos atendieron con deferencia y nos aprovisionaron con todo lo que pedimos, pese a no haber podido averiguar mucho más de lo que ocurría al norte de sus tierras.

Al amanecer, la comitiva real bordeó el curso de agua hacia el norte, atravesando un bosque de álamos y zarzas. El rumor del agua envolvía al grupo. De vez en cuando, una ráfaga de aire en las alturas zarandeaba las copas de los árboles, que repicaban como

minúsculos cencerros y ocultaban el resto de los sonidos del bosque. La princesa Nora se percató de la simetría doble del paisaje de alamedas. El río ejercía de eje vertebrador en el que los árboles se colocaban siguiendo el orden natural que han dispuesto para ellos las fuerzas de la tierra. A su vez, el reflejo de las ramas en el agua que corría le recordaba a las raspas del pescado que se desechaban en la cocina del palacio. No encontró un símil mejor. Nora estaba segura de que Saore habría escrito con gran facilidad algún bello poema sobre la silueta de los álamos en el río, sobre el eco del viento amortajado bajo el cielo silvestre.

El río quedó atrás como un recuerdo. El camino, pese al trasfondo agreste, se tornó más despejado, pues era una ruta habitual de comercio terrestre. De vez en cuando, una ladera comida por la erosión acababa por formar peñones escarpados, un gran contraste contra la maraña de arbustos de color desgastado. A medida que se adentraban en el monte, los colores del bosque a su alrededor se insinuaban, pero no llegaban a manifestarse del todo, como si las copas de los árboles formaran una mampara protectora que impidiera que la luz mostrara la verdad.

Se decía del gobernador Camalo que era un personaje discreto que jamás había dado que hablar en Asta. Aglutinaba bajo su protección las poblaciones y los poblados mineros de la sierra norte de Tarteso. Desde Calentus, la ciudad más importante de la demarcación, gestionaba de manera eficiente la extracción de metales y los trabajos derivados. Cerca de la casa del gobernador, se emplazaba el mercado ambulante para los habitantes de la sierra. Recibían con regularidad la visita de comerciantes de Asta con todo aquello a lo que no tenían acceso en las montañas. Sal, verduras de

las plantaciones entre Gadir y Asta, harina y legumbres, aceite y vinos, junto con telas finas y cerámicas helenas se desplegaban ante aquellas gentes que, en muchos casos, tenían relación directa o indirecta con la vida en la mina, y los que no, se dedicaban a la crianza de cerdos y otros animales, o a vagar por los montes a la espera de una buena presa.

El gobernador recibió a los príncipes con la misma ceremonia que los caudillos en Iporca. Había preparado especialmente una de las casas de la ciudad para Abissabar y Nora, y, a su vez, había habilitado un pequeño campamento para la comitiva real. Calentus, pese a que no podía competir en tamaño con Asta o ninguna otra población circundante al lago de Tarteso, tenía todos los atributos de una ciudad pequeña y bien comunicada al norte y al sur. Disponía de un buen número de artesanos especializados. Esparteros, alfareros y un modesto taller de forja movían los engranajes de la pequeña ciudad, junto con la llegada periódica de comerciantes, mensajeros e intermediarios.

—Antes de que llegáramos a instalarnos, se oía el bullicio en las inmediaciones de la calle principal —prosiguió—. Desmontamos, convencidos de que se trataba de la gritería característica de los puestos de venta. Sin embargo, a medida que nos acercamos, escuchamos voces de hombres que gritaban con dificultad en nuestra lengua. El mismo Camalo quiso llevarnos hasta el mercado para explicarnos las revueltas con las que tenían que lidiar cada vez que llegaban los comerciantes a Calentus. Señores míos, nada más lejos de la realidad.

Un grupo de esclavos jóvenes estaba custodiado por varios soldados. «No hay lentejas ni habas», creyeron escuchar los

príncipes. Hay algo innato en el ser humano en elevar el tono cuando se habla una lengua ajena y distante, fruto de la imposibilidad de expresarse con claridad. Levantaban la voz, por supuesto que lo hacían. Era el único derecho que podían permitirse. Comerciantes y gobernantes lejanos habían dispuesto por ellos que aquellas montañas y valles los acogerían con brazos abiertos, que trabajarían a la luz del sol y que no excavarían las entrañas de la tierra a no ser que fuera del todo inevitable; que los hijos que engendraran en tierras tartesias serían tartesios por derecho de nacimiento. Que, como esclavos, pertenecían a un reino del que no conocían más que el camino que los había llevado de Asta a la sierra; sin embargo, su rey les había prometido que podrían llamarlo hogar. Les había proporcionado terrenos en los que levantar casas y pequeñas parcelas para cultivar alimentos básicos para el bienestar de una familia. Mas, en aquellos terrenos frondosos de montaña pero yermos para el cultivo, poco más que acelgas crecían en los patios traseros de los hogares.

—Entre ellos, callado pero con la misma firmeza que había mostrado en Asta, el esclavo del pelo en llamas. ¿Os acordáis? —Asintieron todos—. ¿Cuál era su nombre?

—Aspar —respondió Nora rápidamente.

Abissabar llevaba el hilo de lo acontecido en la sierra y la princesa permanecía en silencio, poco más podía aportar al relato de su hermano. Cuando se cruzó con la mirada de Saore, se sonrojó y buscó alguna fruta seca que llevarse a la boca.

—Aspar el Escita, es verdad.

Abissabar pidió que le llenaran la copa de vino con una sonrisa amable y un simple gesto con la mano. Tenía porte de rey, se dijo

Saore. Por un momento temió que su hermano se creyera esa misma premisa.

Aspar, prosiguió Abissabar, advirtió la presencia de Camalo en la plaza. Mandó callar a los mineros e hizo una señal al gobernador. Los soldados se apartaron a un lado y el grupo de hombres se acercó hasta donde se encontraba Camalo con la comitiva real. El Escita se sorprendió al ver a la princesa Nora, aquella niña que cinco años atrás le había susurrado al oído que su padre, el rey Argantonio, cuidaría de él, pues todos en el reino de Tarteso eran hijos suyos. Sonrió con una tierna amargura al recordar aquellas palabras. Se inclinó ante los hombres e, imitando el saludo tartesio, tomó con suavidad la mano de Nora para acercársela a la frente.

—Nora —se interrumpió el príncipe—, ¿quieres seguir tú con el relato?

La joven se quedó clavada en el asiento tras escuchar su nombre. Por supuesto, ella había formado parte de la comitiva real igual que su hermano; sin embargo, se había escudado detrás del relato de Abissabar para encontrarse más cómoda, asintiendo uno a uno los hechos que este relataba sin ahorrar en detalles.

—Al fin y al cabo —prosiguió Abissabar ante la duda en el rostro de Nora—, has sido la mejor intérprete que podríamos haber tenido para solucionar con tal rapidez el asunto de los esclavos.

Todos los asistentes la miraban con una sonrisa paciente en el rostro. Aquella condescendencia la ponía todavía más nerviosa si cabe. Al fin, retomó el relato donde lo había dejado su hermano.

—Aspar fue muy amable, padre. Las primeras palabras que pronunció fueron para asegurarse de que tu salud fuera buena. —Argantonio asintió y la instó a que prosiguiera—. A continuación, nos

mostró su desconcierto por vernos. No imaginaban que su petición hubiera llegado a trascender hasta la capital.

Cuando los esclavos se establecieron en una de las colonias mineras cercanas a Calentus, se le asignó a cada uno de los trabajadores un pequeño sueldo, que se complementaba con un racionamiento básico de los productos a los que no tenían acceso en la sierra. Tenían derecho a llevarse cada cierto tiempo un saco de legumbres, sal, aceite y telas burdas, entre otras cosas. Los primeros meses, estas asignaciones se respetaron. Los esclavos se asentaron entre mineros tartesios en convivencia, formaron familias con las mujeres tracias del mercado de esclavos de Mileto y explotaron cada mina disponible. A medida que transcurrió el tiempo, se dieron cuenta de que los alimentos y los productos que les asignaban eran de peor calidad que los que se exhibían en el mercado; más adelante, disminuyeron las cantidades de alimentos y sal. Los vendedores alegaban que no disponían de género, que había escasez en los campos de cultivo del sur.

Un día, los esclavos empezaron a tomar a la fuerza todo lo que les hacía falta. Bajaban a la ciudad en grupos de ocho o diez mineros y cargaban entre todos los sacos de legumbres o harina. Jamás hicieron uso de la violencia, jamás se llevaron nada que no les correspondiese por derecho. Los vendedores reportaban los alimentos y materiales sustraídos al gobernador de la ciudad y este, al final, optó por plantar un pelotón de soldados en la plaza durante las jornadas de mercado y dejar constancia en Asta, la capital del reino, de la incomodidad que causaban las comunidades tracias en las pacíficas poblaciones del norte de Tarteso.

—Entonces ¿todo este conato de rebelión se debe a unos cuantos sacos de garbanzos? —preguntó Argantonio con voz cansada.

—Sí, padre. Abissabar y yo conversamos con los habitantes de Calentus acerca de los altercados, y todo el mundo coincidía en lo mismo: que la paz tan solo se veía alterada por la presencia de soldados. Las gentes humildes son así, padre; se comprenden entre sí, se ponen en la piel del otro.

—¿Qué solución habéis impuesto para arreglarlo?

—Hemos llegado a un acuerdo con Camalo para que se respeten los convenios que se establecieron con la compra de los esclavos y hacerles llegar la asignación que se les prometió. No es cierto que haya escasez de productos básicos y, a partir de ahora, vigilaremos que Camalo cumpla lo establecido.

—Muy coherente, hijo mío.

—¿Y por qué ha disminuido la extracción de minerales? —preguntó Ataralki.

—Camalo alega que hay problemas con el transporte desde las colonias hasta la ciudad. Sin embargo, los mineros nos aseguran que siguen extrayendo y trabajando al mismo ritmo de siempre.

—¿Puedo añadir una cosa? —preguntó Nora—. Los campesinos de Calentus nos avisaron de la presencia de extranjeros en las afueras de la ciudad. Grupos de hombres vestidos con ropajes blancos y peinados exóticos que viajaban a caballo hacia el oeste. Le preguntamos a Camalo sobre esta apreciación y le restó importancia al asunto. Alegó que posiblemente fueran esclavos tracios viajando de una colonia a otra. A Abissabar y a mí nos extrañó esa respuesta, pues ahora mismo tan solo es posible distinguir a un tracio de un

tartesio por el tono de la piel o el color de los ojos, y no por la indumentaria, ¿verdad?

Abissabar ratificó las palabras de su hermana. Ataralki y Baldo se pusieron en alerta tras escuchar a la princesa. Buscaron la mirada de Argantonio, pero el rey parecía cansado y decepcionado. Cuando los príncipes dieron por finalizado el relato de la expedición a la sierra, el rey se disculpó ante los presentes y anunció que se retiraba a descansar. Todos lo imitaron, pero el monarca los instó a que acabaran con las viandas y el vino antes.

En la sala de recepciones, las conversaciones se tornaron más informales a medida que daban cuenta del vino. El gobernador y el general se acercaron a Abissabar y lo conminaron a retirarse con ellos cerca de la lumbre.

Ataralki habló directo:

—Los grupos de hombres a caballo, ¿podrían ser cartagineses?

—Lo dudo. Por cómo hablaban de ellos las gentes serranas, yo me atrevería a decir que eran foceos. Helenos, apuesto.

—¿Y por qué se aventurarían a viajar tierra adentro los foceos? —dijo Baldo, sin esperar respuesta.

—No lo sé, pero me temo que seguirán llegando noticias de las minas. De todos modos, no tengo claro que podamos fiarnos de la palabra de Camalo. Intentaré hablar con mi padre de esto.

Saore y Nora salieron a pasear a la playa bajo la luz brillante del sol de tarde de primavera. Caminaban una al lado de la otra, con las sandalias en la mano, dejando tras de ellas el rastro de sus huellas en la arena humedecida. Saore le preguntaba sobre todas las pequeñas cosas que conforman el paisaje de las tierras que todavía no conocía. «¿Qué altura tienen los árboles en la sierra? ¿De qué

color son sus hojas? ¿Qué comen habitualmente los habitantes del norte? ¿Han nacido muchos hijos de esclavos, ciudadanos ya de pleno derecho? ¿Habéis rezado en algún templo?».

Nora conversaba con su hermana sin la cohibición de sentirse analizada por los hombres de confianza de su padre. Se regocijaba en los detalles de las vajillas de los caudillos y del gobernador, en el olor de los guisos especiados de verduras de hojas tiernas que preparaban en las casas, el trato más cercano de las gentes sin tener tanto en cuenta las jerarquías sociales.

—Se dice que el hijo del general Baldo te trata con mucha deferencia —dijo Saore con fingido aire distraído—. Es un secreto a voces que está interesado en conocerte más.

—Sí, eso me dijo también Abissabar —contestó Nora, sin demasiado interés en seguir hablando del militar—. Nos ha custodiado en todo momento y ha velado por nuestra seguridad, tanto la mía como la de nuestro hermano.

—Veo que no le profesas el mismo afecto que él a ti, entonces.

—Sí que tengo afecto por él, pero nada más. A veces me trata como a una niña indefensa a la que proteger de peligros inexistentes, y no me hace sentir cómoda.

Saore se agachó para recoger una concha dorada, surcada por pequeñas líneas simétricas. Habló abiertamente, sin miedo a lo que pudiera contestarle Nora:

—¿Y el Escita sí te ha hecho sentir cómoda?

Nora se ruborizó y siguió paseando con su hermana tomada del brazo. La presencia nervuda y vigorosa de Aspar la impactó cuando apenas era una niña. Cuando Abissabar le propuso visitar las tierras de la sierra con él, no pensó en volver a encontrarse con el esclavo;

sin embargo, ahí estaba, sereno, en la plaza del mercado. Era más alto que sus compañeros y vestía igual que un serrano cualquiera; no obstante, llamaba la atención como la llama del faro en la tormenta. Ahora llevaba barba y el pelo lacio le sobrepasaba los hombros. El fulgor de sus ojos verdes seguía diciendo a todos aquellos que se cruzaban con él que tenía un poder escondido, mas era digno de confianza. Nora supo que, pese a que también existían diferencias sociales en la sierra, Aspar podría llegar a ser el líder sólido y discreto que todos respetarían. En todo momento trató con cordialidad a los vendedores del mercado, sumisos ante el influjo de aquel gigante pelirrojo. Opuso la resistencia correcta ante los soldados y se mostró firme en presencia del gobernador y la comitiva. Después de las negociaciones, tuvo un gesto de agradecimiento para Nora. Si bien Aspar entendía la lengua de su nuevo hogar, todavía no era capaz de hablarla con la fluidez de un nativo. La princesa se ofreció a mediar en su lengua y en eolio entre mineros y vendedores, así como con el gobernador Camalo.

Antes de que los mineros volvieran a la colonia, la princesa le pidió que le hablara de su nueva vida en Tarteso. Del día a día de los mineros, pero también del suyo propio. Confesó ante ella que no vivía del todo mal; trabajaba de sol a sol, pero no se desgastaba los pulmones como antaño. No se había casado y no tenía intención de hacerlo. Pero el matrimonio era ineludible, le repuso la chica. Aspar le contó, sin entrar en muchos detalles, que su madre venía de las estepas y que acabó dejando atrás sus raíces y su familia para empezar una nueva vida junto a un guerrero tracio. Y que él, asimismo alejado de su tierra, también sería capaz de saber cuál era el momento adecuado para enraizarse en su nuevo hogar. Era

esclavo, se le había impuesto un modo de vida, sí, pero no quería que un reino también le impusiera la obligación de tomar la vida de una mujer desconocida para hacerla su esposa. Aquellas palabras quedaron grabadas en un rincón recóndito de las entrañas de la princesa, y volver a evocarlas le causaba un azoramiento que no comprendía.

Nora no contestó a la pregunta de su hermana, y Saore entendió mucho más con aquel largo silencio que con las posibles explicaciones y excusas que pudiera darle.

13

547 a. C., Isla de Gerión

El recibimiento de Hiram fue digno de un rey. La ciudad de Asta se engalanó en cuanto llegaron voces de que la comitiva real estaba a punto de atravesar el estrecho del lago de Tarteso.

Habían pasado casi tres años desde la partida de la primera comitiva tartesia hacia el oriente del Gran Mar, la primera gran misión diplomática. Los comerciantes foceos que visitaban Tarteso con regularidad, como los barcos de Norfeus, siempre habían llevado noticias de los conflictos en tierras helenas contra los persas. Desde el palacio de Argantonio en Isla Gerión sabían que el príncipe siempre había estado a salvo, que se había hallado protegido en una isla helena cerca del continente durante toda contienda contra el Imperio persa y, más adelante, en los asentamientos foceos repartidos en el Gran Mar.

Focea fue la primera ciudad jónica que asaltó el ejército persa, pues el mismo Creso de Lidia había cedido Mileto al invasor sin haber librado batalla ninguna. El ejército persa sabía de la buena situación defensiva de la ciudad tras la ampliación de las murallas y de la imposibilidad de atacar desde ninguno de los dos puertos comerciales. Más de dos millas de muralla financiadas con dinero tartesio.

Ante la superioridad estratégica del imperio y las consecuencias nefastas tras la resistencia de las ciudades lidias, los foceos necesitaban ganar tiempo. Hiram había estado presente en los acuerdos que habían pretendido las autoridades foceas con el general Harpago, el hombre de confianza de Kuros el Grande. Harpago, un militar cabal y práctico de origen medo, ofreció un pacto: si demolían uno de los baluartes de la muralla de tierra y consagraban una casa al Gran Rey en la ciudad de Focea, las tropas se comprometían a penetrar en la fortaleza sin llevarse por delante ninguna vida humana. La comuna focea quiso ganar tiempo y pidió tres días de tregua a Harpago para meditar la propuesta. Mientras tanto, magistrados, aristócratas, comerciantes, navegantes, pescadores y artesanos, junto a sus familias y esclavos, embarcaron en los pentecónteros cargados con sus bienes y mercancías rumbo a Quío, una isla de gran tamaño ubicada a un día de navegación de Focea.

—Todos afirmaban que volverían a Focea tras la retirada del ejército persa una vez que llegara la ayuda de Esparta y Atenas. Pero, padre, señores míos —matizó Hiram, con rostro agraviado—, los foceos son un pueblo cambiante y de palabra variable, que rema sin contemplaciones para virar el navío hacia el rumbo del dinero.

Argantonio quedó confuso al escuchar la firmeza en las palabras de su hijo.

—¿A qué te refieres?

—Cargaron los barcos con las estatuas y ofrendas de los santuarios de la ciudad. Muchos estaban seguros de que aquel era un viaje sin retorno.

—Y, bien, es importante preservar la devoción a los dioses, Hiram —dijo Abissabar, mediador.

—Hermano querido, créeme; en estos meses, los foceos nos han tratado con la misma deferencia que emplearían con un salvaje con dinero. Han escuchado todas las propuestas que hemos formulado, de acuerdo; nos han hecho partícipes de cada reunión y concierto con los persas cuando todavía veían una remota posibilidad de usar nuestros lingotes para armarse. Tras el éxodo, nuestra función diplomática se limitó a beber vino dulce de Quío y asistir a tertulias filosóficas en el ágora o en las casas de los mecenas de la ciudad. —El príncipe suspiró y miró a su padre con la rigidez aprendida en aquellos meses—. Padre, hay algo dentro de mí que grita con todas sus fuerzas; un aviso, una corazonada. Yo no confío en que los tratados comerciales con esa chusma sigan como hasta ahora.

La sala quedó en silencio durante unos instantes. Al otro lado de la estancia se oían las voces de Saore y Nora, presumiblemente conversando con Anthousa. ¿Por qué no las habían invitado a la recepción? Argantonio quiso evadirse intentando descifrar a través de la pared el tema de conversación de sus tres amadas, pero las palabras de Hiram retumbaban en las sienes del rey.

—Es muy importante escuchar este tipo de pensamientos, los que provienen de las entrañas. Es muy complejo, hijo. Prosigue con el relato, que necesitamos una imagen completa para decidir cómo vamos a abordar la nueva situación.

Hiram se aclaró la garganta con un sorbo de vino especiado y siguió narrando aquello que había vivido la comitiva en primera persona.

Los foceos se establecieron en la ciudad de Quío, en la costa este, en uno de los barrios portuarios, protegidos por la muralla de la ciudadela y el golfo de Esmirna como defensa natural en el continente; entre los mismos quiotas, imponiendo su presencia junto a los lingotes que portaban. El poder en la isla de Quío residía en una élite aristocrática, como en Focea, que basaba su prosperidad en la producción y en el comercio de vino, junto con la cerámica. Los magistrados foceos pidieron asilo temporal y, una vez establecidos, sacaron a relucir sus cartas.

Frente a la ciudad de Quío y bajo su protección, se emplazaba un pequeño archipiélago habitado por pescadores y agricultores sin llegar a formar ninguna polis realmente consolidada. Los foceos, con espíritu de comerciantes desde el primero al último, pusieron un precio al archipiélago. Masalia y la colonia de Alalia, en la gran isla de Kyrnos, ambas dependientes de Focea de una u otra manera, les abrían las puertas a los exiliados; sin embargo, muchos rechazaban la idea de asentarse en el occidente del Gran Mar. Su vida eran los negocios, y su patria, sus embarcaciones. Ya buscarían la manera de establecer relaciones con los mismos persas si hiciera falta. No obstante, no contaron con la negativa de los quiotas a vender parte de su territorio, ante la más que evidente posibilidad de que se restableciera el poder comercial foceo frente a sus costas y que un nuevo emporio asimilara su mercado por competencia directa.

Los foceos, entonces, se vieron en la tesitura de buscar el emplazamiento definitivo para resurgir comercialmente de sus cenizas. La migración hasta Occidente, ahora sí, resultó la opción más atractiva. Sin embargo, unos cinco mil hombres se negaron a viajar por el Gran Mar y volvieron en barco hasta Focea para apoyar

a las guarniciones de la ciudad y, en el mejor de los casos, continuar con la actividad comercial tras jurar lealtad a Kuros. Creso había sido un buen emperador con Focea; quizá correrían la misma suerte con el persa.

Décadas atrás, magistrados foceos habían viajado hasta el templo de Apolo en Delfos para consultar a la pitia sobre la expansión de su polis. El oráculo pronunció una sola palabra: Alalia. Unas cuantas familias de Masalia fundaron una nueva colonia focea en el epicentro de una de las rutas comerciales más ambicionadas, entre el emporio etrusco de Pirgi y Cartago. Por consenso, Alalia acabó siendo el destino elegido entre los magistrados exiliados en Quío, con la aprobación de los principales hombres de negocios. Por segunda vez en menos de un año, los foceos cargaron los pentecónteros con todas sus posesiones y pusieron rumbo a Kyrnos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis instalados en Alalia? —preguntó el general Baldo.

—Apenas unas pocas jornadas. Una vez descargados los pentecónteros, nos embarcaron con el próxeno Agathon y el gobernador de Alalia hacia Masalia.

—Entonces, poco podemos saber sobre su proceder, ¿verdad?

—Alalia es un nido de carestía habitado por animales y desequilibrados —afirmó Hiram, con desprecio—. Hemos tenido que guardar las apariencias y mantener la cordialidad diplomática cada vez que han tratado de bárbaros a nuestro pueblo y nuestra cultura. Sin embargo, el modo de vida de los colonos dista mucho de las premisas que uno debe acatar cuando vive en sociedad. ¡Malditos todos ellos!

Hiram y la comitiva tartesia desembarcaron en el puerto de Alalia junto con los exiliados. En la ciudad, se decía que vivían unas cuatro mil familias descendientes de los fundadores masaliotas. La primera toma de contacto entre foceos jonios y foceos masaliotas fue épica. Los jonios, unas dos mil familias, tenían previsto asentarse en la misma ciudad, cuyos terrenos y aledaños se habían repartido años atrás entre los pobladores. La costa norte se definía por la aspereza de sus tierras, poco aptas para la agricultura. Si bien existía una pequeña élite comerciante, que veía el peligro de compartir rutas y clientes con los recién llegados, la mayoría de los habitantes dedicaban su tiempo a dos actividades.

—La pesca y la piratería —desveló Hiram ante la sorpresa de los asistentes.

—¿Piratas foceos?

—Con el beneplácito de Masalia, por lo que pudimos deducir. No en vano, los precede la fama de subversivos. El pueblo foceo, desde los albores, tiene el alma puesta en el mar, sea en el comercio o en la pesca.

Años atrás, prosiguió el príncipe, muchos de los primeros colonos masaliotas vieron en el nuevo territorio la posibilidad de prosperar. Sin embargo, tanto en la *apoikia* como en Alalia había más marineros que barcas de pesca. La agricultura de subsistencia solo era posible a pocas millas de la costa, y los corsos explotaban la gran mayoría de los terrenos fértiles. En tal contexto, los masaliotas asumieron que el pillaje era una solución lícita para mantener a la población. No eran sino marineros sin navío ni sustento, con pleno conocimiento de la morfología de sus costas. Cuán tentador sería observar desde los puertos, jornada tras jornada, el paso de navíos

etruscos cargados de mercancías a la velocidad de gobierno para mantener la integridad del flete.

—La diferencia entre estamentos es demasiado marcada para nuestra visión de sociedad, digamos, más ecuánime. Así lo pudimos comprobar en Focea y luego en Masalia. Pero la realidad en Alalia, señores míos… Los pobres desgraciados que malvivían en las cabañas del puerto no daban crédito a sus ojos cuando los pentecónteros jonios amarraron frente a la ciudad. Si la subsistencia era complicada, la llegada de nuevas bocas y nuevas competencias los puso en alerta. La primera noche, en las tabernas, hubo rencillas que acabaron en fatales desenlaces. —Hiram apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos y cerró los ojos unos instantes—. Son peores que las alimañas, son bárbaros, salvajes… ¿Y dicen que ellos son los que controlan el comercio del Gran Mar? Por poco tiempo, me temo.

Los etruscos de Pirgi cada vez estaban más recelosos de la colonia de Alalia, frente a sus costas. Meses atrás habían cerrado acuerdos comerciales y militares con los cartagineses, creando un bloque naval sólido al este de las grandes islas de Sardón y Kyrnos. En aquel momento, semanas después del asentamiento, era más que probable que las relaciones entre los dos pueblos fuesen mucho más firmes. La ciudad de Alalia había incrementado en más de la mitad su población de un día para otro y se consideraría una amenaza para los intereses comerciales de los etruscos y un obstáculo para asegurar la preeminencia de los cartagineses.

—Señores míos, ya que el príncipe trae a colación la hegemonía de Cartago —interrumpió Ataralki—, nos están llegando noticias del destacamento de Aipora cada vez más a menudo. La presencia de

barcos cartagineses en Gadir es una realidad y, a mi parecer, preocupante.

—Sí, deberíamos pensar en los próximos días en una estrategia para ampliar la protección de la entrada del lago de Tarteso. Nos encontramos frente a una tesitura extraña en cuanto a los cartagineses: aliados y enemigos, a la vez, de cada uno de nuestros socios comerciales.

El rey apoyó con demasiada fuerza la copa sobre la mesa de la sala de audiencias.

—¿Por qué no he sido informado de ello, Baldo? —El rey arrastraba las palabras por el abatimiento y la ira contenida. Sus hombres de confianza lo desplazaban de los asuntos de Estado cada vez con más frecuencia.

—Mis disculpas, mi señor —atajó el gobernador—; el general Baldo no ha hecho más que seguir mis indicaciones. Querían ser prudentes e investigar, sin llamar la atención, el motivo de la asiduidad de militares. Hadad es hermético y artero; de él no podemos sacar información de manera cordial.

—Hadad conoce el lenguaje del propio interés —dijo Abissabar, demasiado críptico a ojos de su hermano recién llegado—. Si lo mantenemos contento con sus peticiones y requerimientos, el reino de Tarteso no tiene nada que temer.

—¿Y acaso tú sabes cuáles son sus peticiones?

Abissabar esquivó la mirada acusadora de su hermano. En los últimos años, Abissabar había tomado las riendas del gobierno junto a Ataralki, pues el rey se estaba apagando como la llama de una lámpara. A simple vista estaba, con el rostro macilento que no acababa de encenderse, la falta de apetito, los hematomas

frecuentes en la piel y el vientre cada vez más abultado. Una punzada de dolor le hizo crispar la boca y apretar los labios.

Y ahora regresaba su hermano, el futuro rey de Tarteso, y había ocupado su lugar nada más pisar tierra firme; una situación legítima, por supuesto. No pensaba competir contra el heredero; quería ser su mano derecha, como lo había sido con Argantonio. Sin embargo, Hiram había retornado de su periplo con una firmeza insólita y una determinación que estaba calando entre las personas de confianza del rey, sin tener en cuenta lo que había acontecido en aquel tiempo de ausencias. Los acuerdos con los fenicios de Gadir eran firmes y aportaban buenos beneficios a ambos pueblos. El mismo Hadad había hablado de los cartagineses con aquella manera tan suya, despectivamente inocente, para estar a buenas con unos y otros, con el compromiso justo. El gobernador estaba obsesionado hasta la folía con Saore, no había ninguna duda. Posponía un año tras otro su matrimonio: alegaba que no había encontrado una candidata lo bastante joven y erudita para él, y, acto seguido, la tormenta de fuego ocupaba sus ojos cuando preguntaba si la princesa Saore había decidido casarse o convertirse en sacerdotisa de Astarté.

—Señores míos: ahora mismo hay dos potencias a ambas orillas del Gran Mar. El general Harpago se ha ganado la admiración del emperador Kuros tras el asedio de Focea. No hay ninguna duda de que aspira a obtener la satrapía de Lidia para proseguir así con la expansión marítima desde las costas orientales del Gran Mar, por lo que no olvidemos su nombre todavía.

Hizo una pausa larga para mirar a cada uno de los asistentes. Se detuvo ante el rostro de Baldo con gravedad.

—Y, en nuestras costas, la presencia de los magónidas de Cartago es una realidad que, por lo que deduzco tras reunirme con vosotros, dará que hablar en los próximos tiempos. Quieren borrar a nuestros socios foceos de estas aguas y, tras lo que he visto, deberíamos cambiar nuestras estrategias comerciales.

Una vez que finalizaron la reunión, los asistentes abandonaron la sala uno a uno tras rendir honores a Argantonio y a Hiram. Saore los esperaba en la puerta de la sala con aire compungido.

—¿Qué ocurre, mi niña?

—Garathar se encuentra en palacio, padre. El farero ha muerto.

14

547 a. C., Isla de Gerión y Asta

Hiram había vuelto a su reino cargado de corazonadas que no sabía entender ni desarrollar. Argantonio no era más que la sombra del gran rey de Tarteso que se había despedido de él en el puerto de Asta tres años atrás, del monarca que confió, quizá actuando un poco a contracorriente, en su potencial como diplomático en tierras extranjeras. A su vuelta, encontró a un padre cansado y a un rey sobrepasado que había delegado el reino en Ataralki y Abissabar, y a Saore convertida en una bella mujer de palabra y gesto sabios, al menos cuando se hallaba en público. El destello de su adolescencia había permanecido indeleble en la mirada de la joven durante los años en los que Hiram había viajado a la Hélade, el mismo destello que Saore quiso salvaguardar tras despedirse de su amor en el puerto.

—¿Irenio está bien? —preguntó sin ambages.

Irenio. Hiram habría querido decirle a Saore que el paradero de Irenio no se encontraba entre todas las preocupaciones que debía solucionar. No obstante, le habría mentido a su hermana. Tenía sospechas de que el próxeno y su asistente tramaban algo desde Masalia, las cuales se agudizaron en Isla de Gerión. Las tenía, mas no contaba con pruebas.

Una vez de vuelta en el palacio, el príncipe les había relatado en privado el extraño suceso en el puerto de Masalia. Hiram y su séquito se habían topado con un grupo de estibadores que subían la carga apilada en la dársena a un tipo de barcos mercantes distintos a los pentecónteros que llegaban a los puertos de Tarteso. A simple vista, habría dicho que el casco de aquellos navíos era mucho más ancho y profundo que el de los otros barcos amarrados en el lugar. Los cargadores transportaban hileras de lingotes que refulgían con los rayos de sol incidentes, unidos los unos a los otros con toscas cuerdas para depositarlos en el fondo de la embarcación. Hiram se acercó a aquellos hombres recios, de piel seca y morena, para preguntarles por la naturaleza de la carga. ¿Acaso aquello eran lingotes de estaño?, inquiría Hiram en eolio, interponiéndose en su camino. Los trabajadores apenas aminoraban sus pasos para observar de soslayo los ropajes del príncipe y proseguían con su tarea, esquivándolo con aire displicente. Uno de ellos, un muchacho de mirada limpia y brazos arañados, asintió con la cabeza cuando le preguntó, y le mostró una sonrisa tímida de despedida.

—¿Cabe la posibilidad de que fuera estaño tartesio y que lo movieran de un barco a otro para transportarlo a Oriente? —había preguntado Abissabar con un tono inocentemente fingido para descartar la opción más evidente.

—No, hermano, no estaban marcados con los tres rostros de Gerión.

—Entonces los foceos tienen acceso a otra fuente de estaño —sentenció Ataralki—. Me temo que esta afirmación conlleva más peso del que imaginamos.

—¿A qué te refieres?

Los foceos estaban cómodos en el mar; no eran gentes hechas al interior, se había dicho siempre. Tal vez aquel era el momento de empezar a cuestionar aquella máxima.

—Abissabar y Nora sofocaron una rebelión en la sierra que no era tal. Los mineros nos aseguraron que la extracción de minerales no había disminuido, pero los barcos que navegan el Tar hasta Caura estuvieron llegando durante unos meses con menos cargamento del que teníamos por costumbre.

—Los lugareños nos alertaron de la presencia de extranjeros, pero los gobernadores de las ciudades serranas no han vuelto a comunicarnos nada que salga de lo común.

—¿Hace mucho que visitasteis la sierra?

—A principios de otoño del pasado año.

—Padre, debemos enviar de inmediato una partida de hombres para descartar que estos dos sucesos estén relacionados entre sí. ¿Puedo dar la orden?

Argantonio había permanecido en silencio mientras los tres hombres elucubraban sobre el origen de los lingotes de estaño. Asintió.

La comitiva diplomática se había demorado más de un mes en volver a Tarteso. Embarcaron en el mercante de Norfeus de Masalia hasta la colonia de Emporion, donde se instalaron unos días a la espera de que el foceo llevara a cabo intercambios, transacciones y negocios diversos. Del mismo modo que había sucedido en Masalia, los tartesios se vieron aislados de cualquier interacción con los diplomáticos a los que acompañaban. La siguiente escala fue en una pequeña colonia pesquera explotada por masaliotas, a unas millas al norte de Mastia. Norfeus regresaba al norte, a la *apoikia*, y, desde

allí, viajaba hasta Alalia para establecer lazos más fuertes con los nuevos llegados. Agathon les aseguró que, en breve, podrían navegar hasta el lago de Tarteso sin necesidad de esperar la vuelta del comerciante. Días después, se embarcaron en un navío ligero hasta Mainake. La ciudad se había visto importunada en los últimos tiempos por la presencia de cartagineses, asentados en la cercana Malaca; el próxeno le recomendó a Hiram que prosiguiera el viaje sin ellos. Aseguraba que su presencia ahí, junto con la de otros diplomáticos masaliotas, se requería para garantizar el porvenir de la colonia. Irenio le prometió que llegaría con el siguiente barco que se dirigiera a Asta. Tras años de convivencia con él, Hiram estaba más que convencido de que los intereses del asistente del próxeno iban más allá de un cargo político o diplomático de alto rango. Trataba a sus iguales con condescendencia, ignoraba a las mujeres y centraba la atención en jóvenes a las puertas de la pubertad, sin hacer distinción entre la tabernera que le servía el vino o el hijo de un magistrado.

Saore le hablaba, pero Hiram reflexionaba en un callejón en apariencia sin salida sobre la conversación acontecida aquella misma mañana antes de la reunión con el consejo. La princesa había estado buscando el momento adecuado para abordarlo en solitario y preguntar por el paradero de su amado; el príncipe, sin embargo, ataba un cabo tras otro.

—Hiram, ¿cuándo regresa Irenio? —insistió ante el ensimismamiento de su hermano.

—No lo sé, Saore. ¡No lo sé!

Se sobresaltó ante la respuesta ruda de su hermano, que salió de la sala con un par de zancadas y exigió, a gritos, la presencia del

farero.

Gharatar veló el cadáver de Lirnestaakun durante el trayecto a Asta en una barca de pesca similar a la que usaban en su día a día. El remero bordeó con destreza los canales interiores de la ciudad hasta llegar a una lengua de arena donde pudo varar la pequeña embarcación. Un carro esperaba en el camino para trasladar el cuerpo hasta la ciudad de los difuntos, a pocas millas al norte.

Allí aguardaba la llegada de los fareros una de las sacerdotisas del templo de Asta, junto con una mínima representación de la casa real: el gobernador Ataralki y los príncipes Hiram y Saore. Al parecer, el vínculo del farero en Asta se limitaba a la provisión de viandas y vino, y no había llegado a forjar relaciones de ningún tipo con los habitantes de la ciudad. Con la excepción de su hijo, no se le conocía otro pariente vivo. Lirnestaakun había sido un militar huraño durante los años de servicio en el ejército de Tarteso y, una vez asentado en su retiro impuesto, ese rasgo de su personalidad se acentuó y acabó convertido en un farero misántropo, ajeno a todo que ocurriera más allá de la llama que debía encender cada atardecer.

Hiram había instado a la sacerdotisa a preparar el quemadero antes de la llegada del finado.

—Hermano, el rito indica que no se puede montar la pira sin haber purificado el cuerpo —lo reprendió Saore con aire indulgente.

—Saore, sabes que nuestra presencia ahora mismo es más urgente en palacio que aquí.

—Hiram, sé benevolente, te lo ruego. Lirnestaakun ha dedicado la vida y la salud a la seguridad de nuestro reino. Merece un entierro acorde a su rango.

El príncipe moderó su impaciencia para evitar un enfrentamiento con su hermana. La asió con suavidad por los hombros y la apretó contra sí. Qué extraño el contacto con Hiram. Se sentía resguardada entre sus brazos, del mismo modo que cuando abrazaba a su padre. Algo había cambiado en su cuerpo cuando Hiram dejó atrás la juventud. Olía distinto a cuando partió, pensó la princesa. Hiram olía un poco como su padre, a olíbano ritual, a hinojo, a transpiración almizclada, a leña húmeda. A la firmeza de la tierra prensada. A rey.

—Precisamente por eso, querida, este acto debiera llevarse con la mayor premura. El faro está desatendido sin nadie en la isla.

—Lo sé, pero el faro no es el único punto de defensa de la entrada al lago. Sé razonable, hazlo por el bienestar de Gharatar —dijo Saore. Fijó la mirada en la lejanía, esperando la inminente aparición del escaso cortejo fúnebre—. El muchacho ha sufrido demasiado en estos años, tenlo en cuenta.

Hiram asintió y siguió abrazado a ella unos instantes más. La calidad humana de la joven trascendía el suelo que pisaba, la propagación de sus palabras y las notas tañidas al viento, sus gestos precisos y sus actos altruistas. La corte de Tarteso necesitaba a personas como Saore, consejeros lúcidos, catalizadores de acciones magnánimas y, a su vez, bálsamo y consuelo cuando la realidad no se desarrolla como el gobierno espera. Como futuro rey, quería a su hermana a su vera, como asesora, guía espiritual o sacerdotisa; le daba igual, pero cerca de él. Argantonio repetía con insistencia las palabras que pronunció el oráculo tras el nacimiento de él y de sus

hermanas, y Hiram las había aprendido como si de poemas helenos se tratara. Saore portaba la sangre de la diosa, sí, pero ahora le martirizaba la interpretación del segundo verso: «Hija de las sombras, respirará cubierta de noche». Como rey, tenía la obligación de proteger a aquellos que amaba y maldecía mil veces a Irenio por ser el único capaz de arrebatársela a los suyos.

La sacerdotisa levantó con esfuerzo el haz de tablones de madera seca y los fue depositando, uno a uno, sobre el hoyo del quemadero. El entierro de Lirnestaakun era el primero que presenciaba Saore, y también era la primera incineración a la que asistían los dos hermanos. Hiram recordaba vagamente el cuerpo expuesto de su madre frente al altar de la diosa Astarté en el templo de Baal. La mujer parecía dormida, en un plácido descanso eterno, con una bella túnica blanca y un sudario liviano que cubría el rostro terso. A diferencia de la reina, lo primero que llamó la atención fue la apariencia quebrada del farero, que entró en el campo de difuntos portado en una camilla de madera.

La mandíbula sobresalía del rostro en un grito eterno y los ojos, hundidos en la carne, miraban con fijeza a la muerte, como si se hubiera topado con él sin pretenderlo, en plena agonía. Lo depositaron de costado sobre la cama de madera, con la cabeza orientada hacia el llano. El farero había permanecido en la misma postura durante horas después de su muerte y resultaba imposible enderezar los miembros para purificar el cuerpo. La sacerdotisa rasgó las vestiduras del hombre con un pequeño cuchillo de hierro e intentó, sin éxito, estirar la pierna derecha. Colocó un cuenco de cerámica gris bruñida, mas sin ninguna decoración, a los pies del difunto. Empapó un paño blanco en el líquido que contenía el cuenco

y empezó a limpiar los pies de Lirnestaakun, a arrancar las impurezas prendidas entre los dedos de los pies y en los talones. Fregó la tibia, el gemelo y la rodilla de la pierna derecha de manera ceremoniosa. Sin embargo, el agarrotamiento le imposibilitaba acceder a la cara interna del muslo. Se giró para buscar la figura de Gharatar, que contemplaba indolente el ritual de purificación de un cuerpo cuya alma estaba perdida. Con un leve gesto de la cabeza, lo conminó a que se acercara hacia ella. Con todas sus fuerzas, separó las rodillas del difunto y habló en un susurro:

—Gharatar, pasa el paño por los muslos de tu padre. No podemos encender la pira hasta que cada rincón de su cuerpo esté puro.

—Yo limpiaré el cuerpo de tu padre, Gharatar —dijo Saore a su espalda—. Tú sigue rezando para que su viaje tenga éxito.

Hiram miró a Ataralki buscando una manera de proceder, pero el gobernador encogió los hombros. El príncipe avanzó hacia el quemadero y atrapó la túnica de Saore.

—Limítate a tu función como familia real —musitó con ojos implorantes.

—Mi función como princesa de Tarteso es velar por el bienestar de cada uno de nuestros ciudadanos, Hiram. Es lo mínimo que puedo hacer por Gharatar, créeme.

—Sa… —Gharatar dudó si debía dirigirse a ella por su nombre en presencia del heredero. Se arrodilló y, con suavidad, le colocó el dorso de la mano sobre la frente—. Mi señora, ya has hecho mucho por nosotros. Déjame asear a mi padre del mismo modo que hice con mi madre.

A la joven las lágrimas le resbalaron por la mejilla. Hizo el ademán de aprisionar entre los dedos un mechón de pelo untuoso y

repeinado de Gharatar, pero la presión de la figura de Hiram a su lado se volvió demasiado incómoda. Estiró la mano que la agarraba y ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. Gharatar esbozó una sonrisa triste y siguió con el ritual que había iniciado la sacerdotisa.

Una vez liberado de impurezas, la mujer vertió sobre la palma de la mano el contenido de un sencillo jarrón de cerámica con dos minúsculas asas. Pese a la suave brisa que corría, la fragancia se extendió volátil: aceite de oliva y tomillo para que el cuerpo prendiera bajo las llamas de la pira que encendió momentos después la sacerdotisa. El aroma de los aceites se convirtió en el de la carne quemada y el humo de la madera ardiente. La piel enjuta y las vísceras enfermas de Lirnestaakun desaparecían con lentitud bajo las llamas, que envolvían el cuerpo del difunto en un abrazo ineludible.

Gharatar quedó de pie al lado de la sacerdotisa, guardando el cuerpo de su padre. Los tres asistentes se alejaron hacia la entrada de la ciudad de los difuntos para proporcionarles los instantes de intimidad necesarios para que concluyeran la última despedida de los dos fareros. Una hora después, el cuerpo seguía ardiendo.

—Abissabar ha partido esta mañana para Gadir.

—Espero que haya sido digno de su rango durante estos años.

—¡Por supuesto, mi señor! —exclamó Ataralki—. Ha salvaguardado los intereses del reino junto con el rey; no tengas la menor duda de su valía.

—Y ha estrechado todavía más los lazos con los fenicios —dijo Saore con fastidio.

Cada vez que Abissabar visitaba Gadir, la buscaba con la insinuación de las propuestas de matrimonio con Hadad, encubiertas

como una obligación diplomática más.

—Me fío lo mismo de los foceos que de los fenicios. Hay que decidir con firmeza qué posición debemos tomar si el viraje de los acontecimientos en el Gran Mar nos salpica. No quiero que Tarteso acabe relegado al olvido, como tantos otros pueblos del levante.

—Mi señor, estamos en una situación privilegiada. Mientras defendamos el acceso al océano y la entrada al lago de Tarteso, nuestra seguridad está garantizada.

—Ataralki, tu ánimo quedaría turbado al ver lo que yo he visto en estos años. Los foceos no tienen miramientos en asentarse en cualquier territorio que consideren que puede aportarles la prosperidad que ansían.

Ataralki asintió, reflexivo. La era de Argantonio estaba agonizando junto con la salud del rey. Había sido un monarca amable con todos, tartesios y extranjeros, y había llevado las riendas del reino con gran conocimiento para mantener su prosperidad. En su fuero interno, había deseado que Hiram no regresara de su viaje a Focea y que Abissabar siguiera con el legado de Argantonio, tan prudente como él. Sin embargo, la actitud sólida del príncipe se fue diluyendo con discreción después de que el rey cayera enfermo. Abissabar se mostraba en las reuniones más apocado, tal vez temeroso. Y también esquivo en el trato diario. Y, frente a él, tenía la estampa del futuro rey de Tarteso. Hiram había partido como un joven espontáneo y soberbio, pero había regresado sabio y precavido. Su oráculo le había vaticinado un destino convulso y Ataralki confiaba en que el hombre en el que el joven príncipe se había convertido, lidiando entre negros intereses políticos y diplomáticos, estaría a la altura de los posibles acontecimientos adversos.

—Y los cartagineses —prosiguió Hiram—, los cartagineses no tienen ningún tipo de escrúpulo en pisotear y masacrar hasta a su mejor aliado. Decían los gobernadores foceos que Magón, el general que está sembrando el caos a esta orilla del Gran Mar, es un personaje ególatra sumido en tales delirios de grandeza que no es capaz de distinguir el límite de sus fronteras.

Hiram echó un vistazo hacia el quemadero. Las siluetas de la sacerdotisa y el muchacho permanecían impertérritas.

—No sabía que un cuerpo tan magro tardara tanto en consumirse —dijo Hiram con impaciencia.

—Hiram, sé respetuoso, no es un conejo desollado.

—Estoy seguro de que un conejo tiene más sustancia que el pobre desgraciado de Lirnestaakun.

El príncipe regresó hacia el lugar donde todavía ardía el cadáver e hizo una seña a la sacerdotisa. Le habló al oído, instándola a proseguir con la ceremonia de incineración.

—Mi señor —susurró la mujer—, la carne sigue unida al hueso.

—Entonces ráscala con el cuchillo. No podemos perder más tiempo aquí, y Gharatar debería regresar al faro cuanto antes.

La sacerdotisa obedeció al príncipe. Lavó los huesos del difunto farero y los depositó frente a la urna cineraria formando una pila en el suelo. El recipiente era discreto, mas no exento de la belleza de las cosas sencillas. Se trataba de un ánfora modelada con torno, con dos pequeñas asas en el extremo superior. La única decoración apreciada era un conjunto de círculos concéntricos de color ocre en la parte inferior que formaba una espiral de bordes imprecisos, del mismo modo en el que los seres humanos viven y mueren, con la misma imprecisión con la que los rayos del sol nacen en el horizonte

y desaparecen sobre el lago al atardecer. Introdujo los restos óseos de Lirnestaakun dentro del ánfora y los cubrió con tierra y cenizas. Antes de sellar la urna, Gharatar metió dos objetos que su padre siempre llevaba encima: el primero, un pequeño puñal de hierro que siempre colgaba de su cinturón de piel; el otro, su anillo. Era una sortija con un chatón de jaspe verde en el que estaban grabadas las tres cabezas de Gerión, la joya que ostentaban todos los militares de rango del ejército de Tarteso. La sacerdotisa transportó la urna hacia la zona destinada a las sepulturas y la enterró directamente en el suelo del campo de difuntos.

—¡Oh, Mot, señor del viaje eterno! Acompaña a Lirnestaakun hasta la presencia de Astarté, que lo cubra con su velo. Guía a Lirnestaakun hasta Baal, que lo acoja desde el humo del fuego eterno. Que su sello no se quiebre, que viva eternamente más allá de las aguas.

La mujer vertió el vino contenido en la jarra destinada a las libaciones funerarias sobre la tierra que cubría la urna. Hundió el dedo en la tierra húmeda y, acto seguido, recorrió la línea del pelo que le nacía en la frente. Saludó a los asistentes y abrazó a Gharatar con suavidad, como si lo quisiera cubrir con un penacho de plumas.

Saore imitó a la sacerdotisa, se acercó al chico e hizo el ademán de rodearlo con los brazos por los hombros. Gharatar dio un pequeño paso hacia atrás y miró de soslayo a Hiram, que contemplaba, inquisitivo, el comportamiento de su hermana. El chico sonrió a la princesa y la tomó de las manos para realizar el saludo oficial. Le habló en voz baja y entera:

—Saore, agradezco mucho tu presencia en este momento.

—Gharatar, solo quiero darte un abrazo. Es cuanto puedo hacer ahora.

—Has hecho mucho por mí y por mi padre.

—Pero…

—Sabrás cuándo es el momento adecuado para este abrazo, ahora no —la interrumpió. Se tomó la licencia de bajar aún más la voz para hablarle en confidencia—: Queda pendiente entre tú y yo, la princesa y el farero de Tarteso; te lo recordaré en su debido momento.

Hiram interrumpió la conversación entre ambos. Puso la mano sobre el hombro de Gharatar para crear un mayor espacio entre los dos y lo apretó unos instantes en un gesto que pretendía ser de consuelo.

—Debemos retomar nuestras funciones con premura, estimado Gharatar. La barca fúnebre te llevará de vuelta al faro.

El farero asintió y agradeció el gesto del príncipe.

—Dentro de unos días te haré llegar un cabrito sacrificado para honrar el alma de tu padre. Cuando puedas, lleva los huesos al templo de Asta como ofrenda a la diosa. Ve en paz, y que la navegación no se demore.

15

547 a. C., Isla de Gerión y Asta

Hacía meses que Argantonio no salía de Isla de Gerión. Aquella mañana se aseó con entrega. Anthousa observaba, sentada en los pies de la cama, cada gesto que realizaba el rey; los movimientos se antojaban ceremoniosos, pero ella sabía que no eran sino el resultado del deterioro con que la lenta enfermedad iba apagando a su amado. El monarca peinó los rizos canos y los untó con aceite de tomillo, así como la barba blanca. Puso en remojo las manos en un cuenco de agua tibia y se recortó con esmero las uñas de los dedos. Empapó un paño de lino para lavarse los brazos y el torso. Humedecía unos instantes la superficie de la piel y pasaba por encima el estrígil, una especie de rascadera de metal que había traído Norfeus de uno de sus viajes y que Anthousa le enseñó a usar casi a diario. Ejerciendo una presión moderada, conseguía arrancar las pieles muertas que se acumulaban.

Argantonio se giró para pedirle a Anthousa que prosiguiera con su aseo. La helena se colocó detrás de él y le masajeó con delicadeza los hombros y el cuello. Por placer, por tocar su piel una vez más. Rascó la piel de la espalda con el estrígil, cuidando de no arrancar ninguna verruga ni hacer sangrar ningún lunar. Lo abrazó desde atrás y lo besó en el cuello.

—¿Puedes limpiarme también las orejas?

—Claro, mi señor.

Anthousa cogió del tocador una pequeña cuchara de plata y escarbó en los oídos de Argantonio, vaciándolos de sus secreciones. Con las pinzas de bronce, como hacía en ocasiones, le arrancó unos vellos oscuros y gruesos que brotaban obscenos en la parte superior de la oreja.

—Mi señor, no entiendo cómo te crecen estos pelos en un lugar tan mal disimulado.

Argantonio le tiró de la mano para sentarla sobre sus rodillas. Hundió los dedos entre sus cabellos y la nariz en su cuello. Aspiró. Olía a flores. Quiso retener ese aroma todo el tiempo posible, incluso más allá de la puerta de la ciudad de los difuntos.

—Gracias por cuidarme, mi bella Afrodita.

Anthousa se incorporó y se dirigió hacia el arcón donde el rey guardaba sus ropajes.

—Mi señor, hoy deberías usar una túnica púrpura.

—Sabes que me siento más cómodo con ropas más sencillas, Anthousa.

—Lo sé, todo el mundo aquí lo sabe. Pero hoy tienes que imponer la autoridad con tu presencia.

La barca del rey atracó en el embarcadero de Asta y un carruaje llevó a Argantonio hasta el palacio real de la ciudad. Ataralki lo esperaba en la entrada, nervioso, como de costumbre. Advirtió la magnificencia de la recepción, pues el rey vestía túnica de gala y

lebbede, y se apoyaba en un bastón de madera decorado con filigranas.

—Mi señor, podríamos haber llevado a cabo la audiencia en Isla de Gerión.

—Descuida, mi buen Ataralki. De todos modos, hacía tiempo que no veía cómo iban las cosas por Asta. —Sacudió la mano y entró sin detenerse—. Vamos a acomodarnos en la sala de audiencias.

Irenio llegó solo al palacio real de Argantonio en la capital del reino. A través de él, Agathon, el próxeno foceo de Tarteso, mandó sus disculpas por no estar presente en la reunión. Asuntos urgentes lo retenían en Mainake, aseguró Irenio. Estaban preocupados por la presencia cada vez más numerosa de barcos cartagineses en las costas. No se hablaba de otra cosa, al parecer.

—Estamos reforzando los sistemas de defensa de la ciudad. Mi señor, os recomiendo tomar más precauciones de las ya presentes. La entrada al lago está bien custodiada, pero me temo que las barreras pueden llegar a ser insuficientes.

—Gracias por la advertencia, pero tenemos la defensa de Tarteso controlada.

—¿Incluso el islote del faro? Parece fácil de tomar. Además, el muchacho que lo guarda no suele dejarse ver demasiado durante el día, según tengo informado.

—La función del faro es guiar a los barcos —respondió Ataralki cada vez más airado— y controlar el acceso junto con el destacamento de tierra firme.

—Y bien, Irenio —interrumpió Argantonio—: siempre he pensado que tu lugar estaba en Tarteso, junto a nosotros. Durante años te has involucrado muchísimo en aprender nuestra cultura y lengua, en

tratarnos acorde a nuestras costumbres y tradiciones. En palabras del mismo próxeno Agathon, tú eras el único candidato para continuar la labor que él inició aquí. Sin embargo, el príncipe Hiram nos dijo que tus objetivos estaban en otro lugar.

—Efectivamente, mi señor —dijo Irenio con una sonrisa enorme en su rostro desproporcionado—. Agradezco todos estos años en los que te he servido como si fueras mi rey, pues me habéis acogido todos como si fuera un ciudadano tartesio en plena ley. Me habría encantado pasar el resto de mi vida en este remanso de paz, pero el contexto en el que se halla ahora mismo el comercio foceo es muy distinto a lo que esperábamos.

—¿En quién habéis pensado para sustituir a Agathon?

Ataralki, a medida que pasaban los años y las realidades en el Gran Mar cambiaban, huía de la retórica diplomática para reemplazarla por palabras y hechos concisos. Sin ambages ni interpretaciones veladas.

—Agathon seguirá como próxeno de Tarteso, al menos por un tiempo. Su salud apenas se ha resentido en estos años de viajes. Mi relevo es un joven foceo, hijo de un magistrado, que ha hecho todo el periplo con nosotros. Tengo entendido que vendrá con el próxeno en cuanto le sea posible.

—Y tú, Irenio, ¿qué has decidido hacer con tu carrera? —preguntó Argantonio. Sabía que la recepción con el asistente tenía una razón de mayor relevancia que el simple intercambio de información—. Deduzco que la renuncia a un puesto para el que llevas años preparándote tiene un motivo de peso. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

Irenio pidió más vino al sirviente del rey, que rellenó las copas de los tres asistentes.

—Muchos foceos se han asentado en Alalia. La ciudad se emplaza en un punto muy estratégico para todos los pueblos comerciantes del norte del Gran Mar y, como ya sabréis, es una zona disputada por los etruscos de Pirgi y, cómo no —dijo con un tono de mofa innecesario—, por los cartagineses.

—Entonces ¿te trasladas a Alalia?

—Sí, ahora mismo necesitamos forjar un entramado político y comercial fuerte entre Alalia y Masalia. Hace falta gente preparada y, desde la *apoikia*, sugirieron mi nombre como candidato.

—¿Para qué cargo?

—Para gobernador de Alalia.

Irenio no quiso disimular el júbilo que sentía ante la nueva oportunidad de poder que se abría ante un joven ambicioso de veinticinco años. El rey se incorporó levemente de su asiento para agarrar al foceo por los antebrazos.

—Enhorabuena, Irenio. Ordenaré una oración en el templo para augurar un buen futuro a tu nueva etapa.

—Mi señor, estoy enormemente agradecido por el trato recibido hasta ahora.

Bajó la mirada y extendió la palma de las manos. Se entretuvo unos instantes observando el estado de las uñas, recortadas y limpias.

—Mi señor, ¿podríamos hablar a solas?

Ataralki crispó los hombros ante la petición de Irenio, un gesto sutil que no pasó desapercibido para Argantonio.

—El gobernador es mi hombre de confianza. Habla con claridad frente a él.

Irenio carraspeó y se aclaró la garganta apurando la copa de vino.

—Yo… —titubeó. Miró al rey y forzó una sonrisa, tan distinta a la de momentos antes, cuando había anunciado su cargo de gobernador—. Yo quisiera hablar contigo sobre la princesa Saore.

Saore: la conversación que llevaba tantos años posponiendo consigo mismo, se dijo Argantonio. Su hija había cumplido los diecisiete en otoño, la misma edad que su difunta madre cuando la entregaron en matrimonio al heredero de Tarteso. Saore llevaba en algún lugar la esencia de su madre, no había duda. En los gestos, tanto los espontáneos como los medidos; en la sabiduría que pervive en las generaciones de mujeres resolutivas y fuertes. Sin embargo, a diferencia de su madre, se había implicado como sus hermanos en el bienestar del reino. El raciocinio sereno de Saore había sido muy apreciado en la corte durante los últimos meses, mientras el rey se debatía por superar sus dolencias y Hiram estaba en Focea. Por eso Argantonio veía también algo suyo en ella, así como la eterna sonrisa infantil.

Como padre, pero también como rey, quería que Saore permaneciera cerca de su familia; pero, también como padre, confiaba en el buen juicio de su hija para decidir sobre su futuro. Anthousa la había formado con una educación exquisita; sin embargo, las lecciones con la joven ahora estaban teñidas de otro color. Anthousa quería a las princesas como si fueran las hijas gestadas en su vientre, pero no quería desarrollar con ellas un vínculo tan fuerte. Las aconsejaba como mujer, las acompañaba como figura femenina de referencia. Una noche Argantonio quiso

sondear a su amante sobre el porvenir que Saore proyectaba sobre sí misma, y el amor hacia Irenio la tenía completamente cegada. De todos modos, se convenció, su hija podría ser útil para Tarteso a su lado, fuera en Asta, en Alalia o allá donde el destino quisiera llevarla, pues garantizar los intereses del reino se había convertido en el modo de vida de la princesa.

«Crisaore, hija del viento, navegará más allá del agua por el bienestar de la plata». Argantonio suspiró.

—Habla, pues, Irenio. Sé libre de decir lo que quieras decir.

—Mi señor, la princesa Saore y yo establecimos un vínculo, digamos, especial antes de que yo partiera a Focea —confesó Irenio —. Durante esta época alejado de Tarteso, los momentos compartidos con ella me han acompañado en cada paso que he dado, la luz de su mirada me ha guiado en la oscuridad que se cernía sobre mi pueblo. Su fuerza me ha dado fuerza, a su vez, para regresar y prosperar con ella a mi lado.

Cuánta poesía encerrada en sus palabras y, sin embargo, con qué poca agitación hablada de su amada, pensó Argantonio. Buscó la complicidad de Ataralki, pero el gobernador permanecía anclado a la banqueta, hierático e incómodo. Tartesios y foceos estaban unidos desde hacía décadas por el bienestar económico de los dos pueblos, y qué diferentes eran a la hora de amar. Él mismo amaba a una helena con la devoción de un hombre y un rey. Durante mucho tiempo Anthousa fue una mujer complaciente y servicial en el lecho, pero reacia a tolerar según qué gestos de afecto por parte de su amante; le prodigaba todo su amor con la misma pátina de aparente frialdad con la que Irenio declaraba las virtudes de Saore. Con los años, esa dureza se fue ablandando y Anthousa se volvió más

tartesia y menos helena, más libre de mostrarse como había aprendido en su juventud con su *mathetria*.

¿Sería Irenio, con el tiempo, más afectuoso o, por el contrario, Saore se volvería cada vez más helena?

—Antes de partir a Focea —prosiguió—, le prometí a la princesa que hablaría contigo, mi señor, para pedirte que bendigas nuestra unión.

—Dime antes, mi buen Irenio, ¿has visto a Saore?

—Todavía no, mi señor —titubeó—. Quería pedir audiencia contigo antes de ir a Isla de Gerión a visitarla.

—Entonces ¿estás seguro de que ella todavía desea casarse contigo? —Irenio abrió los ojos, descolocado ante las palabras del rey—. Tal vez habría sido más prudente asegurarte de que sus sentimientos siguen intactos después de tanto tiempo sin saber de ti. Por deferencia a Saore, ¿no crees?

—Mi señor, iré a visitarla al palacio real lo antes posible.

Un silencio incómodo se apoderó de la atmósfera. Argantonio no quería zanjar la conversación en aquel punto e Irenio se resistía a llevar un asunto tan crucial como una propuesta de matrimonio del modo tan ordinario como se acostumbraba a hacer en Tarteso, sin proponer con antelación ningún tipo de condición, de dote, de perspectiva de porvenir.

—Rey Argantonio, ¿tengo tu permiso para casarme con Saore?

—No soy yo el responsable del destino de mi hija.

Con esa sentencia, el rey dio por finalizada la audiencia con Irenio.

El enlace entre Saore e Irenio fue motivo de disputa entre los varones de la familia real. Nada más regresar a Isla de Gerión, los príncipes se interesaron por el motivo de la audiencia en Asta con el asistente del próxeno y no dudaron en mostrar su sorpresa al conocer que el propósito encubierto era el matrimonio con Saore.

Hiram se mostró airado al saber los planes de Irenio. Era consciente, como todos en la corte, de que su hermana y él habían intimado. Después de las vivencias compartidas, el heredero se había convencido de que Saore había sido un pasatiempo más, uno de tantos.

—¡Con un heleno! Una criatura tan perfecta se merece un compañero mucho mejor.

—Hermano, tampoco hay que despreciar la posición que va a tener en Alalia —dijo Abissabar—. Saore tiene que estar con alguien de rango y, ahora mismo, la única alternativa a Irenio es Hadad.

—¡Esa alimaña! —escupió Hiram.

La sola mención del nombre de Hadad creaba un ambiente turbio. Ninguno quería tener una mala relación con el gobernador de uno de los dos socios de Tarteso, pero aumentar las relaciones económicas y diplomáticas con Gadir no era un plato del gusto de nadie. Más allá de la manera en la que gobernaba la ciudad, las llamas internas del vicio y la inmoralidad salían a la luz de sus ojos cada vez que hablaba de compañía femenina. Imaginar a Saore entre sus brazos les causaba una desazón tremenda a todos ellos.

Por otro lado, el egoísmo es una parte importante de la condición humana. Con Hadad, Saore estaría a unas horas de navegación de Asta. Eran conscientes del valor diplomático de tener a la hija de Argantonio al lado del gobernador de Gadir, mediando cada vez que

fuera necesario. Incluso Ataralki, discreto en todos los asuntos familiares, había insinuado que, si Saore no estuviera dispuesta a casarse con Hadad, él querría ofrecer una buena dote al gobernador por desposar a su hija Raha.

—Padre, ¿tú qué opinas de todo esto? —quiso saber Hiram.

—Lo mismo que le he dicho a Irenio: que es demasiado pretencioso por nuestra parte hablar de Saore sin haberle preguntado a ella qué quiere.

Saore estaba sentada a los pies de la cama, en su cámara. Separaba gruesos mechones de cabello y los peinaba con calma, uno a uno, con un peine de marfil rosa que Argantonio le había regalado hacía años. Contempló el peine con detenimiento, como si fuera la primera vez que lo tuviera entre las manos. Representaba el perfil de un ave, con un ojo enorme y rasgado y un pequeño pico que apenas sobresalía. El tocado que salía del cuello cubría parte de la espalda del animal, sin llegar a tapar el ala recogida. Anthousa le dijo en su día que aquel animal, mitad león y mitad águila, se llamaba «grifo», pero que no conocía ningún mito ni poema en el que tuviera un papel emergente.

—Anthousa, aconséjame: ¿me hago un tocado o tan solo marco los bucles?

—Princesa, el pelo recogido siempre es más elegante —contestó la *mathetria*. Se acordó entonces de la insistencia del rey en que sus hijas fueran libres de elegir y añadió—: De todos modos, puedes aparecer como a ti te plazca, mi niña. A Irenio le gustarás de todas formas, escoge lo que sea para verte bien tú.

Anthousa le extendió una túnica de lino dorado de manga corta, ricamente decorada en los pliegues de la falda con bordados de hilo de oro formando cenefas que recordaban plantas exóticas que nadie había visto jamás. Saore se ciñó la túnica con un cinturón de piel que llevaba el símbolo de Astarté inscrito en el centro.

—Mi padre me ha dicho que Irenio será gobernador de Alalia —Anthousa asintió— y que quiere partir hacia Masalia en cuanto celebremos la boda por el rito tartesio.

Las dos mujeres quedaron en silencio unos instantes. Anthousa se acercó a la joven con un pequeño collar de cuentas de oro y cornalina. Un medallón de oro hacía que la joya resaltase con una roseta de doce pétalos esmaltada con detalle en su interior.

—Toma, ponte este colgante, que resalta bien con la túnica.

Saore sonrió nerviosa.

—Voy a trenzarte el pelo, ¿quieres?

—Como tú quieras. Anthousa —pidió la joven con un hilo de voz—, me gustaría que me acompañaras.

—¿Adónde, princesa?

—A Masalia. A Alalia. —Suspiró y volvió a tomar aire—. A dondequiera que me lleve el viento, con Irenio.

Anthousa repartía los bucles de Saore en grandes mechones, que trenzaba por detrás de las orejas de la muchacha con cuidado de no romper la armonía del peinado. Se había prometido que Tarteso sería su última patria. No quería oír hablar de volver a convivir con foceos, con helenos, ni de ser una dama de compañía, aunque la compañía de Saore era más que grata.

—Princesa Saore, mi niña bella —dijo Anthousa, con la voz quebrada—. Mi lugar está con tu padre. Voy a cuidarlo hasta el final

de sus días con todo el amor que se merece.

La joven se dio la vuelta para ponerse cara a cara con su maestra. Una de las trenzas se desligó del moño y cayó sobre su pecho. Hizo el esfuerzo por sonreír, pero le temblaban los labios.

—Te voy a echar mucho de menos, Anthousa.

—Y yo, mi niña, y yo también te echaré de menos.

Se abrazaron todo el tiempo que necesitaron.

Irenio la esperaba en el salón del palacio de Isla Gerión. Cuando Saore apareció, acompañada de Anthousa, se levantó para recibirla. Quiso avanzar hacia ella, pero quedó absorto por la apariencia de la princesa. La contempló sin disimulo, con los ojos encendidos; cuando ella hizo el ademán de acercarse a él, la tomó de las manos para besarlas.

—Saore, mi princesa, mi amada… Has cambiado muchísimo en estos años. Ahora… Ahora eres…

—Irenio, me alegro mucho de volver a verte —lo interrumpió.

Irenio siempre había sido un hombre muy respetuoso con ella. Durante los periodos en los que se había alojado en el palacio real, habían recitado poesía, conversado sobre música, de mitos de allá y de aquí, le había descrito a la perfección las maravillas que poblaban su tierra y el exotismo de los territorios que se extendían a lo largo del Gran Mar. Ante sus ojos, ahora Irenio aparecía todavía bello, pese a que los pequeños rizos castaños se habían retirado de su frente para ensancharla más y los ojos se mostraban empequeñecidos, cansados del largo periplo. Irenio tenía la apariencia helena clásica, la de los gestos contenidos que

presentaban los dibujos de la cerámica que llevaban los comerciantes. Vagamente recordaba a Irenio vestido con túnica corta y el pelo atrapado detrás de las orejas, como un tartesio más.

Le sorprendía la pasión con la que besaba el dorso de su mano, por inusual. Le sonrió y, en su rostro, quiso buscar la lascivia que tenían los ojos de Hadad cuando la contemplaban o la pasión en los de Gharatar cuando la adoraba. La mirada de Irenio era distinta; estaba empañada por un enigma que no sabía descifrar. Acercó el rostro al de ella, que cerró los ojos esperando el beso en los labios o en la frente. Sin embargo, le susurró al oído:

—En unos días serás mi esposa. —Y añadió ante el silencio de ella —: Si así lo deseas.

16

547 a. C., Asta,

La boda duró dos días.

Saore vivió el primero de ellos como una despedida. La despedida de las mujeres importantes de su vida, las que la habían acompañado durante diecisiete años, las que habían compartido confidencias, consejos, vivencias, dudas y miedos con ella. La despedida de su tierra y de su pueblo, de los rincones que la habían convertido en lo que era, en la princesa que anteponía su comodidad para servir al reino, de las costumbres que la habían moldeado como mujer tartesia. Tras la despedida, un mundo nuevo aparecería ante sus ojos: estaba segura de que conocería a otras mujeres sabias y a otras gentes amables, y disfrutaría de paisajes que conocería con todos los sentidos.

Anthousa bajaba la mirada cuando la oía hablar así, pues los helenos son hostiles con los extranjeros y rudos con las mujeres, las propias y las ajenas. No quería truncar la emoción del paso de la vida adulta de su pupila, pero lamentaba haber contado solo los aspectos más didácticos de la cultura helena y no la realidad de sus hombres. Y en especial de sus mujeres. Siempre se había mostrado muy críptica con las niñas a la hora de hablar de su vida privada. Había estado rezando a Afrodita durante aquellos días en los que la

corte se vio inmersa en los preparativos de la boda. Deseaba con todos los sentidos que Saore fuera una esposa dichosa, pese a que Irenio no le despertaba ninguna simpatía, pero, por otro lado, tampoco ninguna animadversión. Era un hombre foceo más, como tantos otros.

Llegaron en barco al templo de Baal, el mismo que la había protegido desde su nacimiento. En la primera sala, la sacerdotisa había dispuesto sobre una mesa de madera una copa de cerámica con vino de miel para cada una de las asistentes. Las mujeres bebieron, comieron higos y uvas; conversaron sin prisa, evocando las anécdotas más emotivas que habían compartido con Saore. Rieron, se abrazaron y también lloraron, con la mezcla de sentimientos convulsos que acontecen antes de una despedida.

La sacerdotisa preparó el altar. Encendió las lucernas y prendió las ramas. La diosa Astarté las contemplaba, con los brazos extendidos, sentada en su trono.

—Princesa Crisaore, vamos a proceder con las ofrendas.

La suma sacerdotisa del templo de Baal era la única que se refería a ella con su nombre de nacimiento. Llevaba su nombre con orgullo, pero la dotaba de una solemnidad que no siempre era acorde a la situación. Saore le extendió un saco tejido de esparto y la mujer lo colocó delante del altar. En el interior contenía el último resquicio de la infancia de Saore, que iban a quemar para dar paso a la vida de mujer casada: una de sus muñecas de tierra cocida, ataviada con una túnica de lino y la frazada de lana con la que la cubrieron para llevarla al templo.

La sacerdotisa vertió sobre los pies de Saore y sobre los propios el agua de mar que contenía una jarra de cerámica sin decorar y, acto

seguido, se ungió los brazos y las manos con resina de olíbano. Instó a la princesa a que hiciera lo mismo. La sacerdotisa la tomó de la mano y ambas se arrodillaron frente al altar y la diosa protectora.

—A ti te ofrezco, ¡oh, Astarté!, estos objetos que conectan a la princesa Crisaore con el pueblo que la vio nacer.

El humo de las ramas devorando la tela le molestaba a la muchacha, que cerró los ojos para evitar el escozor. Contuvo el ataque de tos que amenazaba con estallar desde la parte superior de la garganta tragando toda la saliva que pudo acumular en la boca.

—Ya no seré nunca más una niña, pues mañana me convierto en mujer —prosiguió la sacerdotisa, apretando la mano de Saore, que permanecía en silencio—. Astarté, acepta mis dones y protégeme en la senda del matrimonio. Que mi esposo me haga dichosa, que mi vientre se llene, que mi boca rezume miel.

La frazada ardió rápido, pero, una vez que la llama se suavizó, fue consumiendo el tejido muy despacio. Cuando estuvo reducida a cenizas, se descubrió la muñeca de Saore, quemada por las llamas, pero intacta en su forma. La niñez ennegrecida ante la vida de la mujer adulta. La sacerdotisa apagó el fuego de la pira con el agua de mar sobrante de la que había utilizado para purificar los pasos de Saore y cubrió el juguete con un pedazo de tela.

Saore y la sacerdotisa abandonaron el templo de Baal, seguidas del cortejo de mujeres que habían acompañado a la princesa. Caminaron juntas los codos que separaban el templo de la playa. En la arena, la joven se despojó de la túnica y se adentró en las aguas del lago. El frío le erizó la piel y la aureola de los pechos se le empequeñeció para acabar por mostrar, tan solo, dos pezones

oscuros y erectos. Siguió caminando hasta que tuvo cubierto el vientre. Nora, Anthousa, Raha y las demás no eran más que figuras diminutas en la orilla.

Introdujo las manos en el agua. Poco a poco, su cuerpo se fue acostumbrando a la temperatura. El agua fría dejó de ser una molestia, pues la muchacha sintió que su naturaleza se fusionaba con el líquido que la bañaba. Se arrodilló levemente para coger impulso y empezó a nadar en el lago. Un brazo por encima de la cabeza, luego el otro. Nadaba con la técnica que había aprendido de Anthousa, moviendo los brazos sin prisa, con la fuerza justa para no cansarse, la cabeza hundida tan solo para que el agua llegara al nacimiento del pelo. Respirar, introducir el rostro, dar cinco brazadas y respirar de nuevo. Pensar en aquellos movimientos repetitivos conectaba todos los fluidos de su cuerpo en armonía con el agua. Llevaba la mente hasta un estado de letargo en el que solo era consciente de cómo se movía el cuerpo al nadar. Intentó recordar cuándo fue la última vez que había nadado por el simple placer de nadar, sin que fuera una obligación en las horas de ejercicios gimnásticos. Con Nora o en la soledad necesaria que de vez en cuando hay que reivindicar. Con cada brazada crecía su dicha, su espíritu la llamaba a vivir nuevas experiencias en unas tierras que, de otro modo, no habría visitado jamás. Viviría con el hombre al que había amado con discreción aquellos años. Fueron unos segundos, unos minutos de felicidad simple, sin más ornamentos que los de la imaginación de la princesa.

Saore paró de nadar y se quedó flotando sobre la superficie del lago. El oleaje apenas era perceptible en la orilla, por lo que, a aquella distancia, el agua se mecía con la misma intensidad que el

vino en una copa de cerámica posada sobre una mesa. Cerró los ojos, los rayos de sol le quemaban la cara sin lastimarla.

En aquel momento supo que el agua del mar simbolizaba su libertad, su esencia de mujer tartesia. Marcharía a otras tierras, echaría de menos su lugar de origen. Sin embargo, acunada lentamente, supo que podría conectar de nuevo con quien era bañándose en el mar, apartando los pensamientos nocivos y sintiendo la vida en su cuerpo cansado después de nadar.

Se incorporó y regresó caminando hacia la orilla para proseguir con la ceremonia. Mientras duraba el baño de Saore, la sacerdotisa llenó el lutróforo ritual con agua del lago purificada bajo la invocación de Baal y Astarté. El ánfora era de gran tamaño, más de un codo de altura, y con un pie ancho para poderla apoyar en el suelo sin miedo a desequilibrarla. Estaba pintada de un tono marrón más oscuro que la arcilla original y decorada a base de bandas rojas paralelas entre ellas. La suma sacerdotisa y su ayudante la levantaron por las dos grandes asas verticales que tenía a lado y lado del cuello, y vertieron el contenido sobre la cabeza de Saore.

—Purifico mi cuerpo para que puro sea mi matrimonio.

—Purifico mi cuerpo para que puro sea mi matrimonio —repitió.

Depositaron el lutróforo sobre la arena y la sacerdotisa le hizo una seña a Nora para que le entregara la muñeca purificada bajo las llamas. Antes de recoger la ofrenda, Saore cerró las manos sobre las de Nora, que sonreía conteniendo las emociones que ya habían florecido más de una vez a lo largo de la mañana.

Saore arrojó la muñeca con todas sus fuerzas al lago de Tarteso. Se arrodilló sobre la arena y, con un hilo de voz, se dirigió por última vez a la diosa.

—Recibe, Astarté, este don que te otorgo. Que mi porvenir sea dichoso, que mi voz sea escuchada.

Detrás de ella, notó las manos finas de Anthousa, que secaban con cariño los cabellos mojados de la princesa con un paño de lino.

El segundo día tendría que haber sido una bienvenida a la nueva vida con Irenio, pero estuvo teñido de momentos aciagos que Saore no supo anticipar.

La ceremonia tuvo lugar en el palacio real de Asta, y no en el de Isla de Gerión, para que la ciudad entera fuera partícipe del enlace. Los sirvientes y las damas de servicio de las princesas se trasladaron antes de los primeros rayos de sol hasta la ciudad para llevar a cabo los preparativos. El palacio olía a tomillo, romero e incienso. Cada una de las puertas del palacio se había decorado con ramos y guirnaldas de flores frescas, y en cada una de las esquinas de la de acceso se habían distribuido quemaperfumes de bronce de tres patas y una cazoleta grabada con dibujos de flores que ninguno de los asistentes había visto jamás. En el patio trasero del palacio habían habilitado un espacio privado para el banquete. Los sirvientes repartieron las viandas en las mesas bajas colocadas a la sombra de los árboles frutales: cuencos con uvas pasas e higos, fuentes de tortitas de pan ácimo, conejos de campo guisados con almendras tostadas. Además, se habían repartido entre los habitantes que se acercaban a las inmediaciones del palacio panes de trigo y centeno, y frutas de temporada.

Saore esperaba en la sala de audiencias la llegada de Irenio sentada en uno de los dos tronos nupciales. A su alrededor, había desaparecido el mobiliario habitual y se habían colocado banquetas

de madera cubiertas con finas telas teñidas de rojo y cojines bordados provenientes del oriente del Gran Mar.

Todos los presentes, cuando pasaban a saludarla, alababan su belleza. Iba vestida con una túnica larga de fina lana blanca, ajustada sobre la piel insinuando cada una de sus curvas y la musculatura de sus piernas atléticas. Calzaba unas sandalias con cuentas de turquesas en las tiras de cuero, que se entrelazaban entre sí por encima de los tobillos. Envolvía la espalda y los brazos con un manto, también de lana, pero teñido de color púrpura bordado con patrones geométricos en hilo de oro. Tenía sobre las rodillas otro igual, para ofrecerlo a Irenio en el momento en el que el novio levantara el velo transparente que cubría el rostro y el peinado de Saore.

Poco amante de las joyas y los abalorios, Saore había escogido tan solo dos piezas del ajuar de bodas de su madre: un collar de cuentas esféricas de oro macizo, del cual destacaba la parte central; un colgante con forma de medialuna, que caía entre los pechos de Saore; y una bella diadema de pequeñas placas cuadradas y remates triangulares, articulados entre ellos con una hilera de rosetas y festones de las cuales colgaban esferas de oro que reposaban sobre la frente de la princesa y hacían destacar el tocado trenzado con el que la habían peinado.

No quiso llevar pendientes, brazaletes ni sortijas, para sentirse más libre en sus movimientos. Tan solo se decoró las manos con el anillo que la suma sacerdotisa le había obsequiado el día anterior, con el símbolo de protección de Astarté. Saore lo hacía girar sobre el dedo de manera compulsiva, a la espera de la llegada de su amado.

En el exterior, Saore oyó los acordes de una lira y a un coro de jóvenes cantando. El cortejo de Irenio, al poco, entró en la sala de audiencias. Permaneció en el trono. Tras los músicos y bailarines, apareció Irenio, vestido como un noble tartesio, con una túnica bordada hasta las rodillas y un *lebbede*, bajo el cual se escondían la totalidad de sus cada vez más escasos cabellos. Mostraba una sonrisa amable a todos los presentes, pero cuando vio a su futura esposa abrió la boca en un gesto calculado de sorpresa. Primero hizo sendas reverencias al rey Argantonio y al príncipe Hiram, y luego se aproximó a Saore. Estiró el velo que la cubría y acarició la mejilla de la princesa con las yemas de los dedos. Se cubrió con el manto púrpura y, antes de sentarse, le dijo al oído:

—Eres la mujer más bella del mundo.

La pareja se acomodó en los tronos nupciales, a la espera de que el rey Argantonio iniciara la ceremonia.

El monarca se levantó con dificultad, apoyado en un cayado de madera. Se colocó ante los novios y los conminó a levantarse. Cogió la mano derecha del foceo, la de la virtud y la fortaleza, y la mano izquierda de su hija. Las entrelazó entre sí, del mismo modo que lo hacían Baal y Astarté en la figura votiva de los dos dioses desnudos que adornaba el altar en la sala de audiencias.

—Irenio de Focea, futuro gobernador de la ciudad de Alalia, te entrego a mi hija Crisaore de Tarteso, la que porta la espada de oro, la luz de la luna y la sangre de la diosa. Que Baal y Astarté sean testigos de este enlace. Que vuestros días estén llenos de plata, dicha e hijos. Yo, el rey, tercer Argantonio de Tarteso, bendigo esta unión con el buen augurio de que estarás a su altura como compañero, esposo y hombre.

Uno de los sirvientes se acercó con un escifo de cerámica helena con la escena en la que Afrodita se encuentra con Anquises mientras este pastorea su ganado. Irenio apretó los labios al ver la decoración de la copa, pero asumió que era un gesto de cortesía hacia su origen. Cogió el cáliz y repitió las palabras aprendidas en los días previos a su boda:

—Te tomo, Crisaore de Tarteso, como eterna compañera, ante los dioses y los testigos. Lo que venga de tu vientre será mi linaje.

Bebió un sorbo de vino especiado, manteniendo el contacto visual con la princesa, que, a su vez, le arrebató el escifo de las manos y apuró el contenido de un sorbo.

—Hoy nace una nueva alianza, que los dioses la bendigan.

El banquete tuvo lugar en el jardín del palacio de Asta. Entre los invitados, los músicos tocaban las liras y tambores, junto a una pequeña mesa en la que siempre disponían jarras de vino para que no decayeran ni la alegría ni la inspiración. Uno de ellos, el que tañía una especie de forminge más rudimentaria que la que tocaba Saore desde niña, entonó leyendas de amor y bellos poemas a los esposos.

Frente a los asistentes, los bailarines llevaban a cabo una danza de movimientos veloces con los pies mientras se desplazaban en círculo. De golpe, la música alegre cesó y todos se hicieron a un lado. El cantor se levantó. Tocó unos acordes más melodiosos para que comenzara la danza nupcial entre Saore e Irenio.

Los esposos se colocaron frente a frente. Irenio esperó a que su mujer lo tomara de las manos para iniciar el baile ritual de los recién desposados frente a la familia y las amistades del rey. Juntaron las

palmas de las manos a la altura del rostro de Saore y entrelazaron los dedos. Irenio había aprendido días antes los movimientos que tenía que realizar con los pies. De todos modos, se dejaba llevar por la princesa con cierta apatía camuflada de cansado y fingido desconocimiento de las tradiciones nupciales tartesias. El músico tocaba unas notas suaves que creaban un ambiente etéreo alrededor de los novios. Entonces irrumpió el pandero con movimientos constantes y, a continuación, las flautas. Saore dio un pequeño paso al frente con el pie derecho y dobló la rodilla. Irenio la imitó con unos momentos de desfase. Ambos, a la vez, se retiraron y repitieron el paso con el pie izquierdo. Desunieron el lazo de los dedos para dar una vuelta sobre sí mismos y una gran zancada a la derecha. Los asistentes empezaron a acompañar a la pareja con un palmoteo rítmico que seguía la cadencia del pandero, que, con cada repetición, aceleraba un poco el compás.

El baile finalizó y los esposos se abrazaron. Saore acarició la nuca de Irenio y le sonrió con dulzura:

—Bésame, esposo mío.

—Saore, amada, sois todas tan vulgares… —rio Irenio, en voz baja —. Esta noche pasarán cosas increíbles en nuestro lecho, ten la paciencia de una princesa y no la de una campesina.

Volvió a su asiento y los bailarines ocuparon el lugar de los esposos para proseguir con la celebración. Saore sintió por primera vez hacia Irenio el fuego de la ira abrasándole las entrañas. Después de tantos años, pese a las idas y venidas constantes, Irenio conocía a la perfección cada una de las costumbres del reino de Tarteso. Saore recordaba la primera vez que reparó en él, con la túnica corta y los rizos sobre los hombros, como un tartesio más. Con el tiempo,

Irenio se parecía más a Agathon, con aquel desdén encubierto de amabilidad. ¿Un desdén hacia lo que representaba Tarteso? De todos modos, ahora iba a poner millas entre ellos y el reino. Saore lo contemplaba en silencio, desde la distancia, conversando animado con su padre y sus hermanos, tan cordiales los cuatro. Saore se vio a sí misma por primera vez como la estaban viendo todos ellos: una joven enamorada, pero con el peso del oráculo ardiendo con fuerza en la señal de la medialuna de su espalda. Su destino estaba marcado desde su nacimiento, era consciente de ello. Sabía de memoria las palabras que le había dictado la diosa al oráculo, del mismo modo que recitaba sus poemas helenos favoritos. Evocaba las palabras de otros y las reproducía como si su voz les perteneciera y ella fuera tan solo la mensajera en el presente. El oráculo había dictado su porvenir, pero otorgándole a la joven la capacidad de decidir desde su esencia más pura cuál era el camino que le convenía elegir. Y, hasta el día de su boda, jamás se había planteado que hubiera senderos paralelos, encrucijadas y confluencias. Saore se había dejado llevar durante diecisiete años. La única relación que había tomado para consigo misma había sido compartir la vida con Irenio, pero no sabía qué senda tenía que caminar con él.

Su presencia en este mundo tenía una finalidad importante, pues la sangre de Astarté corría por sus venas; y tenía que ser madre pronto, pues era la hija de Argantonio y su estirpe debía pervivir después de su muerte. Era hija de la luna, pero también de las sombras. De las sombras. ¿Acaso tenía que llevar una vida sencilla, escondida en los gineceos de los que hablaba Anthousa, para poder ser libre? Saore cerró los ojos y respiró hondo. Oía cada sonido de la fiesta fuera de su contexto como si se tratara del único que existiera:

las notas prensadas de la forminge, la percusión queda, la tierra removida bajo los pies de los danzantes. Irenio había soltado una carcajada demasiado alta. Una carcajada franca o fingida, ya no lo sabía. ¿Podría llegar a conocer a su marido algún día?

Abrió los ojos y se encontró con los ojos de tormenta del gobernador de Gadir, que estaba sentado en el suelo, sobre un lecho de cojines bordados con motivos orientales. Intuyó, casi pudo escuchar, la respiración agitada de Hadad, que tensaba su pecho contra la tela púrpura de su túnica con cada inspiración. No reía, no se movía. La miraba y, de nuevo, Saore se sentía una presa de sus ojos verdes. No habían intercambiado ninguna palabra en todo el convite. Hadad había felicitado a Irenio con un apretón de hombros y había saludado a Saore con una reverencia protocolaria. Durante el banquete había permanecido en un plano discreto, bebiendo vino y disfrutando del espectáculo de los músicos.

La ira que sentía Saore por la incertidumbre de no poder conocer bien a su marido se convirtió en una angustia ingobernable al ver a Hadad mirándola como la miraba. Sin disculparse ante ninguno de los invitados, se fue del jardín buscando un poco de calma y soledad en el interior del palacio. Pasó de una estancia a otra, en silencio, admirando las piezas de cerámica helena que decoraban cada rincón, los grabados minúsculos de cada detalle en las estatuas de bronce.

Las bodas tartesias tenían lugar en la casa de la novia y, tras el ágape, un carruaje decorado para la ocasión llevaría a los recién casados a la morada que compartirían el resto de su vida. La unión de Saore e Irenio había roto esa tradición, pues los esposos abandonarían Tarteso al día siguiente. Argantonio había dispuesto su

palacio en Asta para el disfrute de su hija y su nuevo hijo en aquella noche especial. Temprano, partirían rumbo a Masalia, donde Irenio tomaría posesión del cargo de gobernador de Alalia y celebrarían la boda con Saore según el rito heleno.

No quiso subir al piso superior, donde les habían preparado el lecho de nupcias. Volvió a la sala de audiencias. Horas antes, Argantonio había bendecido su unión. En el altar, Astarté y Baal seguían unidos por las manos. El olíbano ya se había consumido en el quemador. Saore colocó otra nuez de resina y se dispuso a prenderla cuando oyó el crujir de la puerta a sus espaldas. Hadad la había seguido hasta la sala. Saore buscó serenarse con rapidez y dejó la lucerna al lado del altar. Con una fortaleza innata en ella, la de la mujer casada e independiente, se encaró por primera vez al gobernador.

—Hadad, ¿qué quieres?

—Princesa Saore…

El hombre encajó la puerta de madera y fue sin prisa hacia ella, sin dejar de contemplar su rostro. Cuando llegó al altar, la princesa no hizo ademán de apartarse; permaneció firme en su postura:

—¿Qué quieres? —repitió, cada vez más irritada.

Hadad le tomó la mano con suavidad. El gobernador tenía las manos limpias y las uñas recortadas, pese a haber estado comiendo toda la tarde. Deslizó con lentitud la yema de su dedo entre las manos de la muchacha, dibujando el contorno de los suyos y deteniéndose en la pequeña membrana que separa un dedo del otro para ejercer una leve presión sobre la piel suave. Saore sintió un escalofrío que le atenazó la columna, como siempre que tenía que

hablar con el gobernador, pero aquel era mucho más intenso que los habituales.

Quería zafarse de las manos de él; sin embargo, aquella delicada caricia entre sus dedos, si es que podía llamarse así, era sorprendentemente agradable. La presencia de Hadad siempre la ponía en alerta, y siempre se encontraba ante la misma respuesta: su cuerpo era incapaz de responder ante él. Quería abandonar la sala y volver al banquete, pero algo innombrable la retenía: el tacto de seda de los dedos de Hadad buscando recovecos remotos de su cuerpo.

—Tu lugar está aquí, con los tuyos —susurró.

Los suyos… Pensó en su padre, en sus hermanos y su hermana. En el olor de la tierra cultivada tras la lluvia, en el rumor salado de olas del lago. En la miel de los higos abiertos en el árbol.

Hadad siguió acariciando las manos de Saore hasta que notó que la tensión de ella se iba diluyendo poco a poco. Perfiló con la uña las líneas del destino de la mano de la princesa. Sin prisa, con los ojos cada vez más encendidos. Deslizó el dedo por la muñeca y subió lentamente hasta llegar a la parte interna del codo. Presionó con delicadeza y dibujó pequeños círculos sobre la piel hasta que Saore dejó escapar un jadeo ahogado.

Hadad la besó, pero no como lo hacía Irenio, agarrándola por la cara y dejando un espacio entre ambos. Hadad la besó con rudeza, con todo su cuerpo, tapando cada resquicio que pudiera quedar entre los dos. Saore se sorprendió del contraste entre la suavidad de sus caricias y el furor de su boca contra su cuello, buscando con desesperación los labios de ella.

Hadad puso en cada beso todas sus esperanzas. Y ella, ella sintió que el escalofrío que le recorría la espalda cada vez que estaba con él se extendía por cada una de las articulaciones de su cuerpo. Sentía una repulsión desmesurada hacia el gobernador y, sin embargo, ahí estaba; la lengua de Hadad había despertado en ella unas sensaciones desconocidas, que fluctuaban entre el deseo de ser tocada y la repugnancia de que fuera él el que lo hiciera. Olvidó su lengua por un instante y aprisionó el labio inferior de Hadad entre los dientes. Él jadeaba, respiraba con dificultad por la nariz. Por un momento, Saore pensó en arrancarle el labio de un mordisco, como si fuera un pedazo de carne de conejo mal cocinada pegada al muslo del animal, pero tan solo se zafó de sus besos.

—Sé mi esposa, Saore, te lo suplico. Todavía estás a tiempo… —le musitó al oído, mordiéndole con delicadeza el lóbulo de la oreja.

Se apretó contra él. Olía a un perfume sutil, exótico, y al sudor almizclado que emanaba de sus poros. Introdujo las manos por dentro de las mangas de la túnica del gobernador hasta llegar a los hombros. Los brazos de Hadad eran tan distintos de los de Irenio, que todavía no había acariciado… Hadad tenía los brazos y los hombros cubiertos de un vello suave, como el de un pequeño animal de campo, y la piel del brazo carecía de ningún tipo de firmeza, como si los dioses lo hubieran creado con más superficie de la necesaria. Irenio también era voluminoso, pero no había ni un atisbo de grasa en su cuerpo y los músculos que dejaba al descubierto lucían tersos y lustrosos.

El cuerpo de Irenio quedó fijado en los pensamientos de Saore, y con esa imagen volvió a la realidad. Le clavó las uñas en la parte superior de los hombros hasta sentir cómo se hundían enteras en la

carne. Hadad dio un paso hacia atrás, desconcertado, pero no mostró ningún signo de dolor.

—Prefiero ahogarme en el mar abierto antes de compartir lecho contigo.

Para la sorpresa de Saore, Hadad se arrodilló ante ella e hizo ademán de abrazarla por la cintura. La joven dio un paso atrás y chocó con el altar. De espaldas, palpó la superficie hasta dar con la figura votiva de los dos dioses. La mantuvo agarrada, sin llegar a cogerla.

—Princesa Saore, te lo ruego. No te embarques mañana —suplicó el hombre.

Se incorporó y dio un paso hacia ella, que tensó el cuerpo ante el movimiento del gobernador.

—Hadad, te lo advierto: no vuelvas a acercarte a mí en tu vida o será lo último que hagas.

—Princesa Saore, escúchame, por favor. Quédate en Tarteso, en Gadir, donde desees. Pero hazme caso, no sobrepases las fronteras marítimas.

—Eso es imposible, partimos mañana.

—¡Sé razonable! —gritó. Saore mantuvo la respiración—. Puedes ser mi esposa o aborrecerme el resto de tu vida, pero no te vayas con el foceo. Tu lugar está aquí.

17

547 a. C., Asta

«Tu lugar está aquí».

Las palabras de Hadad la atormentaron durante el resto de la celebración. El gobernador fue el primero en abandonar el palacio. Se despidió del rey Argantonio y presentó sus respetos a la pareja de recién casados. Miró a Saore a los ojos una última vez. La tormenta en sus retinas había amainado y solo quedaba un vestigio de desesperación que la joven intentó borrar de su mente.

Sin embargo, una vez a solas con Irenio, no dejaba de evocar aquellos ojos de preocupación, la voz implorante ante la partida. Y el dulce perfume de Hadad, que parecía haber quedado impregnado en cada pequeño poro de la piel que había tocado. Estaba molesta con ella misma por no saber controlar ese tipo de emociones. El único amor que entendía era el que nacía de la pureza de su corazón. El amor a su padre, a su esposo, a su familia, a su pueblo, a la vida. El amor que la motivaba a ser mejor persona, que se reflejaba en los que, a su vez, también la amaban a ella. Su corazón había elegido a Irenio tres años atrás, obnubilado por su cultura y sus modales educados. Era un sentimiento nacido de las tertulias, de las palabras ilustradas, de las sonrisas sencillas; alimentado con una visión de

futuro compartido en el que las pasiones no regirían la manera de vivir en pareja, sino que la complementarían.

Por ese motivo, quería alejar de su cabeza la figura de Hadad y todo lo que comportaba pensar en él: la falta de control de su cuerpo frente a él o su recuerdo. Pero también el mensaje que no había sabido descifrar tras su encuentro en la sala de audiencias. Hadad la deseaba, era consciente de ello desde que su cuerpo de niña había empezado a experimentar aquellos primeros cambios que tanto la abrumaban. Y aquella tarde supo que, además de desearla, se preocupaba por su integridad. Era tan difícil entender la condición humana, empezando por ella misma… Saore lo odiaba, sentía una aversión sobrehumana hacia él, y, por ello, se sentía culpable de que sus sentidos contradijeran lo que le dictaba la razón.

Se prometió que escondería los besos furtivos en el fondo de su ser y que, desde aquel momento, se dedicaría en cuerpo y alma a forjar su nueva vida. Los foceos eran gente seria y recta, por lo que sabía de ellos. Irenio era un hombre formal, demasiado sensato incluso, buenas cualidades para un gobernador, y esperaba que también lo fueran para un esposo y un padre, más adelante. Saore sentía que, pese al desasosiego que comporta un cambio de vida para una joven, estaría protegida. Después del encuentro con Hadad, se había apoderado de ella una insuflación de seguridad en sí misma y confiaba en su potencial para defenderse de las adversidades y salir adelante.

Revisó el cofre con sus vestidos. Entre las telas había guardado un saco de piel curtida con una presilla que le permitía colgarlo en el interior de sus prendas si era necesario. Así se lo había hecho ver Abissabar antes de entregárselo. Mientras empacaba sus

pertenencias en el palacio de Isla de Gerión, su hermano la había mandado llamar. Le había dicho que dentro del saco había polvo de semillas de centeno salvaje. Insistió en que las llevara siempre encima, durante el viaje y también una vez asentada en Alalia. Como precaución, añadió. Insistió en que jamás tocara las semillas con las manos. Le explicó que, mezclando una cucharada de aquellas semillas con cualquier licor, provocaría una muerte dolorosa a quien lo tomara, como si millones de cuchillos destrozaran el interior de sus cavidades. Que no dudara en usarlo si su vida corría peligro. Por último, le recordó que ella siempre sería Saore, la princesa de Tarteso, por lo que jamás debía dejarse pisotear ni avasallar por nadie. Ni por su propio marido, matizó. Abissabar, el hermano complaciente. A veces se sorprendía de los conocimientos médicos que tenía, y no precisamente para sanar. Tal vez todo el mundo fuera así, un contraste entre una cara amable y un reverso oscuro.

En la cámara, Irenio reposaba tumbado sobre la cama. No estaba todavía dormido porque Saore apenas lo oía respirar. No había danzado de nuevo después del baile nupcial, pero parecía afectado por el exceso de vino fenicio que había bebido desde que habían intercambiado las bendiciones frente a los dioses.

Saore se desabrochó las sandalias y se sentó a su lado, en silencio. Aunque se había prometido no meter la sombra de Hadad en su lecho de bodas, su cuerpo quería recuperarlo una vez y otra. Irenio había olvidado el manto púrpura en algún lugar del palacio, por lo que mostraba los brazos desnudos, lampiños. Le acarició el mismo punto que Hadad había rozado y que le había hecho desfallecer, la parte interna del codo. Irenio retiró el brazo y se

incorporó en la cama, apoyándose sobre el brazo que le había tocado.

—Moderación, Saore —le dijo con una sonrisa que parecía más la de un tutor que la de un esposo—. La moderación es la clave para que un matrimonio funcione bien. Imagino que tu tan querida *mathetria* no te habrá explicado los fundamentos de un matrimonio correcto.

Saore negó con la cabeza e Irenio soltó una única carcajada, carente de sentido para la joven.

—Anthousa nunca ha querido hablarnos de las relaciones entre hombre y mujer más allá de las de los mitos y las leyendas.

—Cómo no.

—Irenio, he intentado convencerla de que nos acompañe, pero ha sido en vano. Tal vez tú puedas hablar con ella y, aunque mañana ya es muy precipitado, persuadirla de que se traslade a Alalia en el siguiente barco que parta hacia Masalia. —Irenio negaba con la cabeza, pero ella insistía—: Escúchame, por favor. Ella no es focea, ya lo sé, pero ha vivido muchos años entre vosotros. Creo que me sería de mucha ayuda para habituarme a la vida entre helenos…

—Imposible.

—Además, sé que al principio me sentiré sola y su compañía siempre ha…

—¿Acaso se te ha volcado la cabeza, amor mío? ¿Cómo pretendes que una mujer como Anthousa de Cumas viva en la residencia de un gobernador? Aquí sois más permisivos con estas cosas, os da igual la reputación que la precede. Y porque tu padre… —Se interrumpió y volvió a reír con desdén—. Ya lo sabes.

Saore no supo qué responder. Miró a Irenio como si fuera la primera vez que lo veía. Anthousa era la mujer más culta que había conocido. Todo lo que ella sabía lo había aprendido con las buenas formas y el buen humor de su *mathetria*. Siempre había sido muy reacia a hablar de su pasado. Sonreía y repetía hasta la saciedad que en Tarteso había sido feliz por primera vez. Nora y ella siempre habían pensado que la mujer era una viuda que había viajado por el Gran Mar para llevar a cabo su vocación: ser institutriz. ¿Qué insinuaba Irenio? Desde la enfermedad de su padre, toda la corte sabía de los cuidados que le profesaba Anthousa al rey y, por qué negar lo que todos callaban, del amor que se tenían el uno al otro en el ocaso de la vida, cuando otros ya habrían perdido las esperanzas de volver a amar de nuevo.

En las últimas horas, Saore se había encontrado frente a palabras veladas, mensajes a medias tintas. Con Hadad primero, ahora con Irenio. Firme, exigió a su marido que hablara claro.

—Saore, luz de mi vida. ¿Ahora me dirás que eres la única persona en Tarteso que no sabe que Anthousa es una puta? O lo fue, más bien. De todos modos, quién sabe si dejas de serlo alguna vez.

Tras cinco años intentando llenar el vientre de su esposa, el magistrado Argus repudió a Anthousa, lo mismo que había hecho anteriormente con su primera esposa.

En aquellos años con las mujeres en el gineceo de Argus, Anthousa aprendió lecciones tan importantes como las que le había

enseñado su *mathetria* Corina, las lecciones que pondría en práctica en la nueva vida que empezaría sola.

Argus puso a su disposición la dote que su tío había pagado para poder casarla de nuevo. Anthousa, por entonces, ya no era joven para que ningún hombre la acogiera bajo su tutela, por suerte para ella. Compró una casa cerca del mercado, que decoró con gusto y sencillez. Una antigua nodriza iba a ayudarla por las mañanas a preparar una comida caliente y a tener su hogar siempre dispuesto a recibir visitas.

No quiso comprar ninguna esclava porque la lección más valiosa que había aprendido en casa de Argus era no menospreciar la valía de una mujer en función de su origen. Todas las esclavas que vivían en casa del magistrado habrían sido mujeres libres en el lugar que las había visto nacer, pues ninguna de ellas estaba en aquella casa por propia decisión. Ni la misma Anthousa.

Vivió de manera holgada durante poco menos de tres años. Su casa era el centro de encuentro de músicos, poetas y filósofos; de mujeres cultas y viudas que querían compartir sus conocimientos más allá de las paredes de sus hogares, de hombres ricos que disfrutaban deliberando entre conversaciones que trascendían la política o los negocios. Norfeus, el primer marido de Anthousa, era uno de los asistentes más habituales a las tertulias cada vez que se encontraba en Focea. Él y Anthousa solían conversar a solas. Compartían una copa de vino de Quío y disfrutaban de la buena temperatura en el jardín del peristilo y de la compañía del otro en la alcoba de Anthousa una vez que sus invitados se hubieran retirado.

Una tarde los acompañó Altair, uno de los principales socios de Norfeus y el que lo impulsó a que ampliara el emporio al sur de

Masalia. Altair era un hombre mayor que ellos y, al igual que Argus, se mantenía joven de cuerpo y espíritu.

Altair quedó fascinado por Anthousa desde el primer momento en que la vio. La mujer los recibió con una cílica llena de vino dulce para cada uno. Dos mechones de pelo ondulado marcaban sus facciones y el resto del cabello lo llevaba enrollado sobre la coronilla, secuestrado dentro de una redecilla tejida con hilos de oro y seda. Nada más tomar asiento, sorprendió a Altair con alguna de sus frases ingeniosas y el comerciante estalló en carcajadas. El hombre bebía con moderación, pero hablaba sin mesura, manteniendo la mirada fija en su interlocutor para impedir que prestara atención a nada más que no fuera aquello que tenía que contar. Anthousa se dio cuenta de su necesidad de ser escuchado y tenido en consideración. Cuando veía que la conversación perdía interés, daba pequeños golpes con los dedos en el brazo de aquel que compartiera la tarde con él, para reconducirlo hacia el tema del que quería hablar. A Anthousa, en cambio, le acariciaba la rodilla para que lo atendiera solo a él.

Altair siguió visitando a Anthousa, aunque sin la compañía de Norfeus, que viajaba más a menudo. Solía aparecer el primero para no tener que compartir a Anthousa con nadie más. Él hablaba de los paisajes de costa que había visitado en Etruria cuando empezó a navegar por el Gran Mar, de los mercados en Atenas y en Mileto, de los aedos en Masalia. Le pedía a Anthousa que tocara la forminge y recitara los poemas que había aprendido en su infancia. Cuando la casa se llenaba, ella se disculpaba con Altair y partía a atender a sus invitados. Entonces, el hombre se ausentaba sin despedirse de la anfitriona.

Una tarde de estío, ambos conversaban reclinados en los *klinai* del peristilo, frente a frente, separados por una mesa baja con dos cílicas y un ánfora de vino de Quío. Pese a no mostrar ningún rastro de embriaguez, Altair volcó con una torpeza inusual la copa sobre la mesa. El líquido se extendió sobre la superficie de madera y Anthousa se incorporó para fregarlo. Altair se levantó a su vez y la tomó por la muñeca. Con un golpe seco, colocó sobre el vino derramado un saco de cuero. El vino salpicó el peplo blanco de la mujer.

—Bella Anthousa, toma este saco de monedas. Está repleto de estateros de electro para tu disfrute.

—¿A cambio de qué? —preguntó recelosa. Nadie regalaba dinero por la sola satisfacción de deshacerse de él.

—Quiero derramar el vino de tu cílica sobre tus piernas.

Anthousa dudó unos instantes. Altair era un hombre obscenamente acaudalado y estaba acostumbrado a que lo obedecieran cada vez que hacía tintinear la faltriquera repleta de monedas. Parecía un hombre obsesivo hasta extremos que ella desconocía cuando no conseguía aquello que ansiaba. Por un lado, el dinero de su dote no le duraría eternamente y tendría que buscar nuevos ingresos; por otro, ya no estaba obligada a dar explicaciones a ningún marido ni tutor sobre el comportamiento que tuviera en su propia casa. Asintió en silencio y, del mismo modo, Altair la arrastró hasta la que intuyó que era su cámara. El hombre la tumbó en el lecho y le subió el peplo hasta dejar sus muslos al descubierto. Dio un paso atrás para contemplar el cuerpo de Anthousa dispuesto para él. Suspiró y volvió hacia el lecho.

—Tienes unas piernas tan perfectas que hasta la misma Afrodita tendría envidia de su tersura —jadeó, en voz apenas perceptible.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Anthousa cuando Altair vació el contenido de la copa a la altura de la rodilla, ligeramente doblada. El vino se deslizó por la pierna hasta el tobillo y dejó un surco oscuro en las sábanas blancas de la cama, detrás de donde apoyaba el talón. Altair levantó con suavidad el pie de Anthousa y se lo acercó a su rostro. La mujer se quedó clavada. Agarraba con ambas manos el borde de la cama. Controlaba la respiración a la espera de que el hombre hiciera algo. Altair se inclinó sobre su pie y hundió la nariz entre los dedos. Inspiró con lentitud, deleitándose a cada segundo que pasaba. Soltó el aire, el vaho caliente de su boca impregnó la piel endurecida de la planta del pie. Cuando consideró que no quería olerlo más, lo volteó ligeramente, recorrió con la lengua la protuberancia del tobillo de Anthousa y subió por el empeine. Introdujo la lengua en el mismo lugar en que había estado la nariz. Ella mantuvo el cuerpo rígido como una tabla por la incertidumbre de desconocer el siguiente paso que llevaría a cabo Altair. Sin embargo, con la misma delicadeza, dejó el pie de la mujer sobre las sábanas mojadas y le dio las gracias.

Anunciaba sus visitas con la suficiente antelación para que aquella tarde no invitara a nadie a sus tertulias. Antes de acomodarse en el *kliné* o en las butacas de las salas interiores, Altair dejaba sobre la mesa el saco con una generosa remuneración. En muchas ocasiones, comían juntos y conversaban hasta bien entrada la noche. Le rogaba que le recitara un pasaje concreto de alguna obra dramática y reía con la pureza de un niño ante los juegos de palabras de la mujer.

Altair agradecía la compañía y regresaba a su villa en su carruaje, que esperaba paciente a que la velada concluyera.

En otras, el comerciante se mostraba más exigente y, sin llegar siquiera a apurar la bebida, se dirigía a la cámara de Anthousa con peticiones cada vez más excéntricas. Las más habituales tenían cierto componente indigno: Altair desnudo, tumbado en el suelo de la cámara de Anthousa, le pedía que lo insultara, que lo tratara como un esclavo del puerto, que lo alimentara con comida masticada. Las tardes en que la visitaba más excitado de lo habitual, exponía lo que deseaba. Una sola vez llevó a una de sus esclavas para que retozara con Anthousa en el lecho mientras él las contemplaba escondido entre los muebles de la cámara. Sin embargo, lo más habitual era que le pidiera alguna práctica más específica. Le gustaba que le vertiera un poco de vino en el ano y lo lamiera como la miel que queda impregnada en una cuchara. Cada vez con más frecuencia, llevaba algún que otro olisbo de cuero pulido, relleno de tela prensada para otorgarle más consistencia y con la única decoración de un ojo dibujado en la cabeza del falso falo. Altair le pedía prestados túnicas, velos y joyas a su amante, y, de aquella guisa, esperaba que Anthousa lubricara el olisbo con aceite de oliva. Como un animal de granja, con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo, gritaba de placer y dolor cuando la mujer se lo introducía con brusquedad.

Anthousa se debatía entre la fidelidad a su propia integridad y la incertidumbre con la que se teñía su futuro. A las hetairas, al final, se las percibía como mujeres peligrosas y marginales una vez que dejaban atrás la juventud y la vida de placeres. Compartir lecho con Altair no era agradable, se decía continuamente, pero era un amante

muy espléndido en sus recompensas y, gracias a solazarse con una sola persona, podía llevar el ritmo de vida que la hacía feliz y plena. Además, en cierto modo disfrutaba de su compañía cuando no compartían lecho, sino una copa de vino, disquisiciones filosóficas y lecturas.

Una vez le preguntó por qué se excitaba con el dolor y la humillación propia.

—El placer es el fundamento de la felicidad, mi bella Anthousa —repuso el hombre—. No hay una única forma válida de llegar al clímax, por más que la sociedad nos quiera imponer que un hombre con un estatus como el mío debe evitar los excesos de la carne. A los hombres nos han educado diciendo que las pasiones extremas son el elemento más desestabilizador de la condición humana y, no obstante, que la finalidad en esta vida es la búsqueda de la felicidad. Pues yo, querida, soy feliz fornicando de esta manera.

Anthousa y Norfeus mantenían el contacto cuando este regresaba a Focea. Compartían intimidades como dos viejos amigos y, cuando Altair no estaba en la ciudad, pasaban horas en el lecho haciendo el amor a la manera habitual, con el sosiego del que no tiene prisa por ver salir el sol. El cuerpo de Anthousa también echaba de menos las caricias sobre la piel sudada y los besos suaves como mariposas posadas en una flor. Escuchar las palabras de amor, ciertas o no, que parecían sacadas de los poemas antiguos. Después del placer, seguían conversando hasta que el sueño lo impedía. Norfeus sabía que su socio era un hombre de gustos excéntricos. Le enojaba que su antigua mujer fuera la hetaira que lo complaciera, pero no se lo manifestaba con el énfasis necesario para que ella tomara las riendas de su vida hacia otros caminos.

Sin embargo, cuando tuvo la oportunidad de llevarse a Anthousa a Tarteso, no tuvo la menor duda de exponerle todas las ventajas que comportaría empezar de nuevo en un lugar como aquel, con la seguridad de que él se haría cargo de su bienestar si las expectativas puestas en ello no se cumplían y la instalaría donde fuera, en Masalia, en Emporion, pero lejos de Focea.

—Anthousa es una de las mejores personas que han pisado Tarteso.

—Seguro que sí, no te lo discuto. Y lo seguirá siendo mientras viva, porque jamás abandonará el reino.

Irenio, todavía tumbado en el lecho, deslizó el dedo por encima de la túnica ceñida que delimitaba todas las curvas de Saore.

—Hace unos años, uno de los Siete Sabios de Grecia, el arconte Solón, revolucionó la forma de hacer política. A diferencia de lo que ocurría en Jonia, en Atenas la riqueza se concentraba en muy pocas manos, ¿sabes? Cuando unos pocos controlan el buen funcionamiento de muchos, los conflictos emergen como langostas en un campo fértil.

Saore permanecía callada mientras Irenio hablaba y se despojaba de su túnica.

—Para atajar estos conflictos desde la raíz, la única solución es legislar y asegurarse de que la ley se cumpla. Querida esposa, créeme si te digo que se puede crear una ley para todo.

Contempló el cuerpo desnudo de su marido. A excepción de la cabeza, se había afeitado cada parte del cuerpo provista de pelo. Se había ungido sobre la piel satinada un ungüento que Saore no supo

reconocer por el aroma, melifluo y algo empalagoso, para darle el lustre y la tersura que cualquier helena esperaría en su noche de bodas. Los músculos del brazo derecho se tensaron como los de una estatua de mármol cuando retiró la piel del prepucio hacia la base del miembro viril.

—En Atenas la vida es más ordenada. Es de todos sabido la importancia de controlar las pasiones más animales para evitar los peligros del deseo. Las helenas son las más irracionales que existen, las dominan la cólera y la histeria. Desnúdate, esposa —le ordenó—. Túmbate a mi lado. Ponte de costado. Así. Agárralo con firmeza, pero no aprietes demasiado. Ahora desliza la mano abajo y vuelve a subirla. Mantén el ritmo. Muy bien, Saore.

Irenio cerró los ojos y contuvo los jadeos para seguir hablando:

—Si los hombres no dominamos los instintos más primarios, se quiebra el equilibrio y la sociedad se resiente. Conoces los mitos a la perfección: el deseo erótico hacia el cuerpo de la mujer es peligroso y es la justificación de todas las historias de raptos y violaciones que colman nuestro imaginario. La vida con leyes y normas asegura el buen funcionamiento de una sociedad moderna. Las mujeres casadas no debéis incitar a la lascivia, por eso tendrías que conocer las normas de conducta antes de llegar a Alalia. No te preocupes por eso, pues tendré toda la paciencia posible contigo. Por suerte, no eres amante del uso de cosméticos y joyas. Tu belleza es espartana, amada mía.

Le retiró la mano del pene y la instó a tenderse de espaldas, con el pecho contra la cama. La levantó ligeramente por las caderas para exponer su trasero a una mejor entrega. Apretó las nalgas de Saore. La joven permanecía estática, sumisa y muda desde que su marido

había iniciado la disertación sobre la necesidad de regular las pasiones matrimoniales.

—La hetaira ha hecho un buen trabajo contigo, no hay un gramo de grasa en ningún rincón de tu cuerpo. Tus muslos fuertes volverían loco a cualquiera. Zeus los habría preferido antes que los de Ganímedes.

El foceo agarró a Saore por la cintura y la penetró con lentitud hasta que se vio enterrado en la cavidad de su mujer. Empezó a embestir, pausadamente al principio, con más rapidez a medida que su excitación lo descontrolaba. Saore abrazó uno de los cojines de la cama y reposó la cabeza sobre la tela fina. Irenio todavía no la había besado.

La piel le ardía a la espera de la noche de bodas y su marido no había querido contribuir a que prendiera del todo. Seguía con la perorata de que el exceso de sexo se reflejaba en una mala salud para el hombre, que una mirada era más erótica que una caricia. Una mirada… En la oscuridad de la cámara, los ojos en llamas de Hadad brillaron con más fuerza. Saore evocó las manos del gobernador, las que horas antes se deslizaban por la espalda de la chica para apretarla contra su cuerpo; los dientes jugando con el lóbulo de la oreja. Las dos lenguas amándose furtivamente, protegidos bajo el amparo de los dos dioses. Sin leyes, sin normas. Irenio ahogó un grito y se quedó unos segundos estático, todavía agarrando los muslos de Saore.

—Y por eso, mi amor, Solón recomienda practicar sexo tres veces al mes —prosiguió, una vez que recuperó el aliento—. No importa que una norma sea buena o mala, sino que sea coherente para servir a su propósito. Pero descuida, hay cierta laxitud en las parejas

de recién casados, por lo que podemos aprovechar las noches que atraquemos en puertos helenos para cumplir con nuestras obligaciones. Cuando lleguemos a Masalia hará demasiado calor y humedad para que yazcamos juntos. Retomaremos las relaciones después del verano. Ahora duérmete pronto, que mañana nos espera un día largo.

Irenio se hizo a un lado y le dio la espalda a Saore, que todavía permanecía boca abajo en su lecho nupcial. Cuando oyó los primeros ronquidos del foceo, cerró los ojos para encontrar otra vez los de Hadad. Se tapó con la manta de lana y, con los dedos, buscó la fuente de su propio placer.

Argantonio les insistía en que escucharan la voz que hablaba desde los recodos de su alma. La voz de Saore gritaba, gemía, pataleaba en silencio en lo más hondo de sus entrañas. Esa voz le decía que su matrimonio lo habían maldecido fuerzas desconocidas cuyo origen no sabía encontrar.

Se apoyó cerca de la proa. Navegaban con cuidado, evitando los escollos cercanos a la costa. La hoguera del faro ya estaba apagada. Gharatar ya había retirado las defensas. Tenía la esperanza de poder despedirse del muchacho, aunque fuera desde la borda del barco. Saludarlo con la mano, gritarle unas palabras de despedida; mentirle, si hiciera falta, para robarle una sonrisa por última vez y decirle que la noche anterior había visto el rayo verde. Sabía que Gharatar estaría en la isla, asegurándose de que pasaban sin impedimentos. Cuando el barco se aproximó al faro, Irenio la tomó por las muñecas y la llevó al camarote que compartían.

Crisaore, hija del viento, navegará más allá del agua por el bienestar de la plata. El bienestar de su pueblo a costa del suyo.

18

547 a. C., Emporion

Diez días después atracaron en el puerto de Emporion, un lugar de contrastes. El ajetreo eterno de comerciantes, mercaderes y estibadores en los muelles se oponía a la vida apacible en la colonia.

El puerto de Emporion, junto con el de Masalia, era uno de los enclaves más importantes en las actividades de intercambio en las rutas marítimas del occidente del Gran Mar. Los colonos se establecieron en el mismo litoral, en el llano formado sobre el lecho de una antigua rambla, bajo el amparo de una pequeña colina que ahora funcionaba como destacamento militar.

El puerto parecía doblar en millas la superficie de la ciudad. Desde el barco, cuando Emporion se empezaba a perfilar, Irenio le señaló a Saore un promontorio frente al puerto de mercancías. La primera ciudad se había emplazado en aquel lugar, que estaba comunicado con la costa mediante una lengua de tierra que, a su vez, ejercía las funciones defensivas de un espigón. Pero en aquel momento, se levantaba en el promontorio un templo dedicado a Artemisa, la protectora de los terrenos vírgenes, y una pequeña guarnición que complementaba la vigilancia que llevaba a cabo el destacamento de la colina. Al otro extremo, una dársena protegida mediante diques conectaba el muelle con un archipiélago de farallones que

resguardaban la zona de carga y descarga de los temporales de levante. En uno de esos farallones, una torre hacía de faro. En comparación con el de Gharatar, pensó Saore, aquello parecía una atalaya abandonada.

Emporio se había diseñado para dar la bienvenida desde el mar a cualquier barco que bordease la enorme bahía. Si bien todo apuntaba a que la ciudad viviría un auge considerable en los años venideros, tras la llegada de los exiliados de la polis, parecía que los intereses foceos se centraban en proteger la zona portuaria dándole prioridad sobre la seguridad de la ciudad. Los pórticos del ágora se divisaban desde el mar, pues las murallas solo protegían la parte interior, como si tuvieran la seguridad de que jamás la sitiarían por mar, como Focea.

La intención de Irenio y Saore era quedarse en Emporion el mínimo tiempo posible, lo necesario para que él y Egan, el gobernador de la pequeña ciudad, resolvieran asuntos pendientes que ella desconocía. Los primeros días se alojaron en el destacamento militar de la colina, pero, como habían advertido la presencia de una flota cartaginesa que navegaba rumbo al norte, decidieron primar la seguridad y quedarse en Emporion hasta que pudieran viajar a Masalia sin peligro.

Los trasladaron a una pequeña villa cerca de la playa, a dos vías del ágora. Aquella sería su primera vivienda como esposos, se dijo Saore. Aunque fuera un domicilio temporal, paseó por primera vez entre sus estancias con los anhelos de una mujer casada que necesita convertir una casa en un hogar. Un *oikos*, a partir de entonces. La villa era más pequeña que las edificaciones colindantes, con un peristilo en el centro, rodeado de columnas simples, desde el

cual se repartían las cinco habitaciones. La única digna de mención era la gran sala de recepción, donde Irenio permanecía la mayor parte del tiempo desde que se habían instalado con Egan y otros ciudadanos influyentes de la colonia.

—¿Celebraremos aquí la boda, Irenio?

—Como desees, amor mío. Yo no tengo prisa, ya soy tu esposo —dijo él, afectuoso—. Si quieres esperar, podemos casarnos en Masalia, con los míos, y celebrarlo por todo lo alto.

—En el peristilo podemos poner bancos y mesas para las recepciones, ¿verdad? Las noches son húmedas y este es el lugar más agradable de toda la casa.

—Por supuesto, lo que más te guste. Saore, ven. —Irenio alargó la mano para buscar la de su esposa—. Recuerda que ahora debes respetar la cultura que te acoge.

Le tiró del brazo y la obligó a sentarse sobre sus rodillas. Hundió el rostro entre su pelo y aspiró hondo el aroma dulce de la chica.

—Egan sabe que eres tartesia y sé que se porta contigo con deferencia por tu condición de extranjera. No me hagas quedar mal. —La tomó por la barbilla para girarle el rostro. Sonreía y ella le devolvió la sonrisa, pese a no saber por qué—. Cuando le sirvas el vino, limítate a ello. No hace falta que entables ninguna conversación ni que preguntes por su familia cada vez que venga. Sé que lo haces porque eres la persona más amable que existe, pero te lo ruego: no hace falta. ¿Entiendes?

Egan era cordial con todo el mundo. La primera impresión que la gente se llevaba al conocerlo era muy común. Parecía eterno, sin edad definida; atraía por igual a hombres y mujeres, pues desprendía un magnetismo despreocupado que hacía que fuera fácil

mantener una relación con él, del tipo que fuera. Imponía su presencia desde que cruzaba el umbral de la puerta, pues se vestía con la misma luz del Gran Mar y, a su partida, dejaba un rastro casi tangible tras de sí. Era tan alto como Irenio y, como él, andaba exageradamente erguido. Saore pensó que sería un rasgo cultural. Sin embargo, Egan reflejaba en los ojos azul grisáceos y en el pelo blanco, ondulado hacia un lado, la armonía de las olas que llegan a la playa. Cada músculo expuesto, y los que se adivinaban bajo el quitón, revelaba la vanidad de aquel a quien le gusta que lo admiren desde el primer momento. No era amante de las prisas, pero sí de los festejos. Irenio se mostraba más tranquilo, más despreocupado cuando pasaba una larga velada con el gobernador.

Irenio hizo el ademán de incorporarse y ella se levantó primero.

—Egan vendrá de un momento a otro. Le he dicho que traiga a una de sus hijas, la mayor de todas, para que te haga compañía. Podéis salir a pasear, si gustáis.

Egan llegó a la villa acompañado de dos de sus hijos, Mirrine y Argenis. Mirrine era una chica tímida y discreta, un poco más joven que Nora. Saore y ella se habían conocido en la recepción que había tenido lugar en la casa del gobernador cuando Irenio y ella desembarcaron en Emporion. Saore le llamó mucho la atención a la joven; era la primera vez que entablaba relación con una tartesia. Como todos los helenos, conocía las leyendas que se emplazaban en el misterioso Tarteso y, ante ella, tenía a una princesa por cuyas venas corría la misma sangre que la de Gerión, aquel que osó enfrentarse a Heracles. Sin embargo, sus reservas le impidieron hablar con Saore con la misma naturalidad con la que ella lo hacía. Saore recibió a la familia, pese a que Irenio le había recomendado

que permaneciera en alguna estancia hasta que se requiriera su presencia. Las jóvenes se saludaron nada más entrar. Entre las dos correteaba Argenis, el hijo menor de Egan, que tendría unos diez años. Cuando apareció Irenio, el niño corrió hacia él, que lo cogió en brazos y lo abrazó con ternura.

Saore se sorprendió ante las muestras de simpatía de su marido hacia la criatura del gobernador. Los dos hombres conversaban con distensión, pero Irenio solía interrumpir la charla para bromear con el niño o despeinarle el pelo cada vez que este le tiraba del quitón. Irenio le profesaba a Saore afecto de una manera inconstante. A veces la trataba como a una niña a la que educar; otras, como a una mujer de cuyo cuerpo podía disfrutar con la mesura que lo caracterizaba. Por la mañana se mostraba amable y colaborativo; por la tarde, irritable y hermético. Sin embargo, veía en el trato que le dedicaba al chiquillo el que les daría a sus futuros hijos, y se alegró de pensar en él como un padre afectuoso.

Saore, Mirrine y el pequeño Argenis salieron a pasear por la colonia una vez que el calor dejó de ser tan acuciante. Los acompañaba una de las esclavas de Egan, que se encargaba de vigilar al niño y ayudar a guardar las apariencias para que a Saore y Mirrine no las criticaran por caminar solas por el barrio de pescadores.

Al sur de la ciudad, en una playa de menor tamaño, reposaban los botes de pesca a la espera de salir temprano por la mañana, ajenos al tráfico mercante de la playa del norte. Aquella playa era uno de los accesos a la ciudad. Llevaba poco tiempo allí, pero no era la primera vez que Saore visitaba el puerto pesquero. Al atardecer llegaban los botes con la pesca del día. Los observaba en silencio,

desde la prudencia de la lejanía que traza las líneas de separación entre ella y los pescadores, entre ella y el nuevo mundo en el que no sabía cómo tendría cabida. Sobre la arena, triaban y limpiaban el pescado, o remendaban las redes sentados en silencio. Ajenos al movimiento del otro puerto, el comercial; lejos del bullicio del comercio; con el mismo ritmo que la vida en Isla de Gerión. Saore se sentó en la arena y Mirrine la imitó.

—La luz en esta parte no es tan brillante como en Tarteso, ¿sabes?, pero el olor sí es más intenso. Siento las partículas de sal sobre la piel cuando las transporta la brisa del mar.

Mirrine asintió. No sabía cómo llevar las conversaciones con ella, pero se esforzaba por mantener viva la amistad naciente entre ambas. Saore era muy distinta a todas las mujeres que había conocido. Era el primer trago de agua fresca en una tarde de calor. Estaba fascinada y amilanada a la vez ante la presencia de la princesa extranjera que había dejado el palacio mitológico del rey Argantonio para acompañar ni más ni menos que a un foceo.

—El sol se esconderá dentro de poco. Quizá deberíamos volver a tu casa.

—Oh, Mirrine, querida mía. Quedémonos un rato más en la playa —le rogó con dulzura—. No te preocupes por volver tarde. Además, la puesta de sol es el momento más bello del día. Y, desde la playa, es todavía más agradable. ¿No crees?

—Claro —titubeó la joven.

—Imagino que no sueles abandonar el gineceo cada vez que deseas pasear, ¿me equivoco?

—Así es.

—Mirrine, mi *mathetria* era eolia. —Saore tomó la mano de su amiga y sonrió al evocar a Anthousa—. Me enseñó todo lo que sé. Me formé en la cultura helena, pues es la cuna de los mejores poetas, pero nunca he dejado de lado mi esencia. Nunca le he dado la espalda a mi gente, ya que soy así gracias a la educación aprendida de mis ancestros, aquella que no puede enseñarte ni el mejor tutor del mundo. Es importante que conozcas que cada pueblo tiene unas tradiciones que lo hacen propio y que estamos conectadas a ellas con unos lazos que son diferentes para cada persona. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

La joven volvió a asentir, pero su sonrisa tensa le dijo a Saore todo lo contrario.

—Algunas tradiciones nos permiten entender quiénes somos —prosiguió—; otras, en cambio, nos impiden mostrarnos reales, pues son restrictivas con la naturaleza de cada uno, en especial con la nuestra, con la de las mujeres jóvenes. Tu padre es un hombre poderoso aquí y vela por tu seguridad a cada paso que das. No le haces daño a nadie saliendo a pasear, ni a tu padre ni a ti misma.

Saore hundió los dedos en la arena. Sintió la humedad atrapada bajo la primera capa. Sabía que sería capaz de levantar su hogar en cualquier lugar, pues era capaz de encontrar la serenidad que transmitía cada paisaje. El sol brillaba en todos lados por igual, con mayor o menor intensidad; las olas de mar morían en la orilla aquí y allá. El viento transportaba aromas. Las gentes se cuidaban y se protegían entre ellas. Y, pese a esos nexos, a Saore le gustaba buscar las pequeñas diferencias: en la playa de los pescadores, la arena era más gruesa, más oscura y más caliente que en el lago de Tarteso.

Argenis correteaba por la playa entre los pescadores. La esclava lo perseguía sorteando las redes de pesca y los recipientes con las vísceras de pescado. La luz del día se hacía cada vez más tenue y el cielo fue adquiriendo los matices grises del plomo. Sin embargo, el sol se iba escondiendo de espaldas a las muchachas.

—Es una pena que desde aquí no se pueda disfrutar de la puesta de sol sobre el mar. El último rayo de sol es verde, fugaz como el vuelo de una mariposa, pero igual de bello.

Mirrine contempló en silencio el mar como si fuera la primera vez que lo viera. Saore era un tanto extraña; no era capaz de entender todo lo que decía, pero le gustaba la manera que tenía de ver el mundo que la rodeaba.

Llamó a la criada. Ya era hora de regresar hacia la villa de Irenio.

El consejo de ancianos había decidido por unanimidad que Hiram debía asumir el cargo de rey de Tarteso lo antes posible. La luz de Argantonio menguaba a cada momento. Ataralki había empezado a confiar todas las vicisitudes del reino al príncipe heredero tras la presencia focea al norte de la sierra, la frontera entre el reino de Tarteso y los pueblos del interior.

El próxeno Agathon había negado todas las acusaciones de que los foceos estuvieran construyendo una red de transporte que comunicara Mainake con los estuarios del Tagos o con el curso del mismo río en los llanos del territorio. Ataralki le manifestó a Argantonio las dudas que tenía sobre el futuro de las relaciones diplomáticas y comerciales con los foceos una vez reubicados en la misma ribera del Gran Mar. Masalia apuntaba a convertirse en la

nueva polis tarde o temprano; sin embargo, los fenicios decían que Mainake tenía los días contados, ya que, poco a poco, las tropas de los magónidas se iban apoderando de los emplazamientos costeros al norte de Malaca. Argantonio, sin embargo, repetía que el esplendor de Tarteso había sido consecuencia de los lazos con los helenos, y que tenían que hacer lo posible para volver a recuperar la relación de antaño. Preguntaba con insistencia si había noticias de Saore y, ante todas las negativas, languidecía en su lecho un poco más.

Hiram quiso contarle personalmente a su padre que el consejo de ancianos le recomendaba que abdicara del cargo a su favor, pero que el rey disponía del poder de designar el veredicto.

—Hijo, estoy cansado —suspiró—. Soy el recuerdo del rey de antaño, las fuerzas me abandonan y mi cabeza ha perdido la lucidez.

Buscó la mano de Hiram, que estaba echado a su lado.

—Confío plenamente en ti. Serás un rey digno de Tarteso.

El príncipe apretó la mano de su padre con cariño y se la llevó a su pecho.

—Sé que siempre estaré a la sombra de ti, el gran rey Argantonio. Y es un honor para mí que se me compare contigo.

Padre e hijo quedaron en silencio, cada uno valorando la magnitud de un cambio tan significativo como el traspaso de poder de un rey a otro. Fuera de la cámara, no se oía más que el ajetreo de la vida en un palacio.

—Padre, he pedido que traigan los fragmentos de la espada de Crisaor del templo de Baal. Voy a forjar mi propia espada y quiero que la sabiduría de nuestro fundador me guíe cuando tú ya no estés.

Al día siguiente, Hiram se presentó en uno de los talleres de Hailama, que seguía formando parte del consejo. Él mismo lo acompañó hacia donde preparaban los moldes de arcilla. Le señaló el suyo y Hiram le dio el visto bueno. En un rincón, los hornos. Hailama le pidió al príncipe que le ayudara a transportar los metales hacia el pequeño horno que usarían ellos.

—Mi señor, lo primero que vamos a hacer es fundir el cobre y añadir una pequeña parte de estaño para mezclar los dos metales en la proporción perfecta —explicó Hailama. Le tendió unas tiras de cuero para que se cubriera con ellas la palma de la mano y las muñecas—. Introduce las lascas de cobre en el recipiente, con cuidado de no quemarte.

Hailama lo colocó con pericia dentro del horno, con unas largas tenazas, y, cuando se formó el bronce, lo trasladó con el metal líquido para rellenar el molde de arcilla.

—Mi señor, déjame volcarlo a mí para evitar accidentes. Si lo deseas, puedes dedicarte a la espada una vez que la desmoldemos.

Cuando el metal se hubo enfriado lo suficiente para seguir trabajando en la espada del futuro rey, rompieron el molde de arcilla para extraer la pieza.

Hailama dispuso el arma sobre la mesa de trabajo. Los dos hombres calentaron sobre la llama del fuego los fragmentos de la antigua espada de Crisaor y, a la señal de Hailama, los colocaron sobre la hoja. El anciano tomó dos martillos y le ofreció uno a Hiram.

—La hoja todavía está caliente, mi señor, por lo que debemos martillear a ritmo constante para darle la forma que deseas.

Entre los dos hombres, perfilaron la silueta de la hoja de la espada con golpes precisos. Ya acabado el forjado de la hoja, Hailama la

enfrió con agua para proseguir trabajando el doble filo, primero con el martillo y después con una piedra abrasiva para terminar de pulirlo.

—Mi señor, había pensado montar una empuñadura sencilla, de madera y cuero quizá, que sea fácil de manipular.

—Me parece buena idea.

—Hay que terminar de pulir la hoja para darle la forma definitiva y un acabado brillante. Mi señor, ¿qué inscripción deseas que figure?

—Ninguna, Hailma —respondió el príncipe—. Quiero que la hoja se cubra de oro y, sobre él, se graben las tres cabezas de Gerión.

—Mi señor, la capa de oro se quebrará al primer contacto brusco que tenga —apuntó Hailma. El rostro del príncipe permanecía impasible, por lo que se corrigió—: De todos modos, espero que jamás nos veamos frente a batalla ninguna.

—Si hay que luchar para defender los intereses de mi pueblo, poco me importará que salten las lascas de oro sobre los cuerpos de los que nos desafíen.

—Que así sea entonces, mi señor.

Hiram agarró a Hailama por los hombros y juntó la frente con la del forjador.

—Te estoy muy agradecido por haberme permitido forjar la nueva arma del rey. Jamás olvidaré este día.

Argenis había sido honrado con el cargo de copero en la fiesta de nombramiento de Irenio como gobernador de Alalia. En el centro del peristilo, habían colocado una mesa baja con una enorme crátera de más de un codo de altura y dos bellas asas en espiral que imitaban

el trabajo sobre madera. Estaba decorada con multitud de figuras negras que representaban diferentes escenas de la mitología helena. Desde donde estaban sentadas Saore y Mirrine, se admiraba con claridad, en el friso superior de la crátera, el cortejo nupcial frente a la casa de Peleo el día de su boda con Tetis. El niño paseaba de un lado al otro con la belleza pura de un mármol recién tallado, vestido con una especie de exomis blanco y ligero que dejaba al descubierto los brazos y parte del pecho, con la musculatura todavía a medio desarrollar. Vertió un ánfora de vino dentro de la crátera para mezclarla con agua. Sus movimientos eran gráciles y elegantes. Estaba pendiente de las indicaciones silenciosas de su padre para servir más vino o, por el contrario, limitar la bebida a los invitados. Argenis se acercó al banco donde conversaba Egan con Irenio, con una cílica para cada uno.

Irenio solía mostrarse muy comedido y protocolario en Tarteso, pero aquella noche se le veía pletórico. La estela negra de la flota cartaginesa navegando a pocas millas de Emporion no le enturbió la alegría del nombramiento y de la fiesta que Egan había preparado en su honor. Cuando tomó la cílica de las manos de Argenis, agarró al niño con la muñeca para acercarlo hacia él. Saore se incomodó ante la sorpresa del niño cuando la mano de su marido se perdió entre los pliegues de la túnica de Argenis. Le susurró algo al oído, Argenis sonrió e Irenio lo apartó de su lado con una sutil palmada en el trasero.

En un rincón del peristilo, los músicos amenizaban la velada. Dos de ellos tocaban la forminge. A Saore le pareció que hacía años que no tañía la suya. La había dejado en el palacio de Isla de Gerión, abandonada. La voz que gritaba en silencio en su interior le pedía

que se levantara y se uniera a ellos, pero sabía que aquel gesto inofensivo empañaría los ánimos de su marido. El sonido del aulos le despertaba a Saore un tipo de frenesí sosegado que le hacía conectar con una parte del Gran Mar todavía desconocida para ella y que, estaba más que segura, conseguiría amar tarde o temprano.

Sin embargo, de entre todos los músicos, solo uno de ellos llamó la atención de Saore. La presencia del citarista contrastaba con la manera de tocar su instrumento. De todos ellos, era el único que tocaba sentado directamente en el suelo, sobre cojines, con las piernas cruzadas. A su lado, imitando la posición del hombre, dormía enroscado un perro de pelaje negro satinado con motas blancas en las patas delanteras. El músico era mayor que Irenio y más joven que Egan, sin duda, pero tenía una edad difícil de acertar al no poder percibir los rasgos característicos de la madurez. Se peinaba como un adolescente, tal vez por comodidad o por desidia, con un moño retorcido sobre la coronilla. Pese a su apariencia calmada, tocaba la pequeña cítara con maestría y movía los dedos sobre las cuerdas con tal energía que producía con cada nota una atmósfera envolvente como la niebla de las primeras horas del día. La melodía de la cítara destacaba sobre los otros instrumentos, elevándose y cayendo en picado, invitando a los presentes a formar parte de aquella vorágine. Tan solo Saore parecía reparar en la calidez de las notas, que la embriagaban como el vino que tomaban los hombres. Una vez finalizada la tonada, el músico se incorporó levemente para mirar a los invitados y se cruzó con la mirada embelesada de Saore, la princesa tartesia de la que todo Emporion hablaba. Las cejas del músico eran tan ralas que parecían ausentes, por lo que el rostro quedaba enmarcado tan solo por los rizos rebeldes que se le

escapaban del moño a lado y lado de la cabeza. Le sonrió con una exquisita apacibilidad, con los ojos cerrados, apenas curvando la comisura de los labios e inclinando la cabeza. Aquel hombre tenía un rostro etéreo, se dijo ella. Como su música.

Los otros músicos siguieron tocando sin él, que se levantó para buscar un cuenco con frutos secos. El perro lo siguió. Saore decidió que, si bien no iba a poder tocar aquella noche, al menos quería conocer a los músicos. Le preguntó a Mirrine si le apetecía dar un pequeño paseo para estirar las piernas y hablar con los invitados, pero la joven prefirió quedarse sentada. Se acercó al citarista por detrás y le tocó con delicadeza el hombro. El hombre se giró y, sin mostrar ningún gesto excesivo, dio un paso atrás para guardar la distancia con Saore y la saludó inclinando la cabeza.

—Salve, princesa.

—Quiero felicitarte por tu maestría con la cítara. Posiblemente seas el músico más virtuoso que haya conocido jamás.

—Me honras con tus palabras, princesa.

—Prefiero que me llames por mi nombre, Saore. ¿Cuál es el tuyo?

—Me llaman Foteinos —contestó—. Soy el aedo de Emporion.

Anthousa les había hablado de la existencia de los aedos helenos, narradores de historias y hazañas, a medio camino entre un músico y un escritor. La fama los precedía y se les consideraba como una herramienta indispensable para mantener la tradición oral y recordar las batallas acontecidas en la antigüedad. Entablaron una conversación formal. Saore le explicó que había leído los textos de Homero y que sabía tocar la forminge desde niña. Foteinos y ella intercambiaron información sobre epopeyas y poemas, hasta que Egan hizo llamar al músico.

—Compañeros, ahora que todavía no estamos demasiado ebrios, vamos a demostrar quién es el mejor tirador de todos nosotros. Apurad las cílicas y dejad el último sorbo para el cótabo.

Los hombres empezaron a corear hasta formar una sola voz que retumbaba entre las columnas del peristilo:

—¡Cótabo, cótabo, cótabo!

Las pocas mujeres invitadas a la fiesta se retiraron con discreción hacia las estancias interiores de la villa de Egan. Mirrine tomó del brazo a Saore para llevarla con ellas, pero la princesa no se movió del banco. Irenio, a lo lejos, le hizo un gesto con la cabeza para que abandonase el peristilo, pero lo ignoró.

Los esclavos de Egan despejaron la parte central del peristilo para colocar, en medio, un *kliné* con cojines y, a unos codos de distancia, una estructura de la que Saore no había oído hablar hasta aquel momento. Sobre la base ancha se levantaba una varilla de la estatura de un hombre, que sostenía en la parte superior una especie de disco metálico en equilibrio y, a media altura, un platillo de bronce invertido decorado con incisiones geométricas.

—Prestad atención a las palabras de nuestro aedo Foteinos.

Foteinos agarró la cítara y se colocó detrás del *kliné*. Arrancó unas notas lentas y dulces, como el vino que servía Argenis. Antes de recitar, miró a Saore sin ninguna expresión precisa:

El vino es el espejo del hombre
y muestra quién es sin engaño.
Que las cílicas hablen ahora,
que lo oculto se diga sin temor.

Saore tuvo un mal presagio, un ardor corrosivo que le viajaba desde las entrañas hasta las sienes, donde palpitaba en alerta. Foteinos prosiguió con su lírica.

Lanzo el cótabo en honor de la bella Eurídice
para conocer si realmente me ama.
Que el vino se alce con mi deseo.
Si resuena el platillo, tendré esperanza
de robar un beso a mi amada.

Uno a uno, todos los asistentes se fueron reclinando en el *kliné*, sobre el codo izquierdo. Sujetaban las cílicas con el dedo índice introducido en una de las asas. Levantaban el hombro y, antes de hacer ningún otro movimiento, dedicaban el lanzamiento a algún esclavo o esclava de Egan para obtener, como premio, un beso o lo que el esclavo estuviera dispuesto a hacer, con el permiso del gobernador. Con un gesto de muñeca, volcaban el recipiente de tal manera que el vino que reposaba en el fondo de la cílica saliera despedido hacia el disco del cótabo. Sin éxito, el vino se acumulaba en el suelo formando un mosaico de manchas oscuras sobre la grava.

Llegó el turno de Irenio, que, pese a la euforia, no presentaba los mismos síntomas de embriaguez que muchos de los participantes. Apoyó el codo sobre un cojín y buscó con la mirada el objeto de su deseo. Esbozó la sonrisa más delicada que jamás había dedicado a nadie y besó con suavidad el borde de la cílica.

—Lanzo esta por ti, Argenis.

El vino salió despedido con precisión sobre el disco superior, y este, a su vez, cayó sobre el platillo del cótabo produciendo un tintineo metálico que reverberó durante unos segundos en los que todos permanecieron en silencio. Cuando el platillo se estabilizó, los hombres estallaron con vítores a Irenio mientras le palmeaban el hombro.

Saore quedó petrificada cuando se dio cuenta de las verdaderas normas del juego y vio a Egan acompañando a su hijo hacia el *kliné* donde lo esperaba Irenio. ¿Qué depravación le obligaría a hacer al niño? Argenis caminaba con el rostro agachado y una media sonrisa de cortesía. Irenio se palmeó la rodilla dos veces para decirle al niño que se sentara sobre ella, el mismo gesto que le hacía a Saore cada vez que precisaba de cierta intimidad. El rubor le empañó la razón y, con brusquedad, se levantó del banco y abandonó el peristilo. Segundos después, Irenio besaba las mejillas de Argenis con dulzura mientras los invitados aplaudían al ganador del juego del cótabo.

Foteinos encontró a Saore en la entrada de la villa de Egan. Caminó hacia ella arrastrando las sandalias, con un ruido exagerado e innecesario, para que se diera cuenta de que no estaba sola. Intentaba contener las lágrimas y la ira. El perro se paró a pocos dedos de ellos.

—Saore, ¿me permites hablar contigo?

La princesa asintió y, antes de que Foteinos dijera nada, empezó a llorar en silencio, con la falta de pudor que muchas personas se permiten ante los desconocidos.

—Apenas hemos intercambiado unas cuantas palabras, pero me gustaría compartir contigo una reflexión. —Foteinos carraspeó antes de proseguir—. Una de las tareas de un aedo es ser un buen

comunicador. Y para comunicar correctamente, ante todo uno tiene que ser observador y prudente, analizar todos los matices de un objeto para hacerse una idea lo más completa posible. Sé que tengo un don, una especie de clarividencia que me permite ver la esencia más remota de las personas. Y tú, Saore, tú tienes una luz propia en la que dudo que haya personas incapaces de reparar.

La tomó por las muñecas con delicadeza, como lo hacían los helenos, pero apoyó el pulgar sobre la palma de su mano. Saore se sintió conectada con aquel hombre a través del leve contacto. Foteinos se le antojaba como la estrella que aparecía con las últimas luces del atardecer para acompañar a los barcos en las peligrosas travesías nocturnas.

—Ser portadora de una luz tan candente tiene sus desventajas. Demasiada intensidad deslumbra sin remedio; demasiado calor abrasa. Eres una persona capaz de encontrar el equilibrio y sacar provecho de él. Te has casado con un hombre poderoso que no te merece, que no está a tu altura. Mantente por encima de él, Saore, que jamás te pisotee.

Abissabar le había dicho lo mismo la noche de su boda, y su padre, durante toda su vida, se había encargado de repetirle cuánto valía. Cuando alguien que te ama te repite con insistencia el mismo consejo es que una misma no es capaz de ver el peligro que está a punto de atravesar, pensó.

—Foteinos, te agradezco cada una de tus palabras. Me has insuflado la fuerza que necesitaba justo cuando empezaba a flaquear —dijo Saore. Dudó unos instantes antes de formularle una pregunta que, delante de los invitados, habría estado fuera de lugar —: ¿Puedo darte un abrazo?

Foteinos la rodeó con sus brazos acorchados de músico y la tapó con la manta de su cuerpo del mismo modo que protegería a un recién nacido del frío de la madrugada. Resguardada entre sus brazos, echó de menos a su padre, a Anthousa, a sus hermanos. A todas las personas que la habían hecho sentir segura en algún momento de su vida. El perro, aquel animal silencioso que no dejaba solo a su amo ni un instante, se acercó a ellos y le lamió el tobillo a Saore. Supo que podía confiar en el músico.

19

546 a. C., Emporion

Pese a que ella se había negado en numerosas ocasiones, Irenio había comprado un pequeño grupo de esclavos para que velaran por el bienestar de Saore durante los meses en que debería ausentarse. Ante la insistencia de su marido, cedió con una sola condición: que fueran todos de la misma familia. Antes de partir, Irenio había pactado con Egan que en la puerta de la villa donde Saore se quedaba sola hubiera un soldado las veinticuatro horas del día.

Tras haber jurado el cargo de gobernador de Alalia con la urgencia que precisaba aquel momento de conflictos con etruscos y cartagineses, Irenio partió con premura hacia Alalia con un grupo de hombres masaliotas y emporitanos que harían las funciones de soldados. Marchó con la promesa de que, en cuanto recibiera noticias favorables de Alalia, Saore se embarcara en el navío de Norfeus o de cualquier otro comerciante de confianza hasta Masalia y, desde ahí, a la isla de Kyrnos, para formar su hogar con Irenio.

Los días en Emporion se convirtieron en meses. Saore supo por primera vez qué era el aburrimiento. En Tarteso había ocupado cada momento del día en atender todo tipo de tareas. Cuando era niña, la educación copaba la mayor parte de su tiempo. Los ratos de ocio los dedicaba a estar en familia. A medida que su criterio fue tomando

más relevancia, fue formando parte de la vida política y diplomática en el palacio. Tocaba la forminge, paseaba por Asta, hacía cortos peregrinajes a los templos del reino. Se relacionaba con las gentes de la ciudad; cuidaba, se preocupaba de los suyos, debatía con Anthousa y Nora.

En su villa de Emporion, en cambio, las horas del día pasaban con una lentitud eterna. No le gustaba visitar los gineceos de las villas de los magistrados. No podía participar en las actividades de la ciudad. Era extranjera, mujer y vivía protegida por Egan. En casa, participaba en las tareas del hogar, pese a la negativa de las esclavas. Aprendió a preparar comidas foceas y a usar las hierbas aromáticas que crecían en aquella zona.

Mirrine la acompañaba muchas tardes. Egan jamás le prohibió a su hija que paseara por la ciudad junto a Saore, por lo que era frecuente ver a las dos mujeres disfrutar de los atardeceres en la playa o en el ágora. Antes de que se pusiera el sol, mandaba a alguno de sus esclavos al puerto comercial para indagar si había noticias de Tarteso. Las de Alalia se las transmitía Egan en persona. Sin embargo, la información que le daba el gobernador era muy general y limitada, pero Saore tenía capacidad para extrapolar el contexto y así entender las cosas que quedaban veladas. Parte de las conversaciones que mantenían Irenio y Egan le sirvieron a Saore para formar un relato cada vez más completo de la situación.

Los foceos acusaban a los cartagineses de quererse hacer con la ruta del estaño directamente hacia el Atlántico, sin mediar por Tarteso. Se lamentó de no haber prestado atención a las palabras de Hiram cuando advirtió al consejo de que los foceos habían encontrado una ruta alternativa navegando por los ríos al oeste de

Masalia, ni las sospechas de que estuvieran tramando lo mismo desde la sierra del norte. Mainake parecía una colonia apagada, pero en el aspecto estratégico era indispensable. A ello se debían las sospechas de que la presencia asentada de los magónidas en Malaca, con el beneplácito de Gadir, estaba relacionada con intereses económicos y no solo políticos. Pensó en Hadad y tuvo que obligarse a reprimir la punción que sentía en las entrañas al recordar sus palabras. El sitio de Saore estaba en Tarteso. Había pensado que era un ruego para tenerla cerca de él; sin embargo, ahora también creía que había una nota de advertencia, un punto de preocupación por su integridad. Una nota altruista en una persona que medía el mundo tomando como base el beneficio que podría sacar de cada uno de los recursos que tuviera a mano.

Las rencillas entre foceos y cartagineses sobrepasaban los intereses comerciales en la lucha del monopolio del mercado del Gran Mar. Egan hablaba de más de un centenar de trirremes en las costas de Pirgi, pero no se tenía ninguna seguridad de que Alalia fuera su objetivo. Los intereses de los magónidas, afirmaba, se centraban en los territorios cercanos a las columnas de Heracles. Las rutas del norte, en cambio, se respetaban porque no había conflicto de intereses. Repetía aquella frase cada vez que se le preguntaba, y Saore temía que la verdad que se escondía tras aquella sentencia solo tuviera como objetivo calmar los ánimos de los comerciantes que fondeaban en Emporion.

Las mejores tardes eran aquellas en las que la acompañaba Foteinos. Conversaban al amparo de las columnas del peristilo, ante bandejas de fruta fresca. El músico jamás le aceptó una copa de vino; prefería el agua de manantial, fresca o aromatizada con

hinojos. Además de su cítara, siempre llevaba una forminge, que le prestaba a Saore para componer juntos melodías que evocaran el tiempo que cada uno de ellos necesitaba vivir.

Así como la cítara era una prolongación de los dedos de Foteinos cuando pulsaba las cuerdas, el can que siempre lo acompañaba también formaba parte, de una manera que pocos entendían, de la presencia del músico. Ignoraba todo aquello que no fuera el menor movimiento de su dueño, incluso las caricias ajenas. A Saore le despertaba una ternura infinita el amor incondicional del animal hacia el hombre sereno sentado entre cojines.

—¿Cómo se llama tu perro, Foteinos?

—No me hace falta llamarlo, siempre está a mi lado.

—Pero todo lo que existe tiene un nombre —repuso.

—A veces no hace falta nombrar todo lo que vemos, Saore. La música, por ejemplo. Cuando mis dedos se pierden sobre las cuerdas de la cítara, crean melodías que puedo llegar a olvidar momentos después, pero que, seguramente, permanezcan en algún lugar recóndito esperando que las toque en otra ocasión. No las nombro, las rescato cuando es necesario. No hace falta poner nombre a algo que sé que está cada vez que lo necesito.

—Entiendo.

—De todos modos, tanto él como yo sabemos cuál es su nombre —concluyó Foteinos, y acarició la cabeza negra del perro por detrás de las largas orejas.

Norfeus irrumpió en el peristilo, acompañado por una esclava y el soldado apostado en la entrada. Se frotaba las manos con insistencia. Saore mandó que le sirvieran una copa de vino. Algo no

iba bien en Tarteso, no había duda. Lo invitó a sentarse con ellos, pero permaneció de pie.

—Mi señora, prefiero hablar contigo a solas —pidió el comerciante.

—Querido Norfeus, si las noticias que portas son del palacio de mi padre, eres libre de contarlas.

Miró con desaprobación la presencia de Foteinos en casa de una mujer casada, pero al final tomó asiento en el banco junto a él.

—Mi señora, el rey…

Saore se tensó ante la frase inconclusa de Norfeus. La salud de su padre estaba frágil cuando partió con Irenio y sabía que en algún momento Baal requeriría la presencia del rey a su lado. Sin embargo, le dolía hallarse tan lejos de los suyos, atrapada en Emporion. No podía abandonar la colonia hasta que Irenio la autorizara partir de vuelta de Asta.

—¿Mi padre… ha muerto? —se atrevió a preguntar.

—No, mi señora, el rey Argantonio vive —contestó.

Saore cogió aire y lo quiso retener en los pulmones para sentir cómo se consumía en su interior. Su padre no había muerto.

—Entonces, Norfeus, cuéntame por qué la desazón cubre las palabras que todavía no te atreves a decir.

—Mi señora, tu hermano ha tomado posesión del cargo de rey de Tarteso.

Hiram, nuevo rey de Tarteso. Había demostrado la capacidad para poder llegar a gobernar el reino; no obstante, el oráculo le había vaticinado una existencia convulsa. Sin duda, con Hiram comenzaba una nueva era en Tarteso.

—¿Y mi padre?

—No he podido entrevistarme con él. Ya no sale del palacio de Isla de Gerión, donde recibe los mejores cuidados. El rey Hiram en persona me ha pedido que te haga llegar esta información.

Norfeus miró de reojo a Foteinos, que permanecía impasible a su lado, pendiente de las reacciones de Saore.

—Norfeus, ¿qué mensaje te ha dado mi hermano?

—Mi señora… —protestó Norfeus, reticente.

—Habla, te lo ruego.

—Mi señora, el rey Hiram teme por tu seguridad aquí, pues el norte ahora es, digamos… —Norfeus se aclaró la garganta y habló en voz baja—, una zona agitada e inestable. Sus palabras exactas fueron que me busques si sientes que tu vida está amenazada.

Si sentía que su vida estaba amenazada… Conjeturas, verdades a medias, información sesgada. Su padre siempre repetía la importancia de la diplomacia en las relaciones con los otros pueblos. Y cada vez que la mentaba, Saore sentía el peso de la presión impuesta sobre ella, de buen grado también. Argantonio la había convencido de que tenía el don de diplomacia más desarrollado que el resto de sus hermanos, por su carácter cortés y el tacto con el que trataba los asuntos de más importancia. Ahora, en cambio, encerrada en una villa a orillas del piélago, intuyendo lo que ocurría en el Gran Mar, pero sin la certeza de nada, privada del derecho de exigir que le hablaran claro, renegaba de su saber estar. La diplomacia era un arte, por supuesto; el arte de hablar sin decir nada para no preocupar al interlocutor, pero tampoco tranquilizarlo.

Los magistrados helenos no dejaban de repetir hasta la saciedad que habían ganado la batalla. Sin embargo, cualquier soldado que hubiera vivido en primera persona el horror de la ofensiva de los cartagineses lo habría negado con vehemencia.

Cartagineses y etruscos sumaban en sus filas unos ciento veinte navíos, una cifra que doblaba el número de pentecónteros con los que contaban los foceos frente a las costas de Alalia. Los barcos etruscos y cartagineses avanzaban en formación disciplinada hacia donde esperaban los foceos. Reconocían las embarcaciones cartaginesas por los escobenes pintados en los laterales, los grandes ojos rasgados que vigilaban los movimientos del enemigo.

El general Kallikratos de Masalia tenía la esperanza de que el mistral soplara con más intensidad. A pocas millas del estrecho entre las dos grandes islas, las corrientes se intensificaban con los vientos fuertes y el pentecóntero era un barco que resistía bien los embates del mar. Quería contar con las mayores ventajas en la inminente batalla naval, pues los birremes de los cartagineses eran mucho más ágiles en la maniobra que los pentecónteros.

Esa ligereza, por otro lado, les permitió usar una táctica que repitieron hasta que la mayor parte de los barcos foceos quedó inutilizada o, directamente, hundida en el mar. En la cubierta, los guerreros esperaban el momento del abordaje. A medida que se acercaban a los pentecónteros, los soldados helenos divisaban el perfil de sus atacantes: escudos de cuero y cascos cónicos de bronce que deslumbraban con el sol formaban una pared uniforme a lo largo del perfil de los buques. A su vez, los mercenarios libios aguardaban con los arcos en tensión a que el general Magón ordenara el ataque.

A la primera orden del cartaginés, los remeros intensificaron la fuerza de sus paladas. El birreme que iba en cabeza viró lo suficiente para hundir el espolón de bronce en el casco de un pentecóntero, que se partió como se abre el vientre de una manzana verde con un cuchillo afilado. Durante la batalla, el viento transportaba los gritos de los combatientes, el crujir de las maderas astilladas y el silbido de las flechas antes de impactar contra el casco del barco o la carne de los helenos.

Los foceos maniobraban con pericia, partiendo los remos de las naves cartaginesas o embistiendo en respuesta si encontraban el ángulo ideal. Horas después, las cubiertas de la gran mayoría de los barcos eran un amasijo de cuerpos mutilados, cuchillos y espadas abandonados. Y sangre. El hedor de la sangre coagulada se incrementaba a medida que el sol incidía sobre ellos, junto con el salitre, que fijaba en las fosas nasales aquel infernal espectáculo de los sentidos que ninguno de ellos iba a olvidar en los años de vida que les quedasen por vivir.

Pese a la ofensiva cartaginesa y etrusca, pese a la maestría con la que habían realizado cada acometida, no consiguieron forzar la retirada del ejército heleno.

El navío en el que viajaba el general cartaginés se arrimó con prudencia al de Kallikratos. Magón se acercó a la proa. El general foceo hizo lo propio en la cubierta de estribor. Lanceros y arqueros esperaban con las armas en tensión la mínima señal de amenaza para atacar al barco contrario. Kallikratos, desde aquella distancia, era capaz de distinguir la túnica de metal y las grebas que cubrían las piernas del cartaginés hasta la altura de las rodillas. No llevaba casco ni más protección que la de los soldados que se hallaban

detrás de él. Kallikratos escudriñó la presencia de Magón, pero no pudo descifrar más de lo que veía. Un hombre de rostro ancho y adusto, con una barba tupida y voluntariamente descuidada. Por inercia, miraba a todo el mundo con la barbilla un poco levantada y los labios apretados. También a Kallikratos. Sin mediar ningún gesto ni palabra, al fin el cartaginés sacudió con sutileza el semblante a modo de saludo y se dio la vuelta.

Uno a uno, los barcos cartagineses y etruscos se dirigieron de vuelta rumbo a las costas de Pirgi. Ningún foceo remó hacia tierra firme hasta que el general Kallikratos dio la orden de retirada.

En las playas cercanas a Alalia, Kallikratos hizo un recuento de daños materiales, así como de soldados vivos y muertos. Y de rehenes. Los cartagineses habían tomado prisioneros. Maldijo para sí mismo. Cogió un puñado de arena y guijarros, y lo lanzó al mar, con objeto de que la ira que sentía se apaciguase y pensar con raciocinio. Sin embargo, a cada vistazo que echaba a su alrededor, una ola de rabia le nublaba la vista durante unos instantes. El gobernador de Alalia, aquel foceo hedonista que habían enviado desde la polis, era uno de los prisioneros. Había intentado convencerlo de que la guerra era para los militares, no para los políticos. Su lugar estaba en tierra firme, defendiendo las instituciones desde la sala de audiencias.

El futuro de los rehenes era incierto. Sin embargo, en los días siguientes se corrió la voz de barco en barco, con informaciones sin contrastar que no hicieron más que alimentar la inspiración de los aedos. Los cartagineses y los etruscos se habían retirado de la batalla naval por inferioridad estratégica. Habían conducido a los rehenes foceos, encadenados en la cubierta de los barcos etruscos,

hacia Agila. El número de presos no era demasiado elevado, apenas una docena, pero entre ellos se hallaba Irenio de Focea, el gobernador de Alalia, el máximo trofeo que podían entregar al pueblo etrusco tras las desavenencias de los últimos tiempos. Desembarcaron en las costas de Agila, cerca de la ciudad.

Los soldados foceos caminaron arrastrados por las cuerdas que unían sus muñecas, con los rostros quemados por el sol del Gran Mar y vaciados de cualquier rescoldo de dignidad. Los condujeron hasta la ciudad. Caminaban descalzos sobre el empedrado de las calles de Agila. Un numeroso grupo de agileos, hombres, mujeres y niños, impacientes por impartir el castigo a los enemigos, les gritaban y los maldecían en un idioma que no conocían y que identificaron como la lengua del odio.

Llegaron hasta los terrenos de la necrópolis, emplazada a las afueras. La ciudad de los difuntos se encontraba al final de una suave cuesta, flanqueada por curiosos túmulos y monumentos funerarios que ningún foceo había contemplado hasta aquel momento. En aquella explanada tuvo lugar el juicio del pueblo de Agila contra los soldados foceos. El juicio de la piedra. Cada uno de los habitantes cogió una roca del tamaño apropiado para poder lanzarla contra el cuerpo de los hombres retenidos frente a ellos con cuerdas y cadenas. Voló la primera, luego cientos más la siguieron. El sonido de las rocas lacerando piel y partiendo los huesos quedó opacado por los gritos de aquellos verdugos improvisados. La sangre de los heridos se mezcló con el polvo que levantaban, en vano, para huir de la matanza. Irenio, en un último acto de desesperación, alzó los brazos para protegerse la cara, mas no pudo cubrir más superficie que la de su pecho. Una roca roma, pero lanzada con

fuerza, le impactó contra la sien. Perdió el equilibrio y cayó al suelo, arrastrando con su peso a los rehenes unidos a él. Cerró los ojos y rezó a sus dioses para que lo acogieran a su lado.

Una vez que se aseguraron de que los prisioneros estaban muertos o heridos de muerte, los agileos los abandonaron a las puertas de la necrópolis. Nadie los tocó, nadie los enterró. A medida que pasaban los días, los cadáveres, hinchados y podridos bajo el sol húmedo, iban siendo devorados por las alimañas.

Contaron los aedos en Masalia que, cuando murió el último de los foceos de la batalla de Alalia, la brisa del mar extendió la maldición por la ciudad de Agila y los campos de cultivo de los alrededores. Los frutos de las viñas se secaron antes de madurar, los pescadores llenaban las redes de peces muertos con las vísceras repletas de brea. Los agileos entendieron que aquella lapidación había sido injusta, pues había ofendido a los dioses, tanto los suyos como los de los foceos. Una partida de etruscos viajó hasta Delfos para pedir consejo a la pitia, que pronunció una respuesta de postura imprecada: «Honrad a los muertos o moriréis con ellos».

Saore se extrañó de que su cuerpo y su mente estuvieran tan interconectados entre sí, pero no con su corazón.

Focea había salido victoriosa en Alalia frente a los cartagineses, que huyeron hacia tierras etruscas. La realidad final, no obstante, fue muy distinta. El precio que tuvo que pagar por aquella extraña batalla fue muy alto. De los sesenta pentecónteros con los que contaban, más de cuarenta reposaban en aquellos momentos en algún lugar entre las islas de Kyrnos y Sardón. Las naves que quedaron indemnes se disgregaron a lo largo del Gran Mar. Algunas regresaron a Masalia, otras probaron suerte en Hylene. Tres

volvieron a Emporion con las noticias que Egan le transmitió a Saore, guardando los detalles que consideró innecesarios que supiera la viuda.

Irenio había muerto. Defendiendo el cargo de gobernador con toda la dignidad, apostilló Egan. Saore era consciente de que estaba obligada a sentir una tristeza extrema. Con dieciocho años, su vida se había pausado.

Sabía que el decoro le exigía mostrarse apenada; no obstante, no sentía nada que se pareciera a la tristeza. Recordaba el nudo en el estómago cuando su padre agonizaba en el lecho, el dolor ajeno en el funeral de Lirnestaakun. Escuchaba a Egan hablar sin pausa, alabando las virtudes de Irenio, y Saore permanecía quieta, con la mirada fijada en un punto en el vacío.

Irenio había sido un deseo. Había pasado más tiempo imaginando cómo sería la vida con él que en su compañía. Los días en los que compartieron hogar en Emporion se le antojaron lejanos, irreales. Quería sentir algo ante la noticia de su muerte. Se obligó a indagar en su interior en búsqueda del miedo ante la incertidumbre, del dolor ante la pérdida, de la rabia hacia el enemigo. Pero ¿qué enemigo? Saore no tenía ninguno. Saore caminaba el sendero que un oráculo había dictado para ella. Su única tarea había sido descifrarlo correctamente, y ahí se encontraba, perdida. A la hija de la sangre de la diosa, a la hija de los elementos, solo le quedaba el fuego para entender quién era en realidad.

Su futuro, a partir de aquel momento, pendía de un hilo que no sabía quién tenía que mover por ella.

—No quiero quedarme aquí —sollozó Saore entre los brazos de Foteinos.

Se había escapado de su propia casa en mitad de la noche en busca de su único amigo. Foteinos todavía estaba despierto. Había pasado parte de la noche acompañado de un muchacho magro e imberbe que descansaba ajeno al silencioso revuelo de la sala de al lado.

Las últimas horas habían acontecido tan rápido que Saore apenas había tenido tiempo de valorar todas las opciones que se le planteaban.

Egan, en un acto más codicioso que realmente protocolario, le ofreció amparo en su gineceo. Alegó que su hija Mirrine le había tomado mucho cariño y que estaba dispuesto a hacerse cargo de su sustento. El papel que tendría en el gineceo del gobernador era muy ambiguo y posiblemente comportara implicaciones con Egan que Saore no estaba dispuesta a asumir. Oficialmente, se veía a sí misma como una mujer que podía pasar por helena, pero en realidad no tenía cabida en una sociedad como aquella. La tarde anterior Foteinos le había hecho ver una verdad que había permanecido guardada en un cajón: Irenio y Saore habían contraído matrimonio en Asta, según el rito tartesio, por lo que, según las leyes helenas, no era más que una especie de concubina de Irenio. Legalmente, ningún magistrado foceo los reconocería como marido y mujer.

Saber esta información le dio fuerzas para encararse a Egan y rechazar la propuesta de formar parte de la vida enclaustrada en su villa. Le exigió que la embarcaran rumbo a Asta en el primer barco que zarpara. Egan le pidió paciencia; Norfeus estaría unos días en Emporion y luego partiría para Masalia. A la vuelta, Saore podría viajar de vuelta a su reino con el mercader de su confianza. Mientras tanto, tendría algunas semanas para disfrutar de la vida sosegada en

la pequeña colonia y de despedirse de las amistades que había forjado en aquellos meses. Y aquel era el plan que habría querido seguir Saore.

Sin embargo, en un instante, su destino decidió no seguir un camino recto y precipitarse ladera abajo sin que tuviera posibilidad de agarrarse a ningún saliente para aminorar la velocidad de caída.

La casa permanecía en silencio, pero oía el viento ulular contra las ventanas. La noche refrescaba, soplaba el levante y la humedad calaba a través de la piel, incluso dentro de su casa y con los hombros cubiertos con un chal de lana. Pensó en el soldado apostado en su puerta haciendo guardia hasta el amanecer. Saore se asomó y lo vio acurrucado contra el muro de la entrada.

—Hacía tanto frío que me preocupó que pudiera enfermar por guardar mi puerta de peligros que no existen —se justificó, con la cabeza hundida en el pecho de Foteinos—. Le dije que entrara un momento para recuperar el calor con una copa de vino.

Acompañó al soldado a la sala de recepciones de Irenio y lo acomodó frente al pequeño brasero que ardía en una esquina. Las ascuas todavía calentaban. Entonces, todo ocurrió demasiado rápido para que lo pudiera narrar de manera razonable. Saore le explicó a Foteinos que no conocía el nombre del soldado, pues no solían enviar a los mismos hombres a hacer guardia en la villa. Él sí sabía quién era ella, como todas las gentes de Emporion. Una vez que entró en calor, le dijo a Saore que le apetecía la cílica de vino que le había prometido. La noche estaba tranquila, le dijo. No se preveía ningún movimiento en el puerto ni nada que turbara la quietud de la villa. Cuando Saore pasó por su lado para dirigirse a la alacena a buscar una pequeña ánfora de vino, el soldado la agarró con fuerza

por la muñeca. Tenía la mirada vidriosa, como si el humo del brasero le impidiera enfocar correctamente. Con la mano libre, acarició el borde la tela de la túnica de Saore, valorando la calidad del tejido. Sin ninguna sutileza, le espetó que entendía su soledad. Había pasado meses sin un hombre que calentara la lana de su colchón y, ahora, que había quedado viuda, todavía echaría más de menos a su esposo. Ella se puso en alerta y no dijo nada. El soldado le acarició los antebrazos por debajo del chal. Estuvieron unos minutos en silencio, contemplándose el uno al otro. Saore notó el abultamiento en la túnica del soldado, que separó las piernas y dejó al descubierto un pene grueso y oscuro, bajo la luz tenue de la habitación. Quiso obligarla a agacharse frente a él, pero la princesa, en un alarde de firmeza y sangre fría, le propuso tomar primero la cílica de vino que le había prometido, para que terminara de entrar en calor. Se despidió de él con una sonrisa amable. ¿Por qué no gritó para despertar a los sirvientes?, se preguntó después.

Abissabar le recomendó que siempre llevara encima el polvo de semillas de centeno que le había dado antes de partir. Abrió la bolsita de cuero con cuidado y, con una cuchara de plata, mezcló las semillas con el vino. Cuando regresó a la sala, el soldado se había recompuesto la ropa, y la esperaba con un semblante ansioso y enardecido por lo que iba a ocurrir tras dar cuenta del vino.

Apuró la copa de un trago. Lo primero que sintió fue un ardor bajarle por la garganta, como si en vez de vino se hubiera tragado un puñado de las cenizas del brasero. Sin embargo, la aspereza de la bebida permaneció en la boca del soldado. Intentó carraspear y habló con un hilo de voz:

—¿Qué me has hecho beber?

—Es vino fenicio —contestó Saore, con un temblor en sus palabras —. Es más astringente que el vuestro, no me lo puedes negar.

El hombre se llevó una mano al pecho y arrugó la túnica en un intento de apaciguar el ardor que le desgarraba el interior. Trató de ponerse en pie, pero trastabilló y perdió el equilibrio. Saore se apresuró a cerrar la puerta de la sala. El soldado, sin éxito, intentaba buscar en su interior el grito de auxilio para despertar a los esclavos, pero el fuego que lo consumía, que lo desgarraba poco a poco, le impedía articular palabra. Cada respiración se asemejaba al corte de millones de cuchillas. Contuvo una arcada, pero un segundo después escupió una bocanada de sangre fresca que manchó la estera del suelo. El viento siguió aullando con más fuerza contra las ventanas, como si un ejército de keres aporreara las paredes en busca de aquel desgraciado. Se ovilló en el suelo y, al poco, cubierto por la sangre regurgitada, dejó de respirar.

—Foteinos, en pocas horas vendrá otro soldado a relevarlo y mis esclavos lo descubrirán con las primeras luces del día. ¡Estoy perdida!

—Saore, atiende, querida mía.

La agarró por debajo de las mejillas y la obligó a mirarlo a los ojos. Tenía una expresión extrañamente serena. Le habló en voz baja:

—En este instante vamos a casa de Norfeus. Partirás con él esta misma mañana hacia Asta.

—Egan me dijo que viajaba a Masalia…

—Lo sé, pero va a cambiar de planes.

La seguridad con la que pronunció las últimas palabras le permitió que la princesa se relajara por primera vez en toda la noche.

Tal y como pensó Saore, Norfeus se negó a llevarla a Tarteso antes de tiempo. Ella le recordó la promesa que le había hecho a Hiram, que lo buscara si su vida corría peligro. Norfeus bajó la cabeza y, tras unos momentos de reflexión, pidió hablar con Foteinos a solas.

Al poco, los dos hombres regresaron y vistieron a Saore con ropas de esclava. Amparados por las sombras de la noche, la escondieron en la bodega del barco. Zarparían a primera hora.

—Querida amiga, me entristece verte partir así. Te deseo un buen viaje. Espero que puedas encontrar a tu padre con vida.

Se abrazaron por última vez. Se podría levantar el hogar más seguro del mundo entre los brazos de aquel hombre. Dichosas todas aquellas personas a las que Foteinos les dejaba formar parte de su vida. Le tendió una bolsa de cuero curtido, con una sola correa. Con tan solo palpar el interior, Saore supo que dentro estaba la cítara de Foteinos.

—Espero que no te olvides de este pobre músico —sonrió con tristeza.

—Amigo mío, no podría hacerlo aunque quisiera. Has sido la luz de mi faro en todo este tiempo.

Antes de subir al barco de Norfeus, Saore se agachó para acariciar el lomo del perro de Foteinos. El tacto del pelaje suave del animal y el último abrazo del músico le dieron fuerzas para emprender el viaje de vuelta.

—Cuídate mucho, amiga. No esperes que lo hagan otros por ti.

—Tienes un hogar en Tarteso, recuérdalo.

Horas después, el barco bordeaba los límites de la bahía. Una vez que esquivaron el archipiélago de islas que servía de refugio

temporal de pescadores, el navío de Norfeus se desvió de la ruta y partió rumbo al sur.

CUARTA PARTE

20

546-545 a. C., Asta

Trasladaron el cadáver de Argantonio en la barca real desde Isla de Gerión hasta el palacio real, en Asta, para que la ciudad pudiera rendir homenaje al monarca. Las gentes, sin depender de su condición ni obligaciones, visitaron la sala de palacio habilitada para la veneración del que había sido su rey durante décadas. Argantonio tenía el rostro sereno, con una ligera curvatura en la comisura de los labios en un último amago de sonrisa. El cuerpo, el pelo y la barba habían sido ungidos en aceite de tomillo. Vestía una túnica de color púrpura con bordados en el pecho y en las mangas, tejida adrede para los funerales. Le colocaron las dos manos entrelazadas por encima del vientre, con una pequeña rama de olivo de la dehesa de Isla de Gerión entre los dedos. Argantonio, en vida, había ordenado que las joyas de oro quedaran custodiadas en el templo de Baal. El único complemento que lució, el que hacía que se distinguiera de un alto mando del reino, era el collar con los ocho sellos, que se extendía sobre el pecho del hombre.

Al día siguiente, el cadáver viajó hasta el templo de Baal. En la cámara ritual solo se hallaban presentes la suma sacerdotisa y los tres hijos de Argantonio. El rey Hiram fue el responsable de encender la antorcha con la que prender el cuerpo. El olor a carne

quemada se extendió por las salas del templo, camuflado sin éxito por el almizcle del olíbano.

La sacerdotisa se arrodilló ante la pira sobre la cual ardía Argantonio e invocó a los dioses del más allá:

—Mot, señor del viaje eterno, escucha las palabras en honor a nuestro rey, el glorioso e inmortal Argantonio. Hoy devolvemos al fuego del templo el cuerpo mortal de nuestro hermano y guía, el que en vida caminó con firmeza para guiar nuestros pasos. Que el humo de su ser ascienda hasta la morada de los dioses, que sus cenizas limpias reposen en la tierra que lo vio nacer.

»Oh, Baal, recibe a nuestro señor Argantonio, acoge su noble alma entre los dioses, los héroes y los ancestros. Que su nombre no se borre jamás de la memoria de su pueblo.

El funeral de Estado tuvo lugar la tercera jornada, en Asta.

Cuando Saore desembarcó en el puerto comercial, los rituales por la muerte de su padre habían finalizado hacía cuatro días. No pudo hacer otra cosa que llorar ante el túmulo que contenía la urna con las cenizas de la persona más importante de su vida.

«Crisaore, hija de las sombras, respirará cubierta de noche».

Desde que había vuelto de Emporion, pocos meses atrás, había adquirido la rutina de bajar cada tarde a la playa del embarcadero de Isla Gerión a disfrutar, sin compañía, de la puesta del sol sobre el lago. Gharatar, en su torre, encendía el faro un poco después. Cuando la luz le impedía distinguir un rostro en la distancia, daba un

largo paseo por la isla, por la playa, los acantilados, la dehesa…, para ordenar los pensamientos aleatorios que iban apareciendo a lo largo del día. Estaba cómoda en la oscuridad de la noche, amparada bajo la luz de las estrellas, acompañada únicamente de sus sombras. Regresaba a su alcoba cansada, como en las mañanas en las que bajaba a la playa a hacer deporte con Nora y Anthousa.

Nora había intentado unirse a sus paseos vespertinos en alguna ocasión, sin éxito. Saore le contaba que había pasado muchos momentos sola, en introspección, y que había aprendido a sacar provecho de sus pensamientos más íntimos. Al fin, Nora dejó de insistir y se limitó a ver a su hermana en el palacio, o durante los actos y recepciones en los que el rey necesitaba de sus servicios. Abissabar y Ataralki eran los principales consejeros del rey Hiram. Sin embargo, siguiendo el precedente de su padre, incorporó a sus hermanas como asesoras en los principales asuntos de Estado.

Hasta el momento, no había abandonado el palacio de Isla de Gerión más que para ir al templo a honrar el alma de su padre y a orar por el bienestar de su familia. Cuando Hiram mandó una partida militar a la sierra a supervisar la extracción de metales en las minas y vigilar la presencia no bienvenida de extranjeros vagando por los caminos, no dudó en enviar a Nora con los soldados. Saore, en cambio, siguió con sus costumbres tranquilas en la isla y no tomaba ninguna iniciativa si el rey no daba pie a ello.

—Hermana, me llena de dicha que hayas vuelto a Tarteso, pero eres la sombra de la princesa que partió hace meses.

Los dos hermanos paseaban sin rumbo ni prisa por los jardines de Isla de Gerión. Hiram le había ofrecido el brazo a Saore para estrechar el contacto entre ambos y poder hablar sin levantar

demasiado la voz. Ella permanecía en silencio, con la vista al frente, pendiente de las primeras flores de la estación.

—Saore, ¿tu desdicha es a causa de Irenio?

Suspiró y negó con la cabeza. Llevó a Hiram hasta uno de los bancos que algún antepasado colocó en los jardines para descansar al aire libre. Tomó las manos de su hermano y las besó. Todavía no se sentía con la valentía de abrir sus sentimientos a nadie, pero la necesidad de vaciarse de sus miedos le latía en las sienes con fuerza. Si no podía confiar en el rey, su hermano mayor, entonces ¿en quién? Quería volver a acercarse a Nora, pero después de los meses que Saore había pasado en territorio heleno, se dio cuenta de que su hermana se había convertido en una idealista de alma honrada, indispensable para compensar las decisiones puramente burocráticas que se llevaban a cabo en los salones del palacio real. Y, tal vez, esa nueva faceta de su hermana menor la sobrepasaba en algunos momentos. ¿Y Anthousa? Anthousa apenas se dejaba ver. Llevaba a cuestas su propio duelo por la muerte de Argantonio.

—Hiram, mi señor. Mi desdicha no es por la pérdida de Irenio. Muchos me advertisteis de la mala decisión de abandonar Tarteso por seguir a un heleno, pero acaté el camino que dictaba mi corazón. Y ahora —se interrumpió, buscando las palabras adecuadas —, ahora quiero seguir escuchando a mi corazón y no recibo respuesta ninguna.

—¿Quieres seguir viviendo en el palacio con nosotros?

—¿Y qué alternativas tengo, Hiram?

El rey se aclaró la garganta.

—Astarté ha sido tu guía, tienes su marca sobre la piel. Por eso, creo que tienes un potencial especial que te llevaría a ser una gran

sacerdotisa para la diosa. En poco tiempo estoy seguro de que puedes llegar a ser la suma sacerdotisa del templo de Astarté. —Sopesó la reacción de Saore, impasible, antes de proseguir—. Además, ya has estado casada una vez. No te hará falta un segundo matrimonio para acceder al cargo.

Sí, no había descartado servir a Astarté. El tiempo que pasaba en el templo, frente al altar de la diosa, le restituía el sosiego que perdía a lo largo del día. Se había acostumbrado a una vida más reflexiva y juiciosa, y suponía que los quehaceres en el templo la acercarían un poco más a la espiritualidad que clamaba por mostrarse a la luz del día, y no solo en las meditaciones particulares. Si escuchaba dentro de ella, por el contrario, algo le decía que el templo no era su destino. Saore quería ser partícipe de una gran labor tangible y no de un servicio incorpóreo a la comunidad. Para cuando recuperara su fuerza interior, se veía a sí misma como una consejera real tan capaz como podía serlo el príncipe Abissabar.

—Prefiero estar a tu lado, mi señor.

Hiram estiró los brazos y la atrajo hacia él.

—Saore, me alegra mucho saber que estamos los cuatro juntos de nuevo. Nuestro padre habría sido muy feliz de verte de vuelta en tu hogar.

—Me atormenta no haberme podido despedir de él, Hiram.

—Ya lo sé, querida, pero no te lamentes del que ha sido tu sino.

Saore asintió. El nudo que le presionaba la garganta empezaba a sofocarla.

—¿Seguimos con el paseo? Seguro que Abissabar está con las colmenas. Vayamos a verlo.

—Sí, ahora mismo —contestó el rey con cierto nerviosismo—, pero antes quiero proponerte un tema de Estado. Eres libre de elegir si quieres formar parte de ello o no.

Saore sintió que los músculos de la espalda se le tensaban ante la inquietud en el tono de voz de su hermano.

—El Gran Mar es una entidad proteica. A lo largo de estos años han cambiado las alianzas entre pueblos, y nosotros nos hemos tenido que adaptar a cada una de estas alteraciones. La hegemonía de Focea ha llegado a su fin, lo has vivido en tus carnes. Estamos seguros de que el sur del Gran Mar pertenecerá a los cartagineses tarde o temprano. Ninguno de nosotros confía en las intenciones de los magónidas, que son gentes con mucha ambición y pocos escrúpulos. Hasta el momento, ellos tampoco se han acercado a nosotros con la idea de comercializar con nuestros productos o con los que traemos de las Casitérides.

—Entonces ¿hay intención de establecer una conexión con ellos?

—Por el momento, no. Sin embargo, necesitamos que las relaciones con los fenicios de Gadir sigan como hasta ahora. Incluso más estrechas. Los cartagineses son sus aliados, y ellos, ahora mismo, nuestra fuente de ingresos más estable. ¿Entiendes adónde quiero llegar?

La sola mención de Gadir le evocaba el rostro redondo e intimidante de Hadad, y la tensión en su cuerpo se acrecentaba. No habían intercambiado ninguna palabra desde que había regresado a Tarteso. En las recepciones en las que habían coincidido, Hadad se había limitado a seguir el protocolo de saludo. No había vuelto a asediarla con la intensidad del día de su boda con Irenio, si bien con su mirada, en la distancia, le transmitía a Saore información que ella

no estaba dispuesta a interpretar. Supo por sus hermanos que Hadad al fin se había casado con una joven noble de Cartago que apenas participaba en los actos gubernamentales. Saore ni por asomo sabía qué quería decirle Hiram, pero intuía que Hadad era el motivo de su inquietud. La de ella, y también la del rey.

—No, mi señor. Dime lo que tengas que decir, por favor. Sin rodeos.

—En los próximos días se va a celebrar la Noche de Astarté en el templo de Melqart. Hadad ha pedido que seas tú la representante de Tarteso en la festividad. Dice que, de este modo, la alianza entre nuestros pueblos se fortalecerá. Saore —Hiram le levantó la barbilla para forzarla a mirarlo a los ojos—, no estás obligada a hacer nada que no quieras. Puedo hablar con Abissabar o ir yo en persona.

La Noche de Astarté era una de las ceremonias más esperadas para las gentes de Gadir. El dios Melqart perseguía durante un año entero a la huidiza Astarté hasta que ella decidía cuál era el momento adecuado para contraer matrimonio. Con su unión, se bendecía y florecía todo a su alrededor: las redes de pesca, los campos de cultivo, los intercambios comerciales y los vientres de las muchachas. En el templo de Melqart, emplazado en una isla al sur de Gadir, protegido por el panteón divino y el fuerte oleaje, sacerdotes y sacerdotisas fenicios, nobles y aristócratas locales y extranjeros compartían una larga noche de danza y vino para honrar el vínculo que otorgaría la buenaventura un año más a la tierra emplazada en el horizonte del Gran Mar.

—Acepto la invitación.

Después de la conversación con Hiram en los jardines de su hogar, decidió poner fin a la etapa de introspección y se obligó a recuperar las bondades que habitaban en su interior. Quería volver a ser la princesa Saore de Tarteso, la que había sido tan querida en Asta. Mandó preparar la barca real para navegar hasta la ciudad. En vez de rezar en el templo, pasaría por el mercado a comprar fruta seca y visitaría a su prima Raha en el palacio del gobernador Ataralki. Cuando los dioses determinaran el momento adecuado, Raha se convertiría en la esposa del rey Hiram y en la reina de Tarteso. Mientras tanto, quería retomar la relación de intimidad y amistad que había descuidado tras aquellos meses de buscarse a sí misma.

La barca real llegó al embarcadero de Asta. A unos codos de distancia, vio el bote de Gharatar varado en la arena. El farero debía de haber ido a buscar las provisiones para la isla, se dijo. Poco después, distinguió su silueta cargando con dos ánforas a ambos lados del cuerpo. Del mismo modo que no había coincidido cara a cara con Hadad, tampoco había tenido ocasión de saludar a Gharatar. La luz del faro le recordaba cada noche la labor que llevaba a cabo. Alguna vez había estado tentada de pedirle al barquero de palacio que la llevara antes del atardecer a la isla donde vivía y trabajaba el hombre, en soledad, a fin de asegurarse de que tenía todo lo indispensable para no convertirse en la sombra negra que fue su padre. Sin embargo, no había encontrado ninguna excusa para visitar a Gharatar que no hubiera molestado a su hermano Hiram.

El farero dejó la carga dentro de la barca. Al incorporarse, vio a Saore caminando hacia él. Bajó el rostro cuando la princesa se detuvo a su altura.

—Querido Gharatar, ¿cómo te encuentras?

—Mi señora —dijo el farero, llevándose la mano de Saore a la frente—, siento mucho tu pérdida. Espero que seas feliz de nuevo, aquí, con los tuyos.

Con los suyos. Aquellas palabras le retumbaban en los oídos cada vez que las escuchaba. Jamás habría reconocido que tendría que haber hecho caso a sus instintos y haber abandonado a Irenio en su aventura de gobernador. Sintió las palabras de Gharatar vacías de emoción, y a él, distante; evitaba mirarla de forma directa.

—¿Acaso te has olvidado de llamarme por mi nombre? —preguntó ella, amable. Gharatar permaneció en silencio, sin hacer ningún amago por cambiar de postura—. Y, cuéntame, ¿cómo estás?

—Bien, gracias por preocuparte.

Gharatar levantó la vista de sus pies para contemplar a Saore. Un vistazo rápido: se detuvo en sus ojos, en el cabello trenzado recogido a media espalda y en las mejillas de la princesa. Sus mejillas, a su vez, se encendieron. Le hizo una reverencia y se dispuso a preparar la barca para regresar a su hogar.

—Mi señora, un placer haberte podido saludar.

Supo que ocultaba algo. Deseó desde su corazón que el alma de Gharatar no se corroyera como la de su padre.

21

546 a. C., templo de Melqart

La partida que el rey había enviado a la sierra seguía sin dar señales de vida. Hacía días que esperaban su regreso, pero desde el destacamento de Caura de Baal Safón no habían mandado novedades de la posición de los soldados encargados de averiguar si había habido más incursiones en los caminos de los afluentes del Tar.

—Hay que enviar otra partida con nuestros mejores soldados —dijo Hiram, sin previsión de que nadie se opusiera a su decisión—. Hailama, necesitaremos que los talleres trabajen estos días para hacernos con más armaduras y espadas.

—Mi señor —repuso el general Baldo—, no podemos enviar al ejército al norte y dejar la capital desprotegida.

—Mi hermana está desaparecida —contestó el rey, apretando los labios con demasiada fuerza—; si hay que registrar todos los rincones de Tarteso para dar con ella, que así sea. Id directamente a Calentus. Las últimas noticias llegaron de ahí.

—Mi señor, insisto. Dentro de dos días Gadir será un hervidero de comerciantes y extranjeros. Habrá que reforzar los campamentos en Aipora y proteger Asta desde el interior en el caso de que…

—¡He dicho que hay que enviar una partida a buscar a Nora!

—Mi señor, Baldo tiene razón. Necesitamos el grueso del ejército en la capital.

—Los foceos campan a sus anchas en nuestro reino, Ataralki. La producción de metal cada vez es más escasa, pero el corazón de las minas sigue vivo. La comuna minera de esclavos en Calentus ha abandonado la colonia y temo que Nora esté con ellos, en peligro. Tampoco descarto que se haya topado con soldados foceos y… —miró a Saore antes de proseguir—, estos malnacidos están dispuestos a cualquier cosa para llenar sus arcas.

—Mi señor, hemos expuesto todos los puntos de vista y no llegamos a ninguna conclusión. Tal vez lo más adecuado sea que ahora debatamos los dos, a solas, cuál es la opción más segura para el reino.

El rey mandó salir a los consejeros de la sala de audiencia y continuó la reunión con el gobernador.

Saore agarró la mano callosa del barquero para subir a la pequeña embarcación, todavía varada en la orilla. Se sentó en la bancada de espaldas a él, que empujó el bote hasta que el agua le cubrió la cintura. En el primer tramo remó con fuerza para dejar tras de ellos los bancos de arena y sortear los primeros salientes de roca. A su derecha, unos cuantos farallones, en apariencia yermos. A medida que la barca avanzaba hacia la isla, el oleaje se volvía cada vez más violento. Saore, acostumbrada a la navegación en cualquier tipo de embarcación, no manifestó ningún síntoma de incomodidad. En la lejanía, sin embargo, las olas rompían con suavidad a los pies del templo. Permanecía con la vista al frente, fija en su destino, sin

intercambiar ninguna palabra con el barquero, que movía los remos con destreza.

Una figura ataviada con una túnica blanca y cubierta con un manto del mismo color se dirigía con andar tranquilo hacia el pequeño espigón que hacía las funciones de dársena. Saore no tardó en reconocerlo: se trataba de Baaliram, el sumo sacerdote del templo del dios Melqart. Una punzada de desilusión se apoderó del rostro de Saore durante unos momentos. Esperaba una recepción más solemne, acorde al rango que asumiría en la Noche de Astarté. El barquero amarró la barca en un saliente. Baaliram le ofreció la mano, de tacto firme y refinado, a diferencia de la del barquero. Saore se acomodó el manto sobre los hombros e hizo una ligera reverencia al sacerdote. Este la agarró por los codos y esperó que ella realizara el mismo gesto. Baaliram era poco menos de un dedo más bajo que ella, pero el porte del sacerdote le recordó en cierta medida a su padre, así como el plateado de sus sienes y barba. No estaba segura de si el hombre participaría de forma activa en los rituales de Astarté y Melqart o delegaría en sacerdotes más jóvenes, los guardianes del templo. De todos modos, la invadió un primer sentimiento de repugnancia al imaginar la piel apergaminada del sumo sacerdote libre de túnicas y ungida en aceites aromáticos.

—Bienvenida al templo, princesa Crisaore. Es un honor poder contar con tu presencia en la ceremonia de este año. —Baaliram le apretó los codos con suavidad y acercó la frente a la suya—. Espero que estemos a la altura de tus expectativas.

—Llámame Saore, nadie se ha dirigido a mí jamás por mi nombre completo.

Los dos caminaron por el pequeño tramo de playa para bordear el flanco este del templo sin mediar palabra. Había media docena de pequeñas barcas como la suya, en buen estado, amarradas en la dársena.

Subieron por la escalinata que los llevó hasta la entrada principal. Saore se maravilló al contemplar las gigantescas columnas de bronce que presidían la entrada al primer patio. Bajo el umbral, las tallas de Melqart y Astarté fueron las únicas que le dieron la bienvenida al templo, pues ni un murmullo se advertía entre las paredes del lugar. Sin embargo, sabía que no estaba sola en el recinto. Las barcas amarradas habían transportado a los primeros dirigentes extranjeros invitados a la festividad y, con seguridad, estarían descansando o preparándose para cuando los llamaran.

Atravesaron el patio y la gran sala del templo. En el lateral oeste, tocando con la muralla del recinto, se disponía un conjunto de pequeñas celdas rituales. A la entrada de cada una, ardía un cuenco con resinas aromáticas. Baaliram y Saore esperaron en silencio. Al poco, apareció una sacerdotisa joven vestida con una túnica liviana. A la princesa le pareció que la presencia de la chica era atemporal. Llevaba el cabello largo y oscuro recogido en un moño formado por una gran cantidad de mechones trenzados y anudados entre sí mediante cintas de tela púrpura. Las dos mujeres se tomaron las manos y juntaron las cabezas a modo de saludo. Olía a romero y a sal.

—Princesa Saore, la sacerdotisa Abasúr se encargará de ayudar a instalarte. Sobre el jergón dispones de ropajes adecuados para esta noche, y agua y aceites para asearte. Tómate el tiempo que necesites. Dentro de un par de horas tendrá lugar la ceremonia de

inicio al matrimonio sagrado. Hasta entonces, puedes descansar o estar en compañía de Abasúr. Como ya te he dicho, es un honor contar con tu presencia. Sin más, me despido.

El sumo sacerdote inclinó la cabeza y, volviendo sobre sus pasos, regresó a la gran sala.

Saore siguió a Abasúr hacia el interior de la celda. Junto al jergón había una jarra y una palangana de cerámica rojiza sin decorar con las que realizar el baño ritual al atardecer. El sonido predominante era el de las olas del mar rompiendo contra los cimientos del templo. No obstante, Saore aguzó el oído. Camufladas por el rumor del oleaje, escuchaba voces tenues de hombres y mujeres. Abasúr esperaba, hierática, en la puerta de la celda, a que Saore decidiera lavarse y cambiarse de ropa.

—Princesa Saore, puedo trenzarte el cabello si así lo deseas.

—Te lo agradezco.

La sacerdotisa le desenredó el pelo con un pequeño peine de marfil, un objeto cuyo lujo destacaba entre los objetos humildes de la celda. Le aplicó un poco de aceite de romero en la cabeza y dividió el cabello en tres grandes mechones, que trenzó desde la raíz hasta las puntas. Las dos trenzas laterales, que Abasúr pasó detrás de las orejas, se tensaban demasiado a la altura de las sienes.

—Princesa Saore, ¿prefieres que decore el peinado con cuentas o cintas? ¿O tal vez que lo enrolle?

—Lo que consideres más adecuado. Estoy en tus manos.

—Entonces voy a fijar las trenzas alrededor de la cabeza, como si llevaras una diadema. Así, tu aspecto de noble destacará entre las demás mujeres y tu rostro quedará enmarcado. Eres una mujer bellísima.

Saore se ruborizó ante el cumplido de la joven sacerdotisa. Se dejó llevar por sus manos expertas, primero sobre su cabello y luego sobre su piel, para asearla. Empapaba los dedos en aceite perfumado y recorría las vértebras de la columna una a una, el contorno del cuello y de los senos, el sendero de las fibras musculares del brazo hasta la palma de la mano. Cuando estuvo lista, su compañera le recolocó en el dedo anular de la mano izquierda la sortija que llevaba. Saore perfiló con la yema del dedo el símbolo de la diosa, grabado sobre el chatón de oro. Su diosa, sangre de su sangre.

El sol perseguía la línea del horizonte sobre el mar. Los últimos rayos teñían el ambiente en el templo con una luz dorada semejante al fulgor de las suaves llamas que ardían en las antorchas colocadas en puntos estratégicos a lo largo del templo.

El altar erigido en honor de Astarté se colocó en el centro del primer patio porticado, el recinto más amplio del templo. La brisa marina no conseguía penetrar a través de los muros, por lo que el único indicio que tenían de encontrarse en una isla era el murmullo del mar al otro lado de las paredes y la humedad salina que impregnaba la piel perfumada de los presentes. A lo largo del pavimento se dispusieron grandes cuencos que contenían semillas de beleño que ardían lentamente sobre un lecho de brasas, extendiendo una suave niebla azulada que acababa por diluirse en el aire.

En el patio se habían dispuesto distintos tipos de asientos dependiendo del estatus y del deseo de intimidad de los invitados.

Banquetas de madera, sillas individuales, hamacas y almohadones se ocuparon a medida que dirigentes y sacerdotes cruzaban los espacios del pórtico. A un lado y otro, los percusionistas tocaban los timbales con la misma cadencia que los latidos de los corazones. Vestían solo una faldellín de cuero repujado, que alternaba filigranas con el símbolo de Astarté. Se cubrían los rostros con una máscara de buey. Cerca de ellos, otros músicos con el mismo atavío esperaban su entrada de pie, sujetando los címbalos. Los sacerdotes y sacerdotisas de menor rango repartieron las cílicas con el brebaje ritual: vino de miel aromatizado con hierbas. Saore se llevó la copa a los labios y dio el primer sorbo. El vino se quedó un momento en la boca de la princesa, pues la textura gomosa de la resina de la adormidera con la que se había mezclado le resultaba confusa. El peinado le presionaba las raíces del cabello y la túnica de lino blanco que llevaba era demasiado fina para la temperatura del final del día.

—Bebe, princesa Saore. Así entrarás antes en calor —le susurró Abasúr al oído.

Sintió cómo se le endurecían los pezones bajo la túnica al notar el aliento de la sacerdotisa en el cuello y los finos labios rozándole el lóbulo de la oreja. Reprimió un gemido. Abasúr le acercó la cílica de nuevo a la boca para que bebiera el vino de un solo trago. Ella buscó los labios de Abasúr para calmar la sed que no aplacaba el vino. La sacerdotisa entreabrió la boca para que Saore entrara. Se estremeció. La niebla de la resina ardiendo se apoderó de sus sentidos. Su cuerpo cada vez era más liviano. Imitó las caricias que le profería su compañera: una suave presión en la aureola del pezón ajeno a través de la tela, el dedo perdiéndose dentro de una boca jugosa. La humedad en sus labios le hizo evocar la lengua de Hadad

jugando con la suya. Miró a su alrededor, en busca del gobernador, sin entender con qué objetivo lo hacía. Este todavía no había llegado.

El patio quedó en silencio cuando entraron Baaliram y Batanat, la suma sacerdotisa del templo de Astarté de Gadir, en el promontorio colindante con el puerto de la ciudad. Ambos vestían la misma túnica blanca de lino que llevaba Saore y el resto de los invitados. Se colocaron frente al altar, de espaldas a las pequeñas estatuas de Astarté, hierática y desnuda, y Melqart, ataviado con faldellín y tiara. Tomados de la mano, miraron a su alrededor. Por fin, Batanat habló:

—Hijos e hijas de Gadir, forasteros y comerciantes, sed bienvenidos a las celebraciones de la Noche de Astarté. Vais a ser los únicos testigos de esta velada mágica en la que se abrirá el vientre de nuestra diosa Astarté, madre del germen de la vida. Bajo su manto, brotarán buscando la luz las semillas y los granos, y los vientres fértiles de las mujeres se llenarán en primavera.

Tenía la piel de la cara y de los brazos tersa y bronceada. Aparentaba menos edad de la que su voz ronca y cansada delataba. Saore se percató, a través de la túnica, de la silueta descolgada de sus pechos y de su vientre. El cuerpo de la mujer era bello y embrujador, pues se equilibraba con la armonía compensada de sus palabras y sus gestos para clamar la atención.

—Sentíos libres de pensamientos y acciones entre los muros de este templo: la protección de Melqart y Astarté nos ampara.

—Que su poder fecunde las entrañas de la tierra —añadió Baaliram.

El sonido de los crótalos y las castañuelas precedió la entrada de los bailarines al patio. Danzaban desnudos, alrededor del templo y

entre los invitados. Las melodías de los timbales provocaban contoneos extáticos de la cadera y los brazos. La intensidad de la música se iba incrementando a medida que pasaban los minutos. El bamboleo de pechos y falos no estaba exento de elegancia, pues los danzantes tenían un halo sagrado, un propósito místico bajo la luz de las primeras estrellas en un cielo todavía azulado al oeste.

La suma sacerdotisa hizo llamar a un hombre de piel oscura y pelo corto ensortijado. Abasúr se lo había presentado a Saore momentos antes. No conseguía recordar su nombre, tan solo que se trataba de un príncipe gétulo que la había saludado con una inclinación de cabeza. La sacerdotisa le rasgó la túnica a la altura de la clavícula con un pequeño cuchillo de plata y le desgarró las vestiduras dejando a la vista de todos un cuerpo musculado y magro, a excepción de cierto acúmulo de grasa en los glúteos que no acaba de romper la proporción estética. Las manos de la suma sacerdotisa recorrieron la espalda del príncipe. Agarró con demasiado ímpetu las nalgas del hombre, que se deshizo del abrazo para alzarla. La penetró sin dilación frente al altar, en el suelo del templo, mas con movimientos de cadera rítmicos y cadenciosos.

Saore sentía que el tiempo corría de manera sosegada, que la gente a su alrededor se movía al compás de la percusión de los músicos enmascarados. Mirase a donde mirase, había personas fornicando entre ellas, masturbándose los unos a los otros o bailando cerca de la enajenación. Sin embargo, ella parecía ser la única invitada que no disfrutaba de la compañía de nadie más. Los únicos que se acercaban a ella eran los bailarines y las bailarinas, que le sonreían fugazmente antes de pasar de largo. Su cílica siempre estaba llena. Bebía un poco y, sin que apenas fuera

consciente de ello, algún joven sacerdote le había rellenado la copa. El dulzor de la bebida le había quitado el apetito. Quería arrebatarle la lira a alguno de los músicos y tocar las canciones que había aprendido con Foteinos. La cara de este se difuminaba al evocarla. No podía moverse de la banqueta. Su compañera Abasúr se había retirado al interior del templo con un hombre canoso y arrugado cuya procedencia no supo adivinar por su apariencia. Saore seguía sentada, bebiendo el vino a sorbos cortos.

Era incapaz de pensar con lucidez, pues tenía la mente nublada por el humo, el vino y los gemidos indiscretos. Se limitaba a contemplar el espectáculo. Al final, encontró a Hadad tumbado sobre unos grandes almohadones bordados. Tenía los ojos cerrados y la respiración agitada, y el miembro viril dentro de la boca de una joven sacerdotisa que subía y bajaba levemente la cabeza. Las entrañas de Saore se encendieron. Se obligó a respirar con calma cuando se dio cuenta de la pequeña convulsión que mostró el cuerpo del gobernador, que, acto seguido, se relajó entre los cojines. La muchacha se limpió la barbilla con el dorso de la mano y empezó a recorrer con la lengua los pliegues de la ingle de su amante. Hadad se incorporó y apartó con gesto amable la cabeza de la sacerdotisa. Miró hacia Saore y le sonrió. Se levantó del suelo y, después de un traspié sin importancia, caminó con pasos vaporosos hacia ella. Las carnes flácidas de Hadad contrastaban con el pene todavía erecto.

Se sentó a su lado y tomó un trago de la cílica de Saore. Los dos se miraron en silencio. Esta vez, la princesa no quiso apartarle la mirada. A la luz de las antorchas, los ojos de Hadad llameaban más

que el fuego sagrado. Tomó la mano de Saore y la besó sin apenas rozarla con los labios.

—Mi señora, me honras con tu presencia aquí. Espero que estés disfrutando de la fiesta.

Las palabras tardaban demasiado en brotar de la boca de Saore. Estaba mareada y confundida, pero no quería que el hombre se marchase. Quería agradecerle que la hubiera invitado a la ceremonia y felicitarlo por el futuro nacimiento de su primer hijo o hija. No obstante, solo estaba pendiente de que no le soltara la mano.

—Muchas gracias, Hadad. Sin embargo, tengo la percepción de que nadie osa acercarse a la princesa de Tarteso. Al menos, sin tu aprobación.

Hadad soltó una carcajada, que ella escuchó con cierta reverberación.

—Así es. Puedes tener la compañía de quien tú desees, por supuesto, pero nadie te importunará ni te obligará a hacer nada que no quieras.

Apretó la mano de la chica con más fuerza. Tras unos momentos de silencio incómodo, Saore se deshizo del lazo de su mano para masajearse las sienes.

—¿Qué ocurre, Saore?

—Las trenzas… Me aprietan demasiado y me duele la cabeza.

Hadad se levantó y bordeó la banqueta para situarse detrás de ella. Sentía el vientre blando del hombre apoyado contra la espalda. Con paciencia, fue desatando las cintas que conformaban la diadema de cabello y deshaciendo las trenzas que le causaban aquel malestar. Hundió las manos entre los mechones de pelo de la chica y empezó a acariciarle el cuero cabelludo. Saore cerró los ojos y se dejó llevar

por las manos de Hadad, otra vez en menos de un año. El gobernador se inclinó sobre ella y le apartó el cabello hacia un lado, para dejarle expuesto el cuello.

—¿Puedo besarte?

Saore se quedó unos momentos confundida con la pregunta. Hadad la había acariciado, la había besado sin su consentimiento cuando tuvo oportunidad. Con aquella pregunta no le estaba pidiendo un beso. Le estaba preguntando si le abría la puerta. Tenía la respiración cada vez más agitada y el fuego que nacía en el bajo vientre irradiaba por cada dedo de su piel.

—Sí —musitó con un hilo de voz.

Le besó el cuello con delicadeza, apenas rozando los labios sobre la piel. El pecho de la princesa subía y bajaba, presa de la excitación. Hadad agarró la tela de la túnica a la altura de la cintura. La deslizó por encima de la cabeza y la dejó caer sobre el suelo del patio. Desnuda, expuesta, cerró los ojos y se dejó llevar. Hadad la tomó en brazos, como había hecho el príncipe gétulo con la suma sacerdotisa, pero el gobernador la llevó al interior del templo, buscando la intimidad de la celda que Baaliram le había habilitado para aquella noche. Le llamó la atención que supiera de antemano cuál de ellas era la suya, pero la joven no abrió la boca. Tenía la mente abotargada y el cuerpo encendido a la espera de que el fuego de Hadad lo avivara todavía más. La colocó en el borde del jergón y la instó a tumbarse. Hadad se arrodilló frente a Saore y le separó las piernas para adorarla como si la misma Astarté se hubiera reencarnado en su cuerpo.

—Te deseo tanto, Saore…

Ella era incapaz de hablar, de murmurar, de rogar. Oía, a lo lejos, como si se tratara de un recuerdo, la música monótona de los timbales. O tal vez era su corazón latiendo desbocado. Daba igual; de repente dejó de percibir la realidad con los sentidos habituales, tan solo experimentaba la realidad a través de los poros de su piel. La presión de la mano de Hadad sobre sus rodillas. El rastro de saliva de su lengua recorriéndole los muslos. Tenía enterrado entre las piernas un animal salvaje que comía, devoraba la carne con hambre atrasada, hundiendo la cabeza en las entrañas de la presa abierta en canal. Se oyó a sí misma jadeando y repitiendo el nombre de su amante (Hadad, Hadad, Hadad…), con el miedo a que desapareciera si dejaba de invocarlo durante un solo segundo.

Era una noche sin luna, apenas iluminada por las tenues luces de los destacamentos; el faro era el único punto de referencia. Navegaban con cautela, usando los remos necesarios para hacer avanzar los treinta navíos a una velocidad apenas superior a la de las mareas del estrecho.

Un poco antes de llegar a la entrada al lago de Tarteso, el fuego se apagó y la oscuridad reinó sobre el mar y la tierra. Gharatar esperó a que pasaran los barcos, sorteando los bancos de arena. Sin luz, apenas se distinguían los escobenes, los ojos vigías a ambos lados de las cubiertas. Cuando la silueta del último navío desapareció frente a sus ojos, cogió el bote para volver a amarrar la malla que hacía de barrera acuática a sus balizas. Tendría que apresurarse para encender el fuego y convertir, de nuevo, la atalaya en un faro. Estaba convencido de que el destacamento de Aipora no

enviaría a nadie a la isla a pedir explicaciones de por qué la luz del faro se había apagado durante aquellos minutos. Era más que seguro que se movilizarían con premura hacia la capital en cuanto vieran arder Isla de Gerión.

22

545 a. C., templo de Melqart

Hacía frío. El aire húmedo de la madrugada atravesaba pasillos y recovecos hasta colarse por las paredes de la pequeña celda. Saore se estremeció un instante e, instintivamente, se apretó contra Hadad en busca del calor de su cuerpo. Estaba físicamente cansada, como si hubiera estado trabajando una jornada al aire libre, y tenía la cabeza cargada con un peso liviano pero constante. Los recuerdos de la noche anterior, pese al estado de embriaguez, aparecían serenos, uno detrás de otro. No obstante, si le hubieran afirmado que había sido un sueño, lo habría creído a pies juntillas. Pero no había sido una alucinación, pues Hadad no se había esfumado como el humo del beleño en los quemadores.

Permanecieron unos segundos abrazados hasta que Saore notó cómo crecía el pene del gobernador contra su muslo. El hombre hizo el ademán de tumbarse sobre la princesa, pero Saore le colocó una mano sobre el pecho.

—Hadad, no procede. La Noche de Astarté ya ha acabado.

El gobernador le apartó la mano. Volvía a tener los ojos embravecidos del mar en tormenta, el color que en el pasado la hacía ponerse en alerta. Ahora, sin embargo, la agitaba de una manera distinta.

—Tengo la cabeza embotada —protestó, sin demasiado énfasis.

—No hagas nada, amor mío, déjate llevar hoy también.

Hadad volvía a cubrirla de besos, en los senos, en el cuello, en la palma de las manos. Apoyó los codos sobre el jergón y Saore, en un gesto aprendido horas antes, le rodeó la cintura con las piernas. Antes de que Hadad se vaciara en sus entrañas, los interrumpió la voz ronca de Baaliram.

—Gobernador Hadad, el general requiere la presencia de la princesa.

—¡No! —rugió él, que se incorporó de un salto del jergón—. La princesa se queda en Gadir, como acordamos.

—Te lo ruego, mi señor…

Saore se vistió con las ropas que había llevado el día anterior y, una vez recuperada la prestancia de su rango, salió de la celda a pedir explicaciones al sumo sacerdote.

En el patio donde la noche anterior había tenido lugar la ceremonia en honor de la diosa, Baaliram discutía con Hadad. A su lado, la figura del general Magón le empañaba cualquier otra visión a Saore. El cartaginés, no mucho más alto que ella, contemplaba la escena ajeno, con la barbilla levantada.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Saore.

Hadad rodeó a la princesa con el brazo y, desafiante, se dirigió a Magón.

—La princesa Saore de Tarteso está bajo mi protección.

—Hadad —dijo Magón con voz grave, y los miró de arriba abajo antes de proseguir—, serás recompensado con creces por la ayuda que nos has facilitado. Pero el destino de la princesa extranjera no va ligado al tuyo.

—Saore no es extranjera, es hija de esta tierra. Ella nació predestinada a ser el nexo entre los hombres…

—¡Calla de una vez! Estoy harto de la palabrería de los políticos.

Se acercó a la pareja y agarró con fuerza a Saore de la muñeca, que forcejeó en vano y gritó cuando le dobló el brazo contra la espalda. Le levantó la cara para obligarla a que se centrara en sus ojos.

—Ahora escúchame con atención. —Miró a su vez al gobernador y al sumo sacerdote—. Escuchadme todos. Tarteso ya no es una realidad. Aquí tenéis a la única superviviente de la estirpe del rey Argantonio, pero sus hijos no tienen derecho sobre estas tierras.

A Saore se le heló la sangre mientras esta le corría por las venas. Quiso gritar con todas sus fuerzas, pero una presión en el pecho le impedía articular palabra. Se revolvió entre las manos de Magón, pero el cartaginés, de un empujón brusco, la obligó a postrarse en el suelo. La sangre de las rodillas empezó a teñir tenuemente las piedras blancas del pavimento del patio.

—Estate quieta, princesa, si no quieres arder como lo han hecho tus hermanos en vuestra isla, ajenos a las peticiones de vuestro pueblo.

—¡Miserable! Habías prometido no arrasar ni el palacio ni la capital, ¡ni asesinar al rey!

Saore empezó a llorar en silencio, con la vista fija en el suelo. No se atrevía a levantar la cabeza para mirar a Hadad, que seguía gritando al cartaginés.

—A partir de ahora, los pueblos y villas de Tarteso estarán bajo nuestra jurisdicción —anunció Magón, haciendo caso omiso a las ofensas del gobernador Hadad—. Gadir podrá seguir comerciando

como hasta ahora, exento de impuestos. Más adelante hablaremos de todo esto, cuando nos hayamos instalado.

Magón levantó a Saore de mala gana y la instó a seguirlo hacia la salida. Hadad se interpuso entre ellos. Dos soldados le apuntaron con las lanzas, que bajaron a la señal de Magón.

—Te lo ruego, deja que me haga cargo de ella. Es lo único que te pido.

—Ya te he dicho que no es posible, la princesa es…

—Hadad, tienes razón. Yo soy el nexo de los hombres. Y a ti te maldigo por habernos vendido al mejor postor. Que Gadir se hunda en las aguas, de igual manera que Tarteso ha sucumbido al fuego.

El general y la princesa bajaron las escaleras del templo; en la arena de la playa, custodiada entre navíos de guerra cartagineses, reposaba la barca de pesca de Gharatar. Saore sintió que la poca integridad que le quedaba se rompía en mil pedazos.

—¿Vas a violarme?

En las últimas horas, el mundo de Saore se había desvanecido del todo. Estaba rota. Vacía. Nada de lo que le ocurriese a partir de aquel momento tenía ya importancia. El único pensamiento que se le cruzó fue tan definitivo que ni la asustó: no iba a luchar ni por su integridad ni por su vida. De pie, en la puerta de la cabaña de Gharatar, contemplaba cómo el farero ordenaba las pocas pertenencias que tenía en el interior. Él, de espaldas, extendía una manta limpia sobre el jergón.

—No.

Gharatar, igual que Saore, estaba vacío. El muchacho que se desvivía por hacer reír a la princesa, el que había asumido de niño la gran responsabilidad de mantener encendida la luz del reino, evitaba conversar con ella.

—¿Acaso no soy el trofeo que te prometió el cartaginés?

Acabó de preparar la cama con parsimonia. Se giró para enfrentarse con la princesa de un reino que ya no existía. De su reino.

—No entiendes nada, Saore.

—¡Claro que no entiendo nada! ¡Ayer me despedí de mis hermanos para asistir a la maldita fiesta en Gadir y hoy están todos muertos!

El farero se acercó y ella no se movió ni un dedo para apartarse. Hizo el ademán de agarrarla por los codos, pero vaciló ante la rigidez en la postura de su señora.

—Aunque no me creas, siento tu pérdida, que también es la mía.

Había desesperación en cada gesto, en cada palabra arrastrada. Saore ya no confiaba en nadie. Había sido una necia al pensar que la invitación de Hadad era una táctica diplomática para acercar los dos pueblos. El gobernador se movía solamente por sus intereses. Saore le importaba, por supuesto, la amaba hasta la obsesión, pese a que no sabía con qué propósito lo hacía. Si le había salvado la vida, lo había hecho movido por el egoísmo, por no sufrir su ausencia definitiva otra vez. ¿Y Gharatar? Él también estaba perdido. Tampoco confiaba en él. El destino que otros habían decidido por ella se mostraba incierto.

—Sé que piensas que soy un traidor, y no vas errada. También sé que no me vas a creer si te cuento que mis motivos han sido nobles

para nuestro pueblo.

No, no quería escuchar una palabra más de la boca de Gharatar. Durante el trayecto en barca hasta la isla del faro había permanecido callado, y así quería que continuara. Con las primeras luces del alba, todavía se podía ver el humo del fuego que había arrasado su hogar, así como las hogueras de destrucción en Aiporta y Asta. Sin embargo, tenía muchas preguntas, y valoró si valía la pena conocer las respuestas.

—Mi padre siempre os ha tratado como os merecéis, a ti y a tu padre, y sé que mi hermano podría haber sido un rey a la altura de Argantonio. ¿Por qué entonces…?

—Saore, tu padre fue un rey justo. Pero un rey no es un artesano, ni un agricultor ni un minero. La justicia se reparte desde un trono labrado frente a una mesa repleta de viandas. ¿De qué nos ha servido la bondad de tu padre, si el mío pasó los últimos años retorciéndose de dolor, anegado en sus propios esputos de sangre? —Gharatar curvó la boca en un rictus que nunca pretendió ser sonrisa—. Sí, la vida es la que es, los hijos del pueblo heredan el yugo, igual que vosotros heredáis la corona y los privilegios. Nosotros levantamos las ciudades, explotamos las minas y llenamos los mercados de comida. Ciudades, minas y mercados que no nos pertenecen. Saore, tu padre nos trató como merecíamos. Ahí está la frontera entre nosotros, que es más profunda que un abismo.

Calló unos instantes, perdido en una arenga sin público que solo iba dirigida a él mismo.

—Esa frontera que nos separa es la que a mí me impide explicarte por qué me vi obligado a abrir las puertas a los cartagineses, y a ti, llegar a entenderlo algún día. Y perdonarme.

Metió una pequeña manta de lana dentro de una bolsa de cuero atada con cordones. De la despensa sacó dos manzanas y un pequeño paquete de pescado en salazón, que guardó junto a la manta. Se colocó la bolsa al hombro y salió de la choza. Saore, confusa, se apartó de la puerta cuando Gharatar pasó por su lado. Lo contempló caminar hacia la playa desde el umbral de la puerta. De golpe, se giró y la miró con expresión de perplejidad.

—Gharatar, ¿tengo que quedarme aquí para siempre?

—¿Quieres pasar el resto de tu vida en este condenado faro, Saore? —gritó, a varios codos de distancia. La irritación de su voz iba en aumento—. ¡Date prisa, por todos los dioses! Tengo que volver antes del atardecer para encenderlo.

La joven se cubrió con el chal y echó a correr hacia la playa, tras el farero.

—¿Adónde me llevas?

—A Caura de Baal Safón, cerca de la desembocadura del río. No te acerques a la ciudad, bordea el río hacia los bosques de montaña. En algún momento, alguien dará contigo y te llevará a la sierra. Saore, escúchame bien. —La tomó de las manos. Ella quiso evitar el contacto físico, pero Ghatarar la sujetó con firmeza—. Olvídate para siempre de la costa. Tarteso ya no es tu reino. Huye al interior y lleva tu legado con la frente bien alta. Tu vientre es fértil, igual que el de tu hermana. La sangre de Gerión corre por vuestro interior.

Saore dio un respingo cuando Gharatar mentó a su hermana.

—¿Nora… vive? —titubeó.

—Seguramente. No lo descarto. El destacamento que la acompañó no regresó jamás a Asta, ni tampoco la partida de soldados que el general Baldo mandó a la sierra. El pueblo de Tarteso todavía vive

en vosotros. Huid de los cartagineses, viajad al norte, al oeste. Y empezad de nuevo.

—Acompáñame, Gharatar. Tú también eres tartesio.

El farero le soltó las manos y sonrió con melancolía.

—Yo ya estoy condenado, mi princesa. Sálvate y sálvanos, Saore, hija de la sangre de la diosa.

La mujer se tumbó bajo la banqueta de la barca. Gharatar la cubrió con la manta. Se sentó sobre ella y tomó los remos. Tres horas después, llegaron a la desembocadura del río Tar. Guardó la manta en la bolsa y se la tendió.

—Muchas gracias, Gharatar. Te recordaré en mis oraciones.

—Saore, en los funerales de mi padre quisiste abrazarme y rechacé tu gesto de afecto con todo el dolor de mi corazón. Te dije que te recordaría cuál era el momento adecuado para abrazarnos. Con el mismo dolor que me atenaza por dentro, te digo que ahora sí, que saldemos la deuda que tenemos pendiente lo antes posible.

Saore se acercó al farero, pero no extendió los brazos, sino que los colocó sobre su pecho. Gharatar la rodeó en un abrazo que esperó que fuera mutuo, pero, ante la actitud pasiva de la joven, se separó de ella.

—Cuídate. Busca tu nuevo lugar y construye tu hogar en él.

Saore lo miró por última vez y se adentró en el bosque.

Epílogo

El sendero de álamos bordeaba el río, empequeñeciendo la silueta de Saore, que caminaba a la espera de una señal, una huella nueva, algún vestigio de presencia humana reciente. No vio nada.

En poco tiempo el sol se escondería por el oeste, detrás de las montañas. Tenía que pensar en buscar un lugar para refugiarse de la humedad y de las alimañas. Sin embargo, siguió caminando.

A la izquierda del río, apareció un sendero más estrecho, iluminado por los rayos de sol incapaces de penetrar entre las copas de los álamos. Parecía que un millón de pasos hubiera prensado la tierra, pues no crecía una mala hierba a su alrededor. Saore se desvió de la ruta que debía seguir. La luz menguante del sol la llamaba a investigar el sendero.

De repente, un claro se extendió delante de ella. La hierba dorada destacaba contra el verde mate de la loma de la montaña. Sin embargo, un gran destello rojizo llamó la atención de Saore. Al final del claro pacía una manada de bueyes. A medida que el sol se escondía, el pelaje de los animales ardía como el fuego sagrado en un altar. Un tapiz vivo de tonos rojos, verdes y dorados.

Saore, hija de la sangre de la diosa, cuya misión era guiar a su pueblo hacia un nuevo origen; hija de la luna, portadora de la luz de una estirpe de reyes. Los hijos e hijas de Gerión juraron proteger, con su vida si se precisara, los animales sagrados del reino.

Contempló los bueyes, ajenos a la presencia de la princesa. A pocos codos, empezaba el bosque de árboles de bellota. Las bestias, no obstante, descansaban en el espacio abierto. Parecían absorber la última luz del día, que fulguraba en destellos cobrizos. De vez en cuando, el resoplido de alguna de ellas sobresalía sobre el zumbido de las primeras chicharras. Un buey, el más voluminoso de todos, alzó la cabeza, escudriñando la llanura sin urgencia. Los cuernos, como tocado obsceno de un rey, brillaban a su vez como el marfil llegado de tierras lejanas. El aire, lejos del río, ahora transportaba partículas de polvo y el aroma empalagoso de la tierra caliente y la hierba seca. Saore empezó a medir el tiempo, a partir de entonces, no por la presencia y ausencia de luz del sol, sino por el devenir de las estaciones.

El buey se desperezó y empezó a caminar hacia ella. La manada lo siguió sin prisa. Todo sucedió a un ritmo distinto del de la vida en Asta, como si en la sierra el tiempo transcurriera inmerso en una calma antigua, una que no conocía el progreso ni la tecnología, el intercambio comercial ni la diplomacia.

Saore sintió un fuego que le ardía en las entrañas, que se extendía por cada superficie de su cuerpo y la calentaba sin lastimarla. Un fuego que no había sentido jamás. Un fuego único y primigenio. El fuego que necesitaba para abrir la puerta a un nuevo hogar.

Agradecimientos

A Clara Rasero, por habernos empujado y motivado a transformar un cúmulo de notas e ilusiones en un gran proyecto. A todo el equipo editorial de Penguin Random House (edición técnica, diseño, maquetación…) por toda la cuidadosa dedicación con la que han tratado este manuscrito. Gracias por pulir cada frase, por cuidar cada detalle, por reflejar cada idea.

A las instituciones, entidades, guías y todo el personal que nos ha solucionado las dudas que han ido apareciendo a lo largo del desarrollo de la novela: Museo de Cádiz, Yacimiento Arqueológico Gadir, Museo Arqueológico Municipal de Jerez de la Frontera, Museo Histórico Municipal de San Fernando, Enclave Arqueológico del Castillo de Doña Blanca, Castillo de Sancti Petri, Espacio Arqueológico Nueva Gadeira, Museo Arqueológico de Linares, Conjunto Arqueológico de Cástulo, Museo Arqueológico Nacional de España, y Museu d'Arqueologia de Catalunya y Conjunt Arqueològic d'Empúries.

A nuestras familias, por la ilusión de ver este proyecto publicado.

A todas las personas que nos siguen en la cuenta Relatando Historia en X (la antigua Twitter) y el resto de las redes sociales. Hemos aprendido mucho con vuestras interacciones y comentarios. Nos seguimos leyendo.

ANNA y ALBERTO

A Alberto Campillo, la otra mitad, por las conversaciones eternas al otro lado del teléfono, por ser el sostén dentro y fuera de la novela y también (que el mundo lo sepa, Alberto) por sacarme de quicio día sí, día también.

A Julio Cantos, por ser el germen de esta idea y una pieza clave en cada bloqueo literario.

A Sandra Garcés y a Owen Wangensteen, por sus indispensables conocimientos botánicos y paleogenéticos de plantas, mieles y venenos. Gracias a vosotros somos capaces de asesinar sin llamar demasiado la atención.

A Joan Benítez, por el asesoramiento sobre enfermedades y patologías. «Al cruzar los Pirineos, oyó una voz en el aire: si vas al norte, acuérdate de Orfeus».

A Toni López, El Trovador de la Luna, por llenar mis días de poesía, justo cuando más lo he necesitado.

A Guille Blanc, por sus brillantes aportes históricos e historiográficos. Siento tanto que jamás puedas llegar a leer este libro. A Ainhoa González de Alaiza y Erika Cipré. Por los consejos. Por las risas. *Us estimo, ahizpak*.

A la Biblioteca Municipal Miguel Hernández de Armilla, especialmente a Celia Ramos, por haber brindado el espacio y el ambiente adecuado para llevar a cabo el proceso de escritura. He pasado un año entero sentada entre las estanterías F y G de ficción histórica, por si el embrujo de Ken Follett y Noah Gordon me guiaba en los atascos.

A todos los grandes músicos que han compuesto la banda sonora de la novela: David Maxim Micic, Moonspell, Omar Faruk Tekbliek, No Blues, L'Ham de Foc… A Sergio Rivas, por la banda sonora de mi vida.

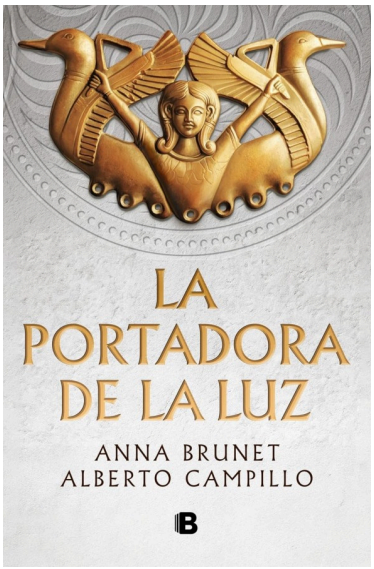
A todos aquellos musos y musas que habéis inspirado de un modo u otro a crear un personaje de este libro. Recordad: es ficción, seguid llamándome para quedar.

A los compañeros del círculo de escritores de Café con Letras de Armilla, por hacerme un hueco en el mundo de la cultura granadina, con mención especial al gran maestro de ceremonias, Nico Jiménez Jr., por ser la antorcha que ilumina el camino.

A la increíble red de amigas y amigos que me han acompañado en este año tan convulso, por extender la mano cada vez que lo he precisado. No puedo poner todos los nombres, pero sabéis que este proyecto es, en parte, gracias a vuestro apoyo y seguimiento. Os quiero infinito. Sois los portadores de mi luz.

ANNA

La primera civilización de la península ibérica.
Una mujer dispuesta a desafiar el destino para salvar a su pueblo.
La historia nunca contada sobre el esplendor y la caída de Tarteso.



Siglo VI a. C. A orillas del Atlántico y del río Guadalquivir, antes de que la península ibérica recibiera a los fenicios o a los cartagineses, existió otra civilización: Tarteso. Esta es la historia nunca contada de su misteriosa cultura, de su legendaria riqueza y de su enigmática desaparición.

A través de la vida de Saore, la última emperatriz del reino de Tarteso, descubrimos el momento en el que la península se convierte en un tablero de ambiciones que cambiarán el mundo para siempre.

En una trama frenética y repleta de traiciones palaciegas, sangrientas batallas y pasiones prohibidas, la hija del legendario rey Argantonio demuestra hasta dónde se puede llegar para salvar a un pueblo del olvido.

En esta novela rigurosamente documentada Anna Brunet y Alberto Campillo, creadores de RelatandoHistoria, consiguen dar vida a una civilización aún hoy desconocida, mostrándonos así una de las partes más ocultas de nuestra historia.

Relatandohistoria o @relatandohisto1 es uno de los perfiles más seguidos y reconocidos de divulgación histórica en X. Tras años de documentación y escritura, **Anna Brunet** y **Alberto Campillo**, los responsables de este alias, firman *La portadora de la luz*.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Anna Brunet y Alberto Campillo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

La editorial desconoce el nombre del autor o propietario de la traducción del poema de Praxila de Sición de la página 19 y los de Safo de Lesbos de las páginas 24 y 119, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8276-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Kuros es el nombre helenizado de Ciro.

Índice

La portadora de la luz

Preludio

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Segunda parte

- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Tercera parte

- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Cuarta parte

- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Anna Brunet y Alberto Campillo
Créditos
Nota